

Selección RNR

Dulce promesa

Dulce Londres 3



EVA BENAVIDEZ



Romance Histórico

Dulce promesa

Dulce Londres 3

Eva Benavídez



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PRÓLOGO

El amor es para muchos, pero le pertenece solo a unos pocos.
Prefacio del libro *Reglas para no enamorarse*

Londres, Inglaterra
Julio de 1815

Los latidos de su corazón acelerado le golpeaban con violencia el pecho. Todo el cuerpo le temblaba y el vello se le había erizado.

En unos minutos, vendrían a buscarla y tendría que enfrentar una aterradora experiencia. Cerró los ojos con fuerza unos segundos y trató de recuperar el aire que parecía haber abandonado sus pulmones.

La puerta del pequeño cuarto en el que se encontraba se abrió y por ella, apareció un enorme hombre vestido completamente de negro. Emily se armó de valor, caminó tras el tosco guardia y lo siguió a través de un desierto pasillo.

Cuando llegaron a una pequeña y algo descuidada escalera, el gigante, que tenía el rostro marcado por diversas cicatrices, le hizo señas para que subiese. Al hacerlo, ella pudo oír el tumulto al otro lado de la cortina roja que permanecía cerrada. Sabía de memoria la rutina que debería seguir, ya que la había ensayado decenas de veces en la semana. No obstante, no hacía la situación menos atemorizante.

Las voces y las risas se escuchaban cada vez más altas, lo que le hacía saber que la concurrencia era mucha. Un sudor frío le cubrió la frente y la nuca; el miedo le estaba jugando una mala pasada. Suspiró y volvió a recordarse que todo estaba bajo control. Jeremy y ella tenían un plan. Él estaba dentro del

salón y la protegería si la situación llegaba a desbordarse.

El presentador comenzó a hablar y Emily tomó la posición que le habían indicado. De espaldas al público, cerró los ojos y llevó su mente e imaginación a un lugar lejano y mágico.

—¡Bienvenidos a Place Club! En esta fantástica noche, nos acompaña una nueva delicia, prepárense para disfrutar de... ¡la Dama Negra! —anunció el presentador, y los aullidos masculinos resonaron mientras la cortina se abría.

La música exótica y sensual que tocaban los músicos ocultos al otro lado del salón comenzó a sonar. Emily permanecía sobre sus rodillas, con el pecho contra sus muslos y los brazos extendidos hacia adelante.

Toda la audiencia se quedó en completo silencio mientras ella se dejaba envolver por la erótica melodía. Con mucha lentitud, levantó la cabeza y sintió cómo su largo pelo caía y se derramaba sobre su espalda, rozando sus caderas. Arqueó el cuello, levantó los brazos en el aire y, doblándose sensualmente hacia atrás, se sentó sobre sus pantorrillas hasta apoyarse contra el suelo. Sus pechos, ceñidos por un corsé negro, se levantaron con el movimiento. Luego, apoyando las manos en el suelo alfombrado, se impulsó hasta sentarse, tiró la cabeza hacia atrás y abrió lentamente las piernas.

Cuando la música cambió, acelerándose, Emily se puso en pie con felina gracia y giró lentamente para quedar de cara al salón. Caminó hacia el frente del escenario con femenina cadencia, poniendo un pie vestido por un zapato de taco negro adelante y después el otro. Luego pasó un dedo suavemente por su tobillo en un movimiento ascendente, abrió la mano, acarició su pierna cubierta por medias negras traslúcidas, tocando la liga y el pantaloncillo de seda y encaje negro que completaban su atuendo, hasta depositarla en su cadera.

Entonces levantó la otra mano y lanzó un beso a los espectadores. La muchedumbre gritó de satisfacción y el sonido fue ensordecedor.

Todavía temblando, Emily abrió los ojos y agradeció que el salón estuviese apenas iluminado. Y que su rostro estuviera tapado por un antifaz negro, manteniendo ocultos sus rasgos. Solo sus labios gruesos y sus ojos verdes podían distinguirse tras la máscara que la convertía en otra persona.

—Esa fue la excitante presentación de la Dama Negra, ¡que comiencen las apuestas! —pregonó el presentador.

Y las apuestas llegaron en tropel.

—¡Ciento cincuenta libras! —gritó un hombre ubicado muy cerca de la plataforma.

—¡Trescientas libras por ese encanto! —dijo, a su vez, otra voz algo pastosa.

—¡Quinientas libras por esa preciosidad! —intervino una tercera persona.

—¡Dos mil libras por ella! —se oyó en medio del salón.

La concurrencia silbó por la suba y el presentador comenzó a hacer la cuenta hacia atrás. Emily permanecía de pie en el escenario iluminado, mirando hacia el frente, imperturbable. Pero por dentro sentía la bilis subir por su garganta, en cualquier momento se desmoronaría.

—¡Cedida al caballero de camisa blanca! —seguía diciendo el encargado, cuando una voz profunda, ronca y electrizante se elevó desde el fondo del club.

—¡Cinco mil libras esterlinas por una noche completa! —lo interrumpió, y el silencio se adueñó del lugar, acompañado solo por los jadeos sorprendidos.

Emily se tensó de inmediato y todo a su alrededor se tambaleó. Su corazón se detuvo porque había reconocido esa voz.

Y si guardaba alguna esperanza de que pudiese estar equivocada, la perdió con rapidez, pues inmediatamente la oferta fue aceptada, una fuerte mano tomó la suya y, de un tirón, la bajó de la plataforma. En un parpadeo, su cuerpo impactó contra un pecho duro y masculino vestido completamente de negro, dejándola sin aliento, paralizada y conmocionada. Incapaz de creer que estuviese siendo sostenida por él, aturdida, levantó la vista y allí estaba.

El hombre del que venía huyendo y la última persona a la que quería ver en aquel momento. Ese hombre que tanto detestaba y que la miraba con esos penetrantes ojos violetas.

Ojos que siempre la habían visto con desdén y odio.

Sin embargo, en ese instante la observaban oscurecidos con voraz hambre y deseo.

Tenía frente a sí a... Sebastien Albrigh, conde de Gauss.

CAPÍTULO 1

Nº 1: Nunca dejes que un impulso nuble tu razón.
Capítulo uno del libro *Reglas para no enamorarse*

El bullicio del lugar lo recibió ni bien traspasó las puertas. Solo al verlo entrar, una de las mujeres escasamente vestidas se acercó a él y lo guio a una mesa. Una vez sentado y con la bebida en mano, se dedicó a examinar el sitio. Aquel club era uno de lo más selectos de Londres, ubicado en la periferia entre la zona más adinerada y el East End, el sector marginal londinense.

La clientela que accedía a Place Club, debía cumplir requisitos específicos. Guardar discreción absoluta y tener un alto nivel adquisitivo. Las apuestas que allí se daban no eran para cualquiera, pues la *mercancía* que ofrecían era lo más exclusivo del mercado.

El animador anunció que esa noche se exhibirían nuevas mujeres, y la clientela gritó de regocijo. En otro momento, a él le podría haber interesado aquella información, pero no en ese preciso instante. No estaba allí para sucumbir a sus deseos más bajos, como sí lo había hecho en numerosas ocasiones.

«No». En aquel instante, estaba frustrado y molesto como el infierno.

Dos meses, ¡dos malditos meses!, y no tenía nada.

Ninguna pista, ni un solo rastro. Tampoco una maldita idea sobre dónde buscarla. Se sentía como un completo imbécil. Solo unas semanas atrás la había tenido a un paso de distancia, bajo el mismo techo inclusive. Y no se había percatado, no la había reconocido. Luego, se le había prácticamente escurrido entre los dedos, en medio de Vauxhall Garden.

Cuando su tía, *lady* Asthon, recurrió desesperada a él, no pudo negarle la ayuda que le solicitaba. Después de todo, la muchacha era la poca familia que la anciana tenía, y por eso entendía su desesperación al no dar con la hija de su único hermano. Aunque si hubiera sido por él, no habría movido un solo dedo para buscar a su prima política.

Detestaba a esa mujer con todas las fuerzas de su alma, pero no podía ignorar el sufrimiento de la esposa de su difunto tío paterno, solo por eso había accedido a ir tras ella en primera instancia. Sin embargo, con el paso de las semanas, la búsqueda infructuosa y los constantes esquinazos que le daba, habían convertido su intento de dar con Emily en un reto personal. La última vez, ella se había aparecido en la casa de su hermana, disfrazada para evitar ser reconocida, y tras aportar un dato muy valioso que ayudó a encontrar a la cuñada de su hermana, que había sido secuestrada, volvió a desaparecer, frustrando de nuevo su intención de encontrarla, pues no dio cuenta de su identidad hasta que fue demasiado tarde.

Hallarla se había convertido en un desafío para él, y no se detendría hasta encontrarla. Emily Asher había terminado por transformarse en su obsesión... otra vez.

El animador anunció la próxima subasta, y a regañadientes, Sebastien miró hacia el pequeño escenario.

«Maldición, no estoy de humor para esto. Más le vale al tipo que me dio la información, que una mujer extraña *había solicitado* trabajar aquí, no haberme mentado», pensó rabioso, mirando a la mujer arrodillada en el centro de la tarima.

La iluminación era tenue en la zona de las mesas, no así en la plataforma donde aquella mujer parecía resplandecer. Una música afrodisíaca comenzó a sonar y ese pareció ser el pie que ella esperaba para empezar su coreografía.

Su abundante melena negra cayó hacia atrás cuando levantó la cabeza, lentamente. Arqueó la espalda hasta apoyarse en sus piernas dobladas, dejando a la vista unos preciosos senos enfundados en un corsé negro.

Todo alrededor de Sebastien desapareció mientras se dejaba absorber por aquella exquisita visión. La boca se le hizo agua al verla enderezarse y abrir sensualmente sus largas piernas. Su organismo entero se tensó de deseo y cruda lujuria cuando la joven se puso en pie y, caminando hacia el frente del

escenario, se detuvo en una erótica pose final.

El silencio en el salón fue aplastante y, a continuación, el caos se desató. Pero Sebastien solo tenía ojos para la subyugante mujer erguida orgullosamente en el escenario.

Un impulso de frenética necesidad lo invadió y la urgencia de tenerla se apoderó de él, llevándolo al borde de la locura al percatarse de que no era el único que la codiciaba, hundiéndolo en un imprevisible torrente de posesividad y pertenencia. Y solo unos minutos después, se encontraba tirando de su delicada mano, reclamándola como suya.

La joven se quedó inmóvil en sus brazos, y luego sus ojos encontraron los suyos. No podía distinguir su color, pues la profundidad del antifaz que llevaba no se lo permitía. Aun así, la intensidad que percibió en su mirada causó que algo en su interior vibrara y se estremeciera.

La Dama Negra contuvo el aliento, luego, pareció reaccionar porque se removió entre sus brazos para que la bajara. El conde la depositó en el suelo, pero continuó sosteniendo su brazo.

Ella hizo ademán de alejarse, pero él no se lo permitió.

—¿A dónde crees que vas? Debes complacerme esta noche —le dijo él con tono autoritario.

—Lo sé, solo quiero ir por mi abrigo —respondió con tono sumiso, alzando un poco la voz, pues el siguiente número se desarrollaba en el escenario.

—Eso no será necesario. Vendrás conmigo y yo te proporcionaré todo —rebatió Sebastien secamente y, sin esperar su aprobación, tiró de ella hacia la salida.

Al llegar a la puerta, se quitó su saco y la tapó con él. La prenda le quedaba enorme. Si bien ella era de estatura promedio, él superaba el metro ochenta y cinco, y su contextura era grande y musculosa.

La joven volteó, mirando a su alrededor, y su actitud se tornó nerviosa y temerosa. Sebastien lo achacó al hecho de que tal vez no tuviese mucha experiencia o de que fuese su debut en aquello.

Su carruaje no tardó en estacionarse frente a ellos, la ayudó a subir rápidamente y la siguió al interior del vehículo. En el trayecto, ambos permanecieron en silencio, la oscuridad del coche no le facilitaba verla, pero la tensión se palpaba en el ambiente. Su embriagador perfume lo estaba

enloqueciendo, y su cercanía lo tentaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, y su voz sonó ronca.

—No puedo decirle, mi señor —contestó ella, luego de una pausa.

—¿Por qué? Debo llamarte de algún modo. Tú puedes decirme Sebastien, o Gauss si así lo prefieres. ¿Cómo te llamaré yo? —insistió él, más intrigado a cada minuto.

—Simplemente, Dama Negra —respondió finalmente, cuando el conde comenzaba a creer que no lo haría.

—Eso suena demasiado extraño. Te diré «mi dama». Después de todo, esta noche serás solo mía —adujo con voz seductora, justo cuando el carruaje frenaba con una sacudida.

La mujer no contestó, sino que se limitó a seguirlo en silencio. La guio por la entrada y la escalera de su casa, agradeciendo mentalmente el que su mayordomo cumpliera su orden y no lo esperara despierto. Una vez en la puerta de su habitación, la invitó a ingresar con un ademán y la siguió.

La Dama Negra caminó hacia el centro de la alcoba y, con solo una vela alumbrándola, se giró hacia él. Su postura denotaba tensión, nerviosismo y aprensión, lo que solo acrecentaba la palpitante y brutal necesidad que él sentía por ella. Su respiración comenzó a tornarse trabajosa y tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre ella y arrancarle las prendas para saciar el hambre que había despertado en él. Casi no podía refrenar el fuego que quemaba su interior y que parecía haber consumido su razón.

Avanzó un paso hacia adelante y, notando su vacilación, dijo:

—Ahora, *mi dama*, quítate absolutamente todo.

CAPÍTULO 2

Nº 2: Nunca pierdas el control de tus emociones.
Capítulo dos del libro *Reglas para no enamorarse*

Las rodillas de Emily se aflojaron cuando escuchó las palabras del conde. Su pulso se desbocó aún más y se sintió mareada.

Él continuaba parado frente a ella, mirándola con una expresión casi animal, primitiva. Era intimidante, inquietante, incitante... todo al mismo tiempo.

El iris de sus ojos casi no se veía por lo dilatados que estaban, su varonil rostro endurecido. Él arqueó una de sus cejas al ver su titubeo.

—Yo... yo necesito... Un momento a solas —dijo finalmente Emily, lanzando una mirada al biombo ubicado a un costado, en un intento de alargar un poco más la situación.

Sebastien entrecerró los ojos un poco y la observó de arriba abajo. Ella trató de no retroceder ni de mostrar reacción alguna ante el intenso escrutinio. No quería delatarse, y era consciente de que con cada segundo que pasara con él, se exponía a que la descubriera. Por lo que intentó conservar su posición en la zona del cuarto donde menos luz había.

—Está bien, te dejaré unos minutos. Pero cuando regrese, espero que estés preparada —le advirtió el conde, y salió del cuarto.

Emily suspiró aliviada, corrió hacia la ventana y la abrió. Se asomó nerviosa, rogando que Jeremy la estuviese esperando fuera.

—Jeremy... Jeremy, aquí... —lo llamó en voz baja. «Si no ha podido seguirme, no sé qué haré», pensó, comenzando a desesperarse, hasta que lo vio trepar a un árbol ubicado a la altura de la habitación contigua.

—¡Jeremy! ¡Ten cuidado, te matarás! —siseó al verlo saltar de la rama y sostenerse de forma precaria del canto de la ventana.

Él la miró con una expresión tranquilizadora y procedió a caminar hacia ella por el borde, manteniendo un efímero equilibrio. No sabía cómo saldrían de allí, pues estaban en un cuarto piso, y ella no podría realizar la hazaña que Jeremy estaba llevando a cabo tan temerariamente. Cuando llegó hasta ella, le hizo un gesto para que se apartara y luego se deslizó hacia el interior con agilidad.

—Jeremy... ¿qué haremos? Es Sebastien Albrigh, no sé cómo no me ha reconocido. Ni siquiera llevo la peluca rubia, creo que está algo borracho y agotado. Pero solo salió un momento, pronto estará aquí y no creo poder manejarlo tan fácilmente como a los demás. Y tú tampoco podrás, él es fuerte... y... ¡y es enorme! —soltó, susurrando frenética y atropelladamente, Emily.

Jeremy la tomó por ambos brazos, la abrazó fuertemente y le transmitió la tranquilidad y calma que había perdido. Se escucharon unos pasos acercándose hacia la habitación. Emily lo miró alarmada, y Jeremy metió una mano en su chaqueta oscura y sacó algo pequeño. Luego, abrió su mano y lo depositó allí, diciéndole con aquel gesto que todo estaba bajo control.

Antes de que la puerta se abriera, él se coló tras el biombo y ella se apresuró a girarse y ocultar el objeto en su corsé. Alterada, fingió mirar el jardín trasero de la casa de Gauss.

El conde caminó hacia ella con paso lento pero firme, hasta detenerse a su espalda. Emily podía sentir su inquietante proximidad erizando cada uno de sus vellos. Su masculino aroma le colmó la nariz y el aire que sus labios despedían acarició su nuca, lo que le provocó un estremecimiento.

Sebastien no dijo nada, solo podía oírse el sonido de sus respiraciones agitadas. Emily procuraba conservar la compostura y recordar quién era aquel hombre y quién era ella, dónde estaban y cuáles eran las circunstancias. Y, aun así, se sentía arrastrada por una fuerza superior.

Un jadeo involuntario salió de su boca al sentir la caricia de sus labios en su cuello. Él besó su hombro y fue deslizando su boca por toda la suave piel que la parte posterior de su corsé dejaba al descubierto. No la tocaba, pero el roce de sus labios bastaba para enloquecerla.

Un pequeño chasquido resonó en la habitación y Gauss se alejó de ella. Totalmente conmocionada, Emily se giró y lo encontró mirando el cuarto con expresión alerta.

«¡Diablos!». Había olvidado la presencia de Jeremy por dejarse envolver en aquella burbuja de seducción. Realmente estaba perdiendo la cordura, si hasta se había borrado de su mente el hecho de que detestaba a ese hombre. Se reprochó a sí misma y se alejó de la ventana y del biombo, antes de que Gauss descubriera a Jeremy.

—Ehh... se... señor. Si no es molestia... ¿puedo servirme un trago? —dijo con timidez, amparándose con disimulo en las sombras.

—Claro, encanto. Pero te dije que me llamaras por mi nombre —contestó con seriedad, dejando de examinar el cuarto y señalándole el aparador de bebidas apostado en un rincón.

Emily se situó frente al mueble y, dándole la espalda, comenzó a servir la bebida en dos vasos de cristal. Por el rabillo del ojo, vio que el conde se estaba desprendiendo los botones de la camisa. Y cuando esta se abrió, dejándole ver un magnífico pecho musculoso, su garganta se secó.

Tragando saliva, se volvió y trató de concentrarse en lo que debía hacer. Las manos le temblaron al sacar el pequeño frasco de su corsé y proceder con el plan.

Una vez servidos los tragos, caminó hasta Gauss, que estaba sentado en la cama, concentrado en quitarse las botas. Guardando una distancia prudencial, y aprovechando que su atención no estaba puesta en ella, le extendió el vaso.

Sebastien lo agarró y le sonrió con tal calidez y sensualidad que su estómago se sacudió en respuesta.

—Por esta noche y por la belleza de mi Dama Negra —dijo él con voz ronca, levantando su vaso, y sus ojos penetrantes y abrasadores repasando su cuerpo.

—Por este excelente *whisky*, digno de un conde —correspondió ella, justo cuando él bebía. Sebastien frunció el ceño al oír sus palabras y su cara se convirtió en una máscara de confusión.

—¿Cómo sabes mi título? No te lo he dicho —soltó, intentando pararse, pero se tambaleó y volvió a sentarse—. ¡Acércate! ¡Quiero verte bien! —exigió, con expresión enfurecida, pero las palabras salían con dificultad de su

boca.

Sus ojos se abrieron pasmados al percatarse de lo que pasaba. Y, de inmediato, se levantó tomándose del poste de la cama, y se aferró a ella, con el rostro pálido y la respiración dificultosa.

Antes de que aterrizara en el suelo alfombrado, Emily lo asió por los hombros. Su peso era como el de un hombre muerto, por lo que, seguramente atraído por su gemido, Jeremy salió de su escondite para auxiliarla. Juntos, lo recostaron en el colchón. El conde permanecía con los ojos cerrados y el semblante ceniciento. Jeremy ya la esperaba en la puerta y la llamó con un ademán urgente.

Emily se volteó y observó al hombre que yacía inmóvil en la cama, con el alma y la mente inquietas. No pudo evitar inclinarse sobre él, una última vez. Respirar su olor y repasar la textura de su barbilla y mejilla con un dedo.

Pensar... que alguna vez aquel hombre lo había sido todo para ella. Su mundo entero y su esperanza

Las emociones contradictorias la desbordaron en aquel instante suspendido en el tiempo. Cediendo a los deseos de su corazón traicionero, posó los labios cerrados sobre los de él.

Y las palabras parecieron querer brotar desesperadas. «Te amo con la misma inquebrantable fuerza con la que siempre te odiaré».

Para su vergüenza, una lágrima resbaló de sus ojos cerrados y cayó sobre él.

—Hasta nunca, Bastien —dijo y huyó... otra vez.

CAPÍTULO 3

Nº 3: Jamás permitas que su recuerdo acelere los latidos de tu corazón.
Capítulo tres del libro *Reglas para no enamorarse*

Su caballo sudaba y resoplaba agitado cuando por fin lo detuvo frente a las escaleras de Sweet Manor, la propiedad campestre del duque de Stanton, quien hacía escasos meses había contraído matrimonio con su hermana pequeña, Elizabeth. Ambos habían protagonizado uno de los escándalos más resonantes en la historia de la sociedad inglesa, con fuga a Gretna Green, Escocia, incluida, y un intento de asesinato por parte del novio abandonado, quien resultó ser un espía francés, además de su primo político.

El mayordomo lo recibió y un mozo de cuadra tomó las riendas del animal.

—Buenas tardes, Smith. ¿Se encuentran los duques? —preguntó Sebastien con prisas, mientras entraba y se quitaba los guantes.

—Sí, milord, acompáñeme —respondió el serio y delgado mayordomo, empujando la caminata por el vestíbulo.

Al llegar a la puerta cerrada del despacho del duque, el sirviente llamó varias veces con sus nudillos, suavemente, pero nadie respondió. Algo alarmado, Sebastien lo hizo a un lado y abrió la puerta de golpe. Y la imagen que encontró aclaró la nula respuesta que habían recibido.

Los duques estaban besándose con loca pasión. Nicholas, sentado en su silla tras el escritorio y Lizzy, sobre sus piernas.

El mayordomo carraspeó incómodo, y ese sonido pareció arrancarlos de su nube de deseo.

El primero en reaccionar fue su cuñado, que dejó de besar a su esposa de improviso y abrió un poco los ojos por la sorpresa de verlos. Elizabeth se

echó un poco hacia atrás y volteó confundida hacia ellos. Lo siguiente fue que, soltando un grito, arrancó las manos que su esposo mantenía todavía sobre su trasero y, agitada, intentó levantarse, pero terminó por aterrizar en el suelo.

Sebastien soltó una fuerte carcajada al contemplar aquella escena. Nick sonrió también y, moviendo la cabeza, se puso en pie y extendió una mano a su esposa, que había desaparecido bajo el escritorio. Cuando se puso de pie, ella tenía las mejillas ardiendo, el pelo revuelto y los labios hinchados y rojos.

—Smith, ¿por qué no llamaste? —preguntó algo molesto el duque, mirando a su sirviente mientras abrochaba los botones de su camisa.

El hombre pareció anonadado con la pregunta y miró de reojo al conde.

—Lo hizo, cuñado. Pero estabas tan concentrado en devorar a mi hermana que no lo oíste —contestó por él Sebastien, reprimiendo la risa al ver la expresión mortificada de ella.

—Smith, por favor, trae un refrigerio para mi hermano —le pidió Elizabeth sofocada, mientras trataba de recomponer su apariencia—. Aah... y, Smith, ni una palabra a nadie... —le advirtió al sirviente, que solo asintió y se marchó, no sin tratar de ocultar una mueca divertida.

—¡Tú! Ya deja de reírte a mi costa —le exigió Lizzy frunciendo el ceño y *acercándose para abrazarlo*.

—Está bien. Prometo tratar de hacerlo si terminas de subirte el vestido —le susurró travieso y luego rio maliciosamente cuando la observó bajar la cabeza. Ella, al ver el escote de su vestido desgarrado y la tela de su corsé desprendido, asomando por él, soltó otra exclamación, se cubrió el pecho con los brazos, fulminó a su marido con los ojos y salió a toda prisa del cuarto.

—¡Lo siento, ángel! —le dijo el duque alzando la voz sobre la risa de Gauss—. Bienvenido, Gauss, no esperaba verte tan pronto. Toma asiento —lo saludó él, se sentó nuevamente y señaló el asiento frente a él.

—Siento la interrupción, Bladeston —respondió, todavía sonriente.

—No te preocupes, no es nada que no pueda terminar más tarde —bromeó el duque y se deleitó viendo la mueca de asco que hacía el celoso hermano protector.

—Ni lo digas, ya tuve suficientes demostraciones por hoy —dijo con

sarcasmo.

—Bien. ¿Qué te trajo tan pronto de vuelta? Creía que estabas buscando a tu prima —le preguntó, con curiosidad, su cuñado.

—Precisamente eso. Necesito hablar con ustedes sobre *lady* Emily —anunció con una mueca de fastidio.

—¿Qué pasó?, ¿diste con ella? —inquirió Lizzy, que había oído su última frase. Había recompuesto su aspecto y cambiado el vestido destrozado por uno de color verde oscuro. Sentándose en el apoyabrazos del sillón del duque, lo miró inquisitivamente.

—Eso creo. Hace cinco días estuve con ella —respondió lacónicamente.

—¿Crees? ¿Y en dónde está? —siguió interrogándolo, preocupada.

—Huyó. Y no está sola, un hombre la ayuda —contestó de forma escueta, no quería revelar a nadie los detalles sobre la vida que Emily llevaba, y menos que *él* había permanecido un día entero dormido por una droga que ella le había suministrado.

—Pero... ¿por qué?, ¿en dónde estaba? —preguntó confusa.

—En una pensión. Y luego se esfumó, no sé por dónde seguir —mintió, con deliberación, Sebastien.

—¡Oh!... Yo... creo que debo decirles algo. No lo hice antes porque... creí que la hallarías —comenzó a murmurar su hermana—. Uhm..., yo reconocí a Emily casi de inmediato, el día que estuvo aquí —terminó, atropelladamente, la joven, mirándolo abatida.

—¿¡Qué!? ¡Elizabeth! ¿¡Por qué!? Llevo dos meses tras ella y la tenía justo aquí. Si no te hubieses callado, podría haberla detenido antes de que desapareciera y *así* haber terminado con esta estupidez de andar tras esa mujer loca. ¡Ahora puede estar en peligro! —exclamó, molesto, Sebastien, tirando de su pelo con frustración.

—Lo siento, Sebastien. Es que la vi en buen estado y, cuando nuestros ojos se encontraron, creo que ella percibió que sabía quién era porque su mirada me suplicó silencio. Y en vista de que se había arriesgado viniendo hasta aquí por Clarissa, no pude traicionarla —confesó ella con expresión triste y arrepentida.

—Bueno, eso fue una insensatez, pero ya está hecha. Deberíamos concentrarnos en lo que importa, seguir buscando a su prima —intervino el

duque, mediando entre el gesto acongojado de su esposa y el rostro furioso e incrédulo de su cuñado.

—¡No puedo creerlo, Elizabeth! Pero tienes razón, Bladeston, por eso estoy aquí. He llegado a la conclusión de que la única manera en la que podré terminar con esto es conociendo lo que motivó la huida de mi prima —dijo, negando con la cabeza y suspirando tenso.

—Sí, tenemos que saber las razones por las que desapareció tan drásticamente —sumó, pensativo, Nicholas.

—Entonces sé a quién podemos recurrir, a la persona indicada para darnos información. Y es nuestra tía; Margaret debe saber algo —vaticinó, esperanzada, su hermana.

—*Lady Asthon* salió junto a mi madre y *Clarissa* para hacer las compras de su ajuar de novia, así que tendremos que aguardar su regreso. Es un buen plan, ángel —contestó el duque acariciando el brazo de su esposa.

—Mientras esperamos, podemos merendar. Vamos al salón verde —les indicó *Lizzy*, llevándolos al otro cuarto, donde el mayordomo ya había dispuesto la merienda.

Entrar allí le hizo recordar la visita de *Emily*. A pesar de la cercanía, no había podido reconocerla. Aunque sí había llamado su atención, no solo por su atrayente atractivo, como por el halo de misterio que la rodeaba.

Ella había cambiado mucho, su transformación era impresionante. Además de llevar otro color de cabello, el atuendo que vestía era muy distinto al vestuario que solía usar. La hacía parecer otra mujer. Una sensual, experimentada y más madura mujer.

«Exótica, intrigante y subyugadora».

Después de disfrutar de la comida, el conde subió a una habitación de visitas. Cansado, se recostó en la enorme cama, y las imágenes que bullían en su interior inundaron su mente.

Su corazón se aceleró de la misma manera en que lo había hecho cuando posó los ojos en aquella bailarina del club. Recordaba la conmoción que sintió cuando la mujer enmascarada, la que creía una sensual prostituta, lo había drogado.

Al tomar del vaso, el *whisky* le había parecido algo amargo, pero estaba tan encandilado observando a la joven que no le había prestado atención a eso.

Sin embargo, el peso de las palabras de esa supuesta desconocida nombrando su título fue el primero de los indicios que, seguido por un fuerte mareo y la sensación de parálisis en su cuerpo, le terminaron por develar su identidad.

Al instante, entendió la razón por la que la mujer estaba excesivamente nerviosa. Que en ningún momento había mantenido contacto visual con él y que permanentemente se había esforzado por guardar distancia.

Con la visión nublada y la lengua hinchada y pastosa, la observó y cayó en cuenta de ese pelo negro, esos labios gruesos y carnosos. Su postura erguida y cómo inclinaba la cabeza hacia el costado. Todos rasgos que la delataban, indiscutiblemente.

Su ardiente y voluptuosa figura era otro cantar.

La Emily que él recordaba era una muchacha delgada y algo desgarbada, que apenas se convertía en mujer. Y en las ocasiones posteriores, en las que habían coincidido, la ropa que usaba no le había permitido ver demasiado. Ciertamente, nunca había visto esa escultural y excitante silueta que tenía.

Pero mientras su mente se apresuraba a la inconsciencia, fue que recibió la confirmación. Ella se acercó a su cuerpo inmóvil y lo besó. Y aunque aquel gesto solo había sido un leve roce, fue suficiente... El mismo sabor, la misma suavidad y, sin duda, iguales sensaciones del pasado lo invadieron tan solo con ese pequeño toque.

La certeza llegó, y sus palabras finales impactaron sobre él como un violento huracán, arrasando con su cordura, su tranquilidad y sus sentimientos.

«Hasta nunca, Bastien», le había susurrado ella, usando ese diminutivo que nadie más empleaba. Llamándolo de aquella manera, que infinidad de veces había añorado en el pasado.

Y luego se fue, se alejó. Apartándolo de su vida nuevamente. Y sin poder moverse, la vio alejarse. Sintiendo esa lágrima derramada sobre él como una extensión de su propio desgarrado corazón.

La Dama Negra era Emily Asher. Y nada había cambiado, seguía odiándola con la misma intensidad con la que siempre la amaría.

CAPÍTULO 4

*Nº 4: Jamás pongas en riesgo tu presente por un pasado amor.
Capítulo cuatro del libro Reglas para no enamorarse*

Dos días después...

Emily miraba por la ventana, intentando refrenar la ansiedad que sentía. Dos meses habían pasado desde que su mundo había vuelto a tambalearse, arrancándole la paz y la alegría.

El día en que vio a su hermano por primera vez. Un hermano del cual no sabía su existencia. Dos años mayor que ella, el joven se había presentado a su puerta de imprevisto.

Cuando lo vio, su estado calamitoso la impresionó. Estaba demasiado pálido y ojeroso, y muy débil. Pero lo que más le había horrorizado, había sido ver signos de tortura en su maltrecho, desvalido y delgado cuerpo.

Eso sin contar la larga cicatriz que surcaba la mitad derecha de su rostro. Y como prueba del maltrato al que había sido sometido, no hablaba, como si la experiencia traumática que había constituido su vida entera le impidiese hacerlo.

Sin embargo, aquello no impidió el informarle sobre su identidad, pues él portaba una carta, una breve misiva donde se le pedía encarecidamente recibirlo. Y esta terminaba de confirmar que no era un error o alguna clase de treta, ya que había sido escrita y firmada por ella... Luego de cinco años de absoluto silencio, de no saber nada sobre ella, volvía a aparecer.

Amanda Timorton, *lady* Landon. Su madre.

La puerta del cuarto que habían alquilado se abrió y dio paso a su hermano.

Cada vez que lo veía, la emoción embargaba su pecho. Conocerlo le había devuelto la esperanza y las ganas de vivir, él había llegado en el momento justo.

Cuando se creía solitaria y perdida, con un padre enloquecido y enfermo, Jeremy había llegado para salvarla, y lo amaba por eso. Todas las personas a las que había amado le habían abandonado o traicionado. Con su hermano a su lado, ya no se sentía sola, en ese momento tenía a alguien a quien llamar familia; y su llegada también había mitigado parte del dolor y el sufrimiento que había amargado su alma todos aquellos años, dándole una misión, un motivo por el cual levantarse cada mañana.

Aunque asumir aquel reto supondría prescindir de lo que hacía poco había conocido: abandonar su vida, su lugar como miembro de la aristocracia. Renunciar a ser una *lady* de sociedad, para transformarse en la dama del *under*, y arriesgarse en aquel oscuro mundo, desconocido y peligroso.

Mucho estaba en juego; su reputación, su nombre, su futuro, pero, sobre todo..., sus vidas.

—¡Jeremy!, ¿qué sucedió? ¿Diste con algún dato? —lo asedió ansiosa, mientras este se refrescaba tras el biombo.

Él salió y, asintiendo, le extendió un papel, su sonrisa parecía alentadora. Su aspecto había mejorado considerablemente, al igual que su estado de salud. Había recuperado bastante peso y ya podía percibirse el joven tremendamente apuesto que era, aunque ella sabía que la crueldad y la dureza de su infancia y juventud lo habían afectado profundamente, y la cicatriz que atravesaba su varonil rostro solo era la evidencia externa y visible de las heridas que marcaban su interior.

El parecido entre ambos era innegable, aunque Jeremy era mucho más alto que ella. Compartían el mismo cabello negro, idénticos ojos verdes jade e iguales narices, pequeñas y chatas. Los rasgos de su madre estaban presentes en ellos.

Sentándose en la cama, abrió el papel y leyó su contenido.

El Halcón

Su corazón comenzó a latir agitadamente al leer el nombre de aquel lugar, donde procederían con su búsqueda.

—¿Estás seguro de que él figura en la lista de clientes? —le preguntó inquieta a su hermano, que la miraba expectante. Este afirmó en respuesta y, después, le hizo señas, diciéndole que iría a por comida. Emily asintió distraída, con la mente puesta en el plan que seguirían aquella noche.

El Halcón no era como los demás clubes y antros a los que habían asistido antes. Allí no podría mantenerse a distancia de la clientela, tampoco tendría la posibilidad de entrar con Jeremy.

No le permitirían el acceso, no sin una tarjeta de socio, las cuales eran muy exclusivas, y sabía de buena fuente que solo podían conseguirse a través de otro miembro. Y lo peor era que no podrían sacar al hombre del lugar para proseguir con el plan.

«¡Maldición! La situación se está complicando, pero no puedo perder esa oportunidad; las posibilidades de encontrar al hombre que buscó comienzan a reducirse», pensó enfurecida.

Junto a Jeremy, habían visitado prácticamente la mayoría de los lugares donde los caballeros nobles iban en busca de placer, y no habían coincidido con su objetivo. Sin embargo, tenía el presentimiento de que aquella noche cambiaría su suerte. Solo esperaba que no apareciese el conde de Gauss para arruinarlo todo de nuevo.

El tiempo se agotaba y no podía permitirse errores ni distracción alguna. Y, definitivamente, Gauss era eso y mucho más. Era un problema, un riesgo y un peligro.

Solo le bastaba pensar en él y su cuerpo se aceleraba por completo. Todavía no se había recuperado de su último encuentro. Nunca pensó verlo allí, creía que no volverían a cruzarse y, por supuesto, jamás pensó que sentiría sus labios o sus caricias otra vez. Aunque esos besos en nada se parecían a los que había guardado como un preciado y maldito recuerdo.

Estar entre sus brazos, sentir su contacto, su olor y su sabor la habían desbastado. Su cuerpo tembló y, furiosa, Emily arrugó el papel que todavía sostenía en sus manos.

Odiaba sentirse así, detestaba que Sebastien Albrighth siguiese teniendo ese poder sobre ella. La frustraba y amargaba que, después de tantos años, después de tanto daño..., el conde siguiese tan arraigado, allí dentro, en sus sentimientos, emociones y sensaciones, en cada una de sus palpitaciones .Y

que, pese a todo, continuara haciéndole sentirse débil y vulnerable.

Suspirando contrariada, se puso en pie, caminó hacia el ropero y lo abrió. El traje oscuro la recibió como si de un recordatorio se tratase. Y ella se aferró a él como si fuese un salvavidas y estuviese naufragando en medio del océano. Lo sostuvo contra su cuerpo con fuerza, y se giró para mirarse en el espejo ubicado junto al biombo.

En eso tenía que concentrarse, ahí estaba su única meta a seguir. En su vida, no había lugar para otra cosa, y anhelar o ilusionarse con ello solo le acarrearía desilusión y sufrimiento.

El conde de Gauss era parte de su pasado, y allí debía quedarse, pues traerlo de vuelta, permitirle irrumpir en su presente, solo significaría arriesgarlo todo, desatar el caos y la perdición. Y no podía permitirlo, ese hombre la vinculaba a la Emily del pasado, y esa persona ya no existía, no quedaba nada de ella. Solo estaba aquella mujer que le devolvía la mirada a través del espejo. La mujer que era un reflejo de su propio interior.

Su realidad... la Dama Negra.

CAPÍTULO 5

Nº 5: Abstente de participar en situaciones íntimas y comprometidas.
Capítulo cinco del libro *Reglas para no enamorarse*

La noche completamente despejada le dio la bienvenida cuando la puerta del carruaje se abrió y Emily bajó, aceptando la mano de su hermano.

Jeremy la miró con preocupación y aprensión y señaló el coche con un ademán urgente, recordándole que él estaría esperando dentro, atento y expectante, todo el tiempo.

—Sí, lo recordaré. No te preocupes, seguiré el plan al pie de la letra. Y si algo sale mal, saldré de allí y me reuniré contigo de prisa —lo tranquilizó ella, apretando su mano y reprimiendo el impulso de abrazarlo, puesto que Jeremy había asumido la identidad de su sirviente personal, y ese acercamiento se vería muy extraño.

Su hermano le dio una última mirada, pidiéndole que se cuidara, y, asintiendo, ella salió de las cuadras del lugar.

El Halcón no era un club corriente, sino una enorme mansión de estilo gótico. La clientela era muy exclusiva y restrictiva, solo se admitían caballeros de élite y debían ser miembros de este, lo que aumentaba sus ansias y expectativas, ya que las posibilidades de por fin encontrar a ese hombre crecían. Y su nerviosismo y temor se equiparaban considerablemente.

Luego de traspasar la puerta trasera de la casa, donde un gigante guardia chequeó su invitación, y de que en el pasillo recibiera su chal de seda, se detuvo unos segundos para asegurarse de que su vestimenta estuviese en su lugar.

Se sentía desnuda, aunque hubiese estado en ropa interior frente a otros antes.

El vestido que se había visto obligada a llevar era, cuanto menos, indecente. De color azul noche, se ajustaba a su cuerpo como un guante. Dejaba su espalda al descubierto y el frente, que era en forma de *v*, mostraba sus senos a través del profundo escote.

Para aquella ocasión había decidido cambiar de peluca, pues usar la rubia era demasiado riesgoso, por lo que lucía una del color del fuego, la cual daba a su blanca piel un efecto impactante, lo que lograba que sus ojos verdes brillaran detrás del antifaz plateado, decorado con plumas azules.

Otras *damas* se unieron a ella y caminaron hacia el salón desde donde se oían risas y voces, principalmente, masculinas.

Las que asistían a este sitio eran, en su mayoría, damas de sociedad. Mujeres que podrías encontrar en un salón de cualquier velada noble. Algunas, casadas; otras, viudas. Todas, escondiendo su identidad tras elegantes máscaras, asistían para departir en esas mórbidas fiestas.

Al ingresar al salón, Emily se sorprendió al ver lo que en otras circunstancias le habría parecido una velada de sociedad común. Eso, solo a primera vista porque rápidamente pudo vislumbrar las más que sutiles diferencias.

La iluminación era muy tenue y la música, que una banda que no pudo ver por ningún sitio tocaba, era una melodía sensual y magnética.

Eso sin contar los pasos de baile nada convencionales que las parejas ejecutaban en la pista. Todos apretaban a su compañera indecentemente. Algunos se besaban con descaro, y otros reían con estrépito, acariciándose con íntimo contacto. Tampoco podía pasar por alto que, en general, ningún caballero estaba totalmente vestido, sino que solo llevaban sus pantalones y camisas, algunos conservaban sus chalecos, pero habían prescindido de sus sacos, pañuelos y guantes. Y, por supuesto, las damas correspondían luciendo escandalosos y expuestos atuendos.

Cualquiera que asistiera a una de aquellas fiestas debía atenerse a las tres reglas únicas que allí regían: «No quitarse las máscaras ni revelar la verdadera identidad. No mencionar nada concerniente al club a terceros. Y estar abierto a experimentar el placer, siempre dentro del club».

Un lacayo le ofreció una copa, Emily la aceptó y bebió discretamente. El licor descendió por su garganta y le dejó un sabor intenso y dulce en su paladar. Mientras bebía, caminó por el salón observando con discreción la concurrencia que, gracias a Dios, no era multitudinaria, o sería imposible continuar con su misión.

Rápidamente, descartó varias decenas de hombres, ya que, según las señas que tenía, su objetivo tenía por lo menos cincuenta años.

Tras un momento de inspección disimulada, dio con un hombre de características similares a las que buscaba. Su corazón se aceleró y sintió que el estómago se le encogía solo ante la posibilidad de haberlo encontrado.

Soltó el aire despacio, vació el contenido de la copa de un trago y se dirigió hacia su presa. Con cada paso, el nerviosismo se acrecentaba y sus piernas temblaban. A su mente venía la descripción que Jeremy le había dado del monstruo que lo había raptado y torturado desde que era pequeño. Ese temible hombre, del que nadie parecía saber el verdadero nombre u origen. Pero todos conocían su apodo, el Diablo. Y que a pesar de nunca haberle visto el rostro, podría reconocer con solo un vistazo.

«Alto, por lo menos de más de un metro ochenta y cinco. Cabello castaño claro, color de ojos probablemente gris. Delgado, pero de constitución fuerte y grande. Y lo más identificativo, la marca en su muñeca izquierda, el dibujo pequeño de un halcón, en la cara interna.

El hombre que, al igual que todos, llevaba un antifaz. Parecía tener un talante serio y sobrio, aunque la mujer que sostenía contra sí mientras conversaba arruinaba el severo marco.

Cuando estaba tan solo a unos metros, un caballero joven se unió al hombre mayor. Este era de cabello castaño, delgado y atlético. Su aspecto era fiero y peligroso. Algo intimidada, Emily se detuvo al borde de la pista. Y solo unos segundos después, el caballero joven giró su cabeza hacia ella y se quedó mirándola. Ella le sostuvo la mirada y le sonrió, coqueta. El castaño sonrió, pero el gesto fue tan leve que pareció una extraña mueca. A continuación, caminó hacia ella y la saludó besando su mano enguantada.

—Un placer, *lady*... —le dijo con una voz profunda y ronca.

—Anne —respondió Emily completando su tácita pregunta.

—Ross para ti. Y déjame decirte que tu belleza me ha cautivado —siguió

él, tuteándola directamente y taladrándola con sus ojos color chocolate.

—Gracias, y el gusto es mío, Ross —le correspondió. El extraño la observaba intensamente, se detuvo unos segundos en su escote y sonrió de lado, dando a su rostro, de mandíbula cuadrada, un aspecto peligroso y atrayente. Su piel estaba bastante tostada, y sus dientes blancos destacaban en su apuesto rostro.

—Permítame presentarla con mi grupo —sugirió *él* tras el intercambio de miradas, y el pulso de Emily se desbocó al oír aquellas palabras. Rápidamente, estuvieron frente a la pareja; ella era joven y delgada; su pelo, rubio rizado.

—Les presento a *lady* Anne. Ellos son lord Sylvester y su acompañante, *lady* Camille —dijo Ross, y le llamó la atención la formalidad dentro de ese ambiente impúdico.

Lord Sylvester se inclinó sobre su mano, y Emily sintió un escalofrío subiendo por su espalda. Un fuerte presentimiento le sobrevino al mirar los ojos grises del parco y frío hombre frente a ella.

El sonido de un vals iniciando interrumpió los saludos y, antes de poder cruzar palabra o siquiera intentar avistar la muñeca del que creía que era el Diablo, fue arrastrada hacia la pista por su moreno acompañante.

Ross la apretó contra sí y comenzó a girar con ella envuelta entre sus brazos, sin parar. Emily sofocó un grito de protesta, pues mostrarse reacia o incómoda la delataría. Desesperada, trató de asomarse tras el hombro del castaño y así ubicar a Sylvester, pero no lo halló. La frustración cayó sobre ella, lo había tenido demasiado cerca y lo había perdido de vista. Y todo por culpa de ese detestable hombre, aunque su aroma varonil y su cercanía comenzaban a marearla.

Ross pareció percatarse de su tensión porque se pegó más a ella y comenzó a acariciar su espalda, su mano bajó por su cintura hasta su cadera, donde apretó y tiró de ella contra su duro cuerpo. Emily jadeó alucinada y reprimió el impulso de apartarlo de un empujón. Atemorizada, levantó la cabeza y se chocó con su mirada chocolate oscurecida, clavada en ella penetrantemente. Él acercó el rostro al suyo y, por un segundo, creyó que la besaría, pero no sucedió. Su boca carnosa besó su mejilla en una caricia íntima, para luego pasar sus labios hasta su oreja con abrasadora lentitud.

—Creo que es hora —susurró, lo que la hizo estremecer, y, separándose un poco, la tomó de la mano y la arrastró detrás de él.

Incrédula, Emily solo atinó a sostenerse en pie, tratando de seguirle el ritmo. A su alrededor, el ambiente estaba cargado de lujuria y escenas explícitamente sórdidas.

Un inquietante calor inundó su cuerpo y todo comenzó a girar. Se sentía extrañamente acalorada, mareada y, a la vez, lánguida y flexible. Su mente, momentáneamente libre de preocupación, parecía sumergirla en una pacífica y alegre nube. Sin permitirle protestar o detenerse, Ross la guio por el salón y luego por una gran escalera. A continuación, se detuvo ante una puerta color gris. Sin llamar, ingresó y tiró de ella hacia el interior.

El cuarto estaba en penumbras, pero podía vislumbrarse la forma de una enorme cama ocupando el centro de la habitación y de los restantes muebles que lo decoraban. Ross la soltó en medio de la habitación y se quedó de pie a su espalda.

—Oiga... necesito... por favor, no me siento... —empezó a decir Emily con la respiración agitada y el ritmo cardíaco desbocado.

Sin embargo, las palabras se atoraron en su boca cuando una sombra apareció en su campo visual, haciéndola sobresaltar y resollar atemorizada.

—Eso es todo, gracias, Ethan. Te debo una, amigo. Hasta pronto. —Oyó la voz grave del hombre mientras avanzaba y se detenía frente a ella.

El sonido de la puerta cerrándose resonó en el cuarto justo cuando el rostro del aparecido se cernía sobre Emily, iluminado por el resquicio de luz proveniente de la luna.

Entonces, conmocionada y absolutamente consternada, comprobó la identidad de la sombra. Sin antifaz y taladrándola con una mordaz mirada, estaba el conde de Gauss.

El aire se cortó en sus pulmones y una exclamación impresionada escapó de los labios de la joven, al mismo tiempo que su vista se nublaba y sus rodillas temblorosas se vencían hacia delante. De inmediato, los brazos de Sebastien cogieron su cuerpo e impidieron que cayera sobre el suelo alfombrado.

—Bastien... —susurró con voz débil y confusa.

—Te tengo, Emily Asher. El juego terminó —murmuró *él* con seductora parsimonia, antes de que la oscuridad se apoderara de su conciencia.

CAPÍTULO 6

Nº 6: No sucumbas ante la fuerza del deseo y la lujuria.
Capítulo seis del libro *Reglas para no enamorarse*

Sentado en una silla un poco apartada de la cama, Sebastien no podía quitar los ojos de la mujer acostada sobre ella. Por fin la había encontrado; después de meses de incesante búsqueda, la tenía justo allí.

A su merced...

Cuántas veces lo había añorado en el pasado. No solo eso, lo había anhelado, deseado y necesitado con cada partícula de su ser.

Mas ya no...

En ese instante solo quería que aquello terminase. Resolver el misterio que Emily representaba y cumplir con la promesa que le había hecho a su tía. Por más que su cuerpo siguiese deseando a esa mujer, no cedería ante la tentación. Nunca más... No volvería a exponer su corazón ni sus sentimientos. Tenía más que aprendida la lección; Emily Asher no era de fiar. Era traicionera, ladina y peligrosa.

Apenas había dado crédito a lo que oía cuando uno de sus detectives le informó que aquel joven, el que estaba con Emily, rondaba El Halcón. Un lugar que era un sitio en extremo licencioso, pecaminoso y arriesgado. No podía creer la osadía de la joven, ni la tremenda temeridad que venía demostrando.

Un quejido salió de la boca de Emily, al tiempo que ella movía su cabeza con lentitud. Supo el momento preciso en el que cayó en cuenta de su situación, pues su cuerpo entero se tensó visiblemente.

—Bienvenida de vuelta al mundo de los conscientes. Diría que es un placer

coincidir contigo, pero no sería cierto —comentó, con sarcasmo, él, disfrutando al ver su mueca de disgusto.

—¿Qué pretendes con esto? Te exijo que me sueltes, ¡ahora mismo! —le dijo, airada, Emily, tirando de sus brazos con fuerza.

Gauss la repasó con la mirada, pasando por sus manos amarradas a los postes de la cama, por su cabello negro, recogido en un rodete medio desarmado, por el cuello y el escote profundo de su vestido azul, para terminar su inspección en sus piernas atadas juntas en los tobillos.

—La verdad es que no me apetece. Así me aseguró de que colabores conmigo, preciosa —le respondió arrogante, y se echó hacia atrás en la silla, cruzando los brazos en el pecho.

—Eres... tú eres despreciable. Termina con esta escena y dime qué quieres —exigió furiosa, con la respiración agitada por intentar deshacerse del amarre en sus muñecas.

—Cosas peores me han dicho, no hieres mis sentimientos, *lady* Emily. Solo me estoy limitando a devolverte tus atenciones de hace unos días. ¿O acaso olvidaste que me drogaste, querida? Y agradece mi benevolencia, solo dormiste una hora, a diferencia de mí, que estuve inconsciente un día entero —contestó Sebastien, y creyó ver una sombra de arrepentimiento cruzar los ojos verdes de la joven, que fue rápidamente reemplazada por su habitual gesto inexpresivo.

—Está bien, he tolerado bastante su presencia, lord Gauss. Dígame de una vez lo que quiere, necesito salir de aquí. Me están esperando fuera —respondió con voz fría y una mueca de desprecio, imponiendo un trato formal.

Sebastien sintió la furia correr por sus venas, y la locura se apoderó de él. De un salto, se puso de pie y pegó su torso al de la joven, que soltó una exclamación asustada y abrió los ojos como platos, intentando retroceder para despegarse un poco, sin lograrlo.

—¿Ah, sí? Qué pena oír eso, *milady*. Porque tendrás no solo que tolerarme, sino que deberás mostrarte complaciente y dócil, bonita —siseó, su respiración agitada acariciándole el rostro.

—¡Estás loco! No pienso complacerte en nada. Déjame ir ahora mismo, te lo advierto, Gauss —le exigió, acalorada y furiosa, su pecho subiendo y

bajando con rapidez.

—¿Por qué no? Si a eso te dedicas ahora, ¿eres una prostituta, no? Me importa muy poco que tu estúpido amigo esté afuera, puedo hacerte disfrutar más que ese desgraciado y que cualquier otro —dijo con tono grave y ronco, bajando la vista hacia sus pechos y volviendo a encontrar su airada mirada.

—Basta, Gauss. ¡Apártate y libérame! —gritó la joven con furia y rechazo, sus mejillas ruborizadas y sus ojos fríos clavados en los del hombre.

Sebastien la observó unos segundos en silencio.

La imagen que ella representaba era hermosa. Emily lo había hipnotizado, lo seguía cautivando en cualquiera de sus facetas. Y eso lo desgarraba por dentro. Lo desquiciaba, irritaba, frustraba y enfurecía desearla así.

—¿Por qué? ¡Dime por qué me has rechazado siempre! ¿Acaso no me consideras suficientemente bueno para ti? ¿Tan poca cosa... en tan baja estima me tienes, Emily? —soltó sin pensar, completamente enloquecido por su desprecio.

—No... no sabes lo que dices. Creo que es mejor que me desates, déjame ir. No te entrometas en mi camino, Gauss —espetó ella después de un segundo de estupefacción, apartando la vista para mirar sobre su hombro, y pareció distante e impávida.

—Creo que es tarde para eso, no me iré a ningún lado. No sin obtener lo que quiero antes; será mejor que comiences a colaborar conmigo, encanto —negó mordaz, concentrado en el perfil de la joven.

—Estás perdiendo tu tiempo, no te daré nada. No me interesa lo que demonios quieras —contestó inflexible y terca ella.

—Negarte solo alargará más este asunto, pero no te libraré de cumplir —dijo, chasqueando la lengua—. Quiero respuestas, Emily. No estuve siguiendo tu rastro hasta la extenuación para dejarte ir así. No obstante, eso puede esperar un poco; primero, debemos tratar algo más urgente e inmediato —adujo Sebastien, negando con parsimonia y continuando con tono hilarante.

—¿Qué cosa? ¡Dilo de una vez! Solo te recuerdo que no eres nada mío y que no te debo nada —le increpó rabiosa.

—¡Ah, ah! —Volvió a chasquear la lengua, con una expresión burlona en su rostro—. Lamento tener que corregirte, *milady*. Sí me debes... me debes

mucho. Y esta noche pienso cobrar mi deuda —rebatí con la voz convertida en un murmullo gutural.

—¿Disculpa? ¿De qué estás hablando? Has perdido la cordura, tú has... ¡oh! —Su protesta furiosa se cortó a media frase al sentir las manos desnudas de Gauss subir despacio, acariciando sus piernas cubiertas por unas medias de seda.

—Hablo de que tú, Dama Negra, tienes una deuda conmigo. Me debes cinco mil libras y me las pagarás ahora mismo —aclaró él, deteniendo su caricia en el contorno externo de sus muslos.

Sus respiraciones estaban agitadas y, estando tan cerca, Sebastien podía apreciar el nerviosismo de la joven. Su hermoso cuerpo temblaba bajo el suyo, lo que acrecentaba y alimentaba el ansia que estaba quemándole por dentro.

—Yo... yo no tengo el dinero conmigo. Pero puedo conseguirlo, solo permíteme... —pidió, temblorosa y ansiosa, la joven, mordiéndose el labio inferior.

—No —la cortó el conde con un gruñido ronco, clavando los ojos en sus carnosos labios y sintiendo la lujuria golpear con fuerza su cuerpo.

Su pulso se alocó y su corazón latió frenético en su pecho. Apretando el agarre sobre sus muslos suaves y delicados, se cernió más sobre ella, hasta que solo los separó un suspiro de distancia.

— ¿No? —graznó pasmada y desencajada ella, inhalando aire con dificultad.

—No, no quiero tu dinero. Deseo otra cosa —declaró Sebastien, encontrando sus ojos verdes, inquietos, vulnerables—. El pago serás tú. Esta noche, te tendré a ti, mi dulce dama —terminó con tono jadeante y enardecido.

Y el jadeo de la joven fue amortiguado por la potente boca del conde apoderándose de sus labios.

CAPÍTULO 7

Nº 7: No permitas que las heridas del pasado hagan sangrar tu presente.
Capítulo siete del libro *Reglas para no enamorarse*.

Los labios de Sebastien abordaron los suyos con brutal intensidad. Y el mundo de Emily giró violenta y devastadoramente. Por unos segundos, no supo reaccionar, tampoco moverse. Cada uno de sus sentidos estaba subyugado por el roce de sus bocas juntas. Su cuerpo tembló al tiempo que las manos del conde subían acariciando su cintura.

Pronto se encontró devolviendo aquel beso con abrasador ímpetu, sus labios correspondían el hambre que parecía dominar a Sebastien. Un gruñido ronco salió de la boca de Gauss, y el agarre sobre ella se intensificó.

Cuando Emily sintió que sus manos subían por su vientre y se acercaban a su escote, un escalofrío recorrió su espalda. Él se recostó sobre ella, su peso la aplastó contra el colchón y, de inmediato, ella se enfrió. Su cuerpo entero se tensó de terror y el aire abandonó sus pulmones. Sin poder evitarlo, comenzó a sacudirse y revolverse, aterrorizada.

Gauss liberó sus labios justo cuando un agónico grito de espanto escapaba desde su pecho.

—¡No! ¡No, no, no! —exclamó, fuera de sí, luchando por liberarse con todas sus fuerzas.

—Santo cielo..., tranquila. Emily, cálmate, no te haré daño —le dijo, desesperado, Sebastien, quitándose de encima y esquivando sus rodillas y pies fuera de control.

Luego de liberarla de su peso, la tomó por los brazos y la sacudió, tratando de que volviera en sí. Pero fue en vano, la joven temblaba con violencia,

mirándolo sin verlo realmente. Sus ojos, anegados en lágrimas, parecían traspasarlo, como si no estuviese allí, sino muy lejos.

Aturdido y confundido, Sebastien se apresuró a desatar sus muñecas y, una vez que terminó, ella se abrazó a sí misma. Nervioso, retrocedió unos pasos, intentando comprender lo que estaba sucediendo.

Solo una vez él la había visto así, alterada y destrozada. Solo una vez recordaba a Emily tan conmovida.

Y solo el recordararlo hacía que su pecho ardiese y cada latido de su corazón doliera.

Septiembre, 1810, Sussex, Inglaterra.

El carruaje se detuvo frente a la elegante y enorme propiedad del marqués de Landon, y de él bajó un alto joven.

Ansioso y demasiado impaciente, el conde subió la escalinata de piedra sin esperar a que el regio mayordomo lo recibiese.

—Buenas tardes, el marqués espera mi visita —le dijo al sirviente que le abrió la puerta.

El mayordomo lo guio con presteza, pues siendo pariente político de lord Asher, ya había visitado la mansión con anterioridad.

El hombre maduro sentado tras el escritorio lo invitó a pasar tras ser anunciado.

Caleb Asher se puso de pie sonriente, teniéndole la mano con amabilidad.

—Buenas tardes, Sebastien, toma asiento —saludó, sentándose.

—Gracias por recibirme, lord Asher —respondió, sintiéndose un poco nervioso e intimidado por lo que diría a continuación.

—Me sorprendió recibir tu carta. Confieso que me causó mucha incertidumbre el que solicitaras esta entrevista con tanta urgencia —comentó, mirándolo intrigado, el marqués.

—Sí. Como sabes, tío, el verano está terminando y pronto deberé regresar al colegio para cursar mi último año... —comenzó a explicar el conde.

—Claro, lo sé. También Emily partirá en otoño, para iniciar su educación formal de señorita. Ella y mi esposa están muy ansiosas y emocionadas, aunque todavía faltan tres años para su presentación en sociedad. Es por eso

que no le permití viajar a Francia para pasar el verano con vuestra abuela y Elizabeth —dijo, a su vez, el marqués, asistiendo.

—Verás, tío, eso es lo que me motivó a pedir esta cita. Sé que a partir de ahora, Emily estará lejos y ya no podré verla con asiduidad. Y yo... es decir... creo... —siguió Gauss, tartamudeando dudoso al final.

—Un momento, no te comprendo, muchacho. ¿Qué intentas decirme? Lo mejor es que lo digas de una vez —lo animó Caleb, pareciendo sorprendido y algo divertido.

—Bien, sí, tienes razón. —Suspiró, armándose de valor—. Quiero pedir tu autorización para cortejar a Emily formalmente —soltó Sebastien, sintiendo sus manos y su corazón temblar de anticipación.

—¿Tú me estás pidiendo la mano de mi hija? —lo interrogó, atónito, lord Asher, alzando ambas cejas.

—No, señor. No osaría hacer algo como eso, no sin contar con la aprobación de Emily. Ella tiene en claro mis intenciones y está de acuerdo —le aclaró, acomodando los puños de su saco.

—Bueno, me alivia saber eso. A pesar de que te tengo aprecio, y de que me tranquilice pensar en entregar a mi hija en manos del sobrino de mi hermana, quisiera saber cuáles son tus sentimientos y qué piensa Emily al respecto —inquirió el marqués, observando penetrantemente al joven.

—Yo amo a su hija, señor. La amo desde... desde siempre y por siempre. Y, afortunadamente, Emily me corresponde —declaró Sebastien con seguridad, viéndolo con abierta sinceridad.

—Bueno, por supuesto que deberé conversar con Emily. Pero si lo confirma, tendrás mi apoyo. Solo te pido que recuerdes que mi hija solo tiene quince años. Ambos son muy jóvenes y no podrán prometerse hasta que ella sea presentada en sociedad —contestó después de un minuto de tenso silencio, en el cual el hombre mayor pareció evaluarlo y analizarlo en profundidad.

Media hora más tarde, Sebastien caminaba por la campiña, pues le habían informado que Emily se encontraba en la cabaña junto al lago, pintando como hacía cada tarde.

Apreciando el pintoresco paisaje, Sebastien recorrió las tierras campestres de lord Landon. Pronto arribó a la pequeña casa de madera que su dama

utilizaba para practicar su arte.

Estaba muy ansioso por verla, no podía esperar para contarle lo que el marqués le había dicho. Llevaban meses planeando ese momento y, aunque se comunicaban regularmente por carta, necesitaba verla con urgencia. Todos esos meses lo había anhelado con locura. Moría por ver sus hermosos ojos color jade, oler su exquisita fragancia y besar sus dulces labios.

«Emily...». Solo su nombre hacía que su corazón se desbocara y las palmas de sus manos sudaran.

Al girar para tomar el camino empedrado de acceso a la cabaña, alcanzó a ver a un hombre partiendo a galope por el camino lateral que bordeaba el lago. No reconoció al jinete, pues solo pudo vislumbrar que vestía una camisa y calza marrón y que el resto de su ropa la llevaba en una mano. Ralentizó sus pasos y, extrañado, vio el caballete donde Emily pintaba volcado en el césped y las acuarelas de la joven esparcidas por doquier.

Alarmado, corrió hacia la puerta, la abrió de golpe y se encontró con la imagen menos pensada. Estupefacto, Sebastien observó desde la entrada, tan aturdido que sus miembros se habían paralizado.

—¿Em?... ¿qué demonios sucede? —inquirió desenchajado, adentrándose un poco en la estancia.

—¡Sebastien!, ¿qué... qué... hac... haces aquí? —balbuceó ella. Su voz llegó desde atrás de un biombo ubicado al fondo.

—¿Qué hago aquí? ¡Qué haces tú aquí! —le increpó dolido e incrédulo, acercándose a la cama.

Las sábanas estaban revueltas y una gran mancha de sangre podía verse en el centro de estas.

El aire abandonó los pulmones de Sebastien y, mareado, volteó hacia la figura delgada de la joven que se acercaba dando un respingo nervioso y tapándose con la sábana apresuradamente, su cabello despeinado y su cuello marcado.

—Yo... yo... Oh, Dios —balbuceó Emily, con las mejillas encendidas, sus ojos mojados y su rostro tenso.

Pasmado, Sebastien retrocedió tambaleante, sintiendo la bilis subir por su garganta y el cuarto girar descontrolado.

—¡No, Bastien, espera! —gritó, frenética, la joven, alcanzándolo en la

puerta.

El conde se giró y encontró sus ojos verdes bañados en lágrimas, la mano que lo retenía temblando, al igual que sus labios hinchados y rojizos.

—Solo... respóndeme una cosa. ¿Te entregaste a él? —le preguntó desgarrado, su voz solo un sonido ronco y torturado.

Emily derramó más lágrimas, cerró los ojos un segundo y, luego, su mano soltó lentamente su brazo.

Sebastien sintió su alma quebrarse y una lágrima descender por su mejilla. Aun así, aguardó en esperanzado y agónico silencio.

La joven abrió los ojos y ya no estaban mojados, solo había un frío y desolador vacío. La muchacha de la que se había enamorado, no estaba. Todo había sido una ilusión, una farsa, un engaño.

Emily afirmó con la cabeza y, con ese gesto, destrozó su mundo entero. Una herida atroz y sangrante se abrió en su pecho y el dolor impregnó cada rincón.

Entonces la odió... la despreció con tanta fiereza que temió de sí mismo. El frío que sintió en su alma se coló hasta sus extremidades, por lo que, haciendo una reverencia fingida, volteó y salió de la casa. No miró atrás, se alejó sin detenerse. Abandonando allí su ser, su corazón y esperanza irreversiblemente. Cada paso dado lo alejaba de aquel futuro soñado, enterrando su presente bajo el peso de la traición de Emily Asher.

Su pasado.

CAPÍTULO 8

Nº 8: No cedas ante la fuerza del destino, pues hacerlo significaría apostar tu corazón y perderlo definitivamente.

Capítulo ocho del libro Reglas para no enamorarse

Cuando los temblores empezaron a cesar y el frío que se había apoderado de su cuerpo remitía lentamente, Emily fijó su mirada perdida en el hombre que estaba poniendo su mundo de cabeza... otra vez.

Sebastien la observaba de hito en hito, sus ojos violetas parecían desolados y atormentados. Su postura era tensa, con la mandíbula apretada y las manos cerradas en fuertes puños.

Al encontrarse sus miradas, el gesto de él mutó, y la mirada fría y cínica habitual regresó a sus rasgos masculinos y apuestos.

—Debo irme, si no salgo pronto, vendrán a buscarme —dijo, rompiendo el tenso silencio.

—¿Tu perro guardián vendrá por ti? —contestó, con mordaz desprecio, él, todavía de pie, a unos pasos de la cama.

—Si con eso te refieres a quien cuida de mí, sí, así es. Y no lo metas en esto —le advirtió molesta.

—Pues no creo que tu amante te cuide como debería, teniendo en cuenta que deja que vendas tus encantos a cualquiera y que te expongas en vulgares tugurios —le espetó el conde, arqueando una ceja con tono duro y frío.

Emily sofocó una exclamación ante su comentario y su cuerpo se movió con inconsciente indignación, estampándole con fuerza la mano en la mejilla izquierda.

La cabeza de Sebastien giró por el impacto, y él volvió su vista a ella

mirándola con odio.

—¡Te lo advertí, Gauss! ¡Cállate y no vuelvas a dirigirme la palabra! — exclamó airada, conteniendo a duras penas las ganas de asestarle otro golpe, y se distanció unos pasos.

—Así que la gatita tiene sus uñas afiladas... —dijo, con tono burlón, él, acariciando la marca roja que adornaba su mejilla—. Y, además, la Dama Negra tiene orgullo. Bien, me gusta, me atrae eso. Eso sí, mi dama, no vuelvas a golpearme, porque si lo haces, no dudaré en tomar lo que me debes, y nada podrá frenarme —continuó, acercándose a ella con un brillo peligroso y oscuro en sus ojos, acechándola.

—No te tengo miedo, Gauss, y puedes guardar para ti tu vil amenaza, pues es lo único que puedo esperar de alguien tan ruin, cruel y perverso como tú —contraatacó, con desdén, ella, manteniéndose firme en su lugar, negándose a retroceder ni dejarse amedrentar.

—Tal como yo espero de ti frialdad, mentiras y traición. Sin embargo, tu juego terminó, ahora mismo vendrás conmigo y regresarás a tu casa. Solo así podré librarme de ti y volver a mi vida —respondió con desprecio y resolución; se había detenido muy cerca, pero no la tocaba.

—¡Estás loco! No iré a ninguna parte contigo. ¡Lárgate y deja de entrometerte en mi camino! Vuelve a tu vida banal y hedonista —respondió enojada y, a la vez, nerviosa, pues no sabía cómo deshacerse de él.

—No me iré, Emily. No sin ti, le hice una promesa a Margaret. Nuestra tía está angustiada y desesperada por ti; se esforzó mucho para que, a pesar de los rumores sobre la salud de tu padre, tú pudieses reinsertarte en sociedad y buscar un esposo, ¿y así se lo pagas? Mintiendo y engañando. Yo prometí llevarte de vuelta, y eso haré —afirmó Gauss con decisión, interponiéndose cuando la joven se dirigía hacia la puerta.

—¡Ah! Resulta que ahora el conde sí sabe lo que es cumplir una promesa. ¡Vaya, quién lo diría! —contestó ella, respirando con agitación luego de observarlo unos segundos. Su voz no pudo ocultar la amargura y rencor que guardaba en su interior.

—Tú... tú, no puedes reclamarme nada. Justo tú, que no sabes lo que la palabra promesa significa —rebatía Sebastien, su cara convertida en una máscara dura y su voz teñida de odio y algo más que no logró discernir.

Abatida, Emily se alejó, dándole la espalda, y caminó hasta la ventana. Miró sin ver el exterior oscuro, iluminado solo por la luna.

—No puedo ir contigo, Gauss, no puedo regresar todavía. Si me llevas a la fuerza, no lograrás nada, solo que escape nuevamente en cuanto tenga la mínima oportunidad —le informó con tono cansado y resignado, sin voltearse.

Un silencio sombrío cayó sobre ellos. Y luego lo sintió detrás, respirando muy cerca.

—¿Por qué? Dame alguna razón para no llevarte a rastras de aquí. Algún motivo que me permita entender qué sucede contigo, Emily. ¿Por qué has huido y estás desperdiciando tu vida de esta manera? Hazlo, y tal vez desista y te deje seguir. —Su tono fue suave y tranquilo.

Emily se debatió en silencio, indecisa y confundida por su repentina amabilidad. No sabía si podía confiar en ese hombre, puesto que no tenía un buen concepto de él, no desde hace un par de años; antes le habría confiado su vida. Pero ya no... ya no.

No obstante, se hallaba en una encrucijada, en un callejón sin salida. Pues, por un lado, estaba la misión que tenía, su objetivo de hallar a ese hombre y en lo que venía fallando miserablemente. Y por otro, tenía el constante asedio del conde de Gauss, del que sabía que no se libraría. Lo conocía lo suficiente como para saber que él no cejaría en su persecución y determinación de llevarla a casa, no por nada lo habían apodado el Halcón blanco. Y, definitivamente, no era nada bueno, no para su misión. Quizás, el momento de pedir ayuda había llegado, aunque fuera a un hombre que no quería junto a ella y al que despreciaba.

Estaba cansada de luchar sola, había recorrido demasiado desde que se había enterado de la verdad. De esa terrible y devastadora verdad. Ya no sabía por dónde seguir, de qué manera continuar. Sus esperanzas de hallarla, de volver a verla, disminuían con cada día que pasaba, al contrario de su desesperación, que no dejaba de crecer.

Tal vez, podría arriesgarse y ceder solo un poco. De todas formas, el destino parecía haber decidido por ella cuando los juntó en Place Club y el conde apostó por ella. Quizás fuera hora de redoblar la apuesta y hacer una jugada arriesgada.

Su corazón comenzó a acelerarse al ritmo de sus emociones desbordadas, pues sentía que estaba por dar un temerario salto a un profundo y negro abismo. Y que hacerlo sería un hecho definitivo y trascendental.

—Bien. Te lo contaré, Gauss —anunció, tomó aire y giró hacia Sebastien, tratando de juntar valor y rogando no arrepentirse de la locura que estaba a punto de cometer.

CAPÍTULO 9

Nº 9: No dejes que el rencor determine tus acciones, pues un corazón que llega a odiar intensamente es un corazón que supo amar fervientemente.

Capítulo nueve del libro Reglas para no enamorarse

La inesperada afirmación de Emily sorprendió a Sebastien, realmente no esperaba que accediese tan rápido. Al contrario, estaba preparado para una actitud reticente y reacia.

Los ojos verdes de la joven parecían pozos brillantes y podía percibir inquietud, miedo y vulnerabilidad en ellos. Pero, sobre todo, profundo pesar y tormento.

—Me alegra oír eso, solo te advierto que me digas la verdad. No podré ayudarte si me mientes —le dijo y apartó la vista de su bello rostro, tragando saliva, incómodo.

Siempre que la tenía cerca, sus sentidos se alteraban y le costaba pensar con claridad, pues su cuerpo lo traicionaba, llevando a su mente por peligrosos derroteros. Frustrado e indignado consigo mismo, dio un paso atrás y se recriminó su debilidad.

Emily no parecía percatarse de la brutal intensidad con la que estaba observándola porque sus ojos estaban clavados en el suelo. Parecía estar debatiendo consigo misma y tratando de armarse de valor.

Sus carnosos labios dejaron ir un suspiro y, a continuación, Emily se enderezó y alzó la vista hacia él. Su mirada era distinta, parecía estar teñida de resolución y determinación, cuando ella abría la boca nuevamente, unos golpes en la puerta la interrumpieron, haciéndolos sobresaltar.

Dándole una seña para que guardase silencio, se dirigió a la entrada.

—¿Quién? —preguntó, en voz alta, con tono molesto por la inoportuna intromisión.

—Soy Ross. Deben salir, sabes que no se puede usar tanto tiempo una habitación y comenzarán a levantar sospechas —le dijo su mejor amigo, su voz rasposa se oía amortiguada.

—De acuerdo, haz lo que acordamos —respondió Sebastien, volteándose hacia Emily, que seguía en su posición junto a la ventana, con los brazos rodeándose a sí misma.

—Emily, ponte la máscara y la peluca. Te sacaré de aquí y continuaremos con nuestra conversación —le ordenó, y sorprendentemente, ella lo obedeció sin rechistar.

Al abandonar la habitación, caminaron por el pasillo desierto, tal y como le había indicado a su amigo. Ross, que era el seudónimo que utilizaba dentro del club, era su aliado en todo. Su verdadero nombre era Ethan Withe, y se había convertido recientemente en el noveno duque de Riverdan.

Se habían conocido cuando Sebastien ingresó a trabajar a la corona como espía. El en ese entonces duque se dedicaba más al trabajo de campo, mientras que él lo hacía por fuera. Era un rastreador, sus misiones consistían en seguir pistas y hallar fugitivos, traidores y soplones. Y nunca fallaba, por eso lo llamaban el Halcón Blanco.

Su amistad se había consolidado con el paso de los años, hasta convertirse en una fuerte hermandad. Ethan, además de ser su mejor amigo, era el hermano que nunca tuvo. Y lo había demostrado innumerables veces, pues habían salvado sus vidas mutuamente en reiteradas oportunidades.

En aquella ocasión, el duque no apoyaba su persecución. Creía que estaba obsesionado con Emily y no se fiaba de ella, ya que estaba al tanto de casi todo lo sucedido en el pasado. No obstante, lo había seguido en la búsqueda desde el principio y había accedido a actuar como carnada aquella noche, puesto que la joven no lo reconocería, y así evitarían que Emily huyese, como hacía en cada uno de sus encuentros.

Tirando del brazo de Emily, giró hacia la izquierda y tomó un recodo que daba a las dependencias de la servidumbre. Salieron al exterior por la puerta trasera, la que daba a las caballerizas.

Su carruaje estaba preparado para partir y, aliviado, guio a Emily hacia él.

Gracias a Dios, Ethan se había encargado de todo, pues sería muy peligroso que alguien los viera salir juntos de la mansión. Además de ir contra las reglas del club, empezarían a hacerse conjeturas sobre la identidad de la dama. Y eso era lo último que deseaba, estaba decidido a proteger la reputación de Emily, aunque ella estuviera empeñada en arruinarla.

Casi habían llegado al vehículo cuando una figura alta y delgada se interpuso y les bloqueó el camino. Sebastien de inmediato se tensó al reconocer al hombre que tenía frente a sí.

—Apártate —le advirtió, solo el verlo le producía una revolución de ira en su interior.

El hombre también endureció su postura. Iba vestido como sirviente y un sombrero cubría la parte superior de su cara, dejando a la vista una mandíbula cubierta de vello y sus labios apretados en una fina línea.

Emily tiró de su brazo para intentar liberarse, pero no se lo permitió, sino que apretó más el agarre sobre ella.

—Por favor, Gauss, permíteme hablar con él a solas un momento. No le hagas daño, ¡por favor! —le rogó la joven, y a pesar de no estar mirándola, pudo sentir la angustia y la preocupación que el hombre despertaba en ella. Y eso lo enfureció, lo enloqueció terriblemente.

—¿Acaso seguirás defendiendo a tu amante? ¡Continuarás arriesgando tu seguridad y tu futuro, solo para seguir revolcándote con esta escoria! Qué bajo has caído, *lady* Asher, me repugnas —escupió, girándose hacia ella ciego de ira y rencor. Soltó su brazo como si el contacto le fuese repulsivo. Su voz llena de desprecio y sus ojos taladrándola con frialdad tras el antifaz negro.

Emily sofocó una exclamación y su barbilla tembló visiblemente. Sin embargo, no llegó a oír su respuesta porque una mano se posó en su hombro y, luego de girarlo bruscamente, un puño se estrelló con violenta fuerza en su rostro.

Escupiendo sangre, Sebastien miró al delgado joven y arremetió contra él, golpeando con fuerza su espalda contra el carruaje. Luego le propinó un puñetazo en la mejilla, esquivando una mano que se dirigía a su estómago.

Tras ellos, escuchaba a Emily gritar, pero nada podría frenarlo en aquel momento. En su mente, estaba seguro de que ese maldito era el hombre que

le había arrebatado a Emily, quien se lo había quitado todo.

Lleno de rabia ciega, lo golpeó en las costillas y en donde podía alcanzar, una y otra vez. El sirviente se había defendido bastante bien en un principio y logró pegarle en uno de sus pómulos. Pero pronto perdió energía, parecía débil y exhausto.

No obstante, eso no detuvo a Gauss, que sentía años de odio y dolor saliendo de su cuerpo con cada movimiento.

Emily comenzó a golpearlo en la espalda, al dejar caer al joven al suelo y cernirse sobre él, pero sus pequeñas manos no podían frenarlo ni causarle daño.

El sombrero del sirviente se había caído, dejando a la vista un cabello negro, y cuando su cabeza se venció hacia atrás, aparentemente inconsciente, Gauss vislumbró una gran cicatriz marcando su mejilla.

—¡Suéltalo, animal! ¡Ya basta! —gritaba Emily desesperada, tirando de su pelo hacia atrás. Sebastien se soltó de un tirón y, todavía enloquecido, apretó el cuello del hombre más joven, deseando matarlo, acabar con su miserable vida allí mismo.

Un chasquido metálico resonó y enseguida sintió el cañón de un arma contra su nuca.

—Suéltalo ahora mismo, o disparo —amenazó, con tono frío, la joven.

CAPÍTULO 10

Nº 10: Apresúrate a huir de lo que ponga en riesgo la libertad de tu corazón, sentimientos y recuerdos.

Capítulo diez de libro Reglas para no enamorarse

Con el corazón latiendo a toda velocidad, Emily amartilló el arma y apuntó a la nuca de Sebastien. Él se paralizó de inmediato y se puso completamente rígido. Desde su posición detrás de él, ella podía ver el rostro pálido de su hermano, su cabeza colgando floja y sus ojos cerrados. El conde seguía rodeando con sus manos el cuello de Jeremy, pero ya no ejercía presión.

—¿Serías capaz de apretar el gatillo? —preguntó, y su voz sonó peligrosa. Tanto, que las rodillas de Emily se aflojaron y la garganta se le secó. Aun así, su pulso no tembló y la mano que sostenía la pistola no se desvió de su objetivo.

Cuando vio a Jeremy interponerse en el camino, supo que algo muy malo sucedería, su hermano no permitiría que la alejaran de él, y Sebastien no era un hombre acostumbrado a que le llevaran la contraria. El miedo la había petrificado por un momento, pero pronto la ira corrió por sus venas. Y no solo eso, sino un imparable instinto protector; Jeremy era su vida y no podía soportar que algo le pasara.

Desesperada, había gritado con todas sus fuerzas para que no se enfrentaran y para que el conde se detuviera. Sin embargo, ellos no habían escuchado sus súplicas y demandas, concentrados en golpearse mutuamente.

Sabía lo que impulsaba a Jeremy, pues su hermano conocía parte de su historia con Gauss. Aunque no todo, solo el daño que él le había causado y por el que lo había terminado odiando. Pero no comprendía la violenta furia

con la que Sebastien había arremetido contra el que creía su amante. Teniendo en cuenta su historia y su pasado, estaba claro que la detestaba y la odiaba tanto como ella a él, o tal vez aún más.

Desesperada, había golpeado su espalda, pero Gauss estaba tan ciego y fuera de sí que fue en vano. Quiso gritarle que era su hermano, y la angustia por no poder hacerlo casi la mata. Ese era un secreto que no podía develar, no si quería mantenerlo protegido. Había muchas razones por las que nadie podía saber que Jeremy era su hermano.

Al ver que este perdía el conocimiento y que Gauss seguía desatando su enojo y comenzaba a asfixiarlo, el terror la empujó a tomar una drástica medida.

Y allí estaba, apuntando con un arma al hombre al que una vez había amado con locura, incluso más que a sí misma. Pero ya no... ya no.

—No lo dudaría ni por un solo segundo. Suéltalo ahora mismo, maldita sea, no lo repetiré —contestó finalmente, su voz endurecida. Sebastien se tensó más todavía y soltó el cuello de Jeremy, dejándolo caer sin cuidado al suelo.

—Ahora levántalo y mételo en el carruaje —le ordenó, intentando ocultar el temblor de su voz con un tono autoritario—. ¡Hazlo! —apremió cuando él pareció vacilar, y se alejó unos pasos para darle espacio, pero no dejó de apuntarle.

Él se agachó y alzó el cuerpo desvanecido de Jeremy, no pareció hacer demasiado esfuerzo, su musculosa anatomía superaba ampliamente la desgarrada y delgada contextura del más joven. Luego lo aventó por la puerta abierta del coche y lo soltó como si fuese basura. Su pecho subía y bajaba agitado por la furia.

—Apártate del vehículo, despacio, y no intentes nada o te hago un agujero —le dijo ella señalando con la mano libre un carruaje ubicado muy cerca y rogando que no apareciera nadie por el patio.

El conde se giró hacia ella, y su directa mirada de odio por poco le hizo resbalar el arma. Más no se dejó amilanar, sino que su postura y puntería se afianzaron.

—¡Levanta las manos! —exclamó con dureza y, acercándose con cautela, abrió la puerta del otro carruaje—. Entra —le ordenó, los nervios amenazando su compostura, pensando que si él se negaba, no sabría cómo

proceder.

El conde no se movió ni un ápice ni acató su orden de levantar los brazos. Todo lo contrario, los mantenía junto a su cuerpo, apretando los puños con fuerza. El antifaz negro que antes ocultaba sus rasgos se había caído en algún momento de la refriega, y sus ojos violetas la estaban taladrando con tanto desdén y frialdad, que sintió un nudo apretando su estómago. Se miraron fijamente, ella intentando ocultar su temor, y él despidiendo rechazo por sus pupilas. Hasta que el sonido de voces acercándose a la puerta trasera de la mansión los sacó de su enfrentamiento silencioso. Sebastien apretó la mandíbula y subió al carruaje con el cuerpo rígido. Una vez dentro, clavó la vista en ella nuevamente, y lo que vio en su mirada logró que se sacudiera hasta las entrañas.

—Jamás pensé que llegaría el día en el que me apuntarías con un arma para salvar a otro hombre —dijo con tono bajo y frío—. Te juro, te juro por lo más sagrado, que te arrepentirás por esto, Emily —sentenció; su voz, letal y tenebrosa; sus ojos, vacíos.

—Ya lo hice hace dos años. Hasta nunca, Sebastien Albrigh —replicó ella. Cerró la puerta del coche con ímpetu y la trabó por fuera.

Temiendo mirar al interior, volteó hacia su carruaje y, subiendo al pescante, guardó entre sus ropas la pistola y procedió a salir de la propiedad. Mientras maniobraba con cuidado el vehículo, dirigiendo a los caballos por el apenas iluminado camino, su corazón no dejó de latir alocadamente en su pecho. Guio con más ahínco a los animales, como si acelerando pudiese huir del caos que inundaba su interior. La imagen de los ojos de Gauss, llenos de odio y algo que no se atrevía a analizar, la perseguían. Y sabía que no se libraría de ese recuerdo que invadiría sus sueños como aterradoras pesadillas. En mala hora tenía que haberse atravesado en su camino el conde de Gauss. Solo quedaba esperar que aquella fuera la última vez en la que tuvieran que enfrentarse.

Apuró a los caballos y rogó por que su deseo se cumpliera. A pesar de que, dentro suyo, una voz le repetía que ese final entre el Halcón blanco y ella distaba mucho de acabar allí.

Todo lo contrario, tenía la terrible certeza de que apenas comenzaba...

CAPÍTULO 11

Nº 11: Evita mirar tras la máscara porque esta es la barrera que mantendrá a salvo tu alma.

Capítulo once del libro Reglas para no enamorarse

—**F**rancamente, amigo, no creí estar vivo para verte en esta situación —dijo Riverdan en tono de mofa, luego de ayudarlo a salir del coche en donde lo había encerrado Emily.

—Yo tampoco, y te lo advierto, ni una palabra más sobre esto. No estoy de humor —le advirtió malhumorado, dirigiéndose al carruaje del duque en el que habían llegado ambos.

—Tranquilo, no es mi intención que te sientas encerrado —siguió burlándose el duque, subiendo detrás de él, sin perder su gesto serio.

Sebastien maldijo para sus adentros. Esa mujer se las pagaría. Había terminado con su paciencia, iría tras ella y la traería arrastrándola del cabello, si fuese necesario, a punta de pistola.

No lo podía creer, sentía la furia y el rencor elevándose a los lugares más recónditos de su ser. Ella se había atrevido a amenazarlo. ¡Le había apuntado con un arma! ¿Desde cuándo sabía manejar una? Y, lo peor, lo había hecho para defender a su amante. A ese inservible tipejo, ese hombre cobarde que la ofrecía como vulgar mercancía y le permitía exponerse a todo tipo de peligros.

Un dolor agudo quemó su pecho al pensar que Emily lo había traicionado por esa persona, cambiando todo lo que tenían para ser la prostituta de ese poco hombre. El cuerpo entero le tembló de rabia, apenas podía contener el impulso de destrozar y acabar con todo a su alrededor, pero ya no era ese

joven inmaduro y arrebatado. Además, descontrolarse significaría que ella seguía teniendo poder sobre él, que continuaba afectándole. Y no era así, para nada le importaba lo que ella hiciera. Solo quería terminar con aquella detestable misión, cumplir con su promesa y seguir con su agradable vida. ¡Y Emily Asher podría pudrirse en el infierno!

A medianoche, decidieron detenerse para descansar antes de proseguir viaje. Pararon en una posada en el camino y, tras pedir dos cuartos, se sentaron a cenar en la habitación de Ethan.

—¿Me dirás qué sucedió? —interrogó el duque, dejando la pieza de cordero en su plato.

—Ella se fue y, esta vez, no tengo idea de dónde encontrarla —respondió él frustrado, y bebió de su copa de vino.

—Eso es evidente, amigo. Pero no comprendo cómo se lo permitiste... y cómo terminaste encerrado dos horas en ese carruaje —insistió Ethan, incapaz de ocultar su incredulidad.

—Su sirviente se interpuso cuando salíamos, nos trezamos a golpes y... lo que ya sabes, me encerraron —le contó a medias, jamás le daría a nadie los detalles del episodio o enfermaría.

—¿De verdad esperas que crea que una mujer y su sirviente enclenque pudieron contigo y te obligaron a entrar en un coche averiado? —contestó, con sarcasmo, su amigo.

Sebastien prefirió no responder, era ridículo lo que contaba. De no ser por las voces que se acercaban cuando le había ordenado entrar al carruaje, la historia sería otra. Ella escapó porque no había querido atraer la atención sobre ellos, de haber dado la voz de alarma, se habría producido un escándalo y la identidad real de la Dama Negra hubiera salido a la luz, lo que definitivamente arruinaría la reputación de la joven.

Ethan respetó su silencio y siguieron comiendo, sumidos en sus pensamientos.

—Bien, ¿cuál es el plan a seguir? —preguntó el moreno cuando acabaron de cenar, tirando su servilleta sobre la mesa.

—Creo que ella parará por un tiempo, no se arriesgará a aparecer por ninguno de esos antros sabiendo que estoy al tanto de que lo hace y de que tengo muchos contactos, así que me encuentro un poco desorientado ahora

mismo —confesó, estirándose en su silla y mirando el techo, impotente.

—¿Hacia dónde te diriges? —preguntó su amigo horas después, mientras esperaban el carruaje del duque.

—Voy a Costwold, a la propiedad de campo de mi hermana. Allí espero encontrar algunas respuestas —dijo Sebastien, poniéndose de pie, al ver el coche detenerse frente a la posada.

—Debo visitar una de mis propiedades, Stanton me queda de camino, así que puedo acompañarte y seguir la marcha —comentó Riverdan.

—De acuerdo. Sé que ahora que has tomado posesión del ducado tienes mucho trabajo, y por eso agradezco tu ayuda, Ethan —dijo junto a la puerta abierta.

—De nada, tu caótica vida ayuda a distraerme del desastre en el que se ha convertido la mía. Cuando vuelvas a Londres, avísame —le pidió, y Sebastien pudo notar que en sus ojos había cansancio y una profunda amargura. Aunque no sabía todo, conocía el desprecio que su amigo había sentido hacia su padre, el anterior duque.

A media mañana, arribaron a Sweet Manor, la propiedad de los duques de Stanton. El día había amanecido en extremo caluroso y el sol brillaba con fuerza cuando bajaron del carruaje.

Smith, el mayordomo de su hermana, los recibió y, después de tomar sus sacos y sombreros, los guio hacia la terraza. A medida que se acercaban, pudieron oír risas estridentes y gritos agudos y femeninos. Al salir al jardín trasero, vieron la mesa con restos del desayuno, pero no estaban Elizabeth ni su esposo.

Curiosos, se asomaron por la balaustrada de piedra y lo que vieron por poco los deja tan duros como la baranda bajo sus manos. Allí abajo, sobre la pradera, se hallaban cuatro mujeres vestidas con pantalones y camisas.

Sin embargo, su parálisis no se debía a la visión devastadora que ellas representaban con esas calzas y esas camisas colgando de sus esbeltos cuerpos, no. Sino a la dama que estaba en el centro del círculo, con el cuerpo en posición de ataque, frente a un joven alto y delgado. El sirviente se notaba reacio e incómodo y aparentaba querer estar en cualquier otro sitio.

La joven rubia le hizo una seña para que se acercara, parecía que llevaban rato haciendo aquello. Las demás contuvieron el aliento y se taparon los ojos

con las manos. El mozo arremetió contra la muchacha, alzando el brazo como si fuese a asestarle un puñetazo. Pero no llegó a su objetivo, pues la rubia se agachó justo a tiempo y esquivó el ataque ágilmente, se tiró al suelo con las piernas estiradas y pateó al joven a la altura de los tobillos, lo que lo hizo caer bruscamente boca abajo.

Las demás saltaron y gritaron emocionadas, y la joven se inclinó en una reverencia, agradeciendo los aplausos. El cabello se le había soltado en la maniobra y en ese instante caía suelto por su espalda, pero el femenino gesto se veía opacado por la vestimenta masculina.

—¿Quién diablos es esa mujer? —gruñó el duque a su lado, y su voz sonó más como un graznido seco.

—Es... es *lady* Violet, la hermana pequeña del conde de Baltimore, no sé si lo recuerdas. Es el amigo y vecino de mi cuñado, Steven Hamilton —respondió, todavía pasmado, Gauss, observando cómo Violet trataba de arrastrar a su gemela al centro y a esta negar nerviosamente. Entonces, levantando las manos al cielo, la soltó y atrajo a *lady* Daisy, otra de sus hermanas, hacia ella, mientras comenzaba a mostrarle la posición de defensa.

—Conozco a Baltimore, y déjame decirte que ha hecho un pésimo trabajo como hermano mayor. ¿Y el duque es cómplice de esta locura? —contestó, con sequedad, Ethan, su expresión mortalmente rígida, observando cómo Violet se subía a horcajadas en el pecho del sirviente y lo inmovilizaba sin esfuerzo.

La duquesa, que miraba todo atentamente, volteó unos segundos y los vio parados como estatuas en la terraza. Abrió los ojos como platos y, diciendo algo a sus vecinas, se dirigió hacia ellos con pasos presurosos.

—¡Sebastien! —exclamó cuando estuvo cerca y lo abrazó con cariño.

—Buenas, ángel. Veo que estás ampliando tu gama de conocimientos —la picó y rio cuando ella se ruborizó con violencia.

—No se lo digas a Nicholas, no sé lo que me haría si se enterara —respondió, risueña, ella y estiró su camisa, como si con aquel gesto pudiese impedir que él reconociera su propia ropa.

—No se lo diré, y me alegra que mi antigua vestimenta te sea útil —dijo, tocando su nariz juguetonamente.

—¡Oh, detente! No seas maleducado y preséntame a tu amigo —le

reprochó mirando con curiosidad a su acompañante.

—Elizabeth, te presento a Ethan Withe, duque de Riverdan. Ella es mi hermana, *lady* Elizabeth, ahora duquesa de Stanton. —Ellos se saludaron cortésmente, y luego Lizzy miró fijamente a su hermano.

—¿A qué se debe tu visita? ¿Has encontrado a Emily?, ¿ella se encuentra bien? —no tardó en preguntar con su habitual modo directo.

—No, no la hallé. Y como dejamos pendiente la conversación con nuestra tía hace unos días, he venido para hablar con ella —respondió y, de reojo, vio que las vecinas de su hermana los habían visto. *Lady* Daisy, visiblemente acongojada, abandonó el lugar por la puerta del jardín, la seguían *lady* Rosie corriendo con la cabeza gacha, y *lady* Violet que, al contrario de sus hermanas, caminaba con grandes zancadas y la cabeza en alto.

—Tía Margaret no se ha estado sintiendo bien, le insistí para que guardara reposo, veré cómo está y te informaré. Pero tomen asiento, ordenaré que traigan un refrigerio para ustedes —les pidió Lizzy, y salió rápidamente tras las hermanas Hamilton.

Lady Asthon estaba sentada en su cama, con la espalda erguida y un gorro de dormir tapando su cabello gris. Parecía cansada y débil, algo raro en ella. Aunque su expresión resuelta y gesto adusto seguían allí.

—Anda, siéntate, Albrigh, y deja de mirarme como si estuviese muriendo —le ordenó la anciana con su voz ronca, señalando un silla junto a la cama.

—Buenos días, tía. Déjame decirte que tu belleza ha alegrado mi mañana —le dijo, galante, Sebastien, tomando su frágil mano para depositar un beso.

—Oh..., no intentes tus tetras conmigo, granuja. Y mejor dime qué le sucedió a mi sobrina —demandó, lo arató de un manotazo y clavó sus ojos negros en él.

—Lo que sucede es que tu sobrina es un dolor de cabeza —contestó enfático—. La volví a encontrar, pero con ayuda de su sirviente volvió a desaparecer —explicó evadiendo decir la nueva actividad a la que se dedicaba su prima política, sería demasiado para el débil estado de su tía.

—Sebastien, sé que me estás ocultando cosas. No puedes engañarme, muchacho —declaró, sagaz, la dama, entrecerrando los ojos—. Cuando pedí

tu ayuda, lo hice porque sé que eres el mejor rastreador de Inglaterra. Y por más inteligente que mi sobrina sea, no es rival para ti. Así que dime, ¿qué está pasando con Emily?

—Bueno, ella... ella ha estado visitando tugurios y antros. Al parecer, está buscando a alguien, pero no tengo idea de quién puede ser —respondió finalmente, y le asombró no ver ni un gesto de sorpresa en la cara de su tía. Ella sabía algo.

—¡Oh, no! ¡Esa maldita muchacha ha perdido la cordura! No entiendo cómo descubrió la verdad —exclamó, con indignación, la anciana.

—¿De qué verdad hablas, tía? —preguntó aturdido.

—No lo mencioné antes, no me pareció pertinente a la desaparición de mi sobrina. Es un secreto muy bien guardado, nadie, además de mi hermano, sabe sobre él, y yo le di a este mi palabra de callarlo. Por supuesto que Caleb me lo pidió en su estado de locura, hace muchos años —murmuró, volviendo sus ojos hacia él, su mirada inquieta y perturbada.

—Debes decírmelo, puede ser la clave para dar con Emily. No creo que lord Landon se moleste, no en su estado perturbado —adujo más inquieto a cada minuto.

—Hace cinco años... mi cuñada, *lady* Landon, perdió la vida en un naufragio. Mi hermano enloqueció de dolor y, con mi sobrina internada en un colegio de señoritas, se quedó solo. Caleb no volvió a ser el mismo, se negaba a aceptar la muerte de su esposa, decía que estaba viva y que el diablo la había secuestrado. Él fue declarado demente y quedó recluido en su mansión campestre —descubrió su tía, y Sebastien quedó sorprendido al ver la mueca de pesar en su arrugado rostro, pues nunca la había visto otra expresión que no fuera de hosquedad.

—Lo sabía, la historia del marqués loco es uno de los cotilleos más contados —dijo él, ansioso por saber el resto, y se avergonzó enseguida al notar, por el gesto que su tía había esbozado, que el cruel apelativo que la sociedad le había puesto al marqués le molestaba.

—Así es, lo que nadie sabe es la verdad oculta. Hace pocos meses, llegó una carta donde se solicitaba mi ayuda. Cuando leí el nombre de la persona que la enviaba, no di crédito a mis ojos. Lamentablemente, la carta se extravió de forma misteriosa y no pude responder ni recordar los datos del

remitente —continuo Margaret. Su tono acongojado denotaba temor.

—¿Quién era?, ¿quién enviaba la carta? —preguntó él, aunque podía adivinar la identidad de la persona, y aquella repentina sensación premonitoria le causó un escalofrío.

—Amanda Timorton, *lady* Landon, ella está viva. Y me temo que Emily lo sabe, está buscando a su madre —terminó *lady* Asthon, confirmando sus sospechas, y hundiendo su alma en una mortal y atroz agonía.

La culpabilidad lo golpeó, provocándole una creciente sensación de náuseas. Aquella verdad revelada no hacía más que evidenciar lo errado que había estado, pues la mujer que se ocultaba tras la Dama Negra no era una dama de la noche, tampoco una prostituta.

Solo era Emily Asher, una hija desesperada.

CAPÍTULO 12

Nº 12: Entierra el ayer para siempre, de lo contrario, hoy serás vulnerable y débil ante el mañana.

Capítulo doce del libro Reglas para no enamorarse

En la tarde siguiente a su última huida, Emily golpeó la puerta del cuarto de su hermano y, tras esperar unos segundos, ingresó. Siempre hacía aquello, pues el obvio mutismo de Jeremy no le permitiría responderle.

Él estaba en su cama, la luz del atardecer alumbraba parte de su cuerpo cubierto por una sábana de lino blanca. Al percatarse de que dormía, arrastró una silla por el suelo alfombrado y se sentó junto a la cabecera. Sintiendo su pecho oprimido, Emily acarició con tierna lentitud su cabello negro.

En realidad, Jeremy era su hermano mayor, dos años más grande. Pero desde que lo había visto, lo sentía como su hermano pequeño. Él ya había sufrido demasiado, mucho más que ella, que al menos tenía los recuerdos felices de la niñez para atesorar. Jeremy no. Él solo había conocido maldad, dolor y violencia desde que ese monstruo se lo había arrebatado a sus padres, siendo un recién nacido. Al ver su hermoso rostro algo inflamado y lleno de moretones, grandes cardenales en sus costillas y en su estómago, un nudo de angustia atravesó su garganta y sus ojos le picaron con molestia.

Ella no lloraba, no desde el día en el que su vida había cambiado hacía cinco años. No había llorado cuando, estando en el colegio de señoritas, un mensajero había llegado con la noticia de la muerte de su madre. Tampoco había sucumbido al llanto cuando le permitieron volver a casa, para encontrar a su padre recluido, con la mente perdida y enloquecido. Finalmente, la noche en la que había sido presentada en sociedad y en la que su amor por Sebastien

se había transformado en rencor y odio profundo, ni una lágrima había derramado. No porque no lo quisiese o lo necesitara con agónica desesperación, simplemente no podía hacerlo.

Se sentía seca, vacía... muerta por dentro. Le habían arrancado el alma a pedazos con tanta crueldad y maldad, que cuando habían acabado con ella, solo quedaba un caparazón. Un cuerpo sin alma, mutilado y devastado. Sin sentimientos ni emoción alguna. Solo una terrible sensación de odio y frío rencor.

Emily Asher era solo un desecho de mujer, un fantasma que deambulaba por el mundo sintiéndose ajena y motivada por solo una cosa: encontrar al hombre que había destrozado su vida y acabar con él.

Sabía que, solo cuando lo hiciera, podría estar en paz y dejarse ir. Claudicar al esfuerzo que le significaba vivir y respirar cada día. Vengar a su padre y a su hermano era lo que la mantenía en pie. Y encontrarla a ella. La mujer a la que todos creían muerta, víctima de un desafortunado accidente. Y a quien culpaba por todas sus desgracias, hasta que su hermano le había revelado la verdad. Su madre no la había abandonado, tampoco se había ido por voluntad propia. Había renunciado a su hija y a su esposo por un poderoso motivo: salvar la vida de su hijo primogénito, un bebé que le había sido robado y que no había visto en veintidós años. Y lo había conseguido, su sacrificio valió la pena. Su hermano había logrado escapar de esa terrible pesadilla, estaba a salvo.

En ese momento, debían ir por ella. Salvar a Amanda era su principal objetivo. Y vengar todo el daño que ese maldito hombre había hecho a su familia, el segundo.

Pero para hacerlo, primero debían encontrarlo. Dar con ese animal se convirtió en su obsesión personal, pues hallarlo los llevaría hasta su madre. No sabía cómo lo lograrían, habían seguido todas las pistas que pudieron rastrear y sus posibilidades se estaban agotando, pues debían aprovechar el verano, que era cuando su objetivo parecía relajarse y frecuentaba los sitios donde habían estado metiéndose. Una vez que iniciara la temporada social, el Diablo volvería a su segura guarida y a su otra identidad, fuera cual fuese.

Nerviosa e inquieta, Emily se levantó y besó la frente de Jeremy para luego salir del cuarto. Si no fuese por él, no quedarían en ella resquicios de

humanidad.

Ya caía la noche cuando desechó con enojo un rollo más de papel y, sintiendo sus músculos agarrotados y tensos, dejó la pluma. Alejándose del escritorio junto a la ventana de su habitación, se tiró sobre el colchón.

Había intentado idear algún plan de acción a seguir, pero nada venía a su mente. Estaba bloqueada y perdida.

Soltando un suspiro de frustración, clavó la vista en el techo. La casa que habían alquilado hace unos meses era algo vieja, aunque estaba pulcramente conservada y contaban con una agradable señora mayor como cocinera, doncella y ama de llaves y su esposo, que a su vez hacía de mayordomo y lacayo. Los servicios del matrimonio venían con la vivienda, y ellos eran discretos y silenciosos.

Sabía cuál era la razón por la que su cerebro no cesaba de distraerse. Cerró los párpados con fuerza, como si haciéndolo pudiese arrancar a ese detestable hombre de sus pensamientos.

Él llenaba cada espacio de su atormentada mente y no podía borrar su imagen de sus retinas, la manera en la que la había mirado al girar y enfrentarse a su pistola apuntándolo. Ni dejar de recordar el desprecio que habían despedido sus ojos violetas en el momento en que lo había obligado a subir al carruaje. Solo una vez le había visto aquella mirada tan oscura, asqueada y vacía. Y solo recordarlo, lograba que el miedo le hiciese temblar y estremecerse.

Septiembre de 1810, Sussex, Inglaterra.

Aquella tarde de verano, el cielo estaba más azul que nunca; el sol, más brillante, y el sonido de los pájaros, más alegre que otras veces. La primavera había dado paso al verano, dejando una preciosa paleta de colores como regalo.

Una gran sonrisa adornaba su cara mientras salía de la mansión y caminaba hacia la cabaña dónde solía entretenerse pintando. Todo le parecía encantador, hermoso y bueno porque su corazón estaba tan feliz que no dejaba de agradecer a Dios y a la vida su buenaventura.

Su vestido floreado, rosado y blanco flotó a su alrededor al emprender la

marcha por la pradera. Las cintas blancas que sujetaban en un moño informal su cabello bailaron bajo la suave brisa

Ese día le había llegado una carta de su príncipe... Bueno, no era de la realeza pero casi, pues era un conde y algún día sería un perfecto marqués, como su padre.

La dicha desbordó de su cuerpo al leer la noticia escrita con su elegante caligrafía. Él iría a pedir su mano en matrimonio y comenzarían un cortejo formal ese verano, antes de que ambos volviesen a sus obligaciones; el conde, a su último año de Eton, y ella, al colegio de señoritas.

Su emoción era tal, que apenas podía reprimirse para no gritar y reír como una lunática. La misiva tenía fecha de envío de hacía unas cuantas semanas, lo que significaba que su conde podía arribar a la casa de campo de su padre en cualquier momento. Y ella no sabía cómo soportaría la espera, ansiaba tanto verlo, oír su voz, que de seguro sería más grave ver sus preciosos ojos claros y acariciar su suave pelo rubio.

Aspirando aire, emprendió la bajada por la ondulante y verde colina. La pequeña casita hacia donde se dirigía estaba ubicada junto al lago y, por detrás de esta, se abría un largo camino que bordeaba toda la propiedad y salía al de entrada. Pronto avistó el pintoresco sitio rodeado de árboles y flores. El caballete y sus elementos de pintura estaban ubicados frente a la cabaña, tal y como sus lacayos sabían que ella quería. Allí se dirigió, apreciando el inigualable paisaje y pensando que tal vez lo pintaría. Y si quedaba conforme, se lo obsequiaría a su amor. Sabía que le encantaría, pues en aquel lugar se habían dado el primer beso. Un recuerdo tan dulce que nunca olvidaría.

Mientras se sentaba y preparaba todo para comenzar a pintar, suspiró feliz. Realmente se sentía muy agradecida y afortunada. Tenía unos padres abnegados y cariñosos, y un hombre que había demostrado amarla sobre todas las cosas. Y ella lo amaba... lo amaba tanto, que a veces temía que solo fuese un sueño. Un sueño que podía terminar, y eso le aterraba como nada, aunque su príncipe le había insistido una y otra vez que dejara de pensar de esa manera poco optimista.

El ruido de unos cascos de caballo la sacó de su concentración sobre el lienzo y, creyendo saber quién era, se mantuvo en su silla con el pincel en la

mano tratando de reprimir la risa. Sabía que él siempre aparecía primero por allí, esperando encontrarla, y después de estar un buen tiempo abrazados y besándose tiernamente, subía nuevamente a su caballo y rodeaba la propiedad para hacer una entrada formal.

Escuchó que el conde ataba su caballo detrás de la cabaña para evitar ser visto por algún curioso. Aunque ella le repetía que nadie lo vería; todos en la casa sabían que no debían molestarla cuando pintaba. Los pasos se fueron acercando y su corazón bailó en su pecho, enloquecido de emoción. Su nombre repitiéndose en su mente, con desbordante amor.

—Sebastien...

Sintió que se detenía detrás suyo como acostumbraba a hacer, para admirar su trabajo y elogiarla exageradamente hasta hacerla estallar en carcajadas. El viento sopló más fuerte, y una fragancia masculina llegó hasta ella. Su ceño se frunció al no reconocerla y, extrañada, comenzó a girarse.

Entonces, una gran mano enguantada con cuero marrón apareció frente a su rostro y, de improvisto, le apretó la boca y la nariz con un trapo mojado. Aterrada y pasmada, intentó liberarse sacudiéndose con violencia, pataleando con desesperación. Sus manos tratando de golpear hacia atrás con frenesí y sus movimientos enloquecidos hicieron que cayera de la silla. Un olor rancio atravesó sus fosas nasales y todo a su alrededor comenzó a tornarse oscuro, su cuerpo perdió toda la fuerza y cayó vencido hacia atrás. Una sombra se cernió sobre ella, pero su vista era borrosa y no logró identificar a quien pertenecía. Paralizada e impotente, se dio cuenta de que su cuerpo no respondía, y su conciencia poco a poco se volvía negra.

Tiempo después, jamás sabría si fueron horas o minutos, despertó.

El cuarto giraba a su alrededor, y le dolía cada parte de su anatomía. Aturdida y desorientada, se sentó y comprobó que estaba sobre la desvencijada cama de la cabaña. Por un momento, no comprendió lo que sucedía, pero al bajar la vista, todo regresó a su memoria.

Un desgarrador sollozo escapó desde el fondo de su pecho, al que sentía apretado y ardiente.

Yacía desnuda, sus senos, estómago y muslos estaban repletos de marcas rojas y mordidas. Los cardenales resaltaban por todo su cuerpo, menos en los brazos y en la parte baja de sus piernas. Pero lo que más le espantó fue la

sangre que caía por sus muslos y manchaba las sábanas bajo ella. Conmocionada y asqueada, se levantó y caminó a paso tambaleante hacia el biombo ubicado al fondo de la habitación. En el camino vio su vestido floreado desgarrado junto a la cama y la sábana superior junto a él. No encontró su ropa interior y, temblando, se cubrió con la sábana.

El asco y las náuseas le subieron por la garganta y vómito profusamente tras el biombo. El llanto desolador aumentó al empezar a conectar sus sensaciones con los fragmentos que comenzaban a hilarse en su mente. Cayó de rodillas al suelo y un dolor agudo atravesó su cráneo cuando se esforzó en recordar el rostro de... de ese hombre. Nada... ninguna cara aparecía.

De repente, oyó la puerta abrirse con estrépito y su cuerpo se tensó de terror. Era él, había regresado.

—¿Em?... ¿Qué demonios sucede? —dijo una voz adentrándose un poco en la estancia. Y ella dejó de respirar para comenzar a temblar con violencia.

Se levantó para salir y correr a refugiarse entre sus brazos. Abrazarse a su amor, él estaba allí por fin. Pero al instante se paralizó. No, no, no, no... Bastien no podía verla así. Se moriría si la despreciaba, no, él tendría asco de ella, la rechazaría por estar usada.

«No, no, Emily... Sebastien es bueno, él te ama, te lo dijo. Te ayudará, sí, él estará a tu lado», se dijo desesperadamente. Rápidamente, se secó las lágrimas y trató de recomponer su aspecto.

—¡Sebastien! ¿Qué... qué hac... haces aquí? —tartamudeó, tratando de sonar normal.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué haces tú aquí? —le increpó, su voz se acercaba, se oyó dolida.

El llanto oprimió su garganta, él sonaba enojado. «Oh, no... ¡la cama, ha visto el desastre que es la sábana!». Se apresuró a salir para darle alguna explicación. Cuando lo vio parado a los pies de esta, se tambaleó y quiso ir hacia él. Pero al encontrarse sus miradas, sus pies se anclaron en el lugar. Sebastien la miraba desencajado y totalmente pálido.

—Yo... yo... oh, Dios —balbuceó con las mejillas encendidas, sus ojos mojados y el rostro tenso. Él retrocedió aturdido, su cara era una máscara de incredulidad y asco.

—¡No, Bastien, espera! —gritó frenética cuando pudo reaccionar y el llanto

brotó al alcanzarlo en la puerta.

El conde se giró al sentir su mano tocando su brazo. Ella podía sentir su cuerpo masculino temblar bajo su tacto y el dolor brillar en sus ojos. Era obvio que creía que lo había traicionado, pero seguía allí. Y su corazón latió esperanzado, todavía era posible que pudiese escucharla y, tal vez, perdonarla.

—Solo respóndeme una cosa. ¿Te entregaste a él? —le preguntó desgarrado, su tono solo un sonido ronco y torturado. Su voz había sonado tan distinta y distorsionada por el sufrimiento que un recuerdo la golpeó, lo que la hizo llorar más intensamente y cerrar los ojos.

«Estuviste deliciosa, querida. Espero que seas inteligente y recuerdes no abrir esa apetitosa boquita. Si dices una sola palabra a cualquiera, volveré a por ti y, para cuando termine contigo, me suplicarás que te mate. Y no solo eso, me obligarás a desquitarme con tu preciosa primita. Así que ya lo sabes, si hablas, la siguiente será la dulce *lady* Elizabeth y, de paso, mató al presuntuoso de su hermano. No me costará nada, no soporto a tu noviecito. Espero que se divierta con las sobras que le dejo. Adiós, preciosa...», le había susurrado al oído, su voz era ronca y aterradoramente.

Abrió los párpados, y la imagen de los hermosos ojos color púrpura de él, desbordando entre el temor y la esperanza, la lastimó tanto que no pudo emitir sonido alguno, pero su interior gritaba desesperadamente. Todo había terminado, no podía arriesgar la vida de las dos personas a las que más amaba, ni podía pretender que Sebastien se viese atado a una mujer ultrajada y sucia.

Soltó lentamente su brazo y asintió, afirmando su traición, dejando que siguiese adelante, a pesar de que sabía que estaba destrozando el corazón del hombre al que amaba.

Aun así, nada la preparó para ver sus lágrimas y el gesto de profunda agonía en su cara, ni para sentir la frialdad y el odio que se apoderaba de ese hombre. Menos aún para soportar el devastador golpe cuando él le dio la espalda y salió.

El sé iba... Lo vio alejarse sin pausa, y su mundo entero se hundió, la oscuridad se cernió sobre ella. Y literalmente sintió que con cada paso que Sebastien daba, su alma se deshacía hasta despojarla de todo resquicio de

vida, de luz, de todo. Ella se desmoronó en el suelo, y sus ojos secos se perdieron en el paisaje impoluto y bello. Tan ajeno al caos y la fealdad que gobernaba su interior. Cuando solo quedó el vacío, el aire ocupando el lugar de su amado, el viento comenzó a soplar con fuerza y ella gritó desgarradoramente su nombre.

Una sacudida la arrancó de su asidua pesadilla y, aturdida, abrió los ojos para encontrarse con los de ese hombre, el que formaba parte de cada una de sus pesadillas, y que en ese instante la estaba sosteniendo por los brazos, respirando agitadamente, mirándola con enojo y algo más... algo que no pudo descifrar.

—¡Sebastien! —susurró débilmente, impresionada y atónita, sintiendo latir su corazón aceleradamente y su vulnerabilidad a flor de piel.

Él no respondió, entonces la oscuridad cubrió su conciencia y la dejó en la incertidumbre... ¿Estaba realmente allí o era solo el reflejo de sus más íntimos deseos?

Horas después, despertó y notó que estaba recostada y rodeada por los brazos de su hermano. Al parecer, una vez más, las pesadillas la habían atacado y Jeremy, como siempre, la había despertado y consolado.

Con las lágrimas picando en sus ojos, Emily acarició la mejilla de su hermano. Agradecía a Dios por que él estuviese con ella, ambos eran almas heridas y marcadas. Pero se tenían mutuamente. Por eso y por él, no se rendiría, vengaría las afrentas y luego enterraría su pasado para siempre.

CAPÍTULO 13

*Nº 13: No cedas ante un impulso. No sea que cruces el límite de la razón
para darle el mando al corazón.*

Capítulo trece del libro Reglas para no enamorarse

La noche estrellada era el marco perfecto para decorar al pequeño, pero concurrido teatro de Drury Lane.

Una semana había pasado desde la última fuga de Emily, y cada pista que sus colegas habían conseguido resultó infructuosa. La paciencia de Sebastien estaba en su límite, se sentía como si estuviese por explotar en cualquier momento.

Y allí se encontraba, sentado en un palco, registrando con la mirada al público que iba tomando sus lugares incesantemente, en busca de esa maldita mujer.

El teatro estaba a reborar, y temía terminar fracasando en su misión una vez más. Aquella gala no era la usual y corriente, sino una especie de evento alternativo donde los nobles asistían llevando como acompañante a sus amantes, y los hombres venían al encuentro de damiselas licenciosas que se exhibían en busca de nuevos protectores. Por lo que la vestimenta de las mujeres se alejaba bastante de la indicada por la buena sociedad, y los colores llamativos y escotes escandalosos colmaban el lugar.

A tono con el decorado humano, las obras que allí se representaban no seguían la línea conservadora y correcta, tomaban las obras clásicas y realizaban estrafalarias parodias. La función de aquella noche era *Como gustéis*, de William Shakespeare. Una comedia hilarante, divertida y romántica.

Mientras examinaba la concurrencia, Gauss pensó que en realidad no sabía qué diablos buscaba, la apariencia de Emily podía ser diferente y estar disfrazada de múltiples maneras.

Las luces que iluminaban el teatro se apagaron y el telón se abrió, lo que anunció el comienzo del espectáculo.

La obra contaba la historia de una pareja de enamorados, Orlando y Rosalina, separada al ser, la joven, desterrada. Posteriormente, Orlando partía en busca de su amor y la encontraba en el bosque de Arden, disfrazada como un paje llamado Ganimedes. Allí se sucedían los encuentros y diálogos punzantes entre ellos, hasta que la identidad de Rosalina salía a la luz y la obra terminaba con la pareja casada.

Mientras los demás personajes salían a escena, Sebastien no podía evitar encontrar los puntos en común con lo que estaba viviendo. Casi se sentía como el joven Orlando, yendo tras Emily disfrazada de Dama Negra.

El público rio cuando el segundo acto comenzó y apareció en escena Rosalina, disfrazada de hombre, junto con su prima Celia, la hija del duque, camuflada como la sirvienta Alinea.

Sebastien de inmediato centró su atención en la actriz que representaba a Rosalina. Su cuerpo, embutido en unos pantalones ajustados, y su pequeña cintura cubierta por un jubón y una camisa blanca, que no hacía más que resaltar unos preciosos pechos, provocaron silbidos y gritos subidos de tono en el extasiado público masculino. Aquello se diferenciaba mucho de otras representaciones que había visto de la obra, donde el papel del paje era realizado por un actor menudo.

Mientras la bella actriz caminaba por la plataforma diciendo sus líneas, algo alteradas para resultar más sugerentes y divertidas, el conde la miraba fijamente, algo en ella le causaba desazón y una extraña sensación de reconocimiento. El pulso se alteró en sus venas, y su corazón se saltó varios latidos cuando la joven se acercó a un costado del escenario, muy cerca del palco donde él se encontraba, y pudo distinguir algunos rasgos de su rostro con más claridad, escondidos bajo un sombrero, debido a que la luz que permanecía alumbrando el escenario iluminó su cara por unos segundos.

«Cara ovalada... Nariz chata y pequeña... Labios gruesos y carnosos... Largas y abundantes pestañas negras...».

—¡Maldita sea, la mataré! —siseó embravecido, parándose con tanta rapidez que volteó la pesada silla acolchada.

Luego de recitar las últimas líneas que su papel requería, Emily dio un paso atrás y el telón se cerró, lo que dio por terminado el acto y anunció un tiempo para descansar y prepararse para sus siguientes apariciones.

Haciéndole un gesto a su compañera, la joven salió del escenario y se dirigió hacia un costado, donde las profusas telas de color bordó que conformaban el telón le permitían espiar la concurrencia y le servían también como refugio al tratar de avistar a su objetivo. Su hermano se encontraba entre el público, buscando también al Diablo; tenían el dato de que asistiría aquella noche y sabían cuál sería su palco. El lugar que el hombre siempre ocupaba estaba al costado izquierdo del escenario, muy cerca de este.

Emily miró con ansiedad hacia allí, pero lo encontró vacío. Una sensación de decepción y frustración la invadió, realmente creía que su esfuerzo tendría frutos aquella noche. Con esa idea, había logrado que la contrataran como actriz. Cuando se había enterado de que una de las actrices había enfermado, no dudó en ofrecerse para ocupar el lugar. Quería llamar la atención del Diablo y qué mejor manera de hacerlo que esa.

Un movimiento al fondo del lugar la hizo mirar en esa dirección y vio a Jeremy, que estaba vestido como lacayo del teatro, haciéndole señas frenéticas. Su hermano señalaba el palco vacío y, después, a ella; parecía muy nervioso y preocupado. Confusa, Emily le indicó que no comprendía, y Jeremy se llevó ambas manos a la cabeza, frustrado, pero fue interrumpido por otro lacayo. Perpleja, miró de nuevo hacia el palco y vio una de las sillas volcada y una copa vacía sobre un banco tapizado. «¿Qué? Alguien ocupó entonces el palco. ¿Qué está pasando?», pensó desorientada y agotada.

Tantas complicaciones comenzaban a hacer mella en su ánimo y fortaleza. Se encontraba cada vez más perdida y desesperanzada en su intención de hallar a su madre con vida.

—«Me costaría muy poco deshonorar mi traje de hombre y llorar como mujer. Pero he de consolar este cuerpo frágil, pues el jubón y las calzas deben

mostrar decisión ante las faldas» —dijo, en voz alta, Emily, repasando el texto de Rosalina y sintiéndose muy identificada, pues ella también huía asumiendo una identidad que no era la suya, pero en vez de estar buscando a su padre, ella iba tras su madre.

—«Habláis con nobleza. Os lo ruego, perdonad. Pensé que aquí todo era salvaje y puse gesto imperioso. Mas quienquiera que seáis que, en esta soledad inaccesible, a la sombra del ramaje melancólico, dejáis pasar las horas perezosas, si habéis gozado de tiempos mejores, si habéis derramado alguna lágrima y sabéis lo que es compadecer y ser compadecido, la cortesía responde a mi violencia. Lo espero con sonrojo y envaino mi espada» —la interrumpió una voz ronca y grave a su espalda, que la hizo sobresaltar y soltar la tela. Su cuerpo se erizó al reconocer a quien recitaba a Orlando y al sentir el filo de una daga apoyada sobre sus costillas.

—«Ya ves que en la desdicha nunca estamos solos. Este gran escenario universal ofrece espectáculos más tristes» —contestó agitada y temblorosa, sin mover un solo músculo.

—«El mundo es un gran teatro, y los hombres y mujeres son actores. Todos hacen sus entradas y sus mutis y diversos papeles en su vida» —dijo, a su vez, el conde, pasando un brazo por su cintura y pegando su cuerpo a su pecho sin dejar de apuntarle con la daga.

—«Creo que pierde su tiempo, milord. Guarde su arma y vaya en busca de su amada» —respondió ella, decidida a seguir con su estrafalario juego y rogando por que Jeremy llegase a salvarla.

—«Exacto, a ella busco, mi amada se llama Rosalina» —susurró el conde en su oído con tono íntimo.

—«Ese nombre no me gusta» —contestó, tratando de apartar la cabeza, sintiendo como su cercanía la hacía estremecerse, acalorada.

—«Nadie pensó en complaceros cuando la bautizaron» —respondió, con sarcasmo, Gauss, y le pareció oír diversión en su voz.

—«¿Cómo es de alta?» —le dijo, ya sumida en la guerra de palabras.

—«Me llega al corazón» —su voz sonó ronca mientras rozaba con los labios su nuca, lo que la hizo temblar.

—«Respuestas bonitas no os faltan. ¿A que os entendéis con esposas de orfebres y os aprendéis la inscripción de los anillos? —contraatacó con un

hilo de voz, removiéndose inquieta entre sus brazos.

—«Pues no. Os respondo con leyendas de emblemas baratos, de los que vos habéis sacado las preguntas» —respondió, con sequedad, y aseguró su agarre sobre ella contra su pecho.

—«Sois ágil de mente. ¿Os sentáis conmigo y los dos echamos pestes de nuestro señor mundo y de todas nuestras penas?» —dijo con desesperación.

—«No pienso censurar a más ser viviente que a mí mismo por reunir tantos defectos» —siseó, con acritud e ironía el.

—«Y el peor es estar enamorado» —añadió, con amargura, Emily, dejando de forcejear y rogando que su hermano estuviese cerca.

—«Defecto que no cambiaría por vuestra mejor virtud. Ya me habéis cansado» —soltó, con enojo, Gauss, y comenzó a *arrastrarla hacia la salida*.

—«La verdad es que, cuando os encontré, iba en busca de un bufón» —lo provocó, frenética, Emily, clavó los talones en el piso de madera y maldijo a Jeremy y su tardanza.

—«Se ahogó en el arroyo. Buscadle allí y lo veréis» —declaró, molesto, soltando un improperio cuando ella le dio un codazo y trató de morder el brazo que la agarraba.

—«Allí veré mi propia cara» —resopló sin aliento y con odio, pataleando desenfrenadamente cuando el conde la elevó *y sus pies no tocaron el suelo*.

—«Que, para mí, es la de un bufón o un don nadie —replicó Gauss con desprecio, y soltó un alarido de dolor cuando la joven lo golpeó con la cabeza en la mandíbula.

—«No me quedo ni un minuto más. Adiós, *signor amore*» —dijo, triunfal, ella al verse momentáneamente libre, y salió corriendo.

—«Adiós, *monsieur mélancolie*» —gritó el conde, pero rápidamente salió tras ella al tiempo que guardaba su daga.

Frenética, Emily corrió por el pasillo y esquivó a los actores y utileros que la miraban extrañados. Temerosa, miró hacia atrás y vio al conde furioso, pisándole los talones. Pronto la alcanzaría y el pasillo terminaba a unos metros, por lo que, sin más opciones, levantó una tela y se camufló entre el decorado del bosque.

Con la respiración agitada, aguardó con los ojos cerrados, esperando haberlo perdido. Pero sus ilusiones se rompieron cuando una mano la agarró

por el brazo y, sacándola del arbusto tras el que se ocultaba, Gauss la estampó contra un árbol de utilería y su gran anatomía se cernió sobre ella.

—«Decidme, ¿qué hora es?» —dijo Emily en un resuello, observando el rostro enojado del hombre.

—«¿Y cómo voy a saberlo si no hay reloj en el bosque? —la siguió Gauss luego de un instante de silencio en donde ambos se miraron con recelo, intentando recuperar el aire.

—«Entonces en el bosque no hay un solo enamorado, pues si no, un suspiro cada minuto y un lamento cada hora indicarían el pie perezoso del tiempo igual que un reloj —soltó, sin pensar, Emily y quiso golpearse por decir aquello.

Sebastien pareció sorprenderse y su expresión cambió a una peligrosa y sensual.

—«¿Sois de este lugar?» —recitó con voz cándida, apoyando ambos brazos sobre su cabeza y aprisionándola más contra el árbol.

—«No. Hay uno que ronda este bosque y maltrata los árboles jóvenes grabando “Rosalina” en la corteza; en los espinos, cuelga odas, y en las zarzas, elegías, y siempre, ¡válgame!, glorificando el nombre de Rosalina. Si yo me encontrase con ese vende amores, le daría algún buen consejo, pues por lo visto padece de fiebre continua de amor» —rebató Emily con mofa, mirándolo con intención, pues ambos recordaban su primer beso; Sebastien había escrito su nombre en el árbol junto a la cabaña del lago.

Un pesado silencio cayó sobre ellos. El conde abandonó su pose despreocupada y su expresión se ensombreció. Al parecer, esos dulces recuerdos de una promesa de amor, que nunca pudieron cumplir, no hacían más que lastimar y atormentarlos. Incapaz de seguir mirando el reflejo de su mismo dolor en sus ojos violetas, ella se removió y él se alejó un paso.

Entonces Emily se adelantó para apartarse de allí, pero el conde se interpuso y le impidió hacerlo.

—«Yo soy ese febril enamorado. Os ruego que me digáis cuál es el remedio» —confesó, con voz dolida, Sebastien. La tomó por los hombros y apoyó de nuevo contra el árbol.

—«No veo en vos las señales que decía mi tío, que me enseñó a reconocer a un enamorado. Pero seguro que vos no estáis preso en esa jaula de cañas» —

atacó Emily cuando logró recuperarse de la impresión y recordarse a sí misma que él solo estaba jugando con ella. Que no era Sebastien quien hablaba, sino Orlando.

—«¿Y qué señales son?» —inquirió Gauss, recorriendo su rostro con los ojos, su voz un susurro intenso.

—«Mejillas hundidas, que vos no tenéis; ojeras y bolsas, que vos no tenéis; carácter retraído, que vos no tenéis; barba descuidada, que vos no tenéis. Además, tendríais que llevar las calzas caídas, el sombrero sin cinta, las mangas desabrochadas, las cordonerías sueltas y, en suma, ofrecer un aspecto de incuria y congoja. Pero vos no estáis así: la pulcritud de vuestro atuendo es la del que está más enamorado de sí mismo que de otros» —respondió, desafiante, negándose a dejarse provocar por la luz que despedían sus pupilas y cómo observaban fijamente sus labios.

—«Gentil muchacho, ¡ojalá pudiera convenceros de que os amo!» —le dijo el conde, y la seriedad en su mirada penetró hasta el fondo de su alma, haciéndola temblar en secreto.

—«¡Convencerme! Más os vale convencer a la que amáis, pues seguro que se deja, aunque no llegue a confesarlo. Es uno de los casos en que las mujeres encubren lo que sienten» —contestó, nerviosa y cuando vio aparecer su semisonrisa depredadora, quiso patearse a sí misma.

—«Muchacho, os juro por la blanca mano de mi Rosalina que yo soy ese infortunado. Y no hay verso ni frase que pueda expresarlo» —afirmó Gauss, y acarició con una mano su mejilla, la barbilla y el cuello, haciéndole estremecerse involuntariamente.

—«El amor no es más que una locura y, como los locos, merece el cuarto oscuro y el látigo. Y si de este modo tampoco se les cura y corrige, es porque esta locura es tan general que hasta los del látigo están enamorados. Pero yo soy experto en curarlos mediante el consejo» —volvió a arremeter Emily, intentando mostrarse firme, aunque sus rodillas se aflojaban cada vez que el dedo del conde rozaba el escote de su camisa.

—«¿Habéis curado a alguien así?» —preguntó, subió la vista de sus pechos a su cara y la desafió a seguir.

—«Sí, a uno, y del modo siguiente: él tenía que creerme su amada, su dueña, y cortejarme todos los días. Entonces yo, que soy un joven voluble,

me ponía triste, afeminado, mudadizo, anhelante y caprichoso, altivo, fantasioso, afectado, frívolo, inconstante, lloroso y risueño, mostrándome un poco de todo, y en nada sincero, pues muchachos y mujeres suelen ser aves de este plumaje. Tan pronto le quería como le odiaba, le acogía como le echaba, le lloraba como le escupía. Así que llevé a mi pretendiente de su frenético raptó de amor a un auténtico raptó de locura, es decir a renunciar a la vorágine del mundo y retirarse a un monástico rincón. Así le curé, y así me propongo lavaros el corazón hasta dejarlo más limpio que el de una oveja y sin una sola mancha de amor» —proclamó triunfante. Y casi sonrió al percatarse de que esa parte del texto parecía hablar de ellos, pero cuando Sebastien se inclinó bruscamente sobre ella y sintió sus cuerpos rozarse, solo pudo permanecer inmóvil y retener el aliento.

—Yo no estaría tan segura de eso, dulce dama. Pues puede que te sorprenda enterarte del verdadero resultado —le susurró el conde y luego se incorporó, sin alejarse—. «Entonces no quiero curarme» —siguió él, la miró fijamente y sonrió al ver su desconcierto.

—«Yo os curaré si me llamáis Rosalina y venís todos los días a cortejarme a mi cabaña» —balbuceó Emily, queriendo volver a su intercambio seguro. Se mordió el labio inferior al recordar la cabaña que era protagonista y antagonista de su propia historia.

—«Por mi amor inalterable que iré. Decidme el camino, muchacho» —continuó Gauss, arqueando una de sus cejas.

—«No: llamadme Rosalina. Que ella arrastra su propio destino» —respondió Emily, sintiendo su corazón acelerarse, pues sabía lo que seguía y esperaba que el conde terminara aquel duelo allí y que al menos uno de ellos escogiese la prudencia.

—«¿Y cuál es?» —preguntó, después de unos segundos, Sebastien, que parecía haber decidido redoblar la apuesta.

—«Los cuernos que gentes como vos deben agradecer a sus esposas. Pero él ya es portador de su fortuna y se adelanta a la deshonra» —contestó ella, dejó escapar el aliento y vio sus ojos agrandarse. Ya estaba, aquello lo silenciaría y la dejaría en paz.

—«La virtud no pone cuernos, y mi Rosalina es virtuosa» —murmuró Gauss, bajó los ojos y comenzó a alejarse. Su espalda endurecida y sus

brazos y puños contra su costado.

Emily se quedó estática, viendo su postura derrotada, y a pesar de saberse vencedora y tener que aprovechar su ventaja para huir, solo pudo quedarse inmóvil, sintiendo un agudo dolor en el pecho. Sus ojos se llenaron de agua y, en ese momento, deseó con toda su alma poder hacer esa historia realidad. Anheló poder ser la virtuosa Rosalina y no la arruinada Emily.

Entonces un impulso irrefrenable se apoderó de ella y, dando un paso, cruzó el límite de la razón para darle el mando al corazón.

—«Vamos, cortejadme, cortejadme, que estoy de humor festivo y tal vez os dé el sí. ¿Qué diríais ahora si yo fuera la mismísima Rosalina?» —soltó ella en voz baja, pero él la oyó, pues su figura se envaró y se giró lentamente hacia ella.

—«Besaría antes de hablar» —declaró el conde, manteniendo su posición distante, pero su pecho subía y bajaba con cada inspiración.

—«No, mejor hablar antes y, cuando no os salgan las palabras, tendréis ocasión de besar. Los buenos oradores, cuando se cortan, escupen, y si los amantes no saben qué decirse (¡Dios nos libre!), lo más limpio es besarse» —prosiguió Emily, dio otro paso más hacia él, sintiendo mariposas en su estómago al oír su afirmación, sin percatarse de que una sonrisa bailaba en su rostro.

—«¿Y si te niegan el beso?» —preguntó Sebastien cuando ella se paró frente a él.

—«Pues hay que suplicar, y empieza un nuevo tema. Vamos, haré de Rosalina con mejor disposición. Pedid lo que queráis, que os lo concederé» —respondió Emily, examinando y apreciando cada rasgo de su varonil rostro.

El conde cerró los ojos un momento y, al abrirlos, estos parecieron brillar con un voraz fuego interior. Imprevistamente, cubrió el espacio que los separaba y, tomando a la joven por la cintura, la pegó a él con fuerza. Emily dejó escapar un jadeo, y él tomó su barbilla con una mano y levantó su rostro hacia arriba.

—«Entonces amadme, Rosalina» —ordenó con voz ronca, y sus labios quedaron solo a unos centímetros de los suyos.

—«Sí, claro, los viernes y sábados, y todos los días» —masculló ella cuando halló su voz, tratando de sonar sarcástica.

—«Entonces, ¿me aceptáis?» —preguntó, sonriendo satisfecho, Sebastien, sin dejar de observar su boca.

—«Y a veinte como vos» —declaró, nerviosa, pasando la lengua por sus labios resecaos.

—«¿Cómo?» —bramó él fingiendo tono ofendido, y apretó su agarre hasta que ambos sintieron sus corazones latir desenfadados contra sus pechos.

—«¿Acaso no valéis?» —lo provocó Emily, y la respiración se le entrecortó al ver cómo sus ojos dilatados la quemaban y un calor cubría sus cuerpos.

—«Espero que sí»[2] —susurró Sebastien con voz rasposa, y se apoderó de su boca.

Sus labios tomaron los de ella con ferviente intensidad. En cada roce, Emily parecía sentir sus almas acariciarse. Era un beso de reconocimiento, de entrega y rendición. Un beso que liberaba las ataduras de odio, rencor y resentimiento en el que se sabían presos. Un beso que transmitía todo lo que sus bocas no podían decir con palabras. Que gritaba el anhelo, la necesidad y la pasión que habían contenido todos aquellos años. Cuando su abrazo se transformó en una unión de miembros deseosos de placer subyugante, el telón se abrió y la retahíla de aplausos que precedían la continuación de la obra cesó abruptamente, convirtiendo al público en atónitos observadores de su manifestación de placer.

Con un grito, Emily se apartó precipitadamente del conde, quien solo pudo verla agitado y pálido. Su sombrero salió despedido y flotó en el aire entre ellos, como un funesto recordatorio del desastre que se avecinaba sobre sus vidas. Los jadeos y estridentes murmullos interrumpieron el siniestro silencio que había en el teatro, señalando lo que estaba a vista de todos. El conde de Gauss hallado in fraganti junto a una joven vestida de hombre, con una brillante cascada azabache demasiado delatadora.

CAPÍTULO 14

Nº 14: No te aferres a lo que jamás podrá ser tuyo, ni permitas que el deber afecte tu querer.

Capítulo catorce del libro Reglas para no enamorarse

—**B**uenas noches, milord —dijo, con algo de aprensión, el hombre cuando vio aparecer al alto noble acompañado por su enorme sirviente.

—No me hagas perder el tiempo y dime, ¿la tienes? —preguntó, cortante, el caballero, con su usual tono altivo y desdenoso.

El plebeyo tragó saliva y observó al aristócrata parado a unos metros. Una vez más, el Diablo se mantenía en la sombras del callejón, impidiéndole distinguir alguno de sus rasgos.

—No, milord. Seguí sus instrucciones y mantuve vigilado su palco, pero ella no apareció por él y tampoco logramos identificarla entre la concurrencia. A pesar de que nos infiltramos entre el público y los lacayos del teatro —contestó con acento de clase baja.

—Son unos ineptos, ¡inútiles! Si no la traen, no les pagaré y me ocuparé de que ni sus cadáveres encuentren —ladró, con voz escalofriante, el caballero.

—Pero, milord, no es nuestra culpa. Cada vez que la tuvimos cerca, ella logró esfumarse antes de que... —trató de justificarse el atemorizado bandido, pero el Diablo hizo una seña y el gigante lo calló asestándole un puñetazo en el estómago.

El delincuente cayó de rodillas, doblado de dolor y sin aire en los pulmones. El matón del noble levantó con brusquedad su cabeza, tirando de su grasiento cabello hasta que gritó de dolor.

—No quiero excusas ni más errores. No doy segundas oportunidades, así

que si vuelves a fallar, no verás la luz del sol de nuevo, ¿queda claro? —exigió el Diablo con voz apagada, pero con tono peligrosamente amenazador.

Atemorizado, el hombre solo pudo asentir y, con la autorización de su jefe, el sirviente lo liberó.

—Ahora, escucha lo que harás... —le ordenó con amedrentadora autoridad.

Al ver el cabello ondulado y abundante caer por la espalda de la joven, Sebastien salió del trance en el que se hallaba. Emily respiraba tan agitada como él, sus ojos estaban fuera de las órbitas y sus mejillas y cuello teñidos de rubor. Sin perder más tiempo, tomó la mano de la joven y la arrastró fuera del escenario a toda prisa. A sus espaldas, los murmullos aumentaron y sabía que en cuestión de horas su nombre y lo que había sucedido estaría en boca de cada habitante de la ciudad.

Los demás actores los miraron sorprendidos, pero él no se detuvo a dar ninguna explicación. Cuando salieron al pasillo, se giró y la miró, ella estaba rígida y conmocionada. Sus ojos no lo veían y parecía estar perdida.

—Emily, necesito que me guíes hacia la salida trasera de este lugar. Debemos irnos, y es necesario hacerlo sin que nos vean —le dijo tomando su rostro entre sus manos.

Ella dudó unos segundos, tal vez por el estupor, y luego se desprendió de su agarre y emprendió la marcha sin esperarlo. El conde la siguió, tratando de actuar con la inteligencia que la situación ameritaba, instando a su interior a calmarse y analizar sus siguientes pasos. De momento, no se detendría a reflexionar en los motivos y razones que lo habían llevado a perder el control por completo, se centraría en buscar soluciones.

Cuando salieron a un callejón, tomó del brazo a Emily y la guio por él hasta llegar a la acera. Allí se detuvo para asomarse con tiento y así inspeccionar el panorama. La puerta del teatro seguía desierta, tal vez habían conseguido seguir con la representación, a pesar de sufrir la baja de una actriz. Más tranquilo, salió del callejón, llevando a la joven con él. Su cochero, que se encontraba junto a otros sirvientes apoyado con pereza en una pared, se enderezó sorprendido al verlo.

—Prepara el coche, Ben, nos vamos —le ordenó, ansioso por marcharse.

Ni bien su sirviente salió en busca del coche, sintió que la joven tiraba de su brazo intentado liberarse de su agarre con insistencia.

—Quieta, no te soltaré —le dijo él con la mayor calma posible.

—¿Qué? Haz el favor de soltarme, milord —siseó Emily con fastidio.

—No. Debemos hablar y no pienso dejarte ir. Tu vida de fugitiva ha terminado —declaró, molesto, al ver que ella pretendía forcejear para huir de nuevo.

—Gauss..., te lo advierto, suéltame ahora mismo —le ordenó ella, tirando de su brazo con fuerza—. ¡Suéltame, ya basta de entrometerte en mi camino! ¡No tienes derecho alguno! ¡Vete y déjame en paz! —le gritó descontrolada, golpeando con su mano libre su pecho y tratando de patear su ingle.

Sebastien esquivó sus golpes y, apretando la mandíbula con fuerza, la giró con violencia y la estrelló contra su pecho, donde la inmovilizó rodeándola con ambos brazos, hasta dejarla pegada a él, con sus pies en el aire.

—¡Estate quieta, maldita sea! —rugió con furia, y no solo por aquella actitud belicosa de la que estaba hastiado, sino porque el hecho de haberla vuelto a probar y tener entre sus brazos después de tanto tiempo, había logrado que su cuerpo se revolucionara y que necesitara con brutal desesperación saciar la necesidad y el hambre que solo ella despertaba en *él*—. Tengo derecho. El derecho me lo diste tú misma, *milady*, cuando permitiste que me acercara a ti; cuando respondiste a cada embiste de mi boca sobre la tuya y cuando te rendiste a cada caricia de mis manos sobre tu cuerpo —gruñó, con voz ronca y peligrosa, y al instante sintió como ella dejaba de sacudirse y se quedaba inmóvil, sus ojos jade pasmados, clavados en él—. Ahora, sube al carruaje, no me obligues a meterte yo mismo —terminó con sequedad, separándose lo suficiente para que ella subiera al vehículo estacionado frente a ellos.

Sebastien le indicó hacia dónde dirigirse a su cochero y la siguió al interior. La puerta se cerró y, como era ya entrada la noche, quedaron sumidos en la oscuridad del coche. Por unos minutos, solo se escuchó el sonido de las ruedas del carruaje avanzando por las calles y de los cascos de los caballos corriendo. Sin embargo, podía sentir la hostilidad y molestia brotando por cada poro de la joven sentada frente a él, que permanecía rígida, con sus brazos cruzados sobre el pecho y con su hermoso perfil alumbrado

ocasionalmente por la luz de la luna y los faroles exteriores.

Sin despegar los ojos de ella, Sebastien se echó hacia atrás y estiró sus largas piernas, que en aquel limitado espacio rozaron las rodillas de la joven, embutidas en un pantalón negro. Solo con ese pequeño contacto, su cuerpo entero despertó, su respiración se volvió más trabajosa y comenzó a sentirse endemoniadamente acalorado. Sus manos temblaron y las cerró en puños. Una lucha feroz se desató dentro suyo cuando las imágenes del beso que habían compartido bombardearon su mente. El recuerdo de su excitante figura pegada a la suya causaba que su anatomía amenazara con hacerle cometer una locura. Como, por ejemplo, abalanzarse sobre ella, arrancarle la ropa allí mismo y reclamar lo que, erróneamente, siempre había sentido como suyo.

Emily, a diferencia de él que trataba de controlarse, no mostraba ninguna inquietud ante su cercanía. Solo parecía estar irritada e incómoda, ignorándolo sin miramientos, como si él no fuese digno de una sola de sus miradas. Y eso lo enfurecía terriblemente, le hacía querer sacudirla, darle un golpe y, a la vez, besarla, tomarla hasta que aceptara que había algo más que mero rencor y desprecio entre ellos. Se sentía abrumado tanto por el deseo como por el resentimiento que ella le despertaba. La impotencia lo ahogaba, no quería sentir nada de eso, deseaba reaccionar con indiferencia y frialdad ante ella, aunque ya había comprobado que con Emily eso era imposible.

—¿Me vas a decir de una vez por todas a dónde diablos me llevas? —soltó ella con sequedad, cortando sus atormentadas cavilaciones.

—No —se limitó a responder, y no demoró mucho en obtener la reacción que esperaba. La joven giró su cara y distinguió la mueca de incredulidad que esbozó.

—¿No? —ladró al ver que no pensaba decir nada más—. ¿Qué clase de respuesta es esa? ¿Es que acaso soy tu prisionera? —siguió con estupefacción.

—Tú lo has dicho. Y, como tal, se te niega el derecho de conocer tu destino —se burló, ocultando una sonrisa de satisfacción, notando que por fin tenía toda su atención y que ella ya no parecía una estatua.

—¿Estás loco! Haz el favor de recobrar la cordura. Esto es un delito, no puedes retenerme en contra de mi voluntad —afirmó frenética, se inclinó

hacia delante y lo fulminó con la mirada.

—Oh, sí que puedo, cariño. Puedo y lo haré —sentenció con tono calmo y perezoso, cruzó los brazos tras su nuca y subió los pies al asiento mullido.

—Has perdido la cabeza por completo. ¿Hasta dónde piensas llegar con esto, Gauss? —gritó airada, apartándose a un costado para no rozarse con sus botas.

—Eso ya lo has dicho. Y hasta dónde voy a llegar lo sabrás en breve, querida —contestó escuetamente, disponiéndose a recuperar algo de sueño, pues desde que había iniciado aquella *búsqueda* no descansaba bien.

—Creí que no querías saber nada de mí. Creí que me odiabas tanto como yo a ti —respondió, en un susurro impotente, Emily, y a pesar de no estar viéndola, percibió su confusión y también su desdén.

Lo reconoció porque era el perfecto reflejo de lo que gobernaba su interior. No obstante, ellos mismos se habían encargado de terminar así, en el mismo camino. Y lo prefirieran o no, compartirían el mismo destino. No importaba ya lo que quisieran, solo lo que debían hacer.

—Y no te equivocas, lo hago, mi dama negra. Te odio igual que ayer, y menos que mañana. Lástima que a partir de hoy dejarás de ser la mujer que no puedo tener, para convertirte en la mujer que me pertenece y que jamás será mía —terminó Sebastien, y no hubo réplica por parte de ella, solo el sonido de su hombre interior, que lloraba desconsoladamente la pérdida de un amor que ya no existía.

CAPÍTULO 15

*Nº 15: Un camino incierto es como un corazón a la deriva.
Capítulo quince de libro Reglas para no enamorarse*

Las últimas palabras dichas por el conde parecieron rebotar por el cerrado espacio del carruaje y aturdieron a Emily, como si las hubiese gritado a viva voz.

Un inmenso nudo de inquietud y alarma se atravesó en su garganta, impidiéndole responder, y se limitó a volver su vista hacia el exterior del coche, fingiendo ver, pues fuera todo estaba sumido en total penumbra. Hacía rato habían dejado atrás las calles alumbradas por faroles de Londres y parecía que abandonaban la ciudad, transitando la accidentada carretera a buen ritmo.

Sebastien había recostado su cabeza hacia atrás y, aunque en la oscuridad del coche no lograba distinguir su rostro, era obvio que dormía, pues su postura relajada y los pequeños ronquidos que soltaba cuando el carruaje saltaba bruscamente por algún escollo en el camino, así se lo indicaban.

«Cómo lo odio, solo este insufrible hombre puede dormir a pierna suelta cuando una catástrofe está por impactar de lleno sobre nuestras cabezas».

Todos sus planes se estaban derrumbando, no solo no había podido dar con el maldito que había secuestrado a su hermano y que, estaba segura, retenía a su madre. Además, estaba separada de Jeremy, quien estaría buscándola desesperadamente. Y para sumar a sus males, la habían pillado besándose con un renombrado calavera, mujeriego, bribón y libertino.

Nunca creyó que volvería a encontrarse siquiera cerca del conde de Gauss. No después de su pasado y de la maltrecha y desastrosa historia que

compartían.

Alguna vez, cada uno de sus parpadeos y respiraciones habían pertenecido a Sebastien. Lo había amado como solo una joven ingenua y soñadora podía amar. El sol salía y se ponía por aquel hombre, y su amor por Gauss era todo lo que la motivaba a vivir. Pero esa fatídica tarde en la que ese desconocido había abusado de ella, había arrancado con implacable violencia no solo su inocencia y su virtud, sino también sus sueños y su fe en el amor. Después de aquello, ya no existía nada para Emily. Solo pesadillas y temores. Vivía mirando sobre su hombro, con terror a que ese monstruo pudiese regresar y cumplir sus amenazas. Ni un solo día tenía paz o felicidad.

Cuando Sebastien la había enfrentado en esa cabaña, no había tenido más opción que dejarle creer lo que la situación parecía, que ella había fornicado con otro, y dejar que él asumiera que lo había traicionado vilmente. Su violador le había dejado muy claro que, si abría la boca, quienes lo pagarían serían el mismo Sebastien y su prima Elizabeth. Y habiendo destruido todo su mundo, ya no había un mañana para ella, pero no podía permitir que algo les sucediera a sus primos políticos. No a su querida y cándida Lizzy, y menos lograba concebir que algo malo le pasase a su príncipe, a Bastien. Por eso, a pesar de que su alma se terminó de desgarrar de dolor y sufrimiento, había decidido callar y sufrir su pena en silencio y soledad.

Al pasar el tiempo, su determinación comenzó a flaquear. Le dolía la ausencia de Sebastien y no soportaba pensar que el joven estaba sufriendo y odiándola al creerla culpable.

Sin embargo, aquel sentimiento de culpabilidad y de castigo dejaron de existir la noche de su presentación en sociedad. Y fue allí donde su dolor, anhelo y amor por el conde se transformaron en rabia, rencor y odio.

Abril de 1813, Londres, Inglaterra.

Lady Margaret Asher, condesa viuda de Asthon. *Lady* Emily Asher.

Con ese anuncio, Emily junto a su tía hicieron su entrada al gran salón de fiesta de *lady* Vermont. La asistencia, que ya pululaba por el salón, se volteó a mirarlas un instante, y luego el movimiento y las conversaciones se reanudaron. Nerviosa, la joven se concentró en bajar los numerosos escalones

para no caer y hacer el ridículo en su debut social.

Realmente, ella no quería estar en aquel lugar, no tenía deseos de debutar en sociedad. La ilusión que otrora guardaba sobre aquel día le fue arrebatada hacía tres años. Si bien nadie estaba al tanto de su deshonra, ella sí lo hacía y no quería engañar a ningún caballero. No podría casarse con nadie, estaba mancillada y ningún hombre querría ni aceptaría como esposa a una mujer como ella. Usada y sucia, sin virtud y habiendo perdido su inocencia, no tenía sentido exponerse a la farsa aristocrática. Por supuesto, su tía y patrocinadora nada sabía al respecto y, por eso, la había arrastrado hasta allí.

Lady Asthon había ocupado el lugar de su madre, *lady Landon*, quien había fallecido en un naufragio, y de su hermano y padre de la joven, que se hallaba recluido en su propiedad campestre, debido a su débil salud. Esa era la versión que la misma Margaret se había encargado de desperdigar, versión que nada tenía que ver con la cruenta realidad, la cual la anciana le había repetido hasta el hastío que no debía mencionar jamás, asegurándole que con su belleza, su apoyo y el del marqués de Arden y su impecable linaje, no olvidando su generosa dote, le auguraba un éxito rotundo en la recién iniciada temporada social.

Antes de poder parpadear, su carné de baile se había completado y una sonrisa fingida adornaba su cara mientras ejecutaba los pasos de baile en la atestada pista. Cuando llevaba su cuarto baile, pidió a su compañero un momento para tomar un respiro. El joven aceptó galante y se ofreció a buscar una bebida para ella. Aliviada, Emily aguardó junto a su tía, quien charlaba animadamente con la duquesa viuda de Stanton. Su hija Clarissa debutaría dos años después, pero *lady Honoria* ya estaba planificando todo el evento.

De pronto, un alboroto captó su atención y giró la cabeza justo para ver a la última persona que creyó encontrar en aquel sitio, entrando por las amplias puertas laterales del salón. Al parecer, el caballero no acataba las estrictas reglas del protocolo, pues no había sido anunciado y, además de llegar tarde, lo hacía ingresando por la puerta que daba a los jardines. Aun así, todas las damas presentes lo observaban extasiadas y ansiosas. El caballero no parecía reparar en sus miradas adoradoras y codiciosas, su expresión era indolente y hastiada, y su mirada recorría sin entusiasmo el lugar repleto.

Emily se había paralizado nada más verlo ingresar. Y en el momento en el

que los ojos del hombre dieron con los suyos, su respiración se cortó, todo a su alrededor se esfumó abruptamente; solo quedaron el loco retumbar de su corazón, latiendo atronadoramente en su pecho, y sus miradas prendadas a la distancia. Emily pudo ver la sorpresa y el reconocimiento en el rostro del conde. Sus ojos brillaron con una emoción que no logró dilucidar, para después apagarse y esconderse tras una máscara dura y fría.

Temblando y sintiendo que se iba a desvanecer, Emily apartó la mirada y rompió el contacto con brusquedad. Tratando de sonreír al joven que le había traído la copa, se concentró en mirar al caballero mientras su mente caía en un caos de pensamientos. Sebastien estaba allí, a solo unos pasos, y sentía su mirada violeta fija en ella, quemándola con innegable intensidad.

Había oído lo que se rumoreaba sobre el conde. Que se había convertido en un granuja mujeriego, que se dedicaba al juego y las apuestas y que el resto del tiempo, el que estaba sobrio y en sus cabales, lo invertía en viajar por el mundo. Gauss nunca pisaba una velada de sociedad como esa. Y no entendía qué hacía aquella noche en la fiesta de *lady* Vermont. Tal vez se había decidido a sentar cabeza, pero si el diez por ciento de lo que se decía sobre él era cierto, francamente dudaba de que estuviese buscando una esposa respetable.

Lo que no dudaba era que sus sentimientos por Bastien seguían intactos. Nada había cambiado en el lapso de ausencia y distanciamiento. Seguía amándolo, y a duras penas se contenía de cruzar el salón y lanzarse a sus brazos.

Por el contrario, el aspecto del hombre había cambiado considerablemente. Los tres años de separación habían convertido a su alto y delgado primo en un hombre aniquiladoramente apuesto. Llevaba el pelo rubio un poco más largo, un pequeño rastro de vello cubría su quijada, haciéndolo parecer más maduro, y vestía un traje negro impecable, sobre una figura indudablemente más fuerte, musculosa y formada de lo que ella recordaba.

Su revolución interior se vio interrumpida al comenzar la melodía de un vals. Llamando a la calma y evitando girar hacia donde sabía que estaba, aguardó que su próximo *partener* se acercara para guiarla hacia la pista. Unos segundos transcurrieron, y nada pasó. Confundida, Emily revisó su carné, lord Pires figuraba en la lista.

La pieza musical inició, y las parejas comenzaron a danzar. Resignada, escudriñó el sitio, pero no dio con el barón. Abanicándose, esperó por su siguiente baile, que era una cuadrilla y se la había solicitado el conde de Luxe. No obstante, una vez más, el caballero no se acercó. Observó a su alrededor y vio asombrada que el conde de Luxe conversaba con Sebastien y un gran grupo de caballeros, entre los que se hallaba lord Pires también.

Ambos hombres la habían dejado plantada sin excusarse y le estaban causando un desaire a conciencia. Ella estaba confundida y conmocionada, fue entonces cuando una sospecha comenzó a germinarse en su mente.

No era casual que los dos nombres que debían bailar con ella en su lista no se hubiesen presentado y estuviesen hablando con Gauss. Su estómago se contrajo de temor y las náuseas subieron hasta su garganta con solo imaginar que Sebastien les estuviera contado el episodio ocurrido en la cabaña.

En ese instante, miró hacia donde estaba el conde. Él la miraba con una expresión de desprecio y una semisonrisa fría y dura. Y después de repasar con descaro su cuerpo, embutido en un vestido de seda blanco, él levantó cínicamente su copa hacia ella. Aturdida y desequilibrada, Emily se volvió hacia su tía, quien no había notado nada, le solicitó permiso para ir al aseo y huyó ni bien la anciana la autorizó. Entró al cuarto desesperada y corrió a esconderse detrás del biombo, ubicado al fondo de la habitación. Llevaba solo unos minutos allí, cuando un grupo de jóvenes entró al cuarto conversando. Y, al instante, oyó que mencionaban su nombre y el de su padre.

—Ningún caballero querrá nada con ella, ni bailar. Y no solo eso, querida, acabo de enterarme de la real enfermedad que aqueja a su padre, lord Landon —dijo una joven con tono jocoso.

—El marqués está débil del corazón, eso es lo que he oído —respondió otra voz chillona.

—Eso nos hicieron creer, querida. Pero la verdad es muy distinta. Lord Landon no sufre del corazón, o no físicamente al menos. Él está desquiciado, perdió la cordura hace tres años, cuando su esposa falleció. Y desde entonces, lo mantienen encerrado —afirmó, con tono malicioso, la primera.

—¡Noo!... ¿Y cómo estás segura de tamaña cosa? —interrogó, ávida, la segunda voz.

—Pues porque me lo acaba de contar Robert. Y a él se lo dijo lord Linux, quien lo escuchó de la boca del mismísimo primo político de *lady* Asher — siguió la otra con crueldad.

—¿De quién lo escuchó?, ¡dime, Loretta! —la apremió.

—No lo creerás. El propio Sebastien Albrighth, conde de Gauss, le contó a su grupo la historia y, además..., ¡lo llamó «el marqués loco»! —remató la joven, y las risas inundaron el lugar.

Desde su posición, Emily solo atinó a sostenerse contra la pared y llevar una mano a su corazón, donde la decepción parecía estar desgarrándolo.

Y así fue como murió todo resquicio de esperanza y amor que hubiese conservado. Y detestó, aborreció y odió con todas sus fuerzas al conde de Gauss.

Una fuerte sacudida la despertó del intranquilo sueño en el que había caído. Afuera continuaba oscuro y calculaba que habrían transcurrido unas dos horas de viaje.

Sus ojos se posaron en Sebastien, que seguía dormido. E invariablemente le sobrevinieron sus últimas palabras, como un cruel recordatorio del desastre en el que se hallaba.

«Y no te equivocas, lo hago, mi dama negra. Te odio igual que ayer, y menos que mañana. Lástima que a partir de hoy dejarás de ser la mujer que no puedo tener, para convertirte en la mujer que me pertenece y que jamás será *mía*».

Una confirmación de que lo que temía estaba por volverse realidad. Parecía que el destino le había jugado una mala pasada, y estaba a punto de pagar cada uno de los errores cometidos. Y esa vez no habría escapatoria ni escondite alguno para ella. La incertidumbre de la dirección hacia dónde se dirigía ese coche la carcomía. Mas no tanto como la trastornaba la certeza de que ese camino tenía una única parada final: su casamiento con el hombre que odiaba tanto como ayer, y al que tendría para siempre a su lado, pero jamás junto a ella.

CAPÍTULO 16

Nº 16: La esperanza que se demora es tormento del corazón.

Proverbios 13:12

Capítulo dieciséis del libro *Reglas para no enamorarse*

El carruaje dio un pequeño brinco cuando giró para adentrarse en la propiedad del duque de Stanton. Tres horas les había tomado realizar un viaje que, sin la violenta tormenta que se había desatado y la marcha lenta que imponía la oscuridad nocturna, hubiesen hecho en una hora.

Sebastien despertó y, tras confirmar que ya se encontraban en Costwold, Glouschester, y de que ya no llovía, miró a su acompañante, o como ella había expresado, su prisionera. Emily dormía profundamente, pero ni siquiera sumida en el sueño su ceño se borraba de su frente. Su postura para descansar no había cambiado, lo hacía acurrucada de costado, en posición fetal, con sus manos juntas bajo su delicada barbilla. Su cabello, todavía suelto, tapaba parcialmente su rostro. No se le había pasado el hecho de que lo había cortado, no sabía en qué momento, pues en las pocas veces que habían coincidido lo llevaba recogido, con esos raros peinados que las damas solían ostentar. Pero definitivamente ya no conservaba ese largo manto que abarcaba toda su espalda y rozaba su cadera. Personalmente, él prefería la bella visión de una mujer con su cabello suelto y libre. Aunque, claro, él no determinaba la moda, aun así, sostenía que era un pecado esconder tanta hermosura.

La sacudida que produjo el coche al estacionarse frente a Sweet Manor lo sacó de sus absurdos pensamientos. La enorme mansión estaba a oscuras, a excepción de los faroles que alumbraban la gran escalinata de la entrada. No

se apreciaba movimiento alguno, era entrada la noche y tanto los duques como la servidumbre se habrían retirado.

Sebastien se enderezó y se preparó para despertar a la joven. No sabía cómo reaccionaría al ver el lugar en el que estaban, pero confiaba en poder con el mal genio de la muchacha.

—Emily, despierta, hemos llegado —le dijo, tocando su brazo con suavidad para no sobresaltarla.

Emily abrió los ojos con lentitud y por unos segundos pareció estar desorientada, luego sus ojos se centraron en él y en su mano aún apoyada en su brazo. Él pudo sentir cómo su cuerpo se tensaba, por lo que la apartó y se limitó a observarla sentarse y acomodar su ropa.

Su chofer ya había descendido del coche y se dirigía a la puerta para avisar al lacayo que estuviese de guarda de su llegada.

El conde miró divertido a Emily, que intentaba recomponer su aspecto, algo imposible dada sus circunstancias. Con parsimonia, dejó vagar los ojos por su esbelto cuerpo. Aunque ella era delgada, tenía las curvas bien formadas en los lugares indicados, algo que no hacía más que resaltar aquel ajustado pantalón y esa camisa apretada. Definitivamente, no parecía un hombre, ni siquiera uno muy joven. La figura embutida en aquel disfraz era todo menos masculina, y a pesar de ya haberla visto menos cubierta, la boca se le hacía agua y sus dedos picaban por las ansias de tocar esa piel.

—¿Podrías dejar de mirar mi atuendo con tanto descaro, milord? Y hacer el favor de bajar, así puedo estirar las piernas por fin —le espetó indignada, interrumpiendo su intenso escrutinio.

—Claro, mi dama, pero no estaba viendo tu ropa, sino lo que hay debajo. Hubieras dicho que querías estirar las piernas, te habría echado una mano con gusto —dijo Sebastien, quitando la vista de su escote, y sonrió perversamente.

Ignorando sus insultos, bajó de un salto del carruaje y se giró para ayudarla. Emily aceptó su mano, pero ni bien pisó el suelo empedrado se soltó.

—¿¡Qué diablos...!?! ¿Por qué estamos aquí? —le gritó furiosa, frenando la marcha del conde hacia la casa.

—Será mejor que entremos, no estás en posición de discutir nada, querida —rebatió Sebastien, tomó nuevamente su mano y la arrastró tras él.

—Pero... ¿qué dices, milord? Yo puedo decir cuánto quiera, tú no eres nadie para darme órdenes. Te estás sobrepasando, Gauss, no sé qué pretendes. ¡Pero te exijo que me liberes y me dejes continuar mi camino...! —exclamó enojada, a la espalda del conde, que no se detuvo hasta llegar a la puerta.

—¡Ya es suficiente! No tires más de la frágil cuerda que sostiene mi paciencia contigo. ¿Acaso crees que yo quiero estar aquí? ¿Crees que disfruto de tu compañía? —la cortó con tono duro, volteando hacia ella—. ¡Pues no!, pero no tengo otra opción. Ahora, deja esta tontería y acepta tu destino con dignidad, o atente a las consecuencias —amenazó con frialdad, y después, incapaz de seguir viendo su gesto de horror y rechazo, la soltó y traspasó las puertas solo.

—Buenas noches, milord, no lo esperábamos —lo saludó el mayordomo de su hermana, que todavía llevaba su ropa de dormir y sostenía un candelabro en la mano.

—Buenas noches, lamento la llegada imprevista. Tuvimos que abandonar la ciudad por una emergencia —le contestó, dejando en mano del lacayo su saco y sombrero.

El sirviente desvió la vista sobre el hombro de Gauss y, al dar con la joven, sus ojos se abrieron como platos. Sebastien rio por lo bajo mientras veía cómo Emily intentaba aparentar indiferencia sin poder lograrlo del todo, sus mejillas comenzaban a colorearse al igual que las del lacayo, que parecía un tomate y trataba de apartar su mirada, pero esta volvía una y otra vez a posarse sobre el cuerpo de la joven. Sebastien frunció el ceño.

—*Lady Asher* ha venido conmigo. Si no es molestia, nos retiraremos ahora mismo. No será necesario que despierte a sus excelencias, mañana los pondré al corriente —anunció, compadeciéndose finalmente del bochorno de la joven.

—Mmm... Claro, milord, *lady Asher*, ya han preparado sus habitaciones. Si son tan amables, los guiaré hasta ellas —carraspeó, recomponiéndose el mayordomo, giró y empezó la caminata hacia el piso superior.

A la mañana siguiente, el cielo amaneció totalmente despejado y ya no quedaba rastro de la lluvia torrencial.

Sebastien se levantó de la cama y, tras aliviarse y asearse detrás del

biombo, procedió a vestirse con las mismas ropas del día anterior. Su rápida salida de Londres no le había dado tiempo de traer su equipaje, aunque ya lo había solucionado la noche anterior, un mensajero había partido hacia Londres con varios encargos urgentes hechos por él. Esperaba que el hombre volviese con noticias esa misma tarde.

Cuando salió del cuarto, estuvo tentado a detenerse frente al que se le había asignado a Emily, pero no cedió a su impulso. Apresuró la marcha y descendió la escalera rumbo al comedor de desayuno.

Era mejor no guardar ninguna esperanza de que las cosas entre ellos mejoraran. Solo con recordar la mortal expresión con la que la noche anterior ella lo había fulminado antes de meterse en su alcoba... la furia lo desbordaba. A pesar de que mientras subían las escaleras, el silencio de ella le había transmitido abatimiento y congoja, ni bien pudo ver su cara, se encontró con ese habitual gesto despreciativo y frío, lo que le daba a entender que Emily lo culpaba de todo sus males, y preveía que no hallaría colaboración por su parte.

Las puertas del comedor estaban abiertas y un lacayo se mantenía parado junto a estas, anunciando que el salón ya estaba ocupado. Sabía que a Elizabeth le gustaba madrugar, lo que hacía probable su presencia en el salón. Confirmó su conjetura al encontrarla sentada, dando cuenta de un abundante desayuno. Llevaba un vestido color melocotón de talle alto y su pelo claro sujeto en un moño flojo.

—¡Sebastien! Smith me avisó de tu llegada —lo saludó emocionada, se puso de pie ni bien lo vio y se lanzó a sus brazos como hacía siempre.

—Buenos días, ángel. Te he extrañado —respondió él, correspondió el abrazo unos segundos y besó su frente, fiel a su costumbre. La duquesa se separó sin alejarse y lo miró con gesto curioso y preocupado.

—¿Qué tienes, hermano? ¿Pasó algo con nuestro padre?, ¿está de nuevo en problemas con la corona? ¡Oh, no! ¿Es Emily, verdad? ¿Diste con ella y algo malo le pasó a nuestra prima? —empezó, atropelladamente, Lizzy, tomando asiento y arrastrándolo hasta acomodarlo a su lado.

—¡Eh, pequeña! Esas son muchas preguntas, ¿no crees? —comenzó a decir, riendo, él, pero el ceño de Lizzy cortó su algarabía—. Está bien, está bien, te diré. No te preocupes, nuestro padre está bien. Continúa en la

mansión y de a poco está logrando ganarse nuevamente el favor de su majestad —contestó, evadiendo deliberadamente el resto de las preguntas.

Tomó un plato y se sirvió huevos y jamón, recordando que su hermana seguía los hábitos de la familia ducal, quienes no usaban al servicio a la hora de las comidas, sino que lo hacían ellos mismos.

Lizzy lo observaba con sus ojos en rendijas, aunque escuchar que el marqués estaba bien pareció tranquilizarla bastante.

—¿Y dónde está tu querido duque? —preguntó antes de que ella se lanzara a la carga nuevamente.

—En la cama, es un perezoso —protestó ella, regresando la atención a su plato.

—No es eso, hermana, solo que la mayoría de los ingleses no consideramos que las ocho de la mañana sean parte de nuestro día —dijo riendo.

Lizzy, que había vivido casi toda su vida en una aldea en Francia, se quejaba de las *raras costumbres inglesas* y no entendía cómo podían empezar su día tan tarde; a veces, lo sorprendía maldiciendo en francés.

—Pues son todos unos vagos y holgazanes. Y creo que te refieres a los nobles ingleses porque el resto de la población se despierta con la salida del sol —rebatía sonriente, inclinándose para volver a llenar su plato.

—Pues sí, pero las damas consideran esta hora como indecente. No suelen aparecer hasta las diez, las más valientes. Y los caballeros lo hacen a las nueve con suerte. Lo que me recuerda, no está bien visto el que una dama baje a desayunar si los caballeros no lo hicieron antes. Deberías pedir el desayuno en tu cuarto, duquesa —se burló y, al ver la cantidad de comida que su hermana engullía, la miró con ojos desorbitados; Lizzy no solía ser una gran comensal.

—Esa regla me pareció siempre una estupidez. No entiendo por qué no puedo bajar primero a desayunar. Por más dama y duquesa que sea, últimamente despierto con un hambre canina. Qué tontería, solo a ustedes, los ingleses, se les puede ocurrir —se quejó tomando de su taza de té.

—Te recuerdo, *doulce* Alinne, que tú también tienes sangre inglesa, por más hija de francesa que seas —interrumpió una voz melodiosa y grave desde la puerta.

—¡Merde! —exclamó Lizzy al ser descubierta despotricando contra los

ingleses y el dormilón de su marido, y elevó la vista para encontrar a su esposo ingresar.

Bladeston caminó hacia su esposa y se inclinó sobre ella, le besó suavemente en los labios y, tras susurrarle algo en el oído, volteó a saludar a su cuñado, dejando a la joven ruborizada hasta la raíz del cabello.

—Bienvenido, Gauss —lo saludó con cordialidad, como si los arrumacos con su mujer a la vista de todos fuesen algo normal, tendiéndole una mano.

—Gracias por recibirme —le correspondió Sebastien.

Mientras continuaban desayunando, él pensaba que debería explicar su presencia allí. Seguramente, Nicholas sospechaba algo, pues lo miraba con hilaridad en sus ojos azules. Y su hermana nada debía saber sobre la mujer que permanecía en el piso superior, o no lo hubiese dejado tranquilo hace unos momentos. Bastante incómodo, apartó su plato y se enderezó en la silla, preparándose para soltar todo lo que pasaba.

—Seguramente deben estar preguntándose a qué he venido —empezó, atrayendo la mirada de sus anfitriones de inmediato—. Por supuesto, además de visitar a mi hermana. Saben que llevo dos meses buscando a *lady* Emily —siguió, tratando de pasar el nudo que se atravesaba en su garganta debido al repentino nerviosismo que lo embargaba, lo que era algo comprensible, puesto que su vida estaba a punto de cambiar irremediamente. Y no sería para bien, todo lo contrario, su existencia sería un tormento continuo.

—¿Qué te sucede, Sebastien? Parece como si te estuvieses asfixiando, puedes decir lo que sea. ¿Algo malo le pasó a Emily? Me estás preocupando —lo apremió Lizzy observándolo con temor.

—No, ella está bien, de hecho, está aquí —se apresuró a tranquilizarla.

—¿Aquí? ¿Accedió a venir contigo? ¡Eso es bueno!, ¿dónde está? —exclamó, aliviada, su hermana, pero Stanton detuvo su diatriba apretando su mano.

—Bueno, no fue precisamente así. A ella no le quedó otra opción, ángel. Ahora está en uno de los cuartos de huéspedes, tuvimos que abandonar la ciudad con rapidez, por lo que deberás facilitarle algo con lo que vestirse —aclaró, más tenso a cada momento.

—Aunque no sé tus razones para traerla aquí, Gauss. Eres consciente de que, de saberse que viajaron solos, se producirá un gran escándalo, ¿verdad?

Creía que vuestra tía te había pedido localizarla, y ella viajaría a buscarla para traerla. Eso con el fin de guardar las apariencias, ya que la sociedad cree a la joven en Sussex, cuidando de su padre —intervino, sagaz, Nicholas, mirándolo con una ceja alzada.

—Uhm... lo sé. Solo que las cosas se salieron un poco de control, no había tiempo para aguardar la llegada de *lady* Asthon. Y con respecto a la sociedad y el escándalo, ya no será algo por lo que preocuparse —respondió con un gruñido, llevando las manos a su pelo con frustración.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso no viniste con ella en el mismo coche, o es que hallaste una carabina respetable? —inquirió, curiosa, Lizzy elevando sus rubias cejas.

—No, a las dos preguntas. Ya no debo afanarme en evitar un escándalo porque... porque este ya sucedió —confesó con cansancio y, a pesar de estar contrariado, casi sonrió al ver la boca abierta de Lizzy y el rostro rojo del duque, que se había atragantado con su té.

—Sí, lo sé. Ni yo lo creo. Y como estarán pensando, hemos venido a casarnos —anunció Sebastien antes de arrepentirse, y pensó que si los ojos de su hermana se abrían más, se le desprenderían.

—¡Qué! ¡Casarse! ¡Casarse tú y Emily? —soltó pasmada.

Pero antes de poder responder, un gran alboroto los interrumpió.

—¡Su excelencia, su excelencia! —gritó el mayordomo, que corría hacia ellos y que resbaló en la puerta.

—¿Qué sucede, Smith? —preguntó, alarmado, su cuñado, poniéndose de pie.

—La señorita... *lady* Asher —dijo, resollando, el sirviente con el rostro contraído, parecía aterrorizado.

Sebastien no esperó a que continuara. Parándose con estrépito, salió disparado del salón. Los gritos se oían desde la planta superior y, sintiendo un terrible presentimiento, hacia allí se dirigió y subió la escalera a toda velocidad. En segundos, estuvo en la habitación y, al ver el cuadro que le esperaba, su corazón se detuvo.

La cama estaba vacía y, junto a la ventana, dos doncellas se volvieron a mirarlo con el rostro completamente blanco. Sebastien las apartó, en su aturdida mente un ruego crecía, suplicando que no estuviese pasando lo que

temía. Como en un sueño, se asomó al exterior con el pulso congelado y el estómago contraído.

—¡No, Emily, no! —gritó desgarrado cuando sus ojos dieron con su inconfundible figura que yacía inmóvil, con sus extremidades torcidas en un extraño ángulo, sobre el césped, cuatro pisos abajo.

CAPÍTULO 17

Nº 17: Mi corazón está dolorido dentro de mí, y terrores de muerte sobre mí han caído.

Salmos 55:4

Capítulo diecisiete del libro *Reglas para no enamorarse*

—¡Oh, Dios mío, es mi prima! ¡Emily, despierta! ¡Nick, no reacciona, no respira! —dijo, con horror, Lizzy inclinada sobre la joven, tocando su mejilla pálida.

—Aguarda, cariño. No la toques, puede... —comenzó a decir el duque, sosteniendo a su esposa por los hombros, pero un empujón lo hizo caer hacia atrás y arrastrar a Lizzy con él.

—¡Em! ¡Emily! —gritó, fuera de sí, Sebastien, que apareció como un torbellino por el camino lateral de la casa.

Su rostro esbozaba un gesto de terror y sus ojos eran dos pozos atormentados. Sin percatarse, quitó a los duques de su camino y sostuvo contra sí el cuerpo inerte de la joven, apretándolo con desesperación. Cuando la elevó del suelo, quedó a la vista un charco de abundante sangre. Con frenesí, Sebastien palpó la parte posterior de su cabeza y sintió un líquido tibio mojar su mano.

—¡Emily! Por favor, no... ¡Dios, no! ¡Por favor, princesa, no me hagas esto! —susurró con agonía, tocó el rostro de Emily con manos temblorosas y le manchó la cara con la sangre de la joven, que continuaba brotando. Sus ojos permanecían cerrados y su semblante denotaba una mortal palidez, mientras el conde la mecía rogándole que los abriera. Su voz rota, desbordando dolor.

—Gauss, tienes que soltarla. Ha llegado el médico —dijo, con tono serio, Stanton detrás de él—. Gauss, por favor, deben verla —insistió el duque, intentando apartarlo de la joven—. ¡Sebastien, reacciona, hombre, tienes que soltarla! —gritó con autoridad, y eso, junto con el desgarrador llanto de su hermana, logró sacarlo de su trance.

Con dificultad, se puso de pie sin soltarla, su cuerpo colgaba flácido y débil entre sus brazos. Se giró y vio a su hermana que lloraba y era contenida por su cuñado, y más atrás, el mayordomo junto a varios criados observaban la escena con rostro preocupado.

—Acompáñeme, milord, el doctor espera —le pidió, nervioso, el sirviente al ver al conde apretarla entre sus brazos con gesto perdido.

—¡Maldita sea! —repetía el conde, golpeando su cabeza contra la pared una y otra vez, en un intento de descargar su ira y su frustración.

—Tranquilo, Sebastien, Emily va a estar bien. Después de todo, el médico sigue allí dentro, si no hubiese nada que hacer, ya no estaría con ella —trató de tranquilizarlo su hermana, acariciando su hombro con suavidad.

Él no pudo contestar a su esperanzador comentario, solo era capaz de ver tras sus ojos cerrados la cara cenicienta de Emily y su sangre tiñendo su camisa blanca.

Estaban en el pasillo frente a la puerta de la habitación de Emily. El viejo doctor no había salido desde que la había depositado en su cama para que la revisaran.

Su corazón no había parado de latir desenfrenadamente desde que vio su pequeña figura yaciendo inmóvil, y en ese instante su estómago estaba tan contraído que temía devolver el desayuno allí mismo. Aunque no deseaba analizar sus desbordados sentimientos y emociones, no podía ignorar lo que lo tenía al borde del colapso.

El miedo, no; el más fuerte terror...

¿Para qué negarlo? Le asustaba hasta la médula el solo pensar que la mujer que estaba en ese cuarto podía morir. La sola idea de que sucediera le hacía temblar, y sentía la desgarradora sensación de que perdería la razón si eso ocurría. En ese instante, entendió por qué el padre de Emily había perdido la

cordura con la desaparición de su esposa. Y se sintió peor por haber usado aquello para vengarse de su hija.

—Sebastien, sé que no es el momento, pero debo saberlo, ¿qué está pasando? Y no me digas que nada, porque es obvio que Emily no quiere estar aquí. Tanto, que en su desesperación por huir, se colgó por una ventana usando una sábana que se desgarró, y ahora probablemente puede estar muriendo.

—No mentiré, ella vino obligada. Con respecto a su intento de fuga y sus motivos, eso no me corresponde a mí decirlo —contestó, separándose de la pared.

—Está bien, ¿y a ti qué te sucede? Lo último que sabía era que odiabas a esa mujer, y ahora apareces diciendo que te casarás con ella, y no solo eso, te miro y es obvio que... que... —rebatía, cruzándose de brazos. Pero al ver la expresión de su hermano, que estaba a punto de explotar, dudó en terminar la frase, temerosa de ir demasiado lejos.

—¿Qué, qué es obvio? Dilo, adelante —la provocó él, bufando y llevando sus manos a la cabeza, impaciente por la demora del médico.

—Pues que ya no odias a Emily. Que a pesar de que te niegues a admitirlo... estás enamorado de ella, tú la amas, Sebastien —declaró Lizzy, recordando cómo su hermano había gritado al ver a su prima en el suelo y, después, la manera en la que apareció corriendo y la sostuvo entre sus brazos, llorando y hablándole con tanto abatimiento y desesperación que, verlo, estremecía. Nunca había presenciado una escena más conmovedora que la de su hermano quebrado, abrazando con amor y necesidad a una Emily desvanecida.

Sebastien solo se la quedó viendo sin responder, con expresión aturdida. Parecía estar pasmado y consternado por su afirmación. Entonces, el sonido de unos pasos interrumpió la estupefacta reacción del conde. La puerta de la habitación se abrió y apareció el médico con expresión seria.

—¿Cómo está? —preguntó, con precipitación, Sebastien, parándose frente al viejo doctor que se había volteado a cerrar la puerta de la alcoba.

—La joven ha recibido un fuerte golpe en la cabeza. El impacto le produjo un feo corte en ella y requirió varios puntos de sutura para cerrar la herida. Además, tiene un tobillo y tres costillas dañadas. Como deducirán, el golpe la

ha dejado inconsciente, y no podría asegurarles el tiempo que durará en ese estado —explicó el médico a los dos hermanos que escuchaban el diagnóstico con expresión sombría.

—Pero... pero va a despertar, ¿verdad, doctor? —insistió Lizzy, adelantándose a la pregunta del conde.

—Eso es algo que no puedo contestar con seguridad. Aun así, no encontré ninguna contusión en su cráneo y tampoco está inflamado, lo que augura el recobramiento de la consciencia. Con respecto a las fracturas, he seguido el normal procedimiento y debe hacer mucho reposo para que sus huesos se recuperen bien. Le dejaré láudano[3] y unos cataplasmas para el dolor, y volveré para ver... —siguió el médico, pero Sebastien no se quedó a oír el resto, irrumpió en la habitación y se acercó a la cama con prisa. Tenía que ver con sus propios ojos que ella estaba bien, que seguía allí.

Emily estaba tal y como la había dejado, solo que destacaba una venda en su cráneo y también en su tobillo, el que el doctor había inmovilizado con vendas y unas maderas. Tenía puesto un camisón blanco que le quedaba bastante corto, justo por debajo de las rodillas, debido a que Lizzy era más baja que su prima, y al no llevar medias, la piel desnuda de sus piernas y sus pies quedaban expuestos, componiendo una deliciosa visión. No sabía si era porque la situación lo había golpeado con fuerza, dejándolo débil y vulnerable, pero se sentía como un canalla miserable por estar comiéndose con los ojos a la joven, cuando antes le hubiese importado poco aprovecharse de la situación para mirar la belleza que tenía en frente.

No se reconocía a sí mismo, pues como un hombre amedrentado y culpable, apartó la vista del escote abierto del camisón y la cubrió suavemente con una manta. Suspirando, se sentó junto a la cama mientras oía a su hermana alejarse en compañía del médico.

—Vaya... al parecer, no eres un patán completo —dijo, en un murmullo débil, Emily.

Sebastien alzó la mirada, que estaba puesta en la mano que sostenía entre las suyas, y la encontró despierta, mirándolo con una ceja alzada.

—¡Emily, despertaste! —murmuró sorprendido, soltando su mano rápidamente, como si de un tesón ardiente se tratara.

—Me ha despertado un... un lacerante dolor en mi costado —respondió

con dificultad, su cara continuaba pálida.

—Sí, tienes tres costillas lastimadas y el tobillo derecho también —contestó el conde, señalando su lado izquierdo, donde ella había apoyado sus manos a la vez que dejaba escapar un quejido con cada inspiración.

—Oh, diablos... —soltó Emily en un graznido, alzando un poco la cabeza para ver su tobillo inmovilizado, pero el dolor del corte en su cabeza la obligó a recostarse de nuevo.

—No te muevas, tienes puntos en la cabeza —le advirtió al ver el gesto irritado y frustrado que ella esbozaba con sus ojos cerrados—. Parece que tus días de fugitiva han quedado definitivamente atrás —continuó con sequedad, y obtuvo como respuesta el silencio y una mirada fulminante de parte de ella, que él correspondió levantado una ceja, desafiante.

—Si no te importa, milord, quiero descansar —le echó Emily furiosa y señaló la puerta, queriendo aparentar frialdad, a pesar de que se veía adolorida.

—Bien, me iré y mandaré una doncella con láudano para tu dolor —se rindió el conde, dirigiéndose a la salida con desgana.

Al llegar a la puerta, giró y la miró penetrantemente.

—Una cosa más, mi dama negra. Aprovecha y descansa todo lo que puedas, porque en cuanto te recuperes, tendrás que explicar muchas cosas, empezando por la locura que cometiste lanzándote colgada de las sábanas. Y después... después, tú y yo nos casaremos —sentenció, con tono peligroso e inflexible. Y con la última imagen de una Emily azorada y acongojada, abandonó la habitación.

CAPÍTULO 18

Nº 18: ¿Se ha acabado perpetuamente su promesa?

Salmo 77:8

Capítulo dieciocho del libro Reglas para no enamorarse

Muelles de Londres...

—**D**esperta a este inservible, Jackson —ordenó el Diablo.

Su sirviente levantó un cubo con agua sacada del Támesis y la vertió con fuerza sobre el hombre desvanecido, quien se sobresaltó y se enderezó en la silla donde lo mantenían atado, escupiendo agua.

—Milord, por fa... favor, tenga piedad —suplicó con dificultad, su cara sangrante e hinchada por las torturas.

—Te advertí que no daba segundas oportunidades. No soporto a la gente inepta, y menos que malgasten mi tiempo y dinero. Y tú lo has hecho al fracasar en la búsqueda de esa ramera y esa escoria de sirviente. Tu plazo ha caducado. Jackson, sabes qué hacer, te espero en el carruaje —ordenó con tono duro desde el fondo del almacén donde se encontraban, sus rasgos sumidos en la completa oscuridad.

Dejando atrás los gritos de terror y suplica, el Diablo salió del lugar y caminó con paso tranquilo hasta su coche. Deseaba abandonar lo más rápido posible aquel apestoso sitio, el hedor del puerto le causaba náuseas. Además, tenía una hermosa mujer esperando en su cama.

Su cuerpo despertó con el solo recuerdo de la piel tersa de Amanda y sus alaridos y llantos suplicantes. No le importaba que Amanda no lo quisiese, todo lo contrario, saber que la sometía y aplastaba le causaba un placer

sublime. Sin embargo, no podía disfrutar de sus aficiones mientras Jeremy, ese bastardo, estuviese libre. Todavía no había podido averiguar quién era la mujer que lo estaba ayudando, y esos dos se habían esfumado. Ninguno de los tipos que había contratado para seguir su rastro había logrado dar con ellos.

Jackson emergió del almacén arrastrando un bulto tras él, se acercó a la orilla del río y lo lanzó sin miramientos a las oscuras aguas. Después, se subió al pescante del carruaje y emprendió la marcha. Dentro, el Diablo apretó las manos en puños, su paciencia se había acabado. A partir de allí, él mismo se encargaría de encontrar a esos dos, y cuando diera con ellos..., no volvería a cometer el error de dejarlos seguir respirando. Mataría a la basura de Jeremy y, luego de divertirse con su furcia, ambos terminarían flotando en aquel río.

Costwold, Sweet Manor, tres semanas después...

Las voces en el pasillo despertaron a Emily que, acostada en la cama, se mantuvo inmóvil a la espera. Si abrían la puerta, volvería a fingir estar dormida.

Llevaba semanas encerrada en la mansión campestre de los duques y, ayudada por el efecto del láudano, había logrado evitar al matrimonio ducal y al conde, quien, después de permanecer una semana en la casa, había partido hacia la ciudad, luego de recibir un mensaje de su padre, el marqués de Arden.

La puerta del cuarto se abrió, y Emily espió a través de las cortinas de su cama la identidad del intruso. Al constatar que se trataba de su doncella, se incorporó con dificultad.

—*Milady*, no haga esfuerzos, se abrirá su herida —dijo, alarmada, Jenny, apresurándose a abrir las cortinas y ayudándole a sentarse.

—Prefiero el dolor y no seguir soportando este trato de inválida. No tolero estar un minuto más en este lugar —se quejó ella, aceptó el trapo mojado que la sirvienta le extendía y comenzó a asearse.

Emily nunca había sido una paciente dócil debido a su incontenible energía y a su acérrimo sentido de independencia, por lo que estar en aquella

situación le resultaba una completa tortura. No podía levantarse ni caminar, aunque no había dejado de intentarlo, pero ni bien apoyaba el pie, un agudo dolor, provocado por su tobillo derecho, la devolvía a la cama. Lo que, definitivamente, la ponía de un humor de perros.

Con cada día que pasaba, su desesperación iba en aumento. Necesitaba huir de allí porque no había tenido noticias de su hermano desde aquella noche en el teatro. La última imagen que tenía era la de un Jeremy mirándola nervioso, tratando de llegar hasta ella, pero siendo retenido por un lacayo. No quería ni imaginar lo que estaría sufriendo él al no encontrarla, y temía que pudiese cometer una estupidez llevado por la preocupación, como suponer que el Diablo la tenía cautiva y lograr que lo mataran metiéndose en su guarida.

Ella conocía ese sentimiento porque era lo que la había impulsado a saltar por la ventana, ignorando la altura y confiando que la tela de las sábanas y cortinas resistirían, pero estando a dos escasos metros del suelo y de la libertad, su improvisada cuerda cedió y ella aterrizó contra el césped. No quería pensar qué hubiese sucedido si la tela se rasgaba antes; seguramente, ya no estaría viva. Lo que había hecho era una locura, lo sabía, pero en esos momentos no estaba pensando con claridad.

Gauss le había manifestado su enojo mostrándose distante y más frío que nunca, pero a ella poco le importaba, ese hombre nada sabía de sus motivos o circunstancias. Aunque, en el fondo, le molestaba su actitud distante. El conde había cumplido su promesa y había aparecido todos los días en su alcoba. Su presencia la inquietaba e incordiaba, ya que no hacía más que interrogarla una y otra vez. Él quería saber a quién buscaba, por qué huía, y no cejaba en su búsqueda de respuestas. Ella no confiaba lo suficiente en él, no después del pasado que compartían, como para arriesgar su misión. Del éxito de la misma dependían la vida de su madre y la de su hermano. Así que no había cedido ni un ápice ante su curiosidad y sus demandas. Al final, Gauss se había rendido y marchado a Londres, no sin recordarle que a su regreso se casarían y advirtiéndole que no intentara moverse de esa cama. «Como si pudiese hacerlo», pensó fastidiada.

Cuando terminó su desayuno, le pasó la bandeja a la doncella y le ordenó traer un vestido.

—*Milady*... —dijo, con voz suplicante, Jenny.

—Haz lo que te he dicho, Jenny, deseo salir de esta prisión. El tobillo ya casi no me duele y las costillas están bien vendadas; si no hago movimientos bruscos, no duele tanto. Solo bajaré al jardín —le informó, ignorando la mueca desaprobatoria en su cara.

Mientras se vestía, recordó que ese día llegaría su tía, quien había acompañado a la duquesa viuda, la madre del duque, a Bath y no estaba informada de su accidente. No sabía cómo la recibiría la anciana. Hacía más de dos meses que no se veían, y su última charla había sido días después del escándalo provocado por sus anfitriones, antes de casarse, donde ella se había despedido de Margaret con la mentira de que regresaría al campo con su padre cuando, en realidad, se dirigía a los suburbios en busca de su madre. Y el marqués creía que ella seguía bajo la tutela de su hermana, intentando reincorporarse a la sociedad y conseguir un marido.

El espejo de su tocador le devolvía una imagen que le parecía lejana, hacía demasiado tiempo que no vestía una prenda elegante y femenina como lo era ese vestido de día rosa pálido. Su doncella, que la acompañaba desde su fallida presentación en sociedad, le sonrió alentadoramente y comenzó a recoger su lacio y pesado cabello en un moño alto.

Con la ayuda de un lacayo, Emily se ubicó en la terraza de Sweet Manor. Los duques no se habían levantado aún, lo que la alivió bastante; todavía no se sentía preparada para enfrentar a su prima, y menos a su esposo. Se había portado muy mal con ellos, interfiriendo deliberadamente entre ambos y tratando a toda costa de separarlos.

La vista de los jardines resultaba encantadora. Las verdes praderas y ondulantes colinas se extendían hasta donde llegaban sus ojos, lo que provocaba un efecto revitalizador. El sol de media mañana no quemaba con intensidad, pero sí lo suficiente como para que ella agradeciese estar resguardada bajo las amplias sombrillas apostadas sobre la mesa.

En ese momento, una imagen irrumpió en sus pensamientos, y el solo recuerdo oprimió su pecho consumiendo su tranquilidad y reemplazándola por nostalgia, melancolía y dolor.

Agosto 1809, Sussex, propiedad del marqués de Landon.

—¡Bastien, Bastien, más despacio! —exclamó, riendo sin parar, Emily mientras era arrastrada por Sebastien colina abajo.

El conde detuvo su apresurada corrida y volteó a mirarla, con una enorme sonrisa.

—Como usted diga, milady, estoy a sus órdenes —contestó, simulando un tono servicial, soltó su mano, se inclinó, la levantó del suelo y en un rápido movimiento la colocó sobre su hombro y prosiguió el descenso.

Emily aulló, escandalizada y divertida a la vez, y simuló golpear su espalda, conteniendo la risa. El conde traspasó la puerta de la cabaña donde ella solía pasar las tardes pintando y la depositó en el suelo con cuidado. Ella acomodó su vestido azul cielo y apoyó las manos en sus caderas, fingiendo estar ofendida.

—¿Esa es su manera de saludar, milord? —lo cuestionó, con su nariz arrugada.

—No tengo mucho tiempo, Em. El verano termina y debo viajar a Francia para visitar a mi hermana y a mi abuela. Pero no quería irme sin verte, necesito darte algo —le explicó él, y aunque conservaba su gesto alegre, parecía un poco nervioso.

—Está bien, pero... ¿sucede algo malo?, pareces algo alterado —preguntó Emily comenzando a preocuparse.

—No, todo está bien. Es solo que yo... tú... ¡Maldición! —gruñó el conde, tirando de su cabello rubio con una expresión frustrada.

—¿Bastien? —dijo ella, posando la palma de su mano en el pecho de él, donde pudo sentir el ritmo acelerado de su corazón.

Sebastien la miró, y sus ojos violetas tenían un intenso brillo. Sin decir nada, extendió una mano y la sorprendió agarrando su nuca y tirando de ella hasta unir sus frentes. Sus cuerpos quedaron pegados, y sus respiraciones se acariciaron mutuamente.

—Em... juro que tenía un perfecto discurso preparado, pero... pero fue solo tenerte así, tan cerca, solo para mí, y en mi mente queda lugar para una única cosa —confesó en un susurro bajo y agitado.

—¿Qué cosa? —pregunto, sin aliento, ella, observando confundida sus pupilas oscurecidas y sintiendo un extraño calor subir por sus extremidades.

—Esto... —gruñó, con voz ronca, el conde, y pegó sus labios con frenesí.

La boca de Bastien abarcó la suya por completo y le quitó el aire y la compostura. Una y otra vez, sus labios acariciaron su boca, sumergiéndola en una tormenta de deleite y sensaciones desconocidas. Sus lenguas se acariciaron con febril necesidad y sus cuerpos se abrazaron con íntimo anhelo. Cuando sus pulmones ardieron tanto como su deseo, Sebastien separó sus bocas y mantuvo sus frentes pegadas, respirando con agitación. Emily lo miró extasiada y emocionada por estar viviendo aquel sueño. Era su primer beso, y confirmaba que el conde correspondía a sus sentimientos.

—Emily..., estoy enamorado de ti. Te amo como un loco, hace mucho tiempo. Y necesitaba decirlo. Deseaba que supieses que te amaré por siempre, con todo lo que soy y todo lo que tengo. Hasta el último día en que viva, yo te amaré —declaró con una mirada llena de devoción y entrega en sus ojos.

Ella sollozó de pura dicha y emoción, y se estiró para rozar sus labios con amor.

—Pues me alegra oír eso, porque yo también te amo. Y lo hago desde que, siendo una niña, jugaba a ser una princesa y tú accedías a ser un gallardo príncipe solo por complacerme. Te amo tanto... tanto, y lo haré hasta mi último aliento —susurró, sin poder evitar que sus mejillas se ruborizasen.

—¿Entonces es una promesa, mi dulce dama? —indagó, sonriendo pícaramente, él, sujetando sus mejillas y acariciándolas con sus pulgares.

—Oh, sí. Es una promesa, mi príncipe —asintió Emily en un resuello, recibiendo el más dulce de los besos en repuesta. A continuación, solo se oyó el canto de los pájaros y el graznido de los patos del lago, quienes fueron testigos de su promesa de amor.

CAPÍTULO 19

Nº 19: Y tras la puerta y el umbral pusiste tu recuerdo; porque a otro, y no a mí, te descubriste, y subiste, y ensanchaste tu cama, e hiciste con ellos pacto; amaste su cama...

Isaías 57:8

Capítulo diecinueve del libro *Reglas para no enamorarse*

La mansión del marqués de Arden, en Berkeley Square, era un elegante edificio de tres pisos, rodeado por altas rejas negras y un pequeño jardín junto al camino de grava de la entrada.

Sebastien observó desde el interior de su carruaje la fachada de la casa y soltó un suspiro. Su padre había solicitado su presencia con urgencia, y eso solo podía significar malas noticias o, peor, graves problemas, pues William no era la clase de padre que llamaba para compartir un momento fraternal.

Luego de bajar del coche y entregarle su sombrero y el saco al mayordomo que lo recibió, se encaminó hacia el despacho de su padre. El marqués estaba sentado tras su escritorio, su expresión era la habitual, fría y con su ceño fruncido. Al verlo entrar, dejó los papeles que estaba leyendo sobre el escritorio y lo saludó con un asentimiento.

—Buenos días, Sebastien, siéntate —le indicó con un ademán hacia la silla ubicada frente al mueble de roble oscuro.

—Buenos días, padre. Te ves más repuesto —lo saludó, observando que su padre parecía haber recuperado peso y ya no se veía tan pálido como la última vez que lo había visto.

—Sí, bueno. Seguramente te estarás preguntando el motivo por el que estás aquí —dijo el marqués sin más ceremonias, y a Gauss le sorprendió percibir

un deje de nerviosismo en su voz.

—Sospecho que se trata de tus problemas con la corona. ¿Acaso te ha citado el Rey nuevamente?

—Sí y no. Es decir, tiene que ver con las acusaciones que penden sobre mí, pero no me ha llamado su Majestad —contestó, y fue evidente que lo que fuera que sucedía lo perturbaba.

Sebastien reprimió una maldición, bastantes problemas tenía con cierta dama, como para sumar aquello. Creía que el tema del marqués con la corona inglesa estaba solucionado. Tres meses atrás, su padre había sido arrestado bajo cargos de complicidad en asesinato, espionaje, contrabando y conspiración contra el Rey. Un anillo perteneciente a la familia Albright, que representaba el blasón familiar, había sido hallado en una víctima del Asesino de Maifair Square, quien había matado decenas de personas. Finalmente, se había comprobado la inocencia del marqués, al Sebastien demostrar que el anillo no pertenecía a su padre, sino a su primo, el conde de Mousse, Fermín Moine. Este resultó ser el verdadero asesino, aunque él nunca reconoció su culpabilidad, y había aprovechado su cercanía al marqués para inculparlo de los crímenes y acceder a la fortuna familiar a través de un matrimonio con su hija. Finalmente, Moine fue descubierto y perdió la vida intentando escapar con Elizabeth, a quien había secuestrado.

Desde entonces, su padre permanecía en su mansión a la espera de que acabase la investigación sobre el resto de los cargos que le endilgaban, para así recuperar su libertad y su posición como vocero del Rey.

—¿Y qué sucede? —inquirió frustrado, se puso de pie y caminó hasta el aparador que William tenía en un rincón de la habitación, junto a la ventana, y que disponía de una buena cantidad de oporto y *whisky*.

—El magistrado[4] estuvo aquí. Al parecer, han hallado una supuesta prueba que me incrimina en un complot contra el Rey, quien todavía no ha sido informado. John Seinfeld me ha concedido unas semanas para probar mi inocencia, por la amistad que nos une. Pero si no logro hacerlo en el plazo acordado, Seinfeld no tendrá otra alternativa que llevarme ante su Majestad, y seré ejecutado —explicó William, su voz se quebró al finalizar el relato, y sus manos temblaron sobre el borde del escritorio.

—¡No puedo creerlo!, ¿el magistrado Seinfeld especificó sobre la prueba

encontrada? Tal vez vuelva a tratarse de un error —le preguntó, alterado, Sebastien, intentado pensar y buscar algo que los ayudase a salir de aquella pesadilla.

—Esta vez, no, yo mismo examiné la evidencia. Es una carta donde se brinda información sobre la rutina y movimientos del palacio real, sobre los horarios y futuras audiencias del rey. Algo que, como sabes, es información confidencial, y además, la misiva termina haciendo una mención sobre una estrategia para asesinar a su Majestad —contestó, con gesto derrotado, bajando sus apagados ojos grises.

—¿Por qué? ¿Por qué te la adjudican a ti, padre? No eres el único en tener acceso a esos datos.

—La carta lleva mi nombre y sello lacrado y, por lo menos, la primera parte es mi propia letra, yo mismo corroboré que se trata de mi letra. En la segunda fracción, la del complot, no pude hacerlo porque la tinta está corrida. Pero la caligrafía a simple vista es idéntica a la mía, aunque eso es imposible, yo jamás escribí aquello —dijo desesperado.

—¡Dios! —soltó Sebastien, paseándose por la habitación y deteniéndose cada tanto para mirar a William. No quería dudar de su padre, pero la situación lo hacía sospechar. Todo indicaba su culpabilidad, y eso le aterraba.

—Hijo..., sé lo que estás pensando. Y debes saber que soy inocente —empezó a decir, mirándolo con solemne seriedad. Alzó una mano para cortarlo cuando intentó interrumpirlo—. Déjame terminar. Soy inocente de esos cargos, mas no de haberme comportado muy mal con mis propios hijos, de haberlos defraudado e ignorado durante toda mi vida. Ahora estoy pagando el precio de mis equivocaciones, que me llevaron al punto de poner por sobre mi propia sangre a un hombre que me traicionó, y por él estoy así —dijo William con su expresión seria, aunque no pudo ocultar la tristeza en su voz. Haciendo referencia a Moine, su sobrino, y a quien, además de confiarle sus negocios, le había concedido la mano de su hija, aun contra el deseo de Elizabeth, quien no había tenido más opción que huir de esa boda forzada, ayudada por su actual esposo, el duque de Stanton.

—Padre..., yo... no sé qué decir —musitó Sebastien sacudiendo levemente la cabeza.

—No digas nada, para mí ya es tarde. Solo te cité para que tengas

oportunidad de prepararte para el desastre que se avecina. Sabes que, debido a esto, me quitarán el título, y todas las tierras y bienes ligados al marquesado serán confiscados y entregados a la corona. Por consiguiente, tú también perderás tu título nobiliario. No obstante, no quedarás totalmente arruinado, ya que hay tierras que obtuve con la dote de tu madre, y está la herencia que, al estar muerto Fermín Moine, pasará a tus manos cuando tu abuela Margot muera. Por supuesto, el escándalo será descomunal, y agradezco que tu hermana esté casada con un hombre tan influyente y poderoso como lo es Stanton, pues, de lo contrario, no sé qué hubiese sucedido con ella. No le cuentes nada a Elizabeth, solo dile que le pido perdón por todo lo que hice y por lo que dejé de hacer —siguió su padre, y era notorio su esfuerzo por conservar la compostura.

—Basta, padre, no hables así. No podemos darnos por vencidos, juro que encontraré la manera de probar tu inocencia. Sé que la clave está en la participación de Mousset, nunca le hallé sentido a lo sucedido con él. Si su idea era acercarse a ti, lograr tu confianza y casarse con Lizzy para ser tu yerno y obtener poder sobre ti, entonces por qué culparte de los asesinatos y demás cargos; haciéndolo, perdería su gallina de los huevos de oro. Eso no tiene sentido, y me lleva a pensar que hay alguien más detrás del francés, quien creo que solo fue un peón, una pantalla que sirvió para ocultar a la verdadera mente maestra. Alguien superior y más poderoso que, por alguna razón, quiere verte destruido y muerto —reflexionó Gauss, observando la expresión sorprendida del marqués.

Era avanzada la noche, sin embargo, Sebastien no se sentía capaz de salir de allí y volver a su caótica realidad. Como cada vez que se sentía sobrepasado, había ido a parar a su club, en donde podía beber y tratar de ahogar en alcohol sus preocupaciones. Pero nunca olvidar del todo porque él no era de los que se emborrachaban con facilidad por más licor que ingiriese, solo obtenía una fuerte resaca al siguiente día, algo que no era suficiente como para disuadir a su cerebro, que insistía en evadirse al precio que fuese.

La última vez que recordaba haber ido a emborracharse había sido cuando, acompañando a Lizzy, coincidió con su prima en el teatro. Emily lo había

ignorado deliberadamente y dirigido una única mirada de desprecio absoluto, y él, que no soportaba estar cerca suyo, se había largado en mitad de la función y terminado allí, donde avistó a su cuñado y terminado enzarzado en una poco amable conversación. Y la primera vez que había acudido a beber como si no hubiese mañana, había sido la noche en la que Emily había hecho su presentación en sociedad.

Londres, Abril, 1813

Oyendo la risa ronca de uno de sus amigos, Sebastien se enderezó y prestó más atención a donde pisaba para no volver a trastabillar y convertirse en el bufón de su grupo si llegaba a caer de culo en aquel jardín.

No sabía por qué diablos se había dejado convencer de asistir a ese baile, pero allí estaba, bordeando la cara externa de la mansión de los marqueses de Vermont, intentando ingresar por la puerta trasera, puesto que la velada estaba ya avanzada.

Cuando hicieron su entrada al salón, Gauss se tragó un juramento y fulminó con la vista a su amigo, el conde de Marlon. Aquella fiesta era justo el tipo de acontecimiento que él detestaba y del que solía huir, pues era una garantía de aburrimiento, como solo podía proporcionar una casa a rebosar de remilgadas debutantes y codiciosas madres casamenteras. El mismísimo retrato del tormento para un hombre como él, que solo frecuentaba lugares donde pudiese desplegar sus dotes de cazador sobre presas tan deseosas de diversión placentera como él. Y definitivamente ese sitio no lo era, más bien todo lo contrario.

Pensando en que no sobreviviría a esa tortura, Sebastien tomó la copa que un lacayo le ofrecía y decidió inspeccionar la concurrencia por si, por un milagro, hallaba alguna dama de su tipo dispuesta, y entonces vio a alguien que le quitó todo el aire del cuerpo en un segundo.

Emily... estaba allí... Emily Asher. Estaba parada a solo unos metros.

Sus pulmones comenzaron a arder exigiendo aire, pues había contenido el aliento y olvidado cómo respirar. No podía dejar de observarla, de admirarla y de... desearla.

Ella estaba más malditamente hermosa de lo que recordaba, tanto que su

pecho se contrajo al igual que su estómago. Parecía tan inocente, tan noble, pero él sabía que era solo una fachada. Sus miradas estaban prendadas y, aún a esa distancia, pudo percibir la conmoción en sus preciosos ojos jade, y más... Emoción, alegría, deseo..., amor. Y eso... eso lo desquició, lo sulfuró tanto que sus manos temblaron apretando con violenta fuerza la copa que sostenía. ¡Cómo odiaba a esa mujer!, que se atrevía a fingir esa mirada de anhelo y devoción después de haberlo traicionado de la peor manera.

Su mandíbula se endureció más todavía cuando ella rompió su contacto visual para aceptar una bebida que le extendía un hombre y sonreírle seductora. Al parecer, seguía siendo la misma descarada, y tres años lejos de la sociedad no le habían servido para aprender decencia ni recato. Y él pensando que se enclaustraría en el campo, después de haberse convertido en una cualquiera, y en cambio estaba, ataviada y preparada para engatusar a algún pobre incauto, al que atraparía engañándolo con esa máscara de mujer bella y virtuosa, tal como había hecho con él.

El caballero que departía con ella le susurró algo en el oído, y ella rio divertida, algo que provocó un exceso de furia en el conde. Estaba claro que Emily Asher deseaba cazar un esposo. Pero él le daría una lección que no olvidaría, la hora de vengar cada lágrima derramada por esa mujerzuela había llegado.

Observándola como un halcón a su presa, Sebastien se percató de que su carné de baile estaba colocado al revés, dando a entender que ella tenía ya todas las piezas comprometidas. Con mirada funesta, se fijó en que varios hombres también la miraban con embeleso, babeando como perros en celo. Y, con seguridad, estos, que eran igual de libertinos que él mismo, ya habrían abordado a la dama para asegurarse un baile y poder flirtear. Uno de ellos estaba muy cerca, lo que Sebastien aprovechó para desplegar su estratagema. En un par de segundos, su grupo había crecido de cuatro amigos iniciales a ocho, en los que Gauss tuvo la satisfacción de hallar a sus objetivos, lord Pires y lord Luxe. Su en ese instante ávido público lo escuchaba con atención y no faltaban las risitas maliciosas y los murmullos que se iban extendiendo como pólvora por el salón. Desde ese momento todos lo sabrían, estarían enterados de que la bella *lady* Asher tenía como padre a un desquiciado.

Cuando Sebastien acabó con su misión, esperó ver su resultado con la vista

clavada en Emily. La dama lucía desorientada, chequeando su carné y lanzando miradas inquietas a las parejas, que ya comenzaban los primeros pasos del vals que la banda tocaba. Entonces su mirada dio con los hombres que rodeaban a Gauss, y luego sus ojos se encontraron. Y, como siempre, percibió todas las emociones que estos despedían: confusión, inquietud, alarma, temor, enojo y, por último..., el idéntico reflejo de lo que él sentía, odio.

Incapaz de seguir soportando aquel amargo intercambio, desvió la vista de esos luceros verdes convertidos en dardos de desprecio y la dejó vagar por ese cuerpo que estaba cubierto por un elegante y recetado vestido blanco, y muy a su pesar, el deseo y la lujuria lo golpearon. Ella estaba magnífica, para él no habría nunca una mujer capaz de superarla, ni tan siquiera asemejarse, y eso solo alimentaba su rencor y resentimiento. Con mordaz perversidad, levantó la copa hacia ella, dedicándole un brindis a lo lejos. Quería que ella supiese que era en su honor y que solo ella era la responsable. Emily lo fulminó con la mirada y, antes de que la desviara, él pudo vislumbrar dolor en ellos, y tras decirle algo a la tía de ambos, *lady Asthon*, ella abandonó el salón.

El conde observó su huida y reprimió con todas sus fuerzas el impulso de salir tras la joven, nada bueno saldría de aquello, no había nada que decir entre ellos. Solo quedaba odio y el cadáver descompuesto de los sueños que alguna vez habían construido. Asqueado, se dio vuelta y abandonó la fiesta de *lady Vermont*, sentía él corazón estrujado y cada latido le producía agonía. A paso lento, cruzó el jardín de la mansión y, al llegar a la entrada principal, pidió su carruaje. Necesitaba alejarse más todavía de esa mujer, quería olvidar que la había encontrado, borrar la imagen de ella en su vestido de presentación, con el que él había creído la vería tomada de su brazo y guiándola a la pista para bailar juntos su primer vals. Nada de eso sucedería nunca, y él... él gritó de impotencia en el interior de su coche, sin importarle que su cochero lo oyese. Quería destruirlo todo, quería arrasar con lo que pudiese para tratar de arrancar ese dolor de su alma, ese vacío en su pecho, borrar su recuerdo, desterrarla a ella. La odiaba... la odiaba por haber destruido su vida, por haberlo convertido en ese hombre cínico y perverso. La odiaba... por no poder dejar de amarla con la misma intensidad y feroz

necesidad que ayer. Como si no hubiese pasado el tiempo, como si su sufrimiento fuese nada.

Dos años después, estaba en el mismo asiento en el que había terminado en aquella oportunidad, bebiendo como si no existiera un mañana y con el pecho ardiendo de igual manera. Sus ojos clavados en las manos, donde ocultaba aquel objeto que se negaba a tirar. Un corazón de plata sujeto por una cadena, que en su interior contenía una imagen pintada al óleo de ella, la mujer que lo atormentaba. Emily se lo había obsequiado unos días después de que él se le declarara, «para que me lleves siempre en el corazón y recuerdes nuestra promesa de amor», le había dicho, tiernamente, la joven.

Vaciando su vaso, Sebastien rio con desganada ironía. Como si él pudiera hacerlo, olvidarla; no, jamás podría. Emily estaba grabada a fuego en su piel, en su ser, y nada podría sacarla de allí. Él ya se había rendido una vez ante esa fuerza avasallante, mas no volvería a cometer el mismo error. No le daría a Emily la oportunidad de volver a pisotear su corazón. No de nuevo, porque tenía la certeza de que aquella vez no podría soportarlo, no podría reconstruir nuevamente los pedazos de su ser devastado.

A pesar de que tenía que casarse con la joven, se cuidaría de mantener sus sentimientos resguardados bajo siete llaves. Nunca volvería a cometer la insensatez de amar y, para lograrlo, estaba dispuesto a seguir a rajatabla mil y una reglas para no enamorarse.

CAPÍTULO 20

Nº 20: Maldito el hombre que confía en el hombre. Maldito quien confía en sí mismo.

Jeremías 17:5

Capítulo veinte del libro Reglas para no enamorarse

Esquivar el incesante interrogatorio de su tía había significado para Emily recuperarse de la lesión en su tobillo más rápido de lo que hubiese imaginado. La semana casi llegaba a su fin, y había logrado salir airosa de las incansables preguntas de Margaret. Ella quería saber dónde había estado esos meses, con quién, por qué había huido y, sobre todo, qué estaba sucediendo con su sobrino.

El resto de los habitantes de Sweet Manor parecían no querer inmiscuirse en su apurada situación, y había coincidido muy poco con el matrimonio y la duquesa viuda. Hacía todas las comidas en su alcoba, y el resto del tiempo paseaba por los jardines ayudada de un bastón, elemento que ya había desechado, pues la hacía sentir como una ancianita. Tal como en ese momento, que observaba ensimismada el firmamento, donde el sol comenzaba a esconderse rodeado de un cielo anaranjado. Solo de pensar en el fin de semana, su estómago se contraía, ya que Sebastien le había enviado una escueta nota donde le informaba de su regreso y de que debían arreglar el asunto de sus esponsales.

Las amonestaciones ya habían salido, y también la publicación sobre su compromiso en la gacetilla de Londres. Aunque fuese para guardar las apariencias y un mero formalismo, pues el escándalo que provocaron en el teatro ya se había extendido y eran la comidilla de toda la nobleza.

Su doncella, que había sido enviada por el mismo Gauss al llegar él a la ciudad, había traído con ella sus baúles repletos de ropa, y la boca a rebosar de comentarios. Por ella se había enterado de que hasta se había inventado una sátira de su beso en el teatro y se burlaban de ellos, inventando todo tipo de disparates; como que ella era la amante del conde desde hacía mucho tiempo y, habiendo sufrido su abandono, se había fugado de su casa para trabajar como actriz. Por su parte, la aliviaba que su identidad de Dama Negra no hubiera sido descubierta, pues eso arruinaría todos sus planes para hallar a su madre. Aunque le preocupaba su hermano, y no estaba segura de que se hubiese enterado del paradero de ella, puesto que Jeremy no sabía leer y tampoco tenía acceso a las esferas aristocráticas.

Una fuerte brisa se levantó y erizó el vello de sus desnudos brazos. Emily se abrazó y pensó reacia que debería regresar a la mansión, ya que la luz casi era nula y la noche se acercaba.

De pronto, en el aire, algo cambió, poniendo en alerta todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. Sentía una presencia a su espalda y sabía que estaba muy cerca, aunque no la hubiese oído acercarse.

—Vaya, no dejo de descubrir defectos en usted, milord —dijo Emily con frialdad, y su voz sonó segura a pesar de estar echa un manojito de nervios por dentro.

—Y yo, de descartar virtudes en ti, eso nos hace parecidos, ¿no crees, *milady*? —contestó esa voz melodiosa y ronca que tanto conocía. Su aliento le acarició la piel de la nuca, lo que logró que un escalofrío la recorriese de pies a cabeza.

—Para nada, no me compare. Sabía que era una especie de rastreador entrometido, pero no estaba al tanto de que gozaba espiando a una joven indefensa —replicó, con ironía, ella.

—Como siempre, confundes las cosas, querida. Yo no espío, todo lo contrario —negó el conde, acercándose tanto que sus labios rozaron su cuello. Ella se tensó y, de un salto, se dio la vuelta para enfrentarlo. Al ver sus rasgos iluminados por la luz nocturna, su pulso se aceleró. Sebastien parecía tallado en piedra, su mandíbula estaba apretada y sus ojos la miraban penetrantemente, con un brillo peligroso.

—Entonces, ¿cómo le llamas a esto? —inquirió, ignorando el dolor que le

produjo el movimiento repentino que había hecho con su tobillo.

—Lo llamo rastrear..., acechar..., cazar... y... devorar —respondió él con voz ronca, remarcando las palabras y dando un paso por cada una.

—¿Qué... de qué hablas? Deten... detente, Gauss —soltó con voz aguda, acobardada, y retrocedió hasta chocar su espalda contra un alto roble.

—Demasiado tarde para mostrarse recatada, mi dama negra. Ahora soy tu prometido y, en dos días, serás mía. Serás mi esposa, y entonces me revelarás todos tus secretos. Me encargaré de desnudar, no solo cada rincón de tu delicioso cuerpo, sino cada vestigio de tu alma negra. —La siguió en su huida lentamente, hasta arrinconarla contra la corteza del árbol.

Emily se sobresaltó ante su cercanía y dejó de respirar al quedar aprisionada entre los brazos extendidos del hombre sobre su cabeza.

—¡Estás loco! Nunca te diré nada, y no puedes pretender que nos casemos tan pronto ni consumir la unión, nuestro matrimonio es solo un acuerdo, nada más —le espetó furiosa.

—¿Ah, sí? ¿Estás segura? —la retó, arqueando una ceja y mojando su labio con la punta de su lengua. Emily no pudo evitar mirar ese gesto, ni corresponder mordiendo el suyo; inquieta, abrió la boca para afirmar, pero una fuerza avasallante la enmudeció.

Sebastien atacó sus labios y la besó con frenético ardor, su boca acarició la suya de punta a punta, adentrándose en su interior con ansia y necesidad. Ella gimió en repuesta y aceptó su invasión, correspondiendo a su posesividad con idéntica pasión. Sus alientos se mezclaron y sus respiraciones se fundieron hasta convertirse en una sola. Sus bocas encajaban a la perfección, y sus cuerpos se amoldaban con febril armonía, como si hubiesen sido creados para hacerlo. El deseo les dominó y perdieron la noción del tiempo y el lugar. Emily estaba perdida en un mar de placer, sintiendo la boca y las manos del conde acariciarla, encendiendo cada parte que tocaban, y llegar a sus brazos, que en ese instante rodeaban su cuello y rozaban sus hombros con manos temblorosas, hasta pegarla más a él. El conde gimió contra sus labios y los separó. Ambos respiraban agitados y sus frentes permanecían pegadas. Ella abrió los ojos y vio su cara contraída, parecía estar sufriendo, con sus párpados cerrados y la expresión tensa.

—Emily..., por favor —comenzó a decir con tono intenso y suplicante. Sus

ojos se abrieron y le mostraron sus pupilas dilatadas y oscurecidas, su mirada la traspasó y, por un momento, le pareció ver a Bastien, y no a Gauss—. Por favor, dime la verdad, necesito saber, déjame ayudarte —terminó él, subiendo una mano y posándola sobre su mejilla.

La joven lo observó estática, su mente enzarzándose en una implacable lucha con su corazón. Deseaba poder hacerlo, ceder, hablar, confiar. Pero no podía, no debía, pues su pasado le había demostrado que ese hombre era su maldición. Todavía las heridas que su crueldad y traición le habían causado dolían, la quemaban y debilitaban. Desencajada, se apartó del conde, y él la dejó hacerlo. En silencio, le dio la espalda y trató de calmar su respiración y pulso enloquecidos. Una vez, él ya la había traicionado. Había revelado la verdadera causa de la reclusión de su padre, y lo había convertido en el hazmerreír de la nobleza, además de destruir su posibilidad de formar una familia y ser feliz.

—Emily, no puedes ignorar lo que sucede entre nosotros ni la realidad de que estaremos unidos para siempre, serás mi esposa —declaró Gauss a su espalda, rompiendo el tenso silencio.

Ella se envaró aún más al comprender que tenía razón, y su intercambio físico no hacía más que evidenciarlo. Era débil ante él, y Gauss le había dado una lección con solo un beso.

—Y no lo haré. Seré tu esposa, milord, tendrás mi cuerpo, pero eso será todo —rebatió con dureza, y emprendió la marcha.

—Emily, espera... yo... —lo oyó decir, pero no fue capaz de seguir.

—Tú, tú, milord, no eres digno de mi confianza —sentenció y abandonó el jardín, dejándolo atrás. Deseando con todas sus fuerzas poder descartar de igual manera su debilidad y necesidad por él. Aunque tenía la terrible sensación de que sería muy difícil mantener su promesa. En algo de todo lo que el conde le había dicho coincidía: era demasiado, demasiado tarde para ella, para él, para ambos. No podía confiar en él porque no podía confiar en sí misma.

CAPÍTULO 21

*Nº 21: De engaño y de violencia redimirá sus almas, y la sangre de ellos
será preciosa ante sus ojos.*

Salmos 72:14

Capítulo veintiuno del libro *Reglas para no enamorarse*

Cuando Sebastien regresó a la mansión, de inmediato lo asediaron las mujeres de la casa.

—Bienvenido. Dime que trajiste todo lo que te encargamos —le dijo, con urgencia, Lizzy, guiándolo hacia el comedor donde, por el aroma, estaban sirviendo la cena.

—Yo también te extrañé, y a las delicias de tu cocina, también —respondió él tras saludar a las damas mayores y al duque, que había comenzado a tomar su sopa.

—Sebastien, ponte serio, muchacho. Quedan solo dos días para tus esponsales —lo reprendió su tía con su habitual expresión ceñuda.

—Está bien, todo está en orden. Traje la licencia especial y el anillo, el resto vendrá en un carruaje mañana, he dejado todas las especificaciones —contestó finalmente, su atención desviada por el plato caliente que un lacayo le sirvió. Algo inusual, pues la familia Bladeston no solía hacer uso de los sirvientes a la hora de las comidas. Pero tal vez habían hecho una excepción en deferencia a su anciana tía.

—Muy bien, querido. El tiempo es limitado, pero hemos organizado todo para que tu boda salga perfecta —intervino Honoria, la duquesa viuda.

—Lo único que está pendiente, es saber si la novia dará el sí, dada las circunstancias —dijo Nicholas con sardónica diversión, ganándose una

mirada fulminante por parte de su esposa.

—Lo haré, he aclarado ese punto con la dama en cuestión —lo cortó Gauss, lanzándole una velada advertencia con la mirada a su cuñado, quien se limitó a encogerse de hombros y apartar su plato, señal para que le sirviesen el principal.

El resto de los comensales guardaron silencio, no hacía falta agregar nada. El panorama no era alentador, era obvio que Emily seguía en su postura opositora. Una vez más, cenaba a solas, y hasta un ciego podía ver que deseaba ese matrimonio tan poco como él. No había participado en ninguno de los preparativos para su enlace. Y él, él estaba con la mente en otro parte. No dejaba de pensar en su padre y en la acusación que pendía sobre el marqués. Miró a su hermana pequeña y la vio devorar su carne con evidente ansia. No estaba seguro de ocultarle lo que estaba sucediendo, pero tampoco de preocuparla cuando ella no podía hacer nada. El duque captó su mirada y le lanzó una seña interrogante. Sebastien le transmitió un «luego», que Stanton pareció comprender porque asintió imperceptiblemente. Lo mejor sería poner al tanto de todo a su cuñado, estar en la ignorancia no sería bueno cuando este se encargaba de proteger a su hermana.

Al día siguiente, la casa se transformó en un caos de preparativos. Muy temprano, llegaron las flores, las provisiones para el banquete y el vestido junto con el ajuar de la novia. Más tarde, arribaron los músicos y la servidumbre contratada para servir especialmente en la celebración. Y al final, los pocos invitados, todos parientes que tuvieron que invitar para guardar las apariencias, a pesar de que era notorio que no se trataba de una boda convencional. Durante todo el día hubo ajeteo para dejar todo a punto. Habían decidido que se celebraría la ceremonia en el comedor de gala, y el banquete, en el salón de fiesta de la mansión.

Sebastien estaba tan tenso que se encerró en su habitación y se saltó la cena, tampoco había intentado acercarse de nuevo a la joven, que había permanecido también en sus aposentos. En unas horas se casaría; si no fuese porque todas sus terminaciones nerviosas estaban activas, creería que era un sueño. Nunca pensó que aquello fuera a suceder, no después de su pasado con Emily. Todavía podía sentir el sabor de sus besos en su boca, podía sentir la suave piel de sus brazos, su aroma embriagante, y solo recordarlo le

provocaba un calor insoportable.

¡Maldición! Odiaba sentir aquello, la odiaba porque ella había embrujado su alma, su cuerpo, su ser y ni siquiera era consciente de ello. Desesperado, tiró del cordón ubicado junto a la chimenea y, cuando se presentó su ayuda de cámara, lo envió por refuerzos etílicos.

Minutos después, se tumbó en la cama y procedió a fortalecer su mente o, mejor dicho, a entumecerla. Necesitaba beber para acallar sus pensamientos, o enloquecería. Tal vez el alcohol lograría mitigar el ardor de su pecho, se sentía miserable y terriblemente desdichado. Y no por tener que casarse con una mujer que decía odiar y detestar, no, su corazón dolía porque esa mujer lo había rechazado una vez más. Fue solo verla, y su resistencia y determinación flaquearon, su amor por ella, resurgiendo de lo profundo de su corazón, destruyó sus defensas y olvidó por un momento su rencor. Él le había ofrecido, no, le había suplicado que confiase en él, y ella se había negado, lo había despreciado una vez más. Su corazón sangraba, y sabía que nada podría redimirla ante sus ojos, Emily era preciosa para él, pero no tenía perdón.

—Eres un imbécil, un estúpido —se dijo en voz alta, odiándose por haber sido tan débil ante Emily, por haber arrastrado su amor propio en el lodo de su desamor. Por ella, por esa mujer que no merecía nada de él—. Eres una mujerzuela traidora, Emily Asher —exclamó, aventando con ira una botella vacía contra la pared—. Te demostraré que no eres nada, te arrepentirás de todo el daño que me has hecho —balbuceó, destapó otra botella y vació su contenido.

Desde su ventana, Emily avistó que el clima no acompañaba su estado de ánimo, pues el cielo estaba completamente despejado y el sol brillaba con fuerza. Alicaída, soltó la cortina de seda bordó y se giró al oír un golpe en la puerta.

—Adelante —dijo elevando un poco la voz, creyendo que eran las doncellas trayendo el agua para su baño.

Sin embargo, una melena castaña clara se asomó por la puerta entreabierta y por ella apareció la persona que menos esperaba.

—Buenos días —le dijo su prima adentrándose en la estancia.

Emily no contestó, solo la miró mientras las emociones colisionaban en su interior. Hacía largos años que Elizabeth y ella no se dirigían la palabra. Ambas se observaron mutuamente en silencio, hasta que la duquesa adelantó un paso.

—Necesito saber por qué, Emily. En unas horas te convertirás en mi cuñada y necesito entenderte, conocer el motivo de tu desprecio, de tanto rechazo hacia a mí, hacia Sebastien —inquirió Lizzy con tono frustrado.

Emily ignoró su pregunta y, tras dedicarle una mueca despectiva, le dio la espalda, fingiendo ver el jardín de su prima. Elizabeth recibió el desaire con ecuanimidad, no esperaba otra cosa. No después de lo que esta había demostrado, no solo dañando de alguna terrible manera a su hermano, sino intentando destruir su relación con Nicholas. Emily había desaparecido luego de su fallida presentación en sociedad y cuando reapareció, buscó por todas las maneras de comprometerse con su esposo. Incluso había llegado al punto de mentirle y hacerle creer que el duque la había besado y pedido su mano, con la intención de que ella renunciara a Nicholas y aceptase el matrimonio con Fermín de Moine.

No obstante, algo le decía que los actos de Emily escondían un secreto importante. No sabía si era por haberla amado como a una hermana, porque antaño, antes de que su relación cambiase tan drásticamente, ella había sido su amiga, su compañera de juegos, su confidente, por eso no podía odiarla ni dejar de preocuparse por ella. En el fondo, ella y Sebastien no eran muy diferentes, ambos eran apasionados, determinados, impulsivos, arriesgados, pero, sobre todo, orgullosos. Y eso los hacía bastante predecibles y también vulnerables. Con eso en mente, volteó hacia la salida, consciente de que su prima vería sus movimientos en el reflejo del cristal de la ventana.

—¿Sabes? Podría decir muchas cosas sobre ti, pero nunca pensé que entre ellas figurara la palabra cobarde —dijo en voz baja, sosteniendo la manija de la puerta.

—¿¡Qué es lo que quieres oír!?! —espetó, con furia, su prima. Lizzy giró sobre sus pies y la enfrentó con gesto contenido—. ¿Que los odio a ti y a tu hermano? —siguió Emily, apretando los puños a los costados.

—Eso ya lo sé, lo que intento entender es por qué, qué fue lo que te hicimos

—contestó, sosteniendo su mirada fulminante.

—¿Y tienes el descaro de preguntarlo, primita? ¡Tú traicionaste mi confianza! Por tu culpa se arruinó mi única oportunidad de obtener una vida normal —la acusó Emily, respirando agitadamente.

—¿Qué? ¿Por mi culpa? —preguntó, confundida, Elizabeth.

—Cuando mi madre murió y mi padre enloqueció, me quedé sola, tú eras mi única amiga y sostén. Sebastien y yo estábamos distanciados, confiaba en ti. Hasta que faltaste a tu palabra y le contaste a tu hermano sobre la enfermedad de mi padre. Lo hiciste después de que te suplicara silencio, y no intentes negarlo, sé que fuiste tú, nadie más lo sabía aparte de tía Margaret —declaró, despidiendo rencor y desdén por los ojos.

—¡Oh, Dios, Emily! Yo... yo me enojé mucho con Sebastien cuando me enteré de los chismorreos sobre tu padre. Pero solo le conté porque creí que eso los acercaría nuevamente, aunque ustedes nunca me confesaron nada, yo sospechaba que entre ustedes había algo más que amistad —le explicó, angustiada.

—Pues no funcionó, todo lo contrario. Él utilizó la información para humillarme de la peor manera y arruinar mi presentación en sociedad —replicó, con brusquedad, Emily.

—Lo siento, lo siento tanto —soltó, con tristeza, Lizzy, intentado acercarse más.

—Es demasiado tarde para pedir perdón. Yo también me encargué de hacerlos sufrir, ya no hay manera de retroceder el tiempo —la frenó ella levantando una mano; su tono fue un eco de dolor.

—Tienes razón. Es tarde para remediar el pasado, pero no para redimir el futuro. Puede que las heridas estén todavía abiertas y sangrando, pero todos merecemos una oportunidad, incluso tú. Espero que algún día puedas perdonarme, yo ya te perdoné, Emily. Deseo que tu matrimonio sea próspero y que junto a mi hermano encuentres paz, amor y felicidad —respondió Lizzy, luego, abandonó la habitación.

Y dejó a la joven mucho más vulnerable y desgarrada que antes.

Las piernas de Emily temblaban cuando se detuvo ante las puertas cerradas

del comedor. Podía oír los murmullos por encima del atronador repiqueteo de su acelerado corazón. El lacayo le abrió y la música comenzó a sonar, lo que dio pie para que la novia hiciese su entrada.

Fingiéndose seguridad, traspasó las puertas de madera y se detuvo en la entrada. Podía percibir la mirada de los invitados sobre ella. Su vestido era una exquisita creación de encaje y organza[5] verde jade, al igual que los guantes. El vestido no tenía mangas, y su escote estaba cubierto por encaje que rodeaba su cuello. La tela se ajustaba a su silueta y se abría a la altura de las rodillas, para terminar en una cola no muy larga. Su cabello había sido recogido en un alto rodete y una diadema de esmeraldas decoraba el peinado, siendo su único accesorio. Sintiendo su estómago contraído, inició la trayectoria por el pasillo de sillas que habían improvisado. Sus ojos se posaron en el hombre que la esperaba de pie al final de este.

El conde la miraba con labios apretados y postura tensa. Estaba devastador en su traje a medida negro, su camisa y chaleco del mismo color, y solo destacaba un elegante pañuelo verde. A su lado, se encontraba un hombre que en un principio no reconoció, pero que después identificó como aquel que conoció en El Halcón, quien le había tendido una trampa y la había llevado hasta Gauss. Del otro lado permanecía su tía, con su expresión gruñona. Supuso que serían los testigos del enlace. Cuando llegó hasta Sebastien, vaciló mirando su expresión fría. El conde tomó su mano con bastante brusquedad y tiró de ella hasta ubicarla a su lado. Emily notó que sus ojos estaban brillantes y enrojecidos.

El vicario que solía officiar las ceremonias de la familia ducal carraspeó y comenzó la liturgia. Antes de darse cuenta, ambos habían pronunciado sus votos, el conde le había colocado un anillo que era sencillo pero hermoso, con una única esmeralda. Firmaron el acta de matrimonio y, después, los testigos hicieron lo propio.

Entonces el párroco juntó las manos y abrió su boca para sellar la unión.

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la... —dijo el hombre, pero se interrumpió, palideció y abrió los ojos como platos.

Los gritos de alarma fueron lo último que se oyó, antes de que un cuerpo impactara contra la espalda de Sebastien y que ocasionara que este cayese con fuerza al suelo. La figura se cernió sobre él y le propinó un puñetazo en

pleno rostro. Sin poder creer lo que sus ojos veían, Emily retrocedió tambaleante, observando la espalda del hombre que golpeaba sin piedad a su reciente esposo. El duque y el amigo de Gauss se apresuraron hacia los contendientes, pero fallaron en su intención de frenar la escarnecida refriega. Sebastien, que había logrado esquivar una violenta acometida, recuperó fuerza y, dando un cabezazo a su atacante, giró hasta posicionarse sobre el intruso, lo inmovilizó y presionó una navaja contra el delgado cuello del hombre, dispuesto a rematarlo allí mismo. Y al ver el rostro del atacante, la respiración de Emily se cortó y, sin pensar en las consecuencias, se abalanzó hacia adelante y dio un escalofriante grito de terror.

—¡No, detente! —bramó fuera de sí.

CAPÍTULO 22

Nº 22: Se pasmó mi corazón, el horror me ha intimidado; la noche de mi deseo se me volvió en espanto.

Isaías 21:4

Capítulo veintidós del libro *Reglas para no enamorarse*

Sebastien salió del trance en el que se encontraba cuando sintió la mano fría de su esposa apretar la suya para impedir que él abriera la garganta de ese bastardo. Su rostro estaba transformado por el miedo y su cuerpo temblaba sobre el suyo. El imbécil que lo había atacado la miraba fijamente, y en sus ojos podía adivinarse el amor y la devoción que sentía por ella.

«Maldito bastardo, voy a matarlo...».

—Gauss, detente —intervino una voz, asiendo su brazo—. Gauss, no vale la pena. Anda, yo me ocuparé —lo insistió, con calma, Ethan.

—Por favor, señores. Esto es inaceptable —aportó la voz del vicario, que se había alejado ni bien se inició la refriega.

—Albright, para esta locura ahora mismo —ordenó su tía, y pudo percibir su nerviosismo.

A su espalda, el salón era un alboroto y no hacía falta girar para saber que los invitados estaban horrorizados, les habían dado todo un espectáculo, y él se había comportado como un salvaje.

—Stanton, quítala —pidió, con la voz todavía tensa, el conde, y Emily fue apartada de su espalda, aunque puso resistencia y rogó por ese hombre.

Sebastien no había apartado la vista de los ojos de su atacante; este dejó de mirar a la joven y regresó a los de él. Su expresión era de puro desdén y asco, algo que le pareció bien, pues el sentimiento era mutuo.

—Escucha, bastardo. Si estás vivo, es porque hay demasiados testigos, pero si te vuelvo a ver, te mataré sin dudar. Aléjate de ella, ahora es mía, me pertenece, y si la vuelves si quiera a mirar, te saco las entrañas por la boca y te dejo tirado para que te desangres como el perro miserable que eres —lo amenazó Gauss en voz baja y grave.

A continuación, le propinó un golpe en el mentón, que ocasionó su desvanecimiento inmediato. Con la sangre hirviendo, se puso de pie, tambaleándose levemente, y le lanzó una mirada a su mejor amigo.

—Encárgate de esta escoria, mañana me ocupare de él —pidió, acomodó sus ropas y fijó la vista en su esposa, que lo miraba paralizada a unos pasos.

—El banquete nos espera, por favor, pasemos al salón —intervino, con fingida alegría, la duquesa viuda, y junto a su hermana y tía, comenzaron a guiar a los conmocionados asistentes.

Sebastien se acercó a su mujer, tratando de calmar sus instintos asesinos. Pero al parecer no lo logró, porque ella se puso más pálida y su cuñado se interpuso entre ellos.

—Gauss... —le advirtió el duque, transmitiendo en sus ojos azules sus pensamientos. «Estás fuera de control, tranquilízate...».

El conde se detuvo frente a ellos y respiró varias veces, hasta que su mandíbula se relajó y su pulso volvió a la normalidad.

—Apártate, Stanton —fue todo lo que dijo, pero su voz ya no sonó como un gruñido animal.

Nicholas se hizo a un lado, pero no se fue. Emily no mostró reacción alguna, no sabía lo que estaba pensando, aunque lo único que importaba era continuar con aquella charada de matrimonio. Furioso, la tomó del brazo y salió del comedor llevándola con él.

En el salón de baile, los invitados ya estaban sentados en la gran mesa en forma de *T*. El lugar estaba decorado con enormes macetas con rosas amarillas y blancas, y réplicas más pequeñas adornaban las mesas. Cuando ellos hicieron su entrada, los músicos iniciaron una alegre melodía y todos se levantaron a aplaudirlos. Junto a él, Emily apretó el ramo que todavía sostenía y las rosas temblaron bajo su agarre. Las horas transcurrieron con pesada lentitud, él no pudo pasar bocado, solo beber de su copa de vino, y Emily sentada a su lado, tampoco, ella estaba rígida como una estatua.

El momento de su primer baile como marido y mujer llegó, y, desesperado por salir de allí, el conde se levantó y asió la mano de su condesa para guiarla hasta el centro de la pista. Iniciaron el vals con movimientos mecánicos, aun así, sus cuerpos se sincronizaban a la perfección. Sebastien era bastante alto, más que Stanton, pero menos que Baltimore, el cuñado del duque. Y la dama tenía estatura promedio, por lo que su frente le rozaba la barbilla. Estaban bailando cerca y, de vez en cuando, podía sentir el roce de su rodilla y pecho. Sebastien miró su rostro y el aire se le volvió a atascar en la garganta, como cuando la vio parada frente a las puertas del comedor. Emily estaba arrebatadora, magnífica en su vestido de novia, tanto que sentía su cuerpo entero arder.

—Estás borracho —lo acusó, con los dientes apretados, ella.

—Así es, desde anoche, y así pienso continuar. Es la única manera en la que puedo tolerar tu presencia, querida —alegó Gauss, y fue consciente de que su voz sonó pastosa.

—Eres despreciable, te odio —soltó, en un murmullo airado, la joven, y trató de liberarse.

—¿Qué crees que haces, esposa? —la frenó él, afianzó su agarre en la cintura y la pegó a su cuerpo de pies a cabeza—. ¿Piensas dejarme tirado para irte con tu amante? Pues fíjate que no, tú eres mía, y ya va siendo hora de que lo aceptes —afirmó en tono gutural.

—Suéltame, Gauss. Todos nos están mirando, nos estás avergonzado —contestó su esposa, fulminándolo con la mirada.

—Me importan un comino los demás. Pero tienes razón, esposa, para lo que quiero hacerte, necesito privacidad —anunció con expresión maléfica, y los ojos de Emily lo miraron confundidos y, después, atónitos.

Él se detuvo a mitad del vals, se inclinó y tomó en brazos a su esposa, ignorando los murmullos y las expresiones desorbitadas. Con ella a cuestas, se volteó y abandonó el salón. La habitación del conde estaba más alejada del resto y era más amplia, por lo que fue la elegida para el lecho nupcial. Sebastien abrió la puerta y, traspasando el umbral, la cerró de una patada. Sin titubear, se dirigió a la enorme cama con dosel y cortinas plateadas y depositó sin delicadeza, su carga en el mullido colchón. Emily rebotó por el impacto y se arrastró hacia atrás, hasta quedar sentada contra el respaldo de la cama.

—Quítate el vestido —le ordenó, se sacó el saco y comenzó a desprenderse de su pañuelo.

La joven no se movió, y su rostro denotaba aprensión. Sebastien recordó que ella no era una furcia del todo y pensó que lo más probable era que ese sirviente fuera el único hombre que había conocido. Aun así, no era ninguna inocente, y él no se privaría de disfrutar de ese cuerpo.

Maldición, moriría si no la hacía suya. La sangre le hervía por su necesidad de ella, y por el odio al saber que no era el primero.

Lanzó su chaleco al suelo y, luego, le siguió la camisa. Con el torso desnudo y descalzo, puso una rodilla en el colchón y se cernió sobre la joven. Ella se envaró ante su cercanía, su cabeza estaba volteada hacia un costado.

—¿Qué sucede?, ¿creíste que tu amante te salvaría? Pues no, aquí estamos. Tomaré todo lo que pueda de ti, no me detendré hasta saciarme, y cuando esté exhausto y no pueda seguir, entonces tomaré más todavía. Esta será mi noche de deseo —dijo, besando con lenta tortura el cuello de su esposa, que apretó los labios y pareció estar hecha de mármol—. ¿Así será? —inquirió sobre la garganta de ella, logrando que la muchacha se estremeciese—. Bien, tú lo quisiste —sentenció, y dejó caer su peso sobre ella.

Tomándola por la nuca, giró su cabeza y abordó su boca con frenesí. Emily mantuvo su postura rígida, pero cuando él invadió su cavidad, su cuerpo se aflojó. Sin dejar de besarla, Sebastien la puso de costado y subió sus manos de las caderas hasta los pechos de la joven, sobre el vestido. Un jadeo gutural escapó de ambos y el deseo apremió al conde, que rodeó la espalda de su esposa y, descontrolado, rasgó la costura del cierre. Un gruñido animal rebotó en su garganta, y sus manos apretaron la piel desnuda y suave que dejaba libre la camisola, también desgarrada por su necesidad salvaje.

Entonces se percató de que Emily se revolvía con violencia entre sus brazos, y lo que pensó que eran gemidos, se trataban de gritos de terror. Aturdido, separó sus bocas y descubrió el rostro contraído por el miedo de su esposa. Ella luchaba por librarse con una fuerza inusitada, y lo que vio le erizó la piel. De un salto, se apartó, y ella de inmediato se levantó como un rayo y corrió con inaudita velocidad hacia la puerta. Sebastien, conmocionado, se abalanzó sobre ella y logró interceptarle cuando ya salía del cuarto. Tomando sus brazos, la obligó a retroceder y, cerrando la puerta,

la arrinconó contra esta, aplastando su cuerpo contra su espalda para que cesara de revolverse.

—Quieta —le ordenó, todavía agitado, las respiraciones de ambos aceleradas—. Tranquila, no te haré daño —siguió con tono apaciguado.

Ella detuvo sus movimientos, pero su cuerpo temblaba violentamente. El silencio solo fue cortado por los sonidos que provocaban el subir y bajar de sus pechos. Sebastien la soltó y se alejó tambaleante, pasando las manos temblorosas por su cara y su cabello.

—¿Qué diablos sucede, Emily? —le preguntó, aturdido, a su esposa que permanecía inmóvil de cara a la puerta—. ¡Dime de una vez, o te juro que mato a ese hombre con mis propias manos! ¿Es por él!? ¿Es por tu amante que reaccionas de esta forma!? Y no me digas que nada pasa porque es la segunda vez en la que te pones así cuando estoy por hacerte mía. Esta vez, no fue como la primera, ahora pude sentir que me deseabas, yo no te estaba forzando. ¡Habla! —bramó furioso y atormentado por su continuo rechazo.

—Déjame sola —fue la respuesta débil de ella.

—¡No, no me iré hasta que me digas por qué! —exigió airado, se acercó de nuevo y la giró hacia él con brusquedad—. ¡Eres mi esposa, mía!, ¡ya te entregaste a él! ¿Y a mí me niegas mis derechos, por qué, Emily!? —vociferó, con rabia, el conde.

—¡No lo hice! —soltó abruptamente, con rabia, elevando la cabeza. Su peinado estaba deshecho, y sus ojos, desbordados en lágrimas. Sebastien contuvo el aliento y observó su gesto, atormentado—. ¡Yo no me entregué a nadie nunca, ese hombre no es mi amante! —gritó con ira, clavando su mirada jade en él.

El conde pudo ver, en la profundidad de estos, que decía la verdad, reconoció en ellos el tormento de su confesión.

—Pero... pero... yo te vi... yo lo vi a él. Vi... vi... las sábanas manchadas con tu sangre virginal —balbuceó, pasmado, el conde, viendo el dolor atravesar su cara, su cuerpo. Y algo en su interior se estrelló, una idea terrible cruzó por su mente y temió colapsar por el espanto.

—Emily... —susurró agitado y tembloroso.

—Ese hombre que viste abusó de mí. Él... él me violó —confesó con voz quebrada, y las lágrimas al fin resbalaron, un profundo llanto brotando de su

pecho agitado.

Sebastien la miró horrorizado, incrédulo, descompuesto, completamente desenchajado y asqueado. Las náuseas subieron por su garganta, se inclinó y vomitó todo el alcohol de su estómago. En su aturdida mente, solo se repetían las últimas palabras de Emily.

«Él me violó...».

Su corazón se aceleró súbitamente, y un dolor lacerante lo dobló hacia adelante, lo que ocasionó que cayese de rodillas. Todo a su alrededor se oscureció y lo último que vio fue la expresión de su esposa preocupada mientras decía su nombre.

CAPÍTULO 23

Nº 23: Me llevó a la casa del banquete, y su bandera sobre mí fue amor.

Cantares 2:4

Capítulo veintitrés del libro *Reglas para no enamorarse*

—¿Cómo está? —oyó decir a una voz familiar, colándose lentamente en su negra inconsciencia, hasta que los fragmentos de conversaciones le llegaron con nitidez.

—Creo que bien, tía. El médico dijo que su corazón sufrió palpitaciones muy fuertes, y eso sumado a la enorme ingesta de alcohol le provocaron la pérdida del conocimiento, solo debe descansar —respondió, con tono preocupado, Lizzy.

—Eso está bien, porque este muchacho me debe una explicación. Esta noche terminó en tragedia, juro que faltó poco para que estirase la pata cuando vi aparecer en el salón a mi sobrina fuera de sí, despeinada y con su vestido de novia desgarrado. Y eso sin contar el enfrentamiento con ese joven misterioso, al que tienen encerrado —rebatió, con acritud, *lady* Asthon.

Sebastien, quien ya había despertado y se mantenía inmóvil, intentando reunir fuerzas, abrió los ojos y se incorporó de golpe. Un dolor punzante y agudo cruzó su cráneo, pero lo ignoró, apartó las mantas y bajó los pies al suelo alfombrado.

—Sebastien, despertaste, ¡espera, no debes levantarte! El doctor dejó indicaciones sobre... —Su hermana calló al ver su rostro desencajado.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó con urgencia—. ¿¡Dónde está ella!?! —demandó frenético, dejando a la duquesa anonadada.

—Le sirvieron un té de hierbas, pues Emily estaba muy afectada, y la

instalaron en la habitación al final del pasillo. Pero lo mejor será que esperes hasta...

Sebastien no se quedó a oír el resto. Apresuradamente, cruzó el pasillo y arribó a la alcoba indicada. Su pecho ardía y su cuerpo temblaba tanto, que por momentos su visión se oscurecía. Sin perder más tiempo, entró en el cuarto y sus ojos encontraron la cama vacía. Traspasó la entrada y cerró la puerta con llave. A continuación, fijó su vista en la ventana y allí la encontró. Se había quedado dormida, acurrucada en posición fetal. Ya no llevaba su vestido, sino una bata de seda gris por la que se adivinaba la tela del camisón color burdeos. Sebastien cruzó la habitación y se detuvo frente a ella. Su rostro estaba marcado por el rastro de su llanto, y él pensó que no la había visto llorar desde hace mucho tiempo. No desde esa tarde, cinco años atrás, cuando todo había cambiado y su historia de odio y sufrimiento había empezado.

Un nudo de dolor le oprimió la garganta y sus propias lágrimas inundaron sus ojos. «Por qué, Em... por qué no me dijiste la verdad. Si te lo pregunté, si deseaba creerte. Lo habría hecho sin dudar», pensó acariciando con infinita suavidad su mejilla.

Incapaz de seguir sosteniendo su propio peso, el conde cayó de rodillas y un gemido de angustia brotó de su pecho. La joven se sobresaltó levemente y sus ojos se abrieron.

—Bastien... estás... estás bien —musitó con voz quebrada.

—Emily, dime por qué, por qué no me lo dijiste, por qué me mentiste. ¡Por qué destruiste nuestro amor, nuestras vidas!, ¡creí que me amabas, que significaba para ti lo mismo que tú para mí, lo suficiente como para que confiases en mí! —le reclamó, apartando su mano y dejando salir su llanto, sus lágrimas. Dejando brotar tantos años de dolor y resentimiento.

Emily lo observó tan conmovida como él, y su labio inferior tembló.

—Y lo hacía, te amaba. Tú eras mi razón de ser —declaró ella con desesperación—. Tú no significabas lo suficiente, tú lo significabas todo, hasta mi misma vida —terminó, su voz entrecortada por la emoción.

—Entonces por qué no me lo dijiste, te di la oportunidad de hacerlo —preguntó Sebastien, incapaz de refrenar sus lágrimas de angustia.

—Porque él... ese hombre me amenazó con matarte. Él, de algún modo,

sabía que me estabas cortejando y me dijo que te detestaba y que podía acabar muy fácilmente contigo. Me advirtió que, si alguien se enteraba de lo que me había hecho, la próxima sería Elizabeth. Y yo no podía permitirlo, no podía ser la causante de que algo les sucediese. Pensé... pensé que habiendo sido ultrajada, ya lo había perdido todo, y tú no merecías una mujer mancillada —confesó sollozando.

Él sintió sus palabras como una patada en el estómago, el dolor de su esposa partía su alma en cientos de pedazos. Las náuseas regresaron al comprender cuán equivocado había estado, cuán mal la había juzgado. Cuánto daño le había causado.

«Ella lo hizo por mí, por mi hermana. Ella nunca me ha traicionado, pero yo sí. Yo soy un desgraciado, un miserable canalla».

—Oh, Dios Santo... Emily..., mi amor..., lo siento, lo siento tanto. Nunca podré perdonarme... ¿Que no me merecías?, yo soy quien no merece nada — exclamó con voz afligida y destrozada. Sus lágrimas mojaban la falda de la joven, mientras el cuerpo del conde se convulsionaba con cada llanto.

Emily sintió su corazón comprimido al verlo tan débil, tan quebrado. Incapaz de seguir quieta, se dejó caer sobre sus rodillas y envolvió a Sebastien entre sus brazos temblorosos; él la apretó contra su cuerpo y se mecieron, intentando consolarse. Juntos descargaron la agonía de su desdicha. Sus cuerpos se fundieron, y sus lágrimas derramadas lograron que toda una vida de sufrimiento se diluyese con ellas, hasta borrar ese abismo de años de separación y distancia, odio y resentimiento. Hasta que aquel calor de antaño resurgió en su interior y solo quedó el rastro de su tormento.

Ella se alejó un poco y levantó la cabeza derrotada de Sebastien, haciendo que sus ojos se encontraran. Su mirada era triste y vacía, tan vulnerable que la necesidad de aliviar su culpa la avasalló. En un impulso, tiró de él y unió sus bocas, sin prisas ni desafíos, solo un beso de reconocimiento, de entrega y rendición. Sus labios se abrieron sobre los de él y lo besaron sin ambages ni secretos, libres ya de artilugios y estrategias, solo transmitiéndole una dulce promesa. El conde la rodeó con sus brazos y la pegó tanto a él que pudo sentir sus pulsos agitados latir al unísono y la vibración que salió de su garganta cuando él gimió y tomó el mando en su boca.

Poco a poco, el temor que siempre la atormentaba al pensar en ser tocada

por un hombre y las recurrentes pesadillas que inundaban sus sueños desaparecieron. Emily interrumpió el beso y miró a su marido con determinación en sus pupilas dilatadas, él le devolvió la mirada, conteniendo su voraz necesidad, y tomó a la joven por la nuca hasta unir sus frentes.

—Em... ¿estás segura? Lo que sufriste... yo... quiero esperarte, es lo menos que puedo...

—Shh, calla, por favor. Te necesito, olvidemos nuestras culpas, nuestros remordimientos, olvidemos lo que perdimos y en quien nos hemos convertido, y ámame, Bastien, solo ámame —le rogó, su aliento acariciando los labios del hombre.

—Oh, Dios... Sí. Te deseo, Emily... Te amo, te amo... Nunca he dejado de hacerlo, aunque trate de convencerme de ello —jadeó él, acariciando sus cabellos, sus hombros y su espalda, todo lo que estaba a su alcance, con reverencia y embeleso.

La joven se estremeció y volvió a unir sus bocas para decirle con su cuerpo lo que su corazón henchido de felicidad no le permitía. Olvidando el banquete y lo que existía fuera, Bastien la tomó en brazos y, tras depositarla sobre la cama, se despojó de la única prenda que conservaba y, con manos temblorosas, le ayudó a quitar las suyas.

Con sus deseos expuestos y sus pieles desnudas, ambos se recostaron hasta que el cuerpo del conde la cubrió como una bandera. Los labios masculinos recorrieron cada fragmento de piel de la joven, bebiendo de ella con ardiente ansia, y sus manos esculpieron sus formas como si de la más preciosa de las joyas se tratase. Ella correspondió abriéndose a la invasión del hombre, como una flor deseosa del sol de verano, y dejó que su cuerpo se liberara de la prisión de tantos años de soledad y ausencia, y se unió a la febril danza que inició su esposo en su interior extasiado.

La noche fue testigo de su dulce entrega, del reencuentro de sus almas y del resurgimiento de su amor. Ya no hubo lágrimas ni lugar para reproches, solo sitio para la pasión y la unión de dos almas atormentadas que por fin encontraban el alivio y la paz que solo el perdón y la verdad podían brindar

CAPÍTULO 24

*N° 24: La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron
contra ella.*

Juan 1:5

Capítulo veinticuatro del libro *Reglas para no enamorarse*

El fuerte resplandor del sol que entraba por la ventana abierta despertó de su placentero sueño a Sebastien. Con pereza, abrió un ojo y, luego, el otro y de inmediato miró a la mujer que dormía a su lado. Después del frenesí de emociones que habían experimentado y de su primera vez juntos, habían quedado tan exhaustos que se durmieron al instante.

Emily estaba acurrucada contra él y su cabello negro le tapaba parte del rostro. La visión que representaba era sumamente erótica, pero, aunque su cuerpo le demandaba más de esa mujer, sacó fuerzas para contenerse. Ella no estaba preparada para satisfacer sus necesidades insaciables, a pesar de no haber tenido que romper su himen, sí había notado que ella estaba muy cerrada, y repetir podría causarle dolor. Con delicadeza, le apartó el cabello del rostro y se deleitó observando sus bellas facciones. Su mano tembló al pasarla por su mejilla y por el ceño en su frente, que evidenciaba que algo molestaba su sueño.

Sin poder evitarlo, un nudo apretó su garganta y su pecho le ardió de dolor. A su mente venía el recuerdo de la confesión de su esposa, de las palabras que derrumbaron su mundo, pero que hicieron renacer sus esperanzas. En aquel momento se odiaba, se detestaba a sí mismo. La tristeza le atenazaba el alma al pensar en todo lo que ella había sufrido, el calvario por el que había pasado. Y él se había comportado como un canalla, un bastardo. Emily lo

había perdonado, y su bondad y muestra de amor lo conmovían profundamente. Pero él... él nunca podría perdonarse, no se perdonaría jamás el haberla dejado sola, haberla humillado y dañado. La culpabilidad lo atormentaría por siempre.

Si fuese un buen hombre, la habría alejado de él para que encontrara a alguien que estuviese a su altura. Pero era un egoísta, y nunca podría dejarla ir, no lo había hecho cuando la creía malvada y pensaba que la odiaba, menos podría hacerlo en ese momento en que había aceptado que la amaba con cada fibra de su ser y que sabía que era inocente y noble.

«No te merezco, mi dulce dama, pero juro que te compensaré amándote cada minuto de mi vida, por el resto de mis días. Y no descansaré hasta acabar con el miserable que te dañó. Nunca volveré a fallarte, amor, jamás te haré daño nuevamente ni me apartaré de ti...», le prometió en silencio, besando su frente. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos cerrados.

Emily se removió levemente y posó su mano sobre la mejilla del conde. Él abrió los ojos y la encontró mirándolo preocupada. Una lágrima escapó y resbaló por la cara de Sebastien; y ella se acercó y la secó con sus labios.

—Mi príncipe, no llores —dijo dulcemente, besando con devoción cada lágrima que descendía—. Shh, amor... ya pasó, no llores, cariño —lo consolaba abrazándolo con fuerza.

Incapaz de verlo tan deshecho, Emily le tomó el rostro entre sus manos y pegó sus frentes.

—Escucha, Bastien, no todo fue tu culpa. Yo también fui responsable de tu odio hacia mí, yo no confié en ti como debería haberlo hecho y dejé que tuvieras una idea equivocada de mí. También fui egoísta este último tiempo, te odiaba y maltrataba. No debes responsabilizarte de todo, lo que nos pasó fue una tragedia, algo que logró destruirnos, pero no pudo arrancar de nuestro corazones el amor que sentimos. Hay muchas cosas que no sabes, cosas que hice, errores que también cometí —declaró ella, clavando sus ojos en los de él, deseando borrar ese tormento.

—Em... me... me desgarrar imaginar. Dime quién fue... necesito que ahora mismo me digas el nombre del bastardo que abusó de ti —respondió con voz ronca y enfurecida, su mirada teñida de ira y sus brazos aprisionándola contra su pecho.

—¿Qué vamos a hacer con ese hombre? —preguntó Elizabeth mirando al grupo que desayunaba a su alrededor. Eran los únicos que permanecían en la mansión después del banquete nupcial.

—Por el momento, mantenerlo donde se encuentra —respondió su esposo, sorbiendo de su taza.

—Pero... pero no podemos retenerlo contra su voluntad —exclamó, preocupada.

—Su excelencia, no se agobie. Solo serán un par de horas más, no podemos liberarlo hasta que Sebastien nos autorice —intervino, con tono grave y pausado, el duque de Riverdan.

—Además, no sabemos si es un delincuente o es peligroso, querida —argumentó, con voz ansiosa, la duquesa viuda.

—A mí no me pareció un malhechor, se veía desesperado y angustiado por mi sobrina —dijo, a su vez, *lady* Asthon, cruzando una mirada con Lizzy. Ambas parecían estar conectadas y habían sentido algo extraño al ver aparecer a ese joven.

—Ya no te preocupes, ángel. El muchacho está bien atendido, aunque no ha dicho una palabra. En cuanto los recién casados aparezcan, solucionaremos este dilema —la tranquilizó Nicholas, apretando la mano de su esposa.

—¡Vaya par!, esos dos no han asomado la cabeza fuera del cuarto desde anoche, y eso que, según mi amigo, se odiaban —dijo Riverdan con expresión pícara, provocando que todos los comensales rieran. Hasta que un fuerte estruendo proveniente del piso superior cortó sus risas y todos se miraron horrorizados.

—¡Cálmate, Sebastien! —gritó Emily intentado frenar a su enloquecido marido.

—¿¡Que me calme!? ¡Maldito bastardo, hijo de... ¿por qué no dijiste antes que era él?! ¡Lo hubiese matado con mis propias manos! —vociferó fuera de sí, destruyendo todo lo que encontraba a su paso.

—¡Basta, Sebastien, te vas a lastimar, detente! —le suplicó ella, mirando su rostro convulsionado por el odio y la ira.

—Un momento. Dijiste que querías vengarte de mí, ¿ese era tu plan?,

¿arruinar la vida de mi hermana? —le preguntó, frenando su ira destructora y volviéndose hacia ella, sus ojos brillando con cólera.

—¿¡Qué!?... ¡No, no, Sebastien! —respondió angustiada al percatarse de lo que el conde estaba imaginando. Su cuerpo comenzó a temblar y sus ojos picaron por las lágrimas acumuladas.

Sebastien vio su expresión agónica y se acercó para abrazarla.

—Shh... Soy un animal, no llores, mi amor. No he querido decir eso, nunca volveré a dudar de ti. Estoy furioso y confundido, pero no contigo, esa escoria... —la consoló el conde, acariciando su espalda, tratando de calmar sus impulsos.

De repente, comenzaron a golpear la puerta y se escucharon varias voces en el pasillo.

—¡Gauss! ¿Qué sucede allí? ¡Abre la puerta! —ordenó la voz del duque de Stanton.

Sebastián se apartó de ella con rostro agobiado y compungido, llevándose las manos a la cabeza. Emily respiró profundamente para intentar disipar el nudo de aprensión que subía por su pecho y se dirigió a la puerta donde los gritos continuaban.

Cuando llegó hasta ella, giró la llave y abrió de un tirón, pero solo lo suficiente como para asomar la cabeza. Del otro lado estaban los anfitriones y el amigo de su marido, con iguales expresiones de preocupación. Detrás, el mayordomo rebuscaba en un gran manojó de llaves.

—Buenos días, lord Stanton, quisiera pedirles que se reúnan conmigo donde usted lo disponga —solicitó Emily centrado su mirada en el duque.

—Claro..., por supuesto, *milady*. Los esperamos en mi despacho —asintió el hombre con gesto dubitativo.

—Muchas gracias, los veré abajo —contestó, mirando los tres rostros confundidos, y cerró la puerta. Al girar, clavó la vista en el hombre que amaba, con la determinación corriendo por sus venas. Él la observaba de hito en hito, con el rostro pálido.

—Vamos, mi amor, ha llegado el momento. Hoy dejaré atrás mis miedos y fantasmas —lo instó, extendiendo su mano hacia él.

Lo que estaba por hacer no sería fácil, pero después de la dulce entrega que habían compartido y de que sus corazones se hubiesen perdonado, no se

sentía nerviosa, sino llena de paz. Bastien, sin dudar, aferró sus manos y juntos abandonaron el cuarto, y por primera vez, lo hicieron unidos. El pasado y el odio los había separado, pero el amor y el perdón habían vencido. El futuro brillaba con esa luz que disiparía la oscuridad por siempre.

CAPÍTULO 25

Nº 25: Revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y mora en la luz.

Daniel 2:22

Capítulo veinticinco del libro *Reglas para no enamorarse*

La puerta del despacho del duque estaba abierta cuando Emily y Sebastien llegaron. Todos estaban sentados en los sillones ubicados frente a la chimenea apagada y, al verla ingresar, los hombres se pusieron educadamente de pie.

—Por favor, no se levanten, creo que, dada las circunstancias, podemos prescindir de los protocolos sociales —les pidió ella con amabilidad, mientras el conde la guiaba hacia un diván y se sentaban.

Estando ya ubicados, y con seis pares de ojos clavados en ella, Emily no sabía por dónde empezar. Como mínimo, la situación era incómoda, sobre todo en lo referente al matrimonio ducal, pues sentía que a ellos era a quienes les debía bastantes explicaciones. Stanton la miraba con su habitual gesto serio, y su prima, como siempre, se removía en el asiento inquieta y no paraba de pasear la mirada entre su hermano y ella.

—Bien, muchacha, estamos esperando —la apremio su tía desde un costado, su semblante estaba ceñudo, pero ella sabía que sus ojos transmitían preocupación.

Bastien, que no había soltado su mano derecha, le dio un apretón cariñoso, y ella volteó a mirarlo, encontrándose con sus hermosos ojos violetas que parecían decirle «Tú puedes, estoy contigo, amor». El depositó un cálido beso en sus nudillos y le sonrió tranquilizador, ese gesto la conmovió, ya que

sabía lo difícil que su confesión había resultado para su esposo, sin embargo, él le demostraba su apoyo incondicional.

—Gracias por haber accedido a reunirse conmigo, esto es difícil para mí, pero creo que el momento de ser sincera ha llegado. Antes de empezar, tengo una petición, su excelencia —comenzó Emily, mirando a todos para terminar posando la vista en el duque.

—Por supuesto, dígame—respondió, levantado ambas cejas, Nicholas.

—Quisiera que mande a traer al joven que irrumpió en mi boda —pidió con voz firme, y las caras de sorpresa no tardaron en aparecer.

—Emily, no —intervino su esposo con enojo, su agarre se había tensado al oír su petición.

—Bastien..., por favor, es importante para mí que él esté presente. Prometiste que confiarías en mí... Por favor —susurró ella con gesto de súplica, recordando que el conde todavía no sabía la verdadera identidad de Jeremy. Por el contrario, en lo que a él concernía, su hermano era alguien de dudosa procedencia, que hasta hacía horas consideraba su amante.

—Está bien, mi dama, solo espero que sepas lo que estás haciendo —se rindió con renuencia Bastien, con una mirada de advertencia.

El duque de Riverdan se paró, estiró su chaqueta y salió de la habitación, seguramente para buscar a su hermano. A los pocos minutos, regresó con la ropa desarreglada, bastante despeinado y con una expresión contrariada. Detrás de él entraron dos altos y robustos lacayos arrastrando a Jeremy, que no cesaba de sacudirse y gruñir. Cuando lograron hacerle traspasar la entrada, Emily se levantó y corrió hacia él. Entonces el joven la vio y, deteniendo su resistencia, abrió los brazos, y ambos se envolvieron en un abrazo desesperado. Su hermano temblaba levemente, y ella podía percibir su delgadez y fragilidad, a la vez que notaba que todavía llevaba su atuendo de sirviente. Con los ojos llenos de lágrimas, se separó y miró su rostro, su cabello negro estaba muy largo, al igual que su abundante barba, unas profundas ojeras enmarcaban su mirada cansada y preocupada.

—Estoy bien, cariño, no te preocupes. Aquí estamos a salvo, pronto entenderás. Ven, siéntate —lo tranquilizó, acariciando su mejilla, y se giró hacia los presentes.

Todos observaban la escena estupefactos, a excepción de su esposo, que

parecía a punto de explotar. Sus ojos despedían dardos fulminantes y su mandíbula estaba apretada, al igual que sus puños. Su postura era tan rígida y envarada que parecía que se quebraría si lo rozaba. Emily guio a Jeremy hasta él y lo instó a sentarse junto a ella y el conde.

—Lo primero que deben saber es que este joven no es un sirviente, él... es mi hermano —declaró, con decisión, clavando la mirada en su esposo que, al oírla, abrió los ojos con incredulidad y su boca, anonadado.

—¿¡Qué!? ¿Pero qué dices, jovencita? Tú no tienes ningún hermano, ¿acaso has perdido la cordura? —exclamó, aturrida Margaret.

—No, tía, sé muy bien lo que digo. Este joven es mi hermano, su nombre es Jeremy Asher —afirmó ella, apretando la mano del muchacho.

—Pero... ¿cómo es posible? —balbuceó Elizabeth con voz y gesto pasmados.

—Jeremy es hijo de mis padres, pero fue secuestrado el mismo día de su nacimiento —explicó, con tranquilidad, ella.

—¡Oh, por Dios! ¿Es el bebé que supuestamente murió horas después de que Amanda diese a luz? —inquirió, con expresión desencajada, su tía.

—Sí, pero como verán, eso era una mentira. Jeremy fue apartado de mis padres —contestó, observando el rostro pálido de su esposo.

—Entonces es en realidad el futuro marqués de Landon —conjeturó Nicholas.

—Así es, Jeremy es el heredero al marquesado y el actual conde de Slade. Pero nadie sabe de su existencia —respondió ella.

—Excepto el hombre que lo secuestró, ¿no? —intervino lord Riverdan con sagacidad.

—Pero ¿cómo es esto posible?, ¿cómo te enteraste, querida? —exclamó la duquesa viuda, abanicándose furiosamente.

—Todo inició hace cinco años. Estando yo en la escuela de señoritas, me llegó una misiva donde se me informaba de la muerte de mi madre en un naufragio. Devastada y confundida, decidí volver a casa, y allí me encontré con que mi padre se encontraba enfermo, al parecer, no aceptaba el fallecimiento de mi madre y su mente desvariaba. Lo habían encerrado en su cuarto porque experimentaba estallidos de furia y locura, donde afirmaba que su esposa estaba viva y que el Diablo se la había llevado. Por mi parte, decidí

dar un entierro simbólico a mi madre y, revisando sus pertenencias, hallé una carta a medio terminar donde me informaba que debía abandonar con urgencia a mi padre, pero no continuaba la explicación. Aquello me hizo enfurecer y dudar si en realidad ella estaba muerta o había algo de verdad en los desvaríos del marqués.

»El tiempo pasó y, a principios de esta temporada, mi tía insistió para que volviese a Londres y que concurriera a los eventos de la nobleza. Fue entonces cuando, instalada en su mansión, pocos días después de ese encuentro en el teatro con ustedes... —explicó mirando a los duques de Stanton y a su marido alternativamente—, revisaba las invitaciones en el escritorio de Margaret, cuando avisté un sobre con una letra que me pareció familiar. Lo tomé y descubrí que mi madre no estaba muerta, sino retenida contra su voluntad y que solicitaba la ayuda de mi tía. La desesperación me desbordó y, al comprobar que los datos del remitente eran ilegibles, decidí averiguar más. Durante unas semanas no encontré nada útil, hasta que en una fiesta se me acercó Fermín de Moine, su detestable primo —dijo mirando a Bastien y a Elizabeth—. Como la mayoría sabe, nunca soporté a ese hombre, pero cuando él me informó que sabía que mi madre estaba viva y que conocía el lugar donde la retenían, la esperanza renació. El problema era que el conde de Mousse era inescrupuloso y malvado, y por más que le supliqué, no accedió a darme la información. No sin darle algo a cambio, y solo si lograba su propósito, me daría el paradero de mi madre y el nombre de su secuestrador.

—¿Qué te pidió ese bastardo? —preguntó Sebastien, que no resistía oír siquiera hablar de ese malnacido.

—Ya saben que él estaba obsesionado contigo, Elizabeth, y ambicionaba la riqueza y posición de su padre. También, por algún motivo, lo odiaba a usted, lord Stanton, yo creí que era porque pretendía a la mujer que quería para él, pero ahora pienso que había algo más tras su animadversión. Fermín quería asegurarse de obtener la mano de Lizzy, por lo que me dijo que, si yo apartaba al duque de su lado y él se casaba con ella, me diría dónde buscar a mi madre. En ese momento, estaba muy enojada y resentida contigo, Elizabeth, y también desesperada por hallar a mi madre, por eso acepté y traté por todos los medios que su relación acabase —confesó, mirando a su prima

y a su esposo con arrepentimiento—. El día que ustedes huyeron, dejando plantado al francés, creí enloquecer. Esa misma semana me enteré de la muerte de Moussett y sentí perecer todas mis ilusiones de hallar a la marquesa. No sabía por dónde continuar, hasta que apareció en mi puerta un joven prácticamente moribundo, con una carta de la mujer que buscaba. En ella, Amanda me rogaba que aceptara a Jeremy porque era mi hermano y que lo ayudara. Me pedía que no la buscara porque era demasiado peligroso, me explicaba que nunca había querido abandonarme, pero se había visto forzada a hacerlo para rescatar a su hijo y protegerme a mí.

—¿Protegerla a usted? —intervino el amigo de su esposo, Riverdan.

—Sí, ella... yo... sufrí un abuso por parte de un hombre desconocido el mismo año en el que mi madre desapareció. Nunca se lo confesé a nadie porque ese hombre me había amenazado con lastimar también a Elizabeth y a Sebastien, dijo que lo odiaba y que sería muy fácil para él hacerles daño. Pero mi madre, de algún modo, lo supo y se enteró de la identidad de mi atacante. En la carta que Jeremy trajo, me advertía que ese hombre estaba cerca y que podía volver a lastimarme —contestó, con voz temblorosa, ella, y fue incapaz de levantar la vista. A pesar de que su esposo la abrazaba contra sí, la angustia por estar revelando su tormentoso pasado provocaba un nudo en su garganta que le dificultaba seguir.

—¡Oh, prima, es terrible! Pero ya no debes temer, tu calvario ha terminado, encontraremos a ese animal y no podrá hacerte nunca más daño —exclamó la duquesa levantándose con ímpetu, las lágrimas desbordaban su rostro y, arrodillándose frente a ella, tomó sus manos heladas entre las suyas y las apretó.

—Emily, debes decirnos quién es ese canalla ahora mismo —exigió, con voz furiosa, su tía, en sus ojos había un brillo de tristeza.

—Es tarde para eso, tía. Desearía poder cazar a ese bastardo y matarlo con mis propias manos, pero eso ya no es posible porque está muerto —dijo, con voz tenebrosa, Sebastien, la violencia salía por cada uno de sus poros. Los dos hombres restantes lo miraron apretando las mandíbulas porque parecían haber deducido su identidad.

—¿Muerto? ¿Quién era? —susurró, desorientada, su prima.

—Fermín de Moine —respondió con los ojos cerrados y gesto

descompuesto, y los jadeos de espanto inundaron el lugar.

CAPÍTULO 26

Nº 26: Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

Juan 8:32

Capítulo veintiséis del libro *Reglas para no enamorarse*

La confesión de Emily provocó una gran conmoción en los presentes, las damas mayores esbozaron muecas de horror y los caballeros intercambiaron miradas siniestras. Elizabeth, aún de rodillas, se quedó viendo a su prima con su rostro completamente pálido y gesto demudado.

—Elizabeth... yo... ¡Oh, cielos! —exclamó Emily con tono de culpa, pero se interrumpió al ver la expresión lívida de la duquesa y apenas tuvo tiempo de tirar de las manos de su prima, que no la había soltado, y frenar con su brazo su cuerpo inerte para evitar que este impactará contra el suelo alfombrado.

Rápidamente, Sebastián y el duque, quien se había abalanzado como un rayo sobre el escritorio y llegado junto a ellos, la ayudaron a reposar a la joven sobre el suelo.

—Ángel..., mi amor... —dijo Stanton con voz alarmada y rostro angustiado.

—¡Santo Dios!, ¡Smith, Smith! —gritó la duquesa viuda, que corrió a abrir la puerta.

—*Milady*... —dijo el mayordomo al traspasar la puerta, pero se calló cuando se percató de la situación.

—Smith, manda a un mozo a por el doctor, ¡rápido! —lo apremió, con aprensión, Honoria.

Nicholas, que no cesaba de pasar la mano por las mejillas y el cabello de su

esposa, levantó la vista y dijo a su cuñado:

—No despierta, la llevaré a nuestra habitación. Cuando llegue el médico, que suba de inmediato.

El conde asintió y, ayudando a su mujer a ponerse de pie, se acercó a su tía, que estaba muy afectada por la situación. Su amigo, que había permanecido al margen, le hizo una seña dándole a entender que necesitaba hablar luego con él y, tras recibir un gesto afirmativo, se retiró.

—Emily, será mejor que ayudes a tu hermano a instalarse, debe estar deseando poder asearse y desayunar —le propuso Bastien a su esposa, echando una corta mirada a su cuñado, que no se había movido de su asiento y mantenía la cabeza baja.

—Sí, tienes razón. Ven, Jeremy, acompáñame —le pidió Em a su hermano, y juntos abandonaron el estudio.

—Ay, muchacho..., me pesa decir esto, pero tengo el mal presentimiento de que la fatalidad y la desgracia nos han invadido —anunció, con abatimiento, Margaret.

—No, tía, no es la fatalidad, es ese hombre que se ha empeñado en destruirnos. Pero tranquila, su fin está cerca, de eso me encargo yo. Saldré tras el rastro de ese maldito y no pararé hasta encontrarlo; esta vez, nada me detendrá. Te lo prometo, tía —declaró, con seguridad y profunda cólera, Sebastien.

Lady Asthon asintió en respuesta, comenzando a calmarse tras oír el tono de determinación de su sobrino. Después de todo, el hombre que tenía frente a sí no era un simple joven, era un espía entrenado, el mejor rastreador de Inglaterra... Era el Halcón Blanco.

—Mi cabeza... ¡Oh, qué molestia! —se quejó, con voz trémula, Lizzy, tras apartar con una mano la fuente de donde provenía un fuerte aroma.

—Su excelencia, ¿me escucha? —la llamó una voz gruesa que no logró identificar.

Confundida y bastante desorientada, la joven abrió con lentitud los ojos y se encontró con el rostro serio del enjuto y alto matasanos[6] del pueblo. Perpleja, asintió y miró al hombre con extrañeza. Por un momento, su cerebro

no comprendió lo que sucedía, hasta que los retazos de lo que había acontecido en el estudio de Nick regresaron a su desorientada mente.

—Su excelencia, sufrió usted un desmayo. ¿Cómo se siente? —interrogó el doctor apartando las sales que había colocado bajo sus orificios nasales.

—Un poco mareada y débil, ¿qué tengo, doctor? —preguntó, con voz trémula.

—Bien, he de revisarla y le informaré —contestó él, abriendo su maletín.

—Diantres, ¿¡pero qué diablos está haciendo allí dentro ese hombre!/? Si no sale pronto, entraré. No soporto la espera, quiero ver a mi esposa —exclamó, acaloradamente, Nicholas.

—Calma, hijo —le advirtió Honoria con gesto igualmente preocupado.

—Dejemos al médico hacer su trabajo, Stanton —intervino Gauss, poniendo una mano sobre el brazo de su cuñado, que pretendía irrumpir en el cuarto.

El duque se giró a mirarlo con expresión funesta y su boca se abrió en un insulto, pero el sonido de la puerta lo interrumpió.

—Doctor..., ¿qué tiene mi mujer? ¿Ha despertado? —lo apremió atropelladamente, ni bien el hombre puso un pie en el pasillo.

Desde su posición, Sebastien pudo oír el grito que emitió Nicholas minutos después de ingresar a su alcoba y las carcajadas de su hermana. Él y la duquesa viuda se miraron con curiosidad y asombro, pero antes de decir nada, la puerta de la habitación se abrió abruptamente y la cara del duque asomó.

—¡Vamos a ser padres! ¡Mi ángel espera un bebé! —proclamó Stanton con gesto radiante.

—¡Oh, qué bendición! —exclamó Honoria extasiada, abrazando efusivamente a su hijo.

—Enhorabuena, cuñado. Tú sí que sabes cómo se hacen las cosas —lo felicitó Sebastien, palmeando su espalda, que parecía estar a punto de reventar de orgullo y emoción.

Esa noche, en la cena, abundó no solo la comida y bebida, sino la algarabía y

dicha. Su hermana sonreía exultante y sus ojos brillaban emocionados cuando la felicitaron. Por unas horas, nadie mencionó la situación de los recién casados ni sacó a colación la confesión de Emily. De manera tácita, parecieron querer disfrutar de la tregua momentánea que el destino les estaba ofreciendo. A su lado, su esposa cenaba en silencio, ella no participaba de las conversaciones, pero de vez en cuando esbozaba una pequeña sonrisa. Y a pesar de que era evidente que no se sentía del todo cómoda entre ellos y de nuevo en la familia, para él era suficiente, tal vez ella tenía en sus pensamientos a su hermano, quien se había negado a cenar con ellos y lo hacía en su cuarto. Él no había insistido, ya que era obvio que Jeremy no frecuentaba la compañía de personas de su estatus, o simplemente no estaba acostumbrado a convivir con gente.

Cuando la cena llegó a su fin, los tres caballeros se retiraron al estudio del duque y las damas, al salón de té, tal y como marcaba el protocolo. Sebastien vio la reticencia de Emily a quedarse sola con las mujeres, pero decidió seguir a los demás y dejar que su mujer comenzara a enfrentar sus temores. En el despacho de Nicholas, a quien nadie le quitaba la arrogante sonrisa de su habitual cara inexpresiva, procedieron a tomar asiento y beber de sus vasos de oporto.

—Bien, querías hablar conmigo, Ethan —dijo Gauss recordando la intención de su amigo.

El duque lo miró y desvió sus ojos hacia el anfitrión y de nuevo a él. Sebastien entendió la implícita pregunta y se apresuró a asentir en respuesta. Su cuñado era de confianza y, además, en el brete en el que se encontraban, necesitaban toda la ayuda disponible.

—¿Recuerdas que hace unos días en Londres me pediste que moviera influencias para intentar averiguar acerca del complot para destruir a tu padre? —Esperó a que su amigo afirmara, moviendo el líquido ambarino en su vaso, y continuó con expresión grave—: Bueno, hoy recibí un mensaje de uno de mis informantes y me temo que las noticias no son nada favorables.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Nicholas, que se había mantenido callado.

—Luego de casi cuatro meses de inactividad, se han encontrado varios cadáveres asesinados con un mismo patrón, y la ruta de contrabando de

información y mercadería que había dirigido El Asesino de Mayfair Square volvió a la actividad —le informó Riverdan, elevando las cejas con mirada significativa.

—Entonces, ¿Mousset no era el asesino? Confieso que nunca lo creí capaz de tejer esa red de espionaje, y tampoco entendía por qué intentaba involucrar a mi padre en los asesinatos y, al mismo tiempo, casarse con mi hermana —musitó el conde con gesto pensativo.

—Y no lo intentaba, Gauss, no lo hacía porque... ¡oh, Diablos! —exclamó Nicholas, se puso de pie y llevó ambas manos a la cabeza; su mirada estaba fija en un punto por encima de sus cabezas. Su mente regresó al momento en el que el francés había intentado secuestrar a Elizabeth, luego de perseguirlos y hallarlos a punto de contraer matrimonio.

(...)

—Eres un maldito arrogante creyendo que lo sabes todo, será muy agradable ver tu cara cuando descubras cuán equivocado estás. Sin embargo, te volviste un incordio metiéndote en mis asuntos, y ha llegado la hora de sacarte de mi camino.

—Piensa en lo que te dije. Si la dejas ir, puedo prometer que no serás culpado de nada. Solo el marqués pagará por sus delitos.

—Gracias, pero no te necesito. No puedo permitir que culpen a mi tío de nada porque él es mi contacto con la familia real. Además, es mi pase a una vida de riquezas.

—El rey te compensará generosamente si entregas al Asesino de Mayfair Square.

—Tu propuesta es buena, pero no puedo arriesgarme. Además, tengo órdenes que cumplir. Lo siento, pero debo declinar. ¡Levántalo, Jackson!

(...)

Con gesto conmocionado, Nicholas abrió la boca para explicarse ante los otros, cuando un fuerte ruido lo interrumpió.

—Porque Moine solo era un peón más en el perverso juego del cerebro de esa operación y verdadero asesino —afirmó, con voz segura y rotunda, Emily mientras traspasaba una puerta lateral de la que Sebastien jamás se había percatado.

—Mi primo solo era un subordinado, eso está más que claro, pero ¿cómo terminó su anillo en el cadáver de tu amigo, esposo? —interrogó Elizabeth tras su prima, sorprendiendo una vez más a los hombres, haciendo referencia a la argolla que todo varón Albrigh poseía desde el momento de nacer y que Moine había heredado de su fallecido padrastro, pues él no había sido hijo de sangre del hermano de su padre.

—Esa es otra cosa que debo comentarles, el anillo que pensábamos pertenecía a Moine no era del francés. Su cómplice, el que los atacó en la iglesia y que continúa preso a la espera de ser ejecutado, confesó que el anillo le pertenecía a tu padre, Sebastien, pero Fermín de Moine depositó el suyo entre las pertenencias del marqués para liberarlo de los cargos de asesinato —intervino Riverdan clavando los ojos en su amigo.

—¿Pero por qué haría algo así?, si debía cumplir las órdenes de su jefe, quien está claro que deseaba hacer parecer culpable a mi padre —preguntó, confundido, Sebastien.

—Pues porque él seguía sus propios intereses también y no le convenía que el marqués fuese culpado por los crímenes —adujo Riverdan, encogiendo un hombro.

—Entonces creo que la pregunta correcta es qué hacía el anillo de su padre en el cuerpo de Jason —dijo Nicholas con voz preocupada.

—Mi padre es inocente, Nick —rebatíó, con tono defensivo, Lizzy.

—Su posición no es buena, hermana. Están apareciendo demasiadas pruebas en su contra. El anillo, las cartas con su firma, sello y letra, yo no sé —dijo, perturbado, Bastien.

—No puedo creer que estés dudando, Sebastien, ¡padre no puede ser ese monstruo! —lo cortó la duquesa con furia.

—Escuchen, hay una manera de comprobar si su padre es inocente —interrumpió Emily, haciendo que todos voltearan hacia ella.

—¿Cuál? —la apremió Lizzy, apoyándose en el brazo de su esposo que se había acercado a contenerla.

—Yo... lo siento, es largo de explicar, pero yo sabía que el asesino no era Fermín. Mi madre me lo decía en su carta, el hombre que está detrás de todo esto es la misma persona que secuestró a Amanda y a mi hermano. Ella ayudó a huir a Jeremy para salvarlo de él y nos prohibió que fuésemos por

ella. Decía que ese tipo es muy peligroso y que no podía revelarme su identidad sin ponernos en peligro. Aun así, mi hermano y yo decidimos buscarlo, ya que, aunque no sabemos la identidad de su secuestrador, contamos con dos cosas a nuestro favor —explicó Emily, y todos la miraron boquiabiertos y mudos.

—¿Qué ventajas? —preguntó, finalmente, Sebastien, mirando con intensidad a su esposa. Él estaba al tanto de la búsqueda de la joven y de los peligros a los que se había expuesto en pos de aquella misión, aunque en realidad ella estaba buscando al hombre que había arruinado su vida y no solo a la marquesa. Sus palabras tenían, esta vez, un peso diferente, pues con ellas exponía hasta el último de los fantasmas de su pasado y se convertía en una mujer libre.

—Tenemos el nombre por el que se lo conoce: el Diablo. Y lo más importante es que, después de mi madre y su cómplice Jackson, Jeremy es el único que ha visto el rostro del Diablo.

CAPÍTULO 27

*Nº 27: Toda regla tiene su trampa, y las del amor no son la excepción.
Capítulo veintisiete del libro Reglas para no enamorarse*

El cuarto en el que se alojaba su hermano estaba ubicado en el sector este de la mansión y era, por lejos, el lugar más lujoso en el que Jeremy había estado. Cuando golpeó la puerta de la alcoba, esta no tardó en abrirse, lo que confirmaba su presentimiento de que Jeremy la estaba esperando.

Emily se quedó de una pieza al traspasar la entrada y ver el rostro de su hermano, que lucía cansado y serio, pero asombrosamente atractivo. Por primera vez, lo veía sin tanto vello en su cara, solo una barba corta y cuidada, seguramente la conservaba para mitigar el efecto de su gran cicatriz. Su cabello negro había sido recortado y llevaba puesta una camisa blanca y unos pantalones grises, ambas prendas propiedad del duque de Stanton, que era apenas un poco más bajo que Jeremy, pero ostentaba una similar contextura atlética y esbelta, aunque, por supuesto, le iban algo sueltas por su delgadez extrema. Jeremy abrió los brazos esbozando una sonrisa, y ella corrió a refugiarse en ellos. Su calor la reconfortó y sintió su corazón henchido de felicidad por tenerlo allí junto a ella.

—Jemy..., te extrañé muchísimo. Estaba muy preocupada por ti, no sabes las locuras que hice para intentar reunirme contigo —le confesó con tono emocionado, llamándolo con aquel apodo cariñoso con el que lo había bautizado.

El apretó sus manos en un gesto tranquilizador, y su mirada le dijo que él se había sentido igual. Emily tiró de él y lo guió hasta el asiento ubicado bajo la ventana, donde lo instó a que tomara asiento junto a ella. Cuando estuvieron

ubicados, su hermano bajó la vista a su mano izquierda y, tras acariciar su dedo anular, en el que llevaba su anillo de casada, levantó la vista y la miró con un gesto interrogante.

—¿No entiendes lo que está pasando, verdad? —le preguntó ella, comprendiendo su inquietud.

Él asintió, y Emily soltó un suspiro, cayendo en cuenta de que en las últimas semanas su vida había dado un giro drástico.

—Sé lo que piensas y lo que te dije, Jemy, pero estaba equivocada con respecto a él y sobre muchas cosas... Él... Sebastien no es el hombre cruel y vengativo que yo creía. Él solo era un hombre enamorado y resentido, al igual que yo, una mujer que amaba y sufría. Las circunstancias en la que nos encontramos nos forzaron a confrontar esos sentimientos y reconocer que lo que creíamos era un profundo odio mutuo, no era otra cosa que un inquebrantable amor. El conde me ha demostrado sinceridad y apoyo incondicional, y no solo eso, él me ama y yo a él —siguió con la voz temblorosa y los sentimientos a flor de piel.

Jeremy apretó nuevamente sus manos, y una sonrisa triste apareció en su joven rostro; ella sintió su corazón estrujarse en su pecho.

—No, hermano, por favor, no confundas las cosas. A ti también te amo con el corazón y tenerte en mi vida fue lo mejor que me pasó. Por ti, volví a creer en el prójimo y a tener esperanzas de vivir. Tú eres mi familia y razón de ser, nunca te abandonaré, jamás —le aseguró, conmovida con la visión de los ojos empañados de su hermano, y prosiguió a abrazarlo con fuerza contra sí—. Seguiremos juntos, no debes preocuparte, todo lo contrario, tienes que alegrarte, porque el momento que tanto esperamos está muy cerca. Ya no estamos solos, Jemy, contamos con la ayuda de mi esposo y de la familia. Encontraremos a madre y haremos que ese monstruo pague por todo el daño que nos causó. Ya lo verás, confía en mí. Bastien es el mejor rastreador de Inglaterra, si alguien puede hallar a la marquesa, es él —terminó Emily, fijó con seguridad sus ojos en los de su hermano y se entristeció al hallar en estos esa mirada otra vez. La de la desesperanza.

Jeremy solo había conocido el miedo, la maldad y la tristeza en su vida, pero ella no cejaría en su empeño de demostrarle que además existía la paz, bondad y felicidad.

Sebastien abandonó el despacho de su cuñado casi a medianoche, pues había estado elaborando junto a Ethan y el duque las acciones a seguir. Ya tenían un plan, solo quedaba esperar el momento adecuado para ponerlo en acción.

Mientras subía la escalera hacia el piso superior, repasaba los puntos de su estrategia y le satisfacía comprobar que no habían dejado cabos sueltos. Los tres habían concordado en un punto, la seguridad de las mujeres de la familia era un factor prioritario. Y él estaba decidido a mantener al margen del peligro a su esposa, Emily no se volvería a arriesgar, de eso se encargaría él. Cuando entró a su alcoba, le asombró encontrar la estancia iluminada por las velas, había supuesto que su esposa ya se habría retirado a descansar. Pero no, Emily estaba sentada junto a la chimenea apagada y, con solo verla, su corazón dejó de latir, para luego golpear su pecho con agónica necesidad.

En lo que la intimidad entre ellos se refería, todavía predominaba sobre él la cautela, sabía que la experiencia de la joven se limitaba a ese infame ultraje y a su noche de bodas, y lo último que quería era asustarla.

En pocos pasos, estuvo frente a ella y notó que estaba dormida. Tenía las piernas encogidas en el sillón y un libro abierto reposaba sobre ellas. Con curiosidad, lo tomó lentamente y comprobó el título que versaba la tapa: *Como Gustéis*. William Shakespeare.

La sonrisa en su cara fue inmediata, esa obra le traía un muy dulce recuerdo, en sus papeles de Rosalina y Orlando se habían dado su primer beso de rendición y aceptación, y a eso se debía que hubiesen terminado casados y felices.

Emily se removió en su lugar, y el ceño que siempre conservaba su rostro al dormir se agudizó, lo que delataba que sus sueños no eran gratos. El movimiento provocó que su bata de seda color azul real se abriese, dejando una esbelta y larga pierna al descubierto. Su boca se secó y la vena en su cuello comenzó a palpitar por la excitación que la imagen despertaba en él. Sintióse como un perverso por estar comiéndose con los ojos a su esposa sin disimulo, depositó el libro en el sillón debajo de la ventana y, con suma delicadeza, la tomó en sus brazos. Con ese único contacto, su cuerpo vibró de anhelo, ella encajaba entre ellos como si hubiese sido moldeada y esculpida a su medida exacta. Y su exquisita fragancia inundó sus fosas nasales, debilitando su reciente determinación de comportarse como un

perfecto y caballeroso marido e instándolo a hacer una excepción y prescindir de las reglas del amor.

Ni bien depositó la figura dormida de la joven en el colchón cubierto por sábanas de seda granate, esta se volteó, acurrucándose en posición fetal, lo que logró que su ropa de dormir terminara arrugada en su cintura y que él pudiese ver con claridad el borde de su pomposa y devastadoramente deseable parte trasera. Su anatomía masculina protestó en respuesta y, reprimiendo un impropio, el conde se giró, procedió a quitarse sus prendas y, con sus calzoncillos largos, se metió en la cama, manteniéndose lo más lejos de su esposa que pudo. Solo unos segundos después, sus buenas intenciones se esfumaron debido a que el femenino cuerpo de Emily se dio vuelta y, de manera inconsciente, ella buscó su calor, apretándose contra su costado.

En el silencio de la noche, se oyó su gemido estrangulado, y cuando él abrió los ojos, su mirada violeta se encontró con una verde brillante y expectante. Sebastien la miró aturdido un momento y tragó saliva cuando su esposa, sin apartar su intensa mirada, trepó sobre él y se acercó hasta que su aliento le acarició la boca.

—¿Qué estás esperando, esposo? —le preguntó ella con voz melodiosa, arqueando levemente una ceja.

—¿Esperando? ¿Para hacer qué? —respondió Bastien con su voz reducida a un sonido agitado, ronco y anhelante.

—Para amarme... —rebatió, con provocadora seducción, la joven, subiendo una mano por su abdomen con tortuosa caricia, hasta detenerla en su corto cabello rubio.

El jadeo de Sebastien resonó en la habitación y, tomando a su mujer por la cintura, giró e intercambió velozmente sus posiciones, y cuando la tuvo apretada bajo su cuerpo, respirando tan agitadamente como él, aprisionó sus brazos sobre su cabeza.

—Como gustéis, esposa mía —aceptó con tono ronco, sus bocas separadas a un deseo de distancia.

Y esa vez fue el turno de ella para dejar escapar un jadeo, sonido que él amortiguó con la pasión de sus labios, y la danza legendaria del amor guio sus cuerpos hasta que juntos quebrantaron todas y cada una de las reglas del

desamor.

La puerta de su alcoba abriéndose logró que Emily despertara de su placentero sueño. Con pereza, abrió los ojos y no necesitó mirar su costado para comprobar que su marido no estaba allí, pues no sentía su calor ni su masculino aroma. Eso sí, sus partes íntimas sentían esa pequeña molestia que le recordaba que ya era una mujer con todas las letras, idea que inauditamente le causaba una inexplicable dicha.

Su doncella Jenny, quien ya se encontraba trasteando por el cuarto, se percató de que había despertado y de que su ánimo era inmejorable y no perdió tiempo para lanzarle una de sus sonrisas pícaras, de esas que le causaban un sonrojo delatador. Ignorando su mirada jocosa, revisó con la vista el lugar, intentado localizar su ropa. Y para su vergüenza, avistó su camisón sobre el suelo, a los pies de la cama, y su bata tirada de cualquier modo unos metros más allá. Resignada, miró a su sirvienta, y esta, reprimiendo una carcajada, se apiadó de su recato y le alcanzó sus prendas.

Un rato después, ya vestida y aseada, bajó la escalera y se encaminó hacia el comedor. Las puertas del salón estaban abiertas y las voces femeninas se oían desde el pasillo. Nada más entrar, notó que las mujeres presentes la saludaban con nerviosismo y desviaban la vista con tensión, por lo que con su acostumbrado gesto despectivo y serio les interrogó:

—Buenos días, ¿dónde está Sebastien?

La duquesa viuda y su prima intercambiaron miradas de incomodidad y parecieron reacias a contestar. Emily comenzaba a impacientarse cuando la voz gruñona de su tía, quien también ingresaba, habló:

—No está en la mansión, sobrina.

Emily frunció el ceño sin comprender y pensó que tal vez los hombres habían salido a cabalgar, ya que no estaban los duques tampoco.

—Bueno, entonces los veré en el almuerzo. Me urge terminar la conversación de anoche en el estudio —anunció a la vez que se inclinaba para coger un bollo de pan con canela.

—Eso no será posible, querida —le informó Honoria con expresión inquieta.

—¿Cómo? —preguntó desorientada.

—Mi hermano, mi esposo y el duque han partido hacia Londres al amanecer, prima —aclaró Elizabeth y, por su gesto contrariado, ella no parecía conforme con la noticia.

—¿¡Que!?! —espetó con incredulidad, soltando su taza con estrépito sobre la mesa.

—No te enfades con nosotras, señorita, todas nos hemos desayunado con la noticia, al igual que tú. Esos bribones nos la han jugado, han hecho trampa y se han ido sin nosotras. Y no solo eso, se llevaron a Jeremy con ellos —alegó Margaret, golpeando el suelo con su bastón.

—¡No puedo creerlo! ¡Pero qué se ha creído este hombre! —farfulló, furiosa y alarmada, ella.

—Toma, Sebastien dejó esto para ti —le indicó Elizabeth extendiendo un papel hacia ella.

Desencajada, Emily se lo arrebató, se puso en pie, alejándose, y abrió la carta con la ira brotando por sus poros.

Esposa,

Lo siento, no me odies, no tenía otra alternativa más que el que dejarte si lo que quiero es cumplir con las promesas que te hice: encontrar a tu madre y al culpable de tus desgracias, y protegerte con mi propia vida. No te preocupes, cuidaré de tu hermano como si fuese el mío y no dudes que siempre volveré a ti. Tú eres mi hogar y el lugar al que pertenezco, y esa es otra promesa.

Te ama, Bastien.

CAPIÍTULO 28

Nº 28: Está comprobado que la fuerza del amor siempre es superior a la fuerza de la razón.

Capítulo veintiocho del libro Reglas para no enamorarse

Las manos de Emily temblaron al cerrar la carta y, para su vergüenza, las lágrimas empañaron su visión. Angustiada, se dirigió hacia la ventana, su corazón se encogió dentro de su pecho solo de pensar en que algo malo le pudiese suceder a Sebastien. En ese momento en que la vida les había concedido el don de la felicidad, no podía perderlo. Amaba a Bastien con cada resquicio de su ser y, después de años de negación, había aceptado que ese hombre era su todo, lo que la impulsaba a seguir, a volver a creer. La fuerza del amor que había debilitado y desterrado todas las razones para no enamorarse que su pasado y su dolor habían encontrado.

Consciente de que tenía un público pendiente de cada uno de sus movimientos, tomó aire y, conteniendo sus desequilibradas emociones, giró dispuesta a volver a la mesa. Pero antes de que pudiese romper el tenso silencio que reinaba en el comedor, un chillido femenino la cortó y, con asombro, giró para ver una ráfaga celeste cruzando el salón.

—¡Madre! —exclamó, con regocijo, la joven rubia, arrojándose en los brazos abiertos de una pasmada y alegre Honoria.

—¡Clarissa, hija!, te esperábamos la semana entrante —correspondió la duquesa viuda exultante, abrazando a su hija menor, quien se había casado recientemente y a quien ella había visto por última vez hacía dos meses, cuando una noche en la que como Dama negra se hallaba buscando pistas sobre el Diablo, de casualidad escuchó a unos malvivientes planeando

secuestrar a la joven, y llegó hasta allí disfrazada para poder advertir sobre su paradero a la familia.

Lady Clarissa besó las mejillas de Elizabeth efusivamente y volvió a chillar de alegría al conocer que sería tía por primera vez; luego, saludó con educación a *lady Asthon*.

—Decidimos regresar antes para tener más tiempo de preparar la presentación en sociedad de mis cuñadas —explicó la joven, girando hacia la silla ubicada al lado de *Lizzy*.

—¿Y el granuja de tu esposo? —preguntó su tía, dando un vistazo curioso hacia la puerta.

—Siguió camino hacia *Rissa Place* después de dejarme, estaba impaciente por ver a sus hermanas. Más tarde vendrá por mí —aclaró *Clarissa*, sonriendo, mientras tomaba asiento, entonces sus ojos se abrieron exageradamente al ver a la mujer parada junto a la ventana—. *Emily* —balbuceó, impactada, la rubia.

Ella no manifestó reacción alguna, pero en su interior era otro cantar. El resto de las mujeres observaron el intercambio de las amigas en silencio. *Clarissa* se puso de pie y, con gesto conmocionado, cubrió el espacio que las separaba y, sin mediar palabra, se lanzó hacia ella, envolviéndola en un fuerte abrazo y un dulce aroma a jazmín. Aturdida, *Emily* movió los brazos hacia todos lados, para terminar correspondiendo el abrazo.

—Amiga..., estás... estás bien —dijo, con emoción, y el contacto se prolongó por unos segundos.

—Sí, es bueno verte de nuevo. El matrimonio te sienta bien —contestó *Emily* cuando se separaron, mirando el bello rostro de esa joven que, sin saberlo, había sido la única persona en brindarle su sincera amistad cuando ella volvió del exilio provocado por las burlas hacia su padre.

—Lo que me sienta de maravilla es el amor, Em, ¡el amor! —adujo, con hilaridad, la condesa; sus ojos azules brillaban de gozo y, por primera vez, ella no sintió amargura ni resentimiento al ver la felicidad de otra persona.

—Pues por aquí también han sonado campanas de amor. ¡Ven, siéntate!, necesitarás estarlo cuando escuches lo que tengo que contarte —anunció, divertida, *Emily*, tomando la mano de su amiga y arrastrándola hacia la mesa donde esperaban las demás.

La mañana transcurrió entre risas y anécdotas, todas participaron en poner al día a la recién llegada, que no salía de su asombro ante las novedades.

—¿Y ahora dices que el conde se ha ido sin avisar? —preguntó, anonadada, Clarissa.

—Así es, al despertar me entere de su partida —asintió Emily, incapaz de disimular su rabia.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Elizabeth, sentada frente a ella.

—Por supuesto que ir tras él. Mi esposo está muy equivocado si cree que me voy a quedar aquí tranquila, mientras él se expone a toda clase de peligros —afirmó decidida.

—No puedo dejar de coincidir contigo, Emily, pero debes tener en cuenta que lo que pretenden hacer es muy arriesgado —advirtió Elizabeth con tono preocupado.

—Lo tengo claro. No obstante, debo hacerlo. No puedo quedarme de brazos cruzados, se trata de *mi* madre y *mi* hermano, son *mi* familia. Esta es *mi* lucha, y no pienso perderme la batalla final —declaró con vehemencia.

—Pero, querida, no puedes exponerte de esa manera. Además, no sabes dónde se encuentran ellos en estos momentos, ni tampoco por qué lugar empezar a buscar —intervino, con expresión angustiada, Honoria.

—¡Y no lo hará! Jovencita, termina con esta locura de idea, no permitiré que viajes a Londres sola y sin protección masculina, ¡y es mi última palabra! —dijo, con voz autoritaria, su tía Margaret.

—Pero, tía, entiende que... —comenzó a alegar, ofuscada, Emily, pero el sorpresivo grito de Clarissa la interrumpió.

—¡Ya sé!, hay un hombre que puede viajar con nosotros y servirnos de protección, a la vez que de guía en la búsqueda —proclamó con regocijo, con un ademán triunfal.

—¿Y se puede saber quién es el susodicho? —preguntó, con expresión suspicaz, la duquesa viuda.

Clarissa sonrió enigmáticamente y abrió la boca con intención de contestar, pero le tocó el turno de ser interrumpida.

—¡Pero qué ven mis ojos!, son las cinco diosas del Olimpo que han descendido para regalar a mis ojos mortales el placer de tan exquisita visión —dijo una voz de barítono desde la puerta, y todas voltearon para ver al

apuesto y sonriente conde de Baltimore parado en la entrada con una expresión de embeleso y una mano puesta en su pecho dramáticamente.

—Justo a tiempo, cariño —anunció, con sorna, Clarissa, elevando sus rubias cejas con complicidad, lo que provocó que las damas estallasen en carcajadas y que una mirada de confusión apareciese en el rostro de su marido.

Mientras tanto, en Berkerley Square, Londres.

Sebastien, sentado en su estudio, aguardaba junto a sus cuñados y mejor amigo la llegada de su padre.

Sobre el escritorio tenían todas las pruebas que habían conseguido gracias a que tanto Stanton como Riverdan hicieron uso de sus influencias y favores pendientes. Una vez que aclarara el asunto con el marqués, pasarían a la siguiente fase de su plan: rastrear a su objetivo, identificarlo y acabar con él. Y allí era donde entraban en acción Jeremy y él.

La puerta de su despacho se abrió después de dos golpes de aviso y por ella apareció su mayordomo guiando a su padre. Él saludó a sus acompañantes con un ademán de su cabeza y su habitual expresión severa; después, tomó asiento.

—Buenos días, padre —saludó mirando a su progenitor con gesto calmado, aunque por dentro estaba alterado y temeroso. Con todas sus fuerzas deseaba que William tuviese alguna explicación para lo que habían descubierto. No quería creer lo peor, pero la fuerza de la razón comenzaba debilitar la del afecto que sentía por William.

—Déjame felicitarte por tu matrimonio, recibí tu carta. Pero vayamos al grano, hijo, ¿qué está sucediendo? —inquirió el marqués, desviando levemente la vista hacia sus invitados y demorando su escrutinio en el hermano de su esposa unos segundos, seguramente intrigado por su presencia.

—¿Recuerdas que te dije que me encargaría de investigar sobre las acusaciones en tu contra? —contestó Gauss y, tras recibir un gesto afirmativo en respuesta, siguió—: Bien, con la ayuda de Riverdan descubrimos que Fermín de Moine es quien, aprovechando su cercanía a ti, se encargó de robar

documentos y tu sello de tu propio despacho, con obvia intención de hacerte parecer culpable de espionaje y traición. Eso ya lo sospechábamos, la novedad es que encontramos nuevos documentos firmados por ti que te incriminan, y estos son recientes, lo que nos lleva a la obvia conclusión de que el francés no era el cerebro de esa operación, sino un peón más. Y no solo eso, además, el cómplice de Moine confesó que el anillo encontrado en el cadáver de Jason no era de Fermín, sino tuyo, padre. Cuando me enteré de esto, no di crédito. Al llegar a la ciudad, nos dirigimos a Newgate para ver al delincuente, pero nos topamos con la noticia de que desapareció misteriosamente de la cárcel hace poco más de un mes. El oficial que estuvo a cargo de su interrogatorio nos relató su confesión, padre. El anillo que yo encontré y presenté como prueba de tu inocencia en la acusación de los asesinatos de Mayfair Square pertenecía a mi primo, no a ti, y según el tal Jackson, Fermín te lo dio a cambio de que le concedieses la mano de Elizabeth. ¡Tú sabías eso, estabas al tanto de la existencia de esos papeles y de todo, estuviste engañándome todo este tiempo! —lo acusó Sebastien, fijando con intensidad los ojos en la cara pálida y trastornada de su padre.

—Sebastien..., yo... —vaciló, con aprensión, William, tapándose el rostro con ambas manos ante la vista de su callada audiencia.

—¡Me diste tu palabra de que eras inocente, padre! ¿¡Cómo pudiste ser capaz de cometer esas atrocidades y de vender a tu propia hija!? —le espetó, furioso, Bastien.

—No... no fue así, no lo entiendes, hijo —respondió su padre con tono atormentado, se puso de pie y comenzó a caminar en círculos. Luego, se detuvo y se volteó a mirarlo con su rostro demudado, sin rastro de la frialdad que siempre lo caracterizó.

—Mousse... Fermín llevaba años hostigándome para que aceptara un enlace entre tu hermana y él, pero yo siempre me negaba. Hasta que, al comienzo de la temporada, supo que Elizabeth sería presentada en sociedad y se apareció aquí para reanudar su acoso. Como sabes, nunca me gustó ese hombre, pero él me pidió alojamiento y no pude denegárselo. Solo unos días después de su llegada, me solicitó una reunión y volvió a pedirme la mano de tu hermana. Cuando le dejé claro que no se la concedería, Moine me amenazó abiertamente —confesó, con voz derrotada, Arden, bajando la vista al suelo

alfombrado.

—¿De qué manera lo amenazó? —intervino, con gesto serio y frío, Nicholas, quien se había enfurecido al saber lo que su suegro había hecho con su hija.

—Él... él me enseñó unos documentos que había robado de mi despacho y advirtió que serían usados en una conspiración contra mí, me contó sobre los asesinatos y que intentarían hacerme parecer el autor de los mismos. Dijo que tenía un enemigo muy poderoso que estaba decidido a destruirme. Entonces me ofreció un trato, si yo le daba la bendición para contraer matrimonio con mi hija y acceso a mi círculo y contactos, él encontraría la manera de librarme de los cargos de asesinato y, una vez casado con Lizzy, me daría el nombre de su jefe. A partir de allí, lo que saben, acepté el matrimonio y Fermín cumplió, haciendo aparecer su anillo entre mis pertenencias. Después, la boda no se llevó a cabo, y Moine murió y ya no pudo terminar con lo acordado. Finalmente, lo que dijo se cumplió y los documentos con mi sello y firma aparecieron, los que lograron que llegue a esta situación, en la que seré ejecutado por traición —terminó el marqués con gesto culpable y angustiado, y dejó a sus interlocutores estupefactos y aturcidos.

—Hay algo que no comprendo, *milord* —dijo Riverdan, inclinándose hacia adelante con gesto perspicaz—. ¿Cómo llegó su anillo a las manos de su enemigo misterioso?

Todos contuvieron el aliento al presenciar la reacción de su padre ante esa incógnita.

—¿Padre? —apremió Sebastien al hombre totalmente paralizado.

—Yo... yo se lo entregué hace veintiséis años a una mujer a la que... amé —contestó, entrecortadamente, William, y en sus ojos grises Sebastien reconoció el tormento, el anhelo y la necesidad que solo la pérdida del verdadero amor puede provocar.

—¿Cómo se llama, padre? Debemos hallarla, ella es la clave para solucionar todo este enredo y dar con el hombre que te odia. Hemos averiguado el nombre por el que se hace llamar, el Diablo. Moine no solo seguía sus órdenes para destruirte, también se ocupó de destruir la vida de mi esposa y su familia, y necesito dar con él. Dime el nombre de esa mujer —lo urgió él una vez que se hubo recuperado de la impresión.

—Hace años que no sé nada sobre ella, su apellido de soltera era Timorton. Pero luego de casarse, se convirtió en *lady* Amanda Asher, marquesa de Landon —declaró su padre, y el silencio que llenó el lugar solo fue interrumpido por el jadeo incrédulo que soltó Jeremy.

CAPÍTULO 29

Nº 29: Recuerda que, en la guerra y el amor, no hay regla que valga.
Capítulo veintinueve del libro *Reglas para no enamorarse*

—¿¡**A**caso están dementes!/? —exclamó, incrédulo, Steven al oír el plan que las mujeres pretendían llevar a cabo.

—Cariño, por favor, no hay tiempo para reproches —lo apremió, enfurruñada, Clarissa.

—Pues me importa poco —declaró, con sarcasmo, el conde—. ¡De ninguna manera accederé a formar parte de semejante locura! ¿Es que pretenden que sus maridos me asesinen? —siguió ofuscado, y al ver el gesto terco que comenzaba a esbozar su esposa, se puso de pie y, apuntándola con un dedo, le advirtió muy serio, pasando la vista por las tres mujeres y mirando a Emily al final—. ¡He dicho que no, Clarissa! Acepté venir hasta aquí porque se lo debíamos a *lady* Gauss. Gracias a usted, mi esposa está viva, pero no puedo apoyarlas en esto. Sería una insensatez y demasiado peligroso. Esperaremos aquí, en casa de Gauss, a que los hombres regresen, ¡y esa es mi última palabra!

El carruaje de los Hamilton se detuvo frente a la fachada de la mansión gótica cuando la tarde se desvanecía dando paso a una calurosa y despejada noche. Al pasar con el coche por la entrada, Emily avistó decenas de caballeros que ingresaban por la puerta principal, algunos llevaban sus antifaces ya colocados, y otros, colgados en sus muñecas. Un gran cartel ubicado frente a la escalinata versaba en letras rojas, doradas y negras: «EL HALCÓN. Las

mil y una noches[7]... Noche de exóticos placeres».

Tal y como había leído en la invitación que encontraron en el escritorio de Sebastien, donde se invitaba a los miembros a participar de la velada.

Una vez que hubieron estacionado el carruaje en el patio trasero, ellas observaron cómo el conde se acomodaba sus ropas y, farfullando en voz baja, se colocaba su máscara verde esmeralda.

—Bien, bajaré e intentaré entrar con la invitación de Gauss. Esperemos que el guardia no se percate del engaño y de que no soy miembro del club. Regresaré en cuanto compruebe que sus esposos no están aquí. No olviden lo que acordamos, permanezcan dentro del coche y pasen la traba interior en cuanto yo descienda. Y ni se les ocurra asomar la cabeza —les advirtió, tenso, Steven, enfatizando las últimas palabras con la vista clavada en su mujer.

Las tres asintieron en silencio y, acto seguido, lord Baltimore descendió y, tras cerciorarse de que pasaran la barra interior, se alejó presuroso.

A continuación, Emily, Lizzy y Clarissa intercambiaron miradas pícaras y se lanzaron a la acción. Sin perder más tiempo, Lizzy destrabó la puerta y saltó al exterior; las otras dos le siguieron. Amparadas por la oscuridad, las tres aguardaron muy cerca de la puerta posterior y, abriendo su ridículo, procedieron a ponerse sus antifaces y pelucas, que pertenecían a Emily y de las que se había servido en su aventura como la Dama Negra.

Elizabeth había elegido una color ébano, corta y lisa, algo muy diferente a su ondulado cabello castaño claro, con mechones rubios y rojizos. Clarissa se decantó por un postizo color rojo fuego muy largo y lacio, que destacaba su piel blanca pálida y se diferenciaba del aspecto angelical que le otorgaban sus bucles rubios platino. Y por último, Emily escogió una peluca rubia dorada, rizada y sedosa que le llegaba hasta la cintura y nada tenía que ver con su liso cabello negro.

Solo unos minutos después, oyeron que se acercaba un grupo de mujeres y, antes de que nadie se percatase, las tres se mezclaron entre las damas y así lograron esquivar el inconveniente de no tener invitación para la velada.

Al pisar el vestíbulo, al que Emily tenía presente de su anterior visita, un lacayo las recibió y estiró una mano para que le entregasen sus capas. Su prima y su amiga le lanzaron una mirada sobrecogida, pero ante el ademán

afirmativo que ella les hizo, ambas se quitaron el abrigo, como las demás mujeres también hacían.

Mientras ella hacía lo propio, comprobó que su vestimenta fuese similar a la de las invitadas a la fiesta y la alivió ver que no desentonaban para nada. Eso sí, dudaba de que ella y sus amigas pasasen desapercibidas con esos escandalosos trapos. En su vida se habría imaginado vistiendo algo así, pero cuando leyó en la tarjeta la temática que se llevaría a cabo en El Halcón, supo cuáles serían los disfraces que deberían ponerse, debido a que en varias oportunidades durante su misión había rondado los alrededores de la mansión y observado con estupor a las mujeres ingresar vestidas para la velada de *Las mil y una noches*. Por lo que no le fue difícil mandar a su doncella a conseguir la indumentaria al sitio donde sabía que esas mujeres se abastecían.

Bastante temerosas, siguieron el camino hacia el salón desde donde provenía música, carcajadas y conversaciones.

—Emily, siento que voy desnuda, ¡me tiemblan las piernas! —susurró, acongojada, su prima, mirando hacia todos lados tras su máscara púrpura con bordes plateados, a quien su traje de odalisca[8] del mismo color le quedaba como un guante, sobre todo en el busto. Lizzy era mucho más dotada que las otras dos.

—¡Y a mí!, estoy segura de que Steven me matará cuando se entere de que lo hemos engañado. ¡Oh, por Dios, qué clase de fiesta es esta! —soltó Clarissa con los ojos abiertos como platos, enmarcados por su antifaz azul zafiro con bordes dorados, su cuerpo alto y esbelto enfundado en un traje de odalisca a tono, del que destacaban sus larguísimas piernas y su vientre plano. Se internaron en el salón de baile, y las parejas entretenidas en su coqueteo descarado y flirteo lascivo las rodearon.

Emily, escudada por su máscara negra y verde jade, escrudiñó el sitio en busca de cualquiera de los hombres, pero no dio con ninguno. Aunque sí se encontró con varias miradas lujuriosas que parecían traspasar su disfraz verde con bordes negro, en el que su cintura parecía sensual y de tamaño minúsculo.

—Y yo ruego por que demos con mi marido pronto y así podamos regresar al carruaje. Porque si no, pasaré a la tercera fase del plan, atraer la atención del objetivo, y eso significará que la Dama Negra vuelva a la vida —contestó

ella, guiando a sus acompañantes hacia un lateral de la estancia. El corazón le latía desbocado por la incertidumbre y la anticipación, no sabía qué sucedería esa noche. De lo que no dudaba era de que le enseñaría a su esposito que Emily Asher era capaz de transgredir cualquier regla por amor.

La paciencia de Sebastien comenzaba a tambalear, y también su seguridad, al llevar más de una hora en El Halcón y no ver aparecer a nadie con las características del hombre al que buscaban. Junto a él se hallaban sus cuñados y su mejor amigo, los cuatro vestidos de traje negro, pero con diferente color de camisa, y todos con máscaras combinadas con estas. Todavía no se recuperaba de la impresión que le habían causado las revelaciones de su padre. Lo último que se hubiera imaginado era que William hubiese vivido una historia de amor con la madre de su esposa, que Amanda hubiera sido su primer amor y que tuviesen un pasado en común. Casi parecía una escena digna de una tragedia griega, el marqués enamorado de su suegra. La confesión de su padre, aunque impresionante, no le ayudaba a ponerle nombre al monstruo que perseguían, pues la única persona que podría explicarles cómo el anillo de su padre había terminado en poder del Diablo, además de la misma Amanda, sería el esposo de dicha dama, pero el padre de Emily no estaba en condiciones de aclarar nada, no en su condición demencial.

Un lacayo vestido de librea y antifaz negro les ofreció una copa de licor que tenía un sabor dulce y exótico. Mientras bebía, Sebastien enfocó la vista en sus acompañantes, que parecían tan ansiosos como él, más que nada Jeremy, a quien, además, se le notaba incómodo en su elegante vestimenta.

—¿Cuánto piensas esperar, Gauss? —lo interrogó, en voz baja, su cuñado tras vaciar el líquido de su copa.

—Por lo menos media hora más. Mis informantes me han asegurado que el Diablo figuraba entre la lista de posibles presentes —respondió repasando el salón una vez más.

En una esquina del lugar se había apostado una plataforma y el telón rojo oscuro permanecía cerrado. En ese instante, la melodía lenta que la orquesta interpretaba cesó y comenzaron a sonar unos tambores, entonces se oyó la voz del presentador.

—¡Damas y caballeros, bienvenidos a El Halcón! Esta noche disfrutaremos

de una exótica y placentera presentación que dará apertura a la fiesta de *Las mil y una noches*... Con ustedes... ¡Sherezade[9] y el harén del Sultán! — proclamó el hombre con tono estafalario, y los gritos y silbidos resonaron en el lugar a la vez que el telón se abría y una melodía de flautas y tambores se escuchaba.

Sebastien aprovechó que las luces del salón disminuía para mantener iluminado el escenario y estudió las personas que se abrían paso hacia el espectáculo.

—¡Vaya preciosidades! —se oyó decir a Ethan con tono extasiado, quien tenía la vista clavada en la tarima.

Nicholas negó con su cabeza y prefirió evitar la tentación, desviando la vista al cuñado de Gauss, que estaba parado junto a él, mirando hacia donde el duque de Riverdan y al que por poco se le salían los ojos de las órbitas ante lo que veía.

—Gauss, fíjate en tu cuñado, parece que la función le causará un patatús — bromeó Stanton en un murmullo para que solo Sebastien lo oyera.

Este volvió la mirada hacia Jeremy, esbozando una sonrisa sardónica ante el gesto impactado del joven, pero antes de poder decir algo, sintió que un cuerpo se estrellaba contra su espalda y por poco lo lanza hacia adelante.

—¡Gauss, lo siento!, hasta que los encuentro. No estaba al tanto de que este sitio fuese tan grande ni tan concurrido —se disculpó, con la respiración agitada, el hombre rubio a quien a primera vista no reconoció, mas al escucharlo identificó rápidamente.

—¡Steven!, ¿qué haces tú aquí? ¡Y sin mi hermana!, ¡dime que no la abandonaste en su viaje de bodas para ir tras las faldas de alguna porque no respondo! —amenazó, repentinamente furioso, Nicholas a un boquiabierto conde.

—¡No!, ¿¡por quién me tomas!? Adelantamos el regreso y, al llegar a tu casa, nos recibieron las mujeres con las últimas novedades y no pararon de insistir en venir tras ustedes —le aclaró, ofendido.

—¿¡Qué!? Pero por supuesto que te negaste, ¿no es cierto? —inquirió, alterado, el duque que, al igual que el resto, lo observaba con irritación y sospecha.

—Mmm... no pude negarme. ¡Oigan, lo siento!, ¡pero esas mujeres están

chaladas! ¡Por más que me negué hasta la extenuación, ellas no se rindieron... y, al final, me amenazaron con venir por su propia cuenta si no accedía a traerlas! —se defendió Steven ante el cuarteto masculino que parecía querer arrancarle la cabeza.

—Eres un... ¿¡Se puede saber en dónde las dejaste!?! —le espetó Sebastien, tratando de tranquilizarse.

—Tranquilos, las dejé a buen resguardo en mi carruaje —los calmó el conde.

—¿Ah, sí?, ¿y por qué me parece estarlas viendo justo ahora? —intervino, con tono lacónico y gesto sardónico, Riverdan.

—¿¡Cómo!?! ¿¡Dónde!?! —gritaron a la vez Nicholas y Sebastien, siguiendo con la mirada la dirección en que el duque señalaba con un dedo y palideciendo de golpe.

—¡No puede ser! —exclamó, estupefacto, Steven. A su lado, Nicholas se tambaleó al borde del colapso.

En el centro del escenario, rodeadas de bailarinas exóticas, se contoneaban sensualmente tres mujeres. Sus ropas ceñidas y transparentes dejaban poco a la imaginación y mucho a la vista. Con la mandíbula desencajada, Bastien entrecerró los ojos y no demoró en identificar a las damas extraviadas. La imagen que tenía ante él le quitó todo el aire de los pulmones y la cordura de la mente, al igual que el alma del cuerpo.

La más pequeña y voluptuosa morena, que se mecía en un traje violeta, era sin dudas su hermana. La pelirroja, esbelta y alta enfundada en un disfraz azul, que giraba sobre sí misma, no era otra que *lady* Baltimore. Y, finalmente, la rubia, vestida con un minúsculo sostén de pedrería jade y pantalones de gasa verde, que yacía en el suelo en una postura delirantemente erótica, haciendo ondular su vientre, era su querida esposa.

Bastien lanzó un grito de ira, similar al de los soldados en una guerra. Amaba a su mujer, pero sí que Emily había roto todas y cada una de las reglas, y de esa no se libraba sin un buen castigo, como que se llamaba Sebastien Albright.

CAPÍTULO 30

Nº 30: El juego del amor es como un fuego encendido en una fría noche de invierno, su calor tienta a acercarse, pero si no recuerdas detenerte a tiempo, terminarás quemándote.

Capítulo treinta del libro *Reglas para no enamorarse*

Emily, y las demás llevaban solo unos minutos en el salón cuando el guardia que las había recibido en la puerta se apareció frente a ellas.

—¡Ustedes!, ¿¡qué hacen en este sector!? —les reclamó el gigantesco hombre con tono atemorizante y el ceño fruncido.

Las tres se miraron alarmadas, pero antes de poder entender de qué iba su reproche, el hombre las agarró de los brazos como si fuesen muñecas de trapo y las arrastró tras de sí.

—¡Oiga, suéltenos, bruto, déjenos! —gritó Lizzy por encima del sonido de fuertes tambores que habían comenzado a tocar los músicos.

El guardia no pareció oírla ni tampoco prestó atención a las protestas de Clarissa, que no cesaba de tirar de su brazo, y siguió caminando por el lateral del salón al tiempo que las velas del lugar comenzaban a apagarse. En segundos, las guio por un costado de un escenario, del que no se habían percatado antes, y deteniéndose tras él, las soltó y se giró a mirarlas con expresión de fastidio.

—¡Se les paga por trabajar! ¡Suben a esa tarima o ya mismo las pongo de patitas en la calle! —vociferó, tosco, el hombretón señalando una escalerilla, lo que las dejó mudas y anonadadas—. ¡Vamos, holgazanas! ¡El número comienza! —les ordenó bruscamente y, notando su parálisis, las empujó hacia adelante sin delicadeza.

A trompicones, subieron la escalera y entonces notaron a las demás mujeres, que habían entrado a la mansión con ellas y que iban vestidas como odaliscas también, paradas e inmóviles sobre el escenario en diferentes posturas.

—¿Pero qué está sucediendo? —susurró, frenéticamente, Lizzy, y su voz apenas se oyó, amortiguada por la del presentador que saludaba al público.

—¡Me parece que estas mujeres no son invitadas como creímos en un principio! —respondió, con los ojos abiertos como platos, Clarissa.

—¡No! ¡Son bailarinas y creo que nos han confundido con ellas! —anunció alarmada Emily justo cuando el presentador proclamaba:

—¡Con ustedes, Sherezade y el harén del Sultán!

—¿¡Qué fue lo que dijo!?! —gritó Lizzy desencajada, mientras una melodía de flauta y tambores inundaba el salón.

—¡Oh, por Dios, vámonos! —la siguió Clarissa al ver que el telón se abría.

—¡No hay tiempo!, ¡disimulen o nos descubrirán! ¡Pronto! —las apremió ella, miró alrededor y tomó la postura que una muchacha voluptuosa parada a su lado tenía, cuando la cortina se corría del todo y aparecía el público al frente.

Elizabeth y Clarissa se miraron con terror y, al comenzar la coreografía, se acoplaron a las demás, mientras los gritos y silbidos masculinos llegaban hasta sus oídos.

La extraña danza no era demasiado complicada, se trataba de realizar movimientos ondulantes con el cuerpo de manera muy similar a una serpiente. Después de unos segundos en donde las tres parecieron varillas tías y envaradas, sus extremidades se relajaron y, ayudadas por la escasa luz y el anonimato que las máscaras otorgaban, se dejaron llevar por la vorágine del momento y la envolvente música.

Emily era buena copiando y pronto estuvo sobre el suelo, moviendo el vientre como hacía una morena pechugona ubicada cerca. Por el rabillo del ojo, comprobó que sus amigas también se habían compenetrado en sus papeles. Su prima se desplazaba hacia un costado estirando una pierna y el brazo, y su amiga giraba sobre sí misma, rotando los hombros. Ciertamente, aquel exótico baile se les daba bien, y cualquiera que las mirase no adivinaría que tras los sensuales trajes se escondían una duquesa y dos condesas. Si su

tía o la duquesa viuda las vieran, sufrirían un ataque; por suerte, habían decidido quedarse en Costwold. Pero no le cabía la más mínima duda de que, si Bastien estaba entre los presentes, no tardaría en reconocerla con su agudo ojo de halcón y se aparecería hecho una furia.

Ese pensamiento le produjo un repentino desasosiego, pero recordó que su esposo la había hecho a un lado, y el enojo volvió a arder en su interior.

El ritmo de la música aceleró, y las demás bailarinas comenzaron a agruparse y colocarse en filas. Desorientadas, ellas se quedaron paradas y terminaron ubicadas en la primera fila, Emily en el centro, Lizzy a su izquierda y Clarissa a la derecha, junto a dos mujeres más que estaban en los extremos. Y al ver que todas realizaban el mismo paso, trataron de seguir las torpemente al principio, y después con más gracia.

Ni bien Nicholas enfocó la vista en el número, soltó una retahíla de improperios y salió impulsado hacia adelante, apartando como un loco a los hombres que se interponían en su camino. Bastien y el conde intercambiaron una mirada tensa y salieron detrás con igual precipitación. Sin embargo, la fornida figura del duque de Riverdan corrió, adelantándose e interponiéndose frente al trío furioso.

—¿¡Qué están por hacer!?! —inquirió con gesto serio.

—¿¡Y lo preguntas!?! ¡Bajar de las orejas a mi mujer!, ¡quítate! —le ordenó Nicholas fuera de sí.

—¡Pero si serán...! ¡No pueden hacerlo, provocarán un escándalo y arruinarán la reputación de sus esposas! —rebatía Ethan cruzando los brazos; Jeremy se detuvo a su lado y afirmó con la cabeza, apoyando su conjetura.

—¡Demonios! —bramó el conde, ofuscado.

—¿¡Y qué pretendes!?! ¿¡Que nos quedemos aquí parados como si nuestras mujeres no estuviesen semidesnudas y meneándose frente a la mirada lasciva de los peores libertinos de Londres!?! —agregó, gritando enloquecido, Sebastien.

—Pues sí. No pueden hacer nada sin causar un mal mayor, solo les queda aguantarse y esperar. ¡Por qué mejor no disfrutan del desopilante espectáculo! —los aguijoneó el duque, sonriendo al ver sus gestos de asesinos.

La melodía exótica que sonaba se había acelerado, al igual que los

movimientos de las bailarinas, agrupadas en tres filas. Sus esposas, ubicadas en la primera hilera al medio, sacudían sus caderas, lo que provocaba que las borlas y lentejuelas que colgaban de sus trajes se movieran a su alrededor. A pesar de su enojo, Sebastien no podía quitar los ojos del sensual cuerpo de Emily, la boca se le había secado y su corazón palpitaba enloquecido. Las bailarinas giraron, les dieron la espalda y, con los últimos acordes eufóricos de los tambores, sus traseros temblaron y los gritos de los hombres estallaron, muchos se habían agolpado frente a la tarima.

La paciencia de Gauss se esfumó como una llama bajo un chorro de agua y, olvidando la misión, las consecuencias y todo lo que lo rodeaba, salió disparado hacia el escenario y tropezó con Baltimore, que parecía tener el mismo impulso y cuya expresión estaba desencajada, al igual que la de Stanton, que ya se les había adelantado y se encaminaba hacia su esposa a toda marcha, como un caballo desbocado. Ethan los siguió pidiéndoles calma y contención, y bufó resignado al no poder detenerlos, mientras ellos apartaban a los perros babosos que se les cruzaban. Jeremy no los siguió, solo fijó la vista en los ventanales y desapareció tras los invitados.

Arribaron al escenario cuando el número finalizaba y se detuvieron frente a sus esposas con los brazos cruzados, en una postura intimidante y con miradas peligrosas.

Emily realizaba lo que parecían los giros finales y, al detenerse de cara al público, sus ojos colisionaron con una mirada violeta, oscurecida y rabiosa. Era su marido, que tenía el aspecto de estar poseído, y a su lado se encontraban el duque y el mejor amigo de este, ambos con expresión siniestra.

—¡Por caridad, nos descubrieron! —siseó Clarissa preocupada, sin aliento.

—¡Oh, *merde*, es Nick! —farfulló, boquiabierta, Lizzy.

Los aplausos inundaron el lugar y ellas se paralizaron sin saber cómo proseguir, sus maridos se acercaron un paso, y ellas retrocedieron otro al unísono. De pronto, se oyó un revuelo en un lateral del salón y, a continuación, se desató el caos.

—¡Fuego, fuego! —gritó un hombre, señalando una de las ventanas donde

una intensa llamarada devoraba las cortinas color ocre.

Las mujeres chillaron histéricas y los hombres ordenaron frenéticamente.

—¡Todos fuera!

Unas fuertes manos rodearon la cintura de Emily y la bajaron de la tarima. En cuanto tocó el suelo, fue arrastrada con urgencia por Sebastien, que la envolvió con un brazo, impidiendo que la multitud que abandonaba en tropel la casa la golpeará o aplastase. No tuvieron tiempo de intercambiar palabras, solo corrieron rodeados por un denso humo que les hacía picar los ojos y arder la garganta.

Cuando por fin salieron al exterior, Emily se volteó para buscar a sus amigas y se preocupó al no encontrarlas por ningún sitio. Su esposo, que no la había soltado, tiró de su brazo y la guio hasta un carruaje detenido junto a varios coches.

—Bastien, espera —le pidió ella, intentando que se frenara un instante, pero él ni se inmutó—. ¡Sebastien, detente! —ordenó, irritada, Emily, jalando con todas sus fuerzas de sus manos, con lo que logró que su agarre se debilitara lo suficiente para evitar dañarla.

—Yo que tú, no tentaría a tu suerte —siseó, mordaz, el conde, girando hacia ella y taladrándola con una mirada airada.

—Ehh... Lizzy..., Clara, tenemos que... No me iré sin ellas, y no olvides que estoy furiosa contigo por haberme abandonado —adujo tragando saliva, incapaz de cerrar la boca, pero su esposo la cortó.

—Los vi salir sanos y salvos; ahora, camina —tronó con la mandíbula apretada, y esa vez ella acató su orden en silencio. Era mejor no abusar, estaba claro que la paciencia de su marido estaba al límite.

«Pobres Lizzy y Clara, por las caras enfurecidas de sus parejas, las he metido en un buen lío...».

Media hora después, el carruaje se detuvo frente a la casa del conde y este bajó sin esperarla ni dirigirle la palabra, como había hecho durante el viaje de regreso. Emily ingresó a la propiedad detrás de él, que se perdió en el interior, e inspeccionó con curiosidad el lugar, mientras el lacayo que aguardaba su regreso cerraba la puerta y se quedaba viendo su disfraz con la mirada desorbitada; ella le sonrió y siguió su camino. Había estado dos veces allí. Una, como la Dama Negra, la noche en la que Sebastien la había

comprado, pero había estado tan nerviosa que no había mirado nada, y esa misma tarde, cuando llegaron buscando a sus maridos, pero solo lord Baltimore había entrado. La casa era más pequeña que la mansión familiar, pues era el departamento de soltero del conde, aun así, era de tres pisos y estaba decorada con elegancia y buen gusto. Aunque solo veía el vestíbulo, alumbrado por unas pocas velas, y una estancia grande, que debía ser el comedor principal. Estaba observando una gran estatua griega apostada al pie de la escalera, cuando sintió que la empujaban hacia atrás con fuerza y su espalda chocaba contra algo firme.

—Quiero que subas y me esperes en la habitación que está al final del pasillo. Ya conoces el camino, querida —le susurro la voz de Bastien en tono grave.

—¡Me asustaste! —le respondió ella con el pulso desbocado, y se giró entre los brazos que rodeaban su cintura para a mirarlo—. ¿Qué te sucede? —inquirió aturdida, percatándose de la expresión tensa y el brillo peligroso de sus ojos, que parecían tan encendidos como el fuego del que habían escapado. Su marido estaba actuando raro y no como ella había esperado. No le estaba gritando, reprochando ni reclamando su comportamiento.

—Ya me oíste, sube —le ordenó, con sequedad, Bastien sin apartar su penetrante mirada de ella, soltándola y tomando con pereza de su vaso.

Emily se enderezó; tensa y con una postura orgullosa, se dio vuelta, estaba molesta por toda la situación. Por lo que, sin contestar, apoyó una mano en la baranda de la escalera, dispuesta a desaparecer de la vista de su marido. Pero antes de poder poner un pie en el escalón, el cuerpo de su esposo se pegó a su espalda. Su aroma varonil la envolvió y pudo sentir su respiración alterada soplando en su cuello, erizando su vello y haciéndole contener el aliento. Sus manos apretaron su talle y acariciaron la piel expuesta de su abdomen, luego descendieron hasta su cadera y la apretaron, presionándola contra él y sacándole un jadeo agitado.

—Una cosa más, no te quites el traje. Quiero que Sherezade baile para mí esta noche. Y después... después me ocuparé de que nunca más olvides a quién perteneces, que eres mía y que lo serás esta noche y mil más —advirtió, con voz gutural y ronca, Sebastien, quemándola con su cálido aliento y derritiendo todo su ser con voraz intensidad.

CAPÍTULO 31

Nº 31: Para amar de verdad solo se debe respetar una regla: amar al otro con auténtica generosidad, libre de egoísmo.

Capítulo treinta y uno del libro Reglas para no enamorarse

La puerta del cuarto de Emily se abrió y la despertó, pero ella se negó a abrir los ojos y a mover un músculo del cuerpo.

—Buenos días, *lady* Gauss —la saludó una doncella, corriendo las cortinas de su cama y las de la ventana.

Emily abrió los párpados y miró a la joven de cabello castaño y piel pálida. Su manera de llamarla le sonaba extraño, todavía no se acostumbraba a su nuevo título de condesa. Aunque debería asumirlo porque algún día sería marquesa de Arden, «¡quién lo hubiese dicho!».

—Buenos días, ¿cómo te llamas? —le preguntó a la doncella, quien se ruborizó.

—Kathy, *milady* —respondió esta retorciendo sus manos.

—Bonito nombre, Kathy. Puedes llamarme *lady* Emily, por favor, y dime algo, ¿mi esposo ya ha desayunado? —inquirió ella, sentándose en la cama.

—Así es, *milady*. Lord Gauss desayunó en compañía de lord Stanton, lord Baltimore y lord Asher. El conde, antes de salir con ellos, me ordenó despertarla —explicó Kathy, depositando la bandeja que había traído consigo sobre las piernas de Emily y comenzando a ordenar el lugar.

Ella procedió a desayunar, pensando que era un alivio el hecho de que Jeremy se estuviese integrando a su familia y a la sociedad. Algo que también debería agradecer a su marido.

—Kathy, puedes retirarte, y gracias —la despidió ella, incómoda al ver la

expresión aturdida que había esbozado la sirvienta al levantar su disfraz de odalisca, el corpiño desgarrado y el pantalón hecho jirones, y la estupefacción en su cara al percatarse de las máscaras que llevaban la noche anterior colgando del biombo. Para ocultar su bochorno, se tapó más con las sábanas y se inclinó para beber de su taza de té, mordisqueando después un bollito de canela con placer.

—*Milady*, tiene visitas. La duquesa de Stanton y la condesa de Baltimore han solicitado verla —anunció Kathy ante el gesto interrogativo de su parte.

—Oh, bueno, no tengo nada que ponerme, así que dile al mayordomo que guíe a mi prima y a mi amiga hacia aquí —contestó, ansiosa de ver a sus amigas.

—¡Vaya, veo que te fue peor que a nosotras, prima! —se burló Lizzy ni bien traspasó la puerta, soltando el bulto que llevaba con ella a los pies de la cama.

—Te ves terrible, amiga —acotó, sonriendo con picardía, Clarissa.

Emily no quería ni imaginar el aspecto que tendría, con los pelos hechos un revoltijo y la cara demacrada.

—No querrán saberlo, solo diré que tu hermano se comportó como un salvaje y prácticamente pasé la noche en vela —contestó, riendo ella también.

—Eso ya lo suponíamos. Por lo menos no te asesinó como me temía. Sebastien puede ser muy intratable cuando se molesta —adujo la duquesa, sentándose en la cama.

—Quisimos venir lo más rápido posible para saber si habías sobrevivido. Anoche alcancé a ver cómo te sacaba a rastras el conde —comentó Clarissa, tomando asiento del otro lado.

—Pues ya me ven, se desquitó bastante, pero créanme que no se atreverá a dejarme fuera de algo nuevamente. Creo que aprendió muy bien la lección —respondió, con satisfacción, Emily.

—No puedo decir lo mismo, Nicholas está realmente enojado conmigo. Cuando salimos de la fiesta, me reprochó lo que duró el viaje, sobre todo porque argumenta que soy una insensata que puso en peligro a su hijo —dijo, con pesar, Lizzy, robando un bollo de su bandeja y masticando con mirada atribulada.

—Oh... Eso es mi culpa, no recordé que estás en estado, lo siento. ¿Crees

que su enojo durará mucho?

—Bueno, es la primera vez que se molesta desde que nos casamos, pero teniendo en cuenta que se encerró en su despacho, vociferando que no dormiría con una indecente y descarada mujer... —comenzó a decir su prima, bajando la mirada a sus manos, y las otras contuvieron el aliento, esperando ver lágrimas aparecer en el bello rostro de Lizzy. Esta les sorprendió levantando la vista y mirándolas con sus ojos púrpura bailando de risa—. Y solo una hora después, me encontraba acostada intentado conciliar el sueño, cuando oí a mi marido colándose en el cuarto con sumo sigilo y abrazándome con ternura, mientras yo fingía estar dormida. Y ya saben... me demostró que, después de todo, una parte de él se había entusiasmado muchísimo con la bailarina exótica —prosiguió, y las tres estallaron en carcajadas cómplices.

—¿Y a ti?, ¿cómo te fue con el encantador Hamilton? —preguntó Emily a su amiga, que no tardó en ruborizarse con fuerza.

—Pues... yo... no volví a casa de inmediato —vaciló la condesa, sonriendo al ver sus gestos desconcertados—. Steven me sacó del salón y, una vez que estuvimos dentro del carruaje, se inclinó hacia adelante y su cuerpo comenzó a temblar con violencia, lo que hizo que me asustara mucho. Creí que al fin había terminado por hacer colapsar a mi marido con todas las locuras que cometí desde que estamos juntos —siguió Clarissa, divertida ante sus caras expectantes.

—¿Y qué pasó después, se descompensó el conde? —la apremió Elizabeth tan intrigada como ella.

—No. Lo que creía que eran temblores de ira y nervios, resultaron ser sus hombros sacudidos por una irrefrenable risa. Algo que me contagió, y no pudimos parar de reír hasta que nos dolió el estómago y tuvimos que quitarnos los antifaces bañados en lágrimas —aclaró, con sorna, Clarissa, con la mirada azul brillante por el recuerdo.

—Entonces, ¿por qué no regresaste a casa? —dijo, con hilaridad, Lizzy.

—Porque... porque Steven se antojó de una función privada de la odalisca y después... ya saben, no me dejó escapar. Eso sí, antes de dormir me obligó a prometerle que no volvería a engañarlo así y tampoco a ponerme en riesgo —explicó con las mejillas ardiendo, acompañando sus reacciones de burla.

El bulto que había traído su prima resultó ser el equipaje que había preparado ella cuando partieron con prisas de Sweet Manor y con lo que se vistió rápidamente para reunirse con sus compañeras. Juntas abandonaron la casa y se dirigieron a dar un paseo por Hayde Park.

Reunidos frente al escritorio del marqués de Arden, Sebastien y sus acompañantes pusieron al tanto a su consternado padre de su misión fallida. La noche anterior, el Diablo no se había presentado, y el tiempo se agotaba. El plazo que el Rey le había concedido a su padre para demostrar su inocencia llegaba a su fin; en unos días, el marqués sería ejecutado, Elizabeth perdería a su padre, al igual que él, que además debería renunciar a su título y a su posición.

—Algo se nos tiene que estar escapando —dijo, frustrado, su cuñado, estirando las piernas en el sillón y tirando de su cabello negro.

—¿Cuáles eran las características físicas de nuestro objetivo? —preguntó el duque de Riverdan, enfocando sus ojos oscuros en Jeremy, y luego en él, puesto que todos estaban al tanto del mutismo de su cuñado.

—Alto, por lo menos de más de un metro ochenta y cinco. Cabello castaño claro, color de ojos, probablemente, grises. Delgado, pero de constitución fuerte y grande. Y lo más distintivo, la marca en su brazo. El dibujo pequeño de un halcón en la cara interna de su muñeca izquierda —enumeró Bastien, recordando las señas que Emily le había dado.

—¿Edad aproximada? —apuntó Steven con gesto concentrado.

—Alrededor de cincuenta años —contestó, escuetamente, Bastien.

—Pues, salvo el tatuaje, acabas de describir a la mitad de los hombres de Inglaterra, incluyendo a tu padre, aquí presente —argumentó, irritado, Ethan.

—¿Y este joven es hermano de tu esposa? No estaba enterado de que los marqueses de Landon hubiesen tenido un hijo varón —intervino su padre, observando pensativo a Jeremy.

—Así es, y nadie lo estaba. Jeremy fue apartado de su madre por el Diablo, y se le dijo a sus padres que había nacido muerto. Hace algunos años, *lady* Asher descubrió que ese bebé vivía y se entregó para estar junto a él, y así logró ayudarlo a escapar —explicó Sebastien, y la sorpresa tiñó el semblante

del marqués.

—Bueno, por su aspecto, doy fe que tanto él como tu dama son la viva imagen de Amanda —comentó, asombrado, William, sin quitar la vista de Jeremy que, con su habitual gesto serio, asentía en silencio.

—Hay algo que no comprendo, ¿cómo se enteró tu suegra de que su hijo no había muerto? Y, sobre todo, quién se lo llevó —preguntó Nicholas, lo que provocó que todos lo miraran con asombro y que, luego, voltearan a mirar al aludido.

Jeremy soportó el expectante escrutinio, pero levantó sus hombros y sus manos al tiempo que negaba con la cabeza, dando a entender que no tenía la respuesta. El resto suspiró derrotado, y el silencio volvió a dominar el lugar.

El sitio de paseo predilecto de la aristocracia londinense estaba bastante concurrido, teniendo en cuenta que transitaban la temporada veraniega y la gran masa de nobles se había retirado a sus propiedades campestres.

—Miren, allí van las hermanas Thompson —señaló Clarissa, apuntando a dos jóvenes que caminaban hacia el lago tomadas del brazo y a las que se las distinguía a distancia, sobre todo por los vestidos marrones y cofias oscuras que la hermana menor acostumbraba a llevar.

—Vayamos a saludarlas. Cuando me volví a presentar en sociedad y nadie me miraba debido al escándalo que significaba ser la hija de marqués loco, *lady* Clara fue una de las pocas que me mostró simpatía y amabilidad —recordó, con una sonrisa melancólica, Emily.

—Entonces les debo mi gratitud también —coincidió, alegre, Lizzy. Y las tres se dirigieron hacia las muchachas.

—¡Emily! —dijo una voz masculina de pronto, lo que hizo que ella frenara y se volteara con curiosidad hacia atrás.

—¡Padre! —exclamó, pasmada y eufórica, Emily al reconocer la figura de su padre detenido junto al camino, al lado del carruaje de la familia.

Rápidamente, caminó hacia él y lo abrazó con cariño. Caleb le devolvió el gesto y la apretó contra su enorme pecho. Todavía atónita, se separó para observar la cara de su progenitor. Estaba distinto, si bien hacía cerca de seis meses que no lo veía, algo en su aspecto lo hacía parecer muy diferente. Para

empezar, no estaba despeinado, con su bata y camisón de dormir, sino con un impecable traje gris. Su cabello castaño estaba pulcramente estirado y su abundante barba había desaparecido. Tampoco estaba temblando ni vociferando fuera de sí.

—¿Cómo es que estás aquí? —inquirió perpleja, observando los ojos calmos de su padre que, rodeado de vegetación, habían tomado un matiz verdoso, pues su color era ambiguo.

—Estos meses, en los que te mudaste con tu tía para encontrar un buen marido, los he empleado en recuperarme, hija —contestó, con su voz grave, el marqués, y su mirada se desvió brevemente hacia sus acompañantes, que observaban el encuentro a poca distancia.

—Oh, eso es bueno. Ven, te presentaré a una amiga, ya conoces a Elizabeth por supuesto —musitó, todavía alucinada, Emily al tener a su padre junto a ella y repuesto. Estaba tan acostumbrada a la versión del marqués desquiciado y recluido en su casa de campo, que se había quedado impresionada por la transformación.

—¿Saben?, es imposible que nadie haya visto nunca la cara del Diablo —comentó Steven, aceptando el vaso que Bastien le ofrecía.

—Nadie no, Jeremy lo vio en repetidas oportunidades durante los años que duró su cautiverio —refutó Gauss, cerrando los ojos e intentando suprimir el inminente dolor de cabeza que hormigueaba en su cráneo.

—¡Eso es! —proclamó, repentinamente, Nicholas, enderezándose, lo que ocasionó que los demás se sobresaltaran y lo mirarán alertas—. La clave está en el lugar en donde estuvo Jeremy encerrado —aventuró con urgencia, y todos asintieron entusiasmados.

Quince minutos después, Jeremy se alejó del rincón en donde se había apartado para tratar de hacer lo que Sebastien le había pedido y se detuvo frente al escritorio, depositando sobre este un papel estirado. De inmediato, los hombres se agruparon alrededor del bosquejo que el joven había realizado y se asombraron por la calidad del dibujo.

—Es un trabajo magnífico —admiró Steven, pasando su dedo por el contorno de un gran roble dibujado frente a una enorme edificación de piedra.

—Nunca he estado allí, aunque el paisaje en general me resulta familiar —acotó su padre, frunciendo el entrecejo, pensativo.

Sebastien contuvo el aliento y desvió la vista del rostro expectante de Jeremy, para volver a concentrarse en el plano. Su sangre se congeló cuando en su mente todo se aclaró y el acertijo por fin se resolvió.

—Yo sí, y estuve muy cerca en numerosas ocasiones —confesó con el semblante desenchajado y el estómago contraído.

—¡Eso es bueno!, ¿dónde demonios es? —pregunto, aliviado, Stanton, mientras su amigo y Hamilton chocaban los puños victoriosos, no así su padre y cuñado, que observaban su palidez inquietos.

—Es en Sussex, es una antigua edificación que se incendió y fue abandonada por sus habitantes, que construyeron la nueva residencia de la familia en otra parte de la propiedad —contestó Gauss, tirando de su rubio cabello con angustia.

—Pero ¿cuál es el problema? ¿A quién pertenece? —inquirió Ethan, tan confundido por su reacción como el resto.

—Pertenece a... Son las tierras del marqués de Landon. Es la propiedad de campo de Caleb Asher —sentenció, con tono lúgubre, Sebastien. William jadeo incrédulo y Sebastien volteó, oyendo por primera vez a Jeremy gritar una palabra.

—¡No! —exclamó, trastornado, el heredero del marqués loco, el hijo del Diablo.

CAPÍTULO 32

N° 32: No enamorarse es un desafío difícil de lograr cuando el corazón vacila entre el inquebrantable deseo de entregar y la endeble razón de escatimar.

Capítulo treinta y dos del libro *Reglas para no enamorarse*

El grito de angustia que emitió Jeremy resonó con brutal intensidad por todo el despacho del conde.

—No puede ser, no. No puede ser. ¿Estás seguro, hijo? —balbuceó, desencajado, el marqués.

—Sí, lo estoy. Recuerda que visitaba con frecuencia la mansión de los Asher. Cada verano, Margaret viajaba a ver a su hermano. Lizzy y yo la acompañábamos para visitar a Emily, antes de viajar a Francia —contestó, con tono lúgubre y la mirada aturdida, Sebastien.

—Pues tiene sentido. Usted le dio el anillo a la esposa del Diablo y este se vengó haciéndolo aparecer en un cadáver e involucrándolo en su red de contrabando y espionaje, acusándolo de los asesinatos. Y con su coartada de demencia, se aseguró de librarse de cualquier culpa —adivinó Ethan mirando a William, reclinándose en su silla hacia adelante.

—Coincido, pero lo que no entiendo es el motivo que lo llevó a secuestrar a su esposa y a su propio hijo y, para rematar, lastimar a Emily —caviló Sebastien confundido, tapándose el rostro con las manos.

—Y por qué tanto empeño en destruirlo. Por lo que usted nos contó, fue un viejo amor el que vivió con *lady* Asher. No comprendo cuál es la razón por la que se ensañó tanto con Sebastien, su esposa y hasta con Lizzy y conmigo —agregó Nicholas, clavando los ojos en su suegro.

—Los celos, el odio, el resentimiento —enumeró su padre, desviando la vista de Jeremy a su hijo. Su mirada gris estaba abatida y atormentada.

—Es evidente que nos está faltando una parte de la historia, milord. Las respuestas están en esa relación de hace veintiséis años, y también la clave para llegar al final —dijo Steven, alzando las cejas hacia el hombre mayor.

—Será mejor que hables, padre, mi esposa y la vida de la mujer que un día amaste dependen de ti ahora —ordenó Bastien a su padre, que tragó saliva y después asintió en respuesta.

Hacía mucho tiempo que Emily no visitaba la mansión que su padre tenía en Londres, exactamente, unos seis años. Desde que había desaparecido su madre y su padre enfermado y tomado como residencia permanente la casa de Sussex, ella se había hospedado en casa de su tía Margaret cada vez que frecuentaba la ciudad. Se encontraba sentada en el comedor matutino esperando al marqués, quien se había ausentado unos minutos, para almorzar juntos. Una vez respuesta de la increíble sorpresa que le había provocado encontrarse con su padre en Londres, Emily recordó que Caleb no estaba al tanto de que su esposa estaba viva. Por eso, aceptó rápidamente su invitación a comer, tenía que contarle todo, pero tenía mucho miedo de que, al enterarse de las novedades y, sobre todo, de que su madre estaba secuestrada, él se impresionara demasiado, volviera a colapsar y perdiera su reciente cordura otra vez.

—Veo que ya te has puesto cómoda —comento él desde la puerta, lo que la hizo sobresaltar, pues se había sumergido tanto en sus cavilaciones que no lo oyó entrar.

—Eh, sí. Lo siento, me cansé de permanecer en pie —se excusó ella, correspondiendo a la cálida sonrisa de su progenitor.

—No hay problema, ¿gustas tomar algo mientras llega la comida? —le ofreció Caleb con amabilidad, adentrándose en la estancia y depositando un periódico en la larga mesa.

—Claro, un poco de clarete me vendría bien para aplacar este calor —aceptó, gustosa, ella, y su padre se dirigió al aparador que estaba ubicado detrás suyo.

La atención de Emily se desvió al diario en la mesa y, con un dedo, lo acercó hacia la punta donde se había sentado. Con curiosidad, leyó el título destacado:

EL ASESINO DE MAYFAIR SQUARE VUELVE A ATACAR

Recientemente se ha hallado el cadáver de un hombre, de alrededor de cuarenta años, asesinado con el mismo método que el afamado asesino usaba. El cuerpo fue encontrado flotando en las aguas del Támesis y, además, se conoció que...

—¿Sabes?, no tuve la oportunidad de felicitarte por tu reciente matrimonio, hija —interrumpió él su lectura, aunque su mirada no se apartó del papel, estaba impactada por lo que había leído.

—Oh... Sí, lo siento. Supongo que te enteraste por la gaceta de sociedad —dijo ella, sintiéndose culpable por no haber pensado en comunicarle del casamiento.

—Así es. Confieso que me quedé anonadado con la noticia. Creí que las cosas no habían terminado bien entre el conde de Gauss y tú —siguió Caleb, y se oyó el sonido del líquido siendo vertido en los vasos.

—Sí, verás, es una historia muy larga, padre —contestó Emily, oyendo los pasos de él acercándose.

—Lo suponía, pero ¿sabes qué, hija querida? Tiempo es lo que sobrará en donde pienso mandarte —refutó el marqués, y no fue tanto lo que dijo, sino el tono duro y escalofriante que usó lo que la hizo estremecerse y voltear hacia atrás.

Su grito de terror y sorpresa fue amortiguado por el pañuelo que su padre apretó contra su nariz y su boca. Desesperada, Emily lanzó sus brazos hacia atrás y lo golpeó con todas sus fuerzas. Pero fue en vano, el agarre del marqués se intensificó y, con el brazo libre, aprisionó su cuerpo, que se sacudía en la silla con violencia, inmovilizando las manos que trataban de rasguñar su cara. Ella buscó aire y libertad hasta que los pulmones le ardieron y la visión se le nubló por la falta de oxígeno, sofocándose ante el fuerte hedor que sus fosas nasales absorbían. Sus extremidades se aflojaron lentamente y, antes de que sus ojos se cerrasen del todo, vio entrar al lugar la figura de un hombre fornido, su cara estaba cubierta de cicatrices, y su

cerebro, que estaba a punto de apagarse, lo reconoció de inmediato. Era el ayuda de cámara de su padre y el hombre que la había asfixiado aquella tarde en la cabaña.

Su padre... su propio padre era el monstruo que había destruido su vida, era... el Diablo. Con ese último y devastador pensamiento, la oscuridad la envolvió.

—Conocí a *lady* Asher, en ese tiempo, Amanda Timorton, la noche de su presentación en sociedad. Por ese entonces, yo era un joven de veintiséis años que no frecuentaba demasiado los eventos sociales, puesto que, como hijo segundo, no tenía la presión de adquirir matrimonio y ya tenía la mente enfocada en mi carrera política. No obstante, fue vernos y prendarnos uno del otro en un instante —comenzó a relatar el marqués de Arden con los ojos perdidos en un punto lejano.

—¿Y dónde entra Asher en la ecuación? —lo interrogó Sebastien, asintiendo a la pregunta que Jeremy le hacía con la mirada desde el rincón en donde se había refugiado desde que la verdadera identidad del Diablo les había explotado en la cara.

—Como bien sabes, mi hermano mayor se casó con Margaret Asher, y fue a través de ella que conocí a Caleb. Él ya era marqués, pero no tenía muchos amigos por ser un joven bastante retraído. Ben, tu tío, me pidió que lo incluyera en mi grupo, y yo accedí para no hacerle el feo a mi hermano. Pero con el paso del tiempo, Caleb y yo nos hicimos íntimos —explicó William, apretando la mandíbula al nombrar al hermano menor de su cuñada.

—¿Y cuándo comenzó el conflicto entre ustedes? —inquirió Nicholas, tan ansioso como él mismo.

—La misma noche en que conocí a su hoy esposa. Resulta que yo había asistido a ese baile por insistencia de Caleb, quien estaba interesado en una de las debutantes, pero no se animaba a acercarse. La casualidad, o el destino, quisieron que esa dama fuese la misma joven que me cautivó con solo una mirada —contestó su padre, lo que provocó que todos contuviesen el aliento.

—Y qué sucedió, ¿se enfrentaron por la dama? —aventuró Hamilton intrigado.

—No esa noche. Yo me sentí culpable, a pesar de que ellos no habían cruzado palabra todavía, e intenté ser leal a nuestra amistad y mantenerme lejos de la tentación. Sin embargo, Caleb no cesó en sus ruegos para que me acercase a la muchacha y se la presentara, debido a que Amanda era amiga de la hermana de un buen amigo.

—Y se enamoraron... —acotó Riverdan con sequedad.

—Sí. Mantuvimos el cortejo en secreto, no solo por mi amistad con Caleb, también porque ella era la única hija de un poderoso hombre que no tenía título, pero sí una gran fortuna y estaba obsesionado con escalar en el escalafón social —siguió el marqués, asintiendo ante la conjetura del duque.

—Y no le permitiría casarse contigo porque tú solo eras un hijo segundo. El heredero era el tío Ben y ya estaba casado con tía Margaret —acotó Bastien, comenzando a enlazar todos los cabos sueltos.

—Exacto, teníamos pensado fugarnos para casarnos en Gretna Green. Por eso, le entregué mi anillo y acordamos escaparnos la última semana de la temporada. Yo había juntado todo el dinero posible jugando a las cartas y de lo que pude ahorrar de mi mesada, y decidí que lo haríamos la noche de la última velada a la que la gran masa aristócrata asistiría. Amanda fingiría acudir a la fiesta y, antes de entrar, abordaría un carruaje en donde yo la estaría esperando junto al equipaje que habíamos ido sacando a escondidas de nuestros hogares —contó Arden, con la vista enfocada en sus manos temblorosas.

—Mas el plan falló —dedujo Nicholas.

—Ella nunca llegó. Pasé la noche en vela, aguardando tener noticias tuyas. Hasta que... al otro día, el rumor de que se había anunciado un compromiso en ese baile llegó a mis oídos —continuó su padre, levantado la cabeza y enlazando la mirada con la de su aturdido hijo.

—Y ese enlace era el de los padres de Emily —dijo, sin aliento, Sebastien.

—Así es. Caleb había concertado varias citas con el padre de Amanda y este le había concedido su mano, obviamente, extasiado por casar a su hija con un marqués —afirmó William con evidente amargura.

—Pero ¿no habló usted con *lady* Asher, no le pidió explicaciones? —preguntó Ethan, tan alucinado por la historia como los demás.

—No hizo falta. Solo unos días después, la misma Amanda me envió una

carta en la que me informaba de sus nupcias y me decía que no quería volver a saber de mí. Creo que se dio cuenta de que le atraía más la posibilidad de ser marquesa que casarse con un hombre sin título ni fortuna propia — respondió, con acritud, el marqués.

—Es evidente que nunca imaginó que solo un año después el tío Ben fallecería de fiebre y tú te convertirías en el marqués de Arden —ironizó Bastien, pensando que entendía la profunda amargura en la que había vivido inmerso su padre todos esos años, amando a una mujer que lo había engañado y casado con alguien a quien no amaba y quien le había dado hijos que no deseaba.

Lo comprendía muy bien porque había sentido el mismo indescriptible dolor que causaba saberse traicionado por la mujer amada y por la que darías todo sin dudarle. Sebastien había experimentado ese vacío y frío en carne propia, y su existencia se había convertido en una auténtica pesadilla. Vivía y respiraba solo para maldecir cada minuto que pensaba y sufría añorando ese amor y torturándose al ser incapaz de arrancar el sentimiento de anhelo y necesidad de su interior.

Pero gracias a Dios, la vida le había dado una segunda oportunidad, su historia no se repetiría, ni acabaría de la manera trágica en la que había terminado la de su padre. No si de él dependía, y no sin luchar por conservar esa dicha y ese amor hasta las últimas consecuencias.

Haría hasta lo imposible por tener un poco más de esa felicidad que solo en brazos de Emily sentía y lo haría sin vacilar, sin temer y sin escatimar nada, incluso su propia vida. Ningún desafío era lo suficientemente difícil para lograr que él rompiera su promesa de amor otra vez, ninguno. Su amor por ella superaba todos los obstáculos y reducía su razón al inquebrantable deseo de amar y proteger a Emily con cada parte de su ser.

—¿A dónde vas, hijo? —preguntó, desconcertado, el marqués cuando lo vio ponerse de pie repentinamente.

—A buscar al bastardo que me quiere alejar de mi mujer —anunció, con voz firme e implacable, Bastien, sin detener su marcha, sin mirar atrás.

CAPÍTULO 33

Nº 33: Solo un corazón que ama incondicionalmente es capaz de enfrentarse a todo por amor, incluso al destino que, implacable, pretende imponerle reglas para no enamorarse.

Capítulo treinta y tres del libro *Reglas para no enamorarse*

La distancia que separaba la mansión del marqués de Arden de la propiedad del conde no era mucha, por lo que en pocos minutos Sebastien y los demás, quienes habían salido detrás suyo, arribaron a esta.

Frente a la puerta había un carruaje estacionado y, en ese momento, Sebastien observó que se trataba del coche de Baltimore y que las damas que se aprontaban a subir eran la condesa y su hermana.

—Sebastien, buenos días —lo saludó, sonriente, Lizzy, desviando la vista al resto de la comitiva y mutando a una expresión preocupada cuando se percató de sus rostros tensos.

—¿Qué sucede? —dijo *lady* Clarissa, verbalizando los pensamientos de su amiga.

—Pequeña, ¿qué haces aquí?, creí que habías quedado exhausta y que estarías levantándote en este momento —le preguntó Steven, acercándose a su esposa y esbozando una sonrisa que no llegó a sus verdes ojos.

—¿Nos dirán qué está pasando?, ¿encontraron al hombre que tiene a *lady* Asher—inquirió, con su habitual modo directo, Lizzy, adivinando la táctica de distracción de Baltimore.

—No puedo decirles nada ahora, debo partir de inmediato. Sus esposos les explicarán —intervino, impaciente y demasiado ansioso, Bastien, y haciendo una seña a su cuñado y a su amigo para que lo siguiesen, volteó hacia la casa.

—Un momento, Gauss. Steven y yo también queremos ir contigo —afirmó Nicholas.

Sebastien miró sus gestos decididos y asintió en respuesta. Solo quería partir de inmediato.

—Como quieran, entraré unos minutos para hablar con mi esposa y pedir mi carruaje, y nos marcharemos —accedió, pero antes de dar un paso, la voz de su hermana lo detuvo.

—Emily no está en la casa.

—¿Qué? ¿Pero dónde ha ido? ¡Le dejé muy claro que no podía salir de la mansión sin protección! ¿¡Dónde demonios está!?! —exclamó, molesto y angustiado, Sebastien.

—¡Pero tranquilízate!, ella no está sola ni corre peligro. Vinimos a traerle su equipaje y se nos antojó salir a dar un paseo, el parque está a un par de cuadras y sería solo un rato —explicó Lizzy, desconcertada por la actitud de su hermano.

—¿Y entonces por qué solo están ustedes aquí? —preguntó Ethan y, por su expresión, no esperaba una respuesta agradable.

Sebastien sintió un frío recorrer su espalda, y un espantoso presentimiento golpeó en su interior, deshaciendo la poca tranquilidad que conservaba y sumergiéndolo en una nube de locura.

—¡Contesta, Lizzy! ¿¡Dónde está Emily, dónde!?! —vociferó, volviendo sobre sus pasos con premura y agarrando los hombros de ella con frenesí.

—Emily... ella se encontró con su padre en Hyde Park, y Lord Landon la invitó a almorzar —respondió, consternada, Clarissa, pues la duquesa solo había atinado a mirar anonadada al conde y, al oírla decir aquello, sus ojos se abrieron con espanto ante el efecto devastador que sus palabras provocaron en Gauss.

El sonido del agua colisionando contra la piedra fue lo primero que oyó Emily al regresar de la inconsciencia. Sintiendo su boca pastosa y su lengua hinchada, la joven abrió los ojos y rápidamente volvió a cerrarlos, tratando de mitigar el atroz mareo e intenso dolor que cruzó su cráneo. Tras unos segundos de inmovilidad, Emily volvió a intentarlo y casi deseó no haberlo

hecho, pues lo que tenía frente a sí era la perfecta materialización de sus peores pesadillas.

—Hasta que la zorrita despierta —dijo él con gesto lascivo en su cara cubierta de marcas, parado a solo unos pasos. Su gigante anatomía la amedrentaba y su presencia la atemorizaba.

Esa voz, ronca y grave... Esos ojos fríos, vacíos y sombríos.

Eran la razón por la que no había identificado de inmediato la identidad de su violador. Eran el motivo por el que en sus atormentados recuerdos no aparecía la voz nasal e irritante que Fermín de Moine tenía. Quien la había amenazado el día en el que fue deshonrada no había sido Fermín, sino el adusto sirviente de su padre, al que nunca había oído decir una palabra y cada vez que lo visitaba, permanecía cerca del marqués como un perro fiel.

—Tú... —balbuceó ella, sentándose de golpe en el jergón sobre el que estaba y refugiándose en un rincón, lo más lejos que sus manos y pies atados le permitieron llegar.

El sirviente soltó una carcajada hueca y, en dos zancadas, cubrió la distancia que ella había puesto, agachándose y cerniéndose sobre ella, que se tensó y apartó la cara hacia el costado contrario.

—¿Crees que podrás alejarte de mí, zorra? —dijo, lanzándole su fétido aliento sobre el rostro. Al no obtener respuesta, la tomó por la barbilla y, tirando con brutalidad, la obligó a mirarlo—. Pues no. Esta vez, hiciste enojar mucho a tu papi. Y después de que el jefe se ocupe de ti, será mi turno de divertirme contigo —declaró él con dureza, delatando mientras más hablaba su procedencia humilde.

Emily se esforzó en sostenerle la mirada sin demostrar el terror que sentía, pero cuando el sirviente se pasó la lengua por los labios y su mano descendió por su cuello para apretar con saña su seno derecho, su cuerpo tembló con violencia, lo que demostraba el miedo que se había apoderado de ella y que la paralizaba, impidiéndole hacer lo que su conmocionada mente le exigía: «defiéndete, golpéalo, ¡huye!».

—Así me gustas más, dócil, temblorosa y aterrorizada —siguió diciendo el hombre, manoseando sus senos con brutalidad y babeando su cuello—. Estoy seguro de que, esta vez, el Diablo me dejará saciar las ganas que tengo de su hija, sobre todo, desde que se enteró de su otra identidad: la Dama Negra y la

cómplice del bastardo de Jeremy, y no me obligará a solo observar que otro lo haga. Aunque créeme que ver cómo el imbécil del francés te desvirgaba, mientras tú te resistías aún drogada, fue una de las cosas más excitantes que vi —continuó el matón, dejando caer su tórax sobre ella, y bajó una mano y la metió bajo su vestido color salmón para tocar su pierna cubierta por las medias. Emily sollozó al sentir a través de la tela la palma callosa subiendo por su piel, acercándose a su intimidad, y su cuerpo reaccionó súbitamente.

—¡Deténganlo! —ordenó el magistrado justo cuando Sebastien se disponía a subir a su carruaje tras Jeremy, que estaba tan desesperado como él. No podía siquiera respirar con normalidad, aterrado al saber que su mujer estaba en manos de ese malnacido.

—¡Suéltense!, ¡debo buscar a mi esposa! ¡Malditos, los mataré si no me liberan ahora! ¡Déjenme, Emily me necesita! —gritaba fuera de sí, maldiciendo y debatiéndose violentamente entre Ethan y Steven, quienes, ejerciendo su máxima fuerza y esquivando sus puñetazos, lo habían bajado del coche y depositado sobre el suelo, donde él se sacudía vociferando como un salvaje.

—Seréense, Gauss, y escúcheme un momento. Mi intención es ayudarlo, y si después de oírme sigue con la idea de ir hacia donde sea que iba, le doy mi palabra de que nadie lo detendrá —le prometió John Seinfeld poniéndose de cuclillas junto a él.

—Hable —respondió él adusto, deteniendo sus forcejeos, y una vez libre del agarre de sus amigos, se incorporó sobre sus pies.

—Su padre me escribió pidiendo mi ayuda y la de Bow Stree. Me puso al tanto de la situación y me pareció que querría saber lo que los agentes y mis empleados encontraron al investigar al tal Diablo —inició el alto magistrado, bajo el intenso escrutinio de los presentes.

—¿Qué averiguaron? —preguntó Nicholas incapaz de refrenar su ansiedad.

—Como sabrán, el Diablo lleva años manejando un muy lucrativo comercio de contrabando de mercadería e información entre Inglaterra y Francia. Tiene muchos socios, pero como todo negocio, también se ha granjeado bastantes enemigos. Uno de ellos habló, por unas libras lo soltó todo. Información

detallada sobre su red de espionaje, la ruta ilegal de contrabando, los nombres de los peces gordos que lo protegen y que apartan convenientemente la vista, y lo más importante, su identidad y la ubicación de su madriguera — prosiguió Seinfeld con obvia satisfacción.

—Ya sabemos quién es y en dónde tiene a la madre de mi esposa. Se ha llevado a Emily seguramente a ese mismo sitio —contestó Sebastien con aprensión.

—Por ese motivo no lo dejé partir. Tengo a varios de mis agentes tras su pista, y uno me ha dado aviso de que el marqués no ha abandonado la ciudad y sé dónde probablemente retiene a *lady* Gauss —rebatío Seinfeld, y la esperanza resurgió de las cenizas que cubrían el alma del conde.

Las rodillas de Emily se elevaron con veloz puntería y dieron en las partes pudientes del malnacido. El gigante la soltó y se dobló sobre el mugriento suelo, llevándose las manos a la ingle y retorciéndose con un alarido de dolor.

Sin perder tiempo, ella se paró y comenzó a alejarse, dando frenéticos y torpes saltos. Se encontraba en una especie de almacén y, por el ruido del exterior y el fétido hedor, estaban cerca del puerto. Con alivio, comprobó que la puerta de madera estaba semiabierta y, con prisas, se coló por la abertura. No había dado ni un paso cuando sintió el cañón de un arma apoyarse en su sien derecha, inmovilizándola y helándole la sangre.

—¿A dónde crees que vas, querida? —dijo una voz amenazante.

—¿Por... por qué haces esto, padre? —sollozó Emily, girando despacio la cabeza para mirar a su progenitor de frente, esperando encontrar al hombre amoroso y dadivoso que había conocido y que la había cuidado desde que tenía uso de razón. Mas no lo halló, no había ni un rastro de humanidad, remordimientos ni piedad en su ambigua mirada.

—Eso mismo te pregunto yo a ti. Tú eras mi niña, la luz de mis ojos, eras lo único bueno que me había sucedido en la vida. La única persona que me amaba en este mundo, ¡pero me traicionaste! —vociferó, desquiciado, Caleb.

—¡No, no lo hice! Yo solo quería encontrar a mi madre y ayudar a mi hermano, a tu hijo, ¡el mismo hijo que secuestraste y torturaste! —gritó, con vehemencia, Emily, pero la fuerte bofetada que él le dio calló sus

acusaciones.

—¡Esa bazofia no es nada mío!, ¡no vuelvas a decir que ese maldito es mi hijo! Ni niegues que me traicionaste, eres igual de mujerzuela que tu madre. ¡Te metiste con el hijo del bastardo de Arden!, ¡te casaste con el heredero de mi peor enemigo! —le reprochó con odio, agarrándola del brazo y arrojándola a él con violencia. Su cara deformada por el resentimiento y sus pupilas oscurecidas de demencia.

—Pero... pero ¿cuál es la razón por la que odias a Sebastien y a su padre? Ellos nada te hicieron —dijo, en un resuello, ella.

—Eso no te importa, confórmate con saber que odio al bastardo de Arden y a todo lo que provenga de él —aseveró con los ojos inyectados en odio.

Y Emily pensó con temor que, después de todo, sí que estaba totalmente desquiciado. Su padre estaba enfermo de maldad y resentimiento.

—Tráela, Jackson. Está inconsciente y amarrada en el carruaje —ordenó el marqués, mirando por encima de su cabeza.

A continuación, el sirviente pasó por su lado, dedicándole una letal mirada que prometía un doloroso castigo, y se alejó hacia el coche estacionado a un costado. En segundos, reapareció con un bulto cargado en sus brazos y, al detenerse frente a ellos, ella reconoció el rostro de la persona que sostenía.

—¡Madre! —Volvió a sollozar con pasmo y dolor Emily, haciendo ademán de acercarse a Amanda, pero su padre se lo impidió y, tras indicar al otro que lo siguiese, comenzó a arrastrarla detrás de él. Sin miramientos, la empujó hacia el jergón de paja donde Emily aterrizó con un golpe seco, y después Jackson depositó el cuerpo desvanecido de la marquesa a su lado.

—Prepara todo para partir, ya sabes qué hacer —le encomendó a su sirviente el Diablo, y luego se inclinó para comprobar el estado de su esposa.

—¿Có... cómo pudiste hacer todo esto? Secuestraste a mamá, te fingiste loco y apartaste de nuestro lado a Jeremy —reprochó con el pecho hirviendo de rabia y sufrimiento.

—No tuve alternativa, la estúpida de tu madre me oyó conversar con Jackson sobre un castigo que le daría a esa escoria, me siguió y descubrió que el bastardo estaba vivo. Me amenazó con largarse y pedirle ayuda a Margaret. Así que no tuve otra opción que encerrarla y hacerles creer a todos que había muerto en ese naufragio para evitar problemas. —respondió, con expresión

fría y práctica, Caleb.

Emily se desesperó, todo había terminado. Su padre se la llevaría lejos, como había hecho con su madre. Nadie adivinaría ni en sueños que el marqués era el Diablo. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas al pensar que jamás volvería a ver a su esposo. Bastien... su príncipe, no vería su apuesto rostro de nuevo. Tampoco sentiría sus labios, ni podría perderse en sus bellos ojos violetas y en su devastadora sonrisa. No podría repetirle lo mucho que lo amaba... y lo feliz que había sido esos tres días de casados.

El destino estaba siendo excesivamente cruel con ellos, no les había concedido el suficiente tiempo para estar juntos. Se arrepentía más que nunca de haber malgastado cinco años en resentimientos y pleitos. De haber perdido el tiempo dejándose llevar por estúpidas reglas para no enamorarse, cuando su corazón siempre le había pertenecido. Nunca, ni un segundo, había dejado de amar a ese hombre, y... ya no tendría la posibilidad de remediar ese terrible error. Todo era culpa del monstruo que la había engendrado, porque para ella, él ya no era su padre.

Ciega de ira, Emily se impulsó sobre sus rodillas y salió disparada hacia adelante, mas no llegó lejos, el marqués la frenó agarrándole el cabello y volvió a lanzarla sobre el colchón con un implacable y doloroso tirón.

—¿¡Qué harás, matarme!? ¿¡Hacer que me violen otra vez!? —lo retó, con furia y bronca, la joven.

—Eso te lo buscaste tú solita. Te advertí que no te fijaras en el hijo de Arden, cuando vi cómo lo mirabas cada vez que la estúpida de mi hermana lo traía a mi casa. Y no solo me desobedeciste, sino que el muy malnacido se atrevió a pedirme tu mano en matrimonio —la acusó, con acritud, Caleb, parado delante de ella y sosteniendo su arma amenazantemente.

—¡Estás loco!, ¡eres un monstruo, cómo pudiste! —chilló, sintiendo la bilis subir por su garganta.

—Lo siento, pero preferí que el inútil de Moine te utilizara a que el hijo de esa escoria se casara con mi hija. Sabía que el muy estúpido de Gauss no se rendiría, ni se apartaría de ti a menos que le diesen una buena razón. Y eso hice, algo que me sirvió de mucho cuando tu madre se puso rebelde y se negó a colaborar conmigo. Solo fue cuestión de enseñarle tu ropa interior rasgada y ensangrentada, y la muy perra se mostraba tan dócil como un cachorro —

siguió, con una mueca cínica, él.

—¡Te odio, nunca te perdonaré! ¡Eres despreciable, una basura, un asesino! ¡No eres mi padre! —vociferó, con desprecio, ella, sintiendo en su interior terribles sensaciones de rechazo y unas imperiosas ansias de hacerle pagar todo el daño que le había causado.

—Pues estamos a mano, porque desde que leí el anuncio de tu enlace y, al vigilar la casa de los duques, descubrir que allí se refugiaba Jeremy, supe que tú eras la mujer que me estaba siguiendo y ayudando a ese bastardo. Me has traicionado, ya no eres mi hija, te repudio como la zorra en la que te has convertido —, contestó alejándose hacia la salida.

—¡No, no puedes retenerme aquí! ¡Mi esposo me debe estar buscando, él vendrá por mí y te matará! —exclamó, con enojo y determinación, Emily, rogando para sus adentros que ese milagro ocurriese.

—¿Albright?, ¿de verdad crees que te rescatará? ¡Ese inútil no sabe quién soy! Y en el caso de que lo descubra y aparezca por aquí si aún no nos hemos ido, me encantará ver cómo lo asesina cualquiera de mis hombres. O a lo mejor termino con su vida yo mismo —se burló el Diablo con sarcasmo.

—¡No te atrevas a tocarlo o juro que seré yo quien te mate! —lo amenazó con odio.

—Tú no me amenazas. Si no fuera porque estoy apurado, te daría una buena lección de sumisión, de esas que me fascinan darle a tu madre. Pero no te preocupes, ya habrá tiempo para eso. Te demostraré por qué me llaman el Diablo, y yo que tú rogaría no estar llevando un engendro de ese malnacido en el vientre, porque cuando termine contigo, no quedara nada de ese en ti, ni siquiera el recuerdo —sentenció con voz escalofriante, y la puerta se cerró.

CAPÍTULO 34

Nº 34: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.

Juan 15:13

Capítulo treinta y cuatro del libro *Reglas para no enamorarse*

La luz de media tarde se colaba por la rendija de la astillada puerta de madera y por las pequeñas ventanas enmugrecidas del almacén.

Emily tenía la vista sobre el rostro dormido de su madre. Los cinco años de cautiverio parecían haber hecho mella en su aspecto físico. Su figura parecía estar demasiado delgada y frágil. Su lacio cabello color ébano, estaba opaco y sin vida, unas pequeñas arrugas rodeaban su boca y el contorno de sus ojos que, además, estaban rodeados de unas profundas ojeras. Sus pestañas se movieron nerviosamente y sus párpados se abrieron. Unos perdidos y atormentados ojos verdes estudiaron el lugar y, al oír su voz, se posaron en Emily con pasmo.

—Madre... —la llamó con alivio al verla despertar.

—Emily..., hija... ¡Oh, Dios! —musitó con voz agrietada y débil.

—¡Madre! —repitió, sus ojos se llenaron de lágrimas y en un segundo estuvo entre sus brazos.

A pesar de las ataduras, se abrazaron con fuerza y el llanto se apoderó del momento durante un buen rato, hasta que Amanda se apartó un poco.

—Hija mía, no sabes cuánto le he pedido a Dios volver a ver tu rostro —le confesó conmovida, mirándola con ternura.

—Y yo, cada día. Sufrí tanto al creerte muerta, pero cuando leí esa carta que le escribiste a Margaret, sentí una enorme dicha. Junto con Jeremy no

perdíamos la esperanza de encontrarte —respondió Emily, sonriendo entre lágrimas y apretando sus manos atadas.

—Mi hijo, ¿dónde está, le sucedió algo!? —exclamó con miedo, su mirada se había empañado al oír el nombre de su hermano.

—Tranquila, Jemy está bien. Aunque seguramente desesperado por mi desaparición —se apresuró a tranquilizarla.

—¡Oh, hija!, si estás aquí es porque he fallado. ¡Tu padre está enfermo y desquiciado! ¡Y por mi culpa él te hará daño! —contestó con desesperación.

—No, no digas eso, madre, nada es tu culpa. Si existe un culpable, es Caleb Asher. Tú no has hecho más que sacrificarte por nosotros, gracias a ti, Jeremy está vivo —la defendió con vehemencia ella.

—Pero no debería haberte puesto al tanto de mi situación, eso te ha llevado a ponerte en riesgo y te ha traído hasta aquí —se lamentó con expresión culpable.

—En ese momento no podías hacer otra cosa, mi hermano no tenía a dónde ir.

—Caleb, él... es un... monstruo. No sabes la manera en la que torturó y maltrató a Jeremy desde pequeño. Cuando... la primera vez que lo vi... era un despojo. Él ni siquiera sabía su nombre, lo mantenía encerrado en un calabozo como un animal y solo lo sacaba para que sirviera de esclavo. En una oportunidad en que tu padre había salido en uno de sus misteriosos viajes, el cretino de Jackson le dio tal golpiza que lo dejó inconsciente un día entero. Entonces no pude resistirlo más y lo saqué de allí —dijo, su voz rota.

—¿Y cómo lo lograste? —preguntó Emily, horrorizada ante lo que oía.

—Con la ayuda del viejo Lewis, él descubrió que el marqués me retenía allí hace un año aproximadamente. Me propuso ir ante las autoridades, pero me negué rotundamente, como sabes, tu padre es muy poderoso. Además, sabía que si yo huía o lo denunciaba, Caleb cumpliría con las amenazas que constantemente me repetía, hacerte daño a ti. Él te tenía vigilada y no dudaría en repetir lo sucedido hace cinco años, o en destruir tu reputación y futuro. Por suerte, Lewis lo entendió y se convirtió en mi único aliado. A través de él pude hacerle llegar esa carta a tu tía, él mismo fue quien sacó a Jeremy de su celda, lo trajo a Londres y lo depositó en tu puerta —explicó la marquesa con la mirada fija en sus manos.

—El señor Lewis, ¿el viejo jardinero? —preguntó, sorprendida, Emily.

—Sí, su pequeña cabaña no queda muy lejos de la zona que rodea a la casa donde tu padre nos tenía —asintió Amanda.

—Madre, tenemos que huir. Caleb dijo que nos llevará lejos. He oído conversaciones y bastante ajeteo fuera —le comunicó Emily con nerviosismo.

—No creo que podamos, hija. No sé si lo sabes, pero tu padre no es nada improvisado, siempre se hace rodear por hombres fuertemente armados —respondió, desalentada, la mujer mayor.

—Pues me niego a rendirme, no se lo pondré fácil al maldito de mi padre —afirmó, decidida, Emily.

A cada segundo venía a su mente el rostro de su esposo, su sonrisa pícaro y su mirada apasionada. No aceptaría que la alejasen de su amor, no sin luchar con todo lo que pudiese. No sin darlo todo con tal de volver a estar entre los brazos de Bastien, incluso si eso implicaba poner en riesgo su vida. Moriría en el intento o viviría durante el resto de sus días junto al dueño de su corazón.

—¡No puedes estar hablando en serio! —decía, ofuscada, Lizzy.

—¡Es suficiente, Elizabeth, no irás! —le ordenó Nicholas con tono enojado y una mirada azul fulminante.

—¡Tú no puedes prohibirme nada, esposo! —exclamó, furiosa, la duquesa, poniéndose de pie de un salto y lanzándole una mirada airada.

Estaban en el salón de visitas de la casa de Gauss, el resto de los hombres ya estaban fuera, alistando la partida. Una vez que habían obtenido la dirección en donde creían que el Diablo retenía a Emily, habían trazado un complejo plan a seguir.

El conde de Baltimore y Clarissa discutían en susurros. Hamilton tenía sus ojos verdes teñidos de frustración, pero se detuvieron al iniciar el enfrentamiento entre los duques.

—¡Oh, claro que sí!, ¡puedo y lo haré! No consentiré que te pongas en peligro, ya puedes protestar, despotricar, chillar o lo que desees, el resultado seguirá siendo el mismo, ¡te quedas aquí! —sentenció él y, alterado, se dio vuelta y salió del cuarto seguido de su mejor amigo—. ¡Esa mujer está loca!, ¡cómo cree que le permitiré semejante insensatez! ¡No me quiso prometer

que se quedará a esperar aquí! —se quejó, al salir, Nick junto a la puerta del salón, que cerró con ímpetu.

—¿Sabes, amigo?, hay ocasiones en las que el diálogo no es la opción más efectiva y se debe recurrir a medidas más drásticas y efectivas —le respondió Steven, elevando las cejas elocuentemente.

—¿Y ahora de qué estás hablando? —inquirió Nicholas sin paciencia.

—De esto —le aclaró Stev, sacando una llave del bolsillo de su saco y procediendo a insertarla en la cerradura.

—¿¡Qué fue eso!?! —soltó Lizzy cuando el sonido de la llave girando rebotó en la habitación, interrumpiendo la retahíla de quejas hacia su marido.

—¡Oh, no puede ser! ¡Steven Brighthon Hamilton, no te atrevas! —gritó Clarissa, corriendo hacia la puerta y golpeándola con su palma enguantada.

—Lo siento, pequeña, no nos dejaron otra opción, es por su bien. ¡Te amo! —oyeron decir al conde del otro lado y, después, sus pasos alejándose presurosos.

—¡Nos han encerrado!, ¡sapos asquerosos!, ¡granujas y...! —vociferó, furiosa, Lizzy, pegando su cara a la puerta.

—No te esfuerces, cuñada. Creo que cuando de hombres se trata, vale más una acción que mil palabras —la calmó Clarissa, abandonando la puerta y caminando decidida hacia una mesa donde se hallaba apoyado un candelabro.

—¿Qué dices?, esos tramposos nos la han jugado. Seguramente las ventanas están cerradas por fuera y ningún sirviente nos abrirá si ellos dan la orden —repuso, irritada, la duquesa, tirando infructuosamente de la cerradura de las ventanas.

—O como dijo mi querido esposito, no les dejaremos otra opción... —afirmó, con una traviesa sonrisa, la condesa, y tomó en sus manos el candelabro encendido.

La puerta del almacén se abrió con un estruendo y sorprendió a las damas en el acto frenético de desatar sus amarres. Por ella ingresó el Diablo seguido de cuatro hombres armados, de aspecto temible.

—¡Levántenla! —ordenó con frialdad a sus matones.

—¡No! —exclamó Amanda cuando la separaron de su hija de un tirón.

—¡Suéltenla, malditos! —les gritó, airada, Emily, lanzándose hacia ellos, pero fue interceptada por su padre.

—Quédate quieta, estúpida, has agotado mi paciencia —gruñó Caleb y, tomándola del cabello, que ya se le había soltado de su peinado hacía rato, la lanzó a los dos rufianes restantes—. ¡Andando! —gruñó, y emprendió la marcha seguido por los hombres que las arrastraban sin miramientos.

Al salir, el resplandor solar le golpeó el rostro, lo que ocasionó que su visión se tiñese de rojo. Cuando pudo enfocar la mirada, el ánimo se la cayó a los pies. La desesperación la embargó al constatar que no había nadie esperando fuera. Solo estaba el carruaje del Diablo en aquella sórdida zona del puerto. Los matones desataron los pies de ambas, seguramente para facilitarles el traslado, pero no le dieron oportunidad de hacer ninguna maniobra. En minutos, estuvieron en un deteriorado muelle, y los ojos de Emily se abrieron con angustia al ver frente a sí una pequeña goleta anclada, el buque con dos mástiles y que, a diferencia de los navíos que trasladaban pasajeros, se usaba para el transporte de mercancía y cabotaje, tenía su vela desplegada.

—¡No, no, suéltenme! —gritó con agonía cuando sus pies pisaron la podrida madera del muelle—. ¡Noo!, ¡por favor, Sebastien! —sollozó fuera de sí al ser depositada en la proa^[10] de la embarcación.

—¡Suban la mercancía, rápido! —volvió a ordenar el marqués a dos hombres que parecían marineros.

Parada mirando a tierra, Emily vigilaba los alrededores del almacén, negándose a aceptar la realidad. Sus vigilantes no le quitaban ojo a ella y a su madre y mantenían las armas sobre ellas, transmitiéndoles una amenaza silenciosa.

En pocos minutos, apareció Jackson seguido de los marineros, intercambió unas palabras con su jefe y el mundo de Emily se derrumbó completamente.

—¡Eleven anclas! —indicó el Diablo, posicionándose en el puesto del capitán, lanzándole una mirada de malvada satisfacción.

—¡No, Dios, por favor! —se derrumbó ella, viendo entre lágrimas la tierra alejarse cada vez más rápido y, con ella, la vida que había soñado lograr junto a su amor—. Perdóname, Bastien... Te amaré por siempre, perdón, mi príncipe, nunca te olvidaré —susurró quebrada.

La pequeña fragata[11] de solo dos palos surcaba las aguas con sus velas cuadradas desplegadas. La corbeta[12] que se usaba para misiones de reconocimiento, escolta y transmisión de mando contaba con un total de veinte cañones.

—¡Objetivo aproximándose a trescientas yardas! —gritó, bajando su catalejo[13], el oficial subido al puesto del vigía.

Sebastien enfocó la vista en la goleta[14] que venía directo hacia ellos, y ya se encontraban en mar abierto. Los nervios y la preocupación le oprimían el corazón. Rogaba a Dios que los informantes del magistrado no se hubiesen equivocado y que su esposa estuviese a bordo del buque[15]. No quería detenerse a pensar lo que sucedería si Emily no estuviera o si ese maldito la hubiera lastimado. Nunca había tenido tanto miedo como en ese momento, toda su cordura y estabilidad dependían del resultado de aquella misión. Su vida era esa mujer, la amaba, y no podría continuar viviendo si la perdía.

—La salvaremos, amigo —le dijo Ethan, que estaba junto a él. Jeremy asintió, aunque en sus ojos verdes podía vislumbrarse el mismo temor que él sentía.

Su cuñado y Hamilton se acercaron y repasaron el plan nuevamente. Sebastien pensó que, sin dudas, estaría en deuda para siempre con aquellos hombres, estaban poniendo su vida en riesgo, y eso los convertía en fieles amigos.

—¡Objetivo a veinte yardas! —señaló el mismo oficial. Y el momento llegó.

Estando cerca, pudo ver al Diablo en la proa, parado junto a un gigante matón, pero no vio a su esposa.

—¡Ese es el maldito que intentó matarme el día de mi boda! —exclamó Nicholas, señalando al secuaz del marqués que, al parecer, era el malhechor que se había fugado de Newgate.

Entonces el Diablo se dio cuenta de su presencia y su expresión mutó de sorprendida a enardecida. Su buque se aproximaba a toda velocidad y, si no tiraban las anclas e intentaban mermar la marcha, se estrellarían contra ellos.

El caos se apoderó del otro buque, sus ocupantes, alarmados, comenzaron a correr por la nave, ejecutando maniobras desesperadas. Desde su posición, Sebastien se preparó, la adrenalina corría por sus venas.

—¡Deténgase en el nombre del Rey! —vociferó el oficial a cargo cuando la goleta se detuvo a metros de ellos.

—¡Depongan sus armas! —volvió a gritar el general, que pertenecía a la Guardia Real, a dos marineros y a dos matones que los apuntaban con sus pistolas.

—¡Púdranse! —contestó el tal Jackson, sacando su arma. Las balas que dispararon los malhechores impactaron en la madera de la corbeta, y todos se agacharon para cubrirse del fuego abierto.

Cuando la lluvia de proyectiles cesó, el general se levantó y, con él, los demás oficiales.

—¡Apunten! —ordenó, y los cañones apuntaron hacia el otro buque—. ¡Disparen! —dijo el oficial, y tres cañones fueron disparados e impactaron en el navío[16] con un atronador estruendo. La orden fue dada antes de que Bastien pudiese impedirlo, y la angustia le desbordó.

—¡Emily! —vociferó Sebastien al ver la goleta destruida por la mitad prendiéndose fuego.

CAPÍTULO 35

Final

Nº 35: Angustia tengo por ti, que me fuiste muy dulce. Más maravilloso me fue tu amor, que el amor de mil mujeres.

Samuel 1:26

Capítulo treinta y cinco del libro *Reglas para no enamorarse*

Desperado, el conde levantó una plancha de madera y la cruzó entre las dos naves. Tomando impulso, subió a la delgada madera y cruzó corriendo hacia la goleta destruida. Los demás caballeros lo siguieron, gritándole que no se precipitara, puesto que habían acordado que esperarían a que la guardia abordase el buque del Diablo, pero ya nada podía frenar a Gauss.

Cuando saltó a la proa, uno de los matones se lanzó hacia él, Sebastien lo esquivó sin detenerse y el tipo se trabó en lucha con Ethan. Uno de los marineros estaba muerto y el otro, al igual que el restante matón, se enzarzó a golpes con Bladeston y Hamilton.

Lo que quedaba a flote de la goleta comenzaba a hundirse cuando Sebastien avanzó junto a Jeremy en busca de su esposa. El humo le dificultaba la visión y a punto estuvo de caer por la borda^[17] al impactar sobre él una enorme figura. Un puño golpeó su estómago y el conde correspondió lanzando un brutal puñetazo a la quijada del tipo, que se tambaleó mareado, y aprovechando esto, él lo empujó y lo hizo caer a las frías aguas. A su espalda, Jeremy se debatía con un cuarto malviviente, y por lo que vio, no debía preocuparse. Así que se volvió para continuar la búsqueda.

—¡Emily! —gritó, bajando la escalerilla que llevaba al depósito, a

trompicones.

En el interior, todo estaba oscuro, con olor a rancio y a humedad. Sacando su arma, Sebastien empujó con su mano la puerta y traspasó el umbral. Había dado solo dos pasos cuando sintió algo duro presionando su espalda.

—¡Ni un paso más, Gauss! —ladró Landon detrás de él.

—¡Bastien! —exclamó, con angustia, Emily, emergiendo de detrás de unos barriles, empujada por el tal Jackson, quien tenía amenazada con un arma a una mujer mayor llorosa.

—¡Emily! —contestó él, intentado ir hacia ella, pero el sonido de la pistola siendo amartillada en sus costillas lo detuvo.

—¡Quieto, imbécil, o disparo! —le advirtió el marqués.

—¡Ríndete, estás rodeado, Landon! Aunque me mates, te atraparán los oficiales del rey —respondió con los ojos fijos en su esposa, ella tenía una expresión de terror, estaba temblorosa y lo miraba en una muda súplica. No le pasó desapercibido que tenía su vestido rosado desgarrado y marcas en su bonito rostro.

—Eso está por verse. ¡Tira el arma, ahora! —ordenó, y el conde se tensó vacilando, inmóvil—. ¡Tírala o tu mujer se muere! —le espetó el Diablo.

Y antes de que el secuaz del marqués apuntara hacia Emily, él claudicó y dejó con lentitud la pistola en el suelo.

—Ahora, levanta tus manos donde pueda verlas —tronó el marqués, empujándolo hacia un rincón y pateando lejos el arma.

Los gritos de advertencia llegaron desde la cubierta, dónde se podía oír el fuerte estropicio que causaba el agua invadiendo el buque y que los hacía tambalearse desestabilizados.

—¡Vamos, Jackson, trae a mi esposa! Esto se hunde —apremió a su sirviente.

—¡No, déjame! —gritó, debatiéndose, la marquesa.

—¡Madre! —dijo Emily, corriendo a auxiliarla, pero de un empujón el gigante se lo impidió.

—¡Vamos!, dejaremos que la perra traidora de mi hija y la basura que tiene la sangre de mi enemigo se ahoguen aquí —bramó Landon haciéndole una seña a su secuaz, retrocediendo hacia la salida.

Pero antes de que Jackson cruzara la estancia, un estallido se oyó y, acto

seguido, el gigante cayó desplomado hacia atrás, acompañado del grito de espanto de Amanda, quien cayó al piso junto con el muerto.

Desorientados, miraron hacia el lugar donde había proveniendo el disparo y vieron a Jeremy parado, con el arma humeando, ya inservible en sus manos.

—Miren quién está aquí, el maldito bastardo de Arden —se burló el Diablo, aunque sus ojos despedían odio y locura.

Jeremy le devolvía el escrutinio con gesto desdeñoso. Emily, sintiéndose aliviada, se paró junto a él, y su hermano deshizo las cuerdas de sus manos.

—He estado esperando este día y, ahora que estás aquí, no me iré sin acabar contigo, escoria —le dijo el Diablo a Jeremy, apuntando con su arma hacia él.

—¡No, él es tu hijo, Caleb, no lo hagas! —suplicó, desde el suelo, Amanda.

—¡No mientas, maldita! ¡Este bastardo no es mi hijo! Yo leí las cartas, listas para enviar, en donde le profesabas tu amor al malnacido de Arden. Le decías que, después de tres años, estabas embarazada y que le pondrías el nombre que eligieron para el hijo que ambos habían soñado tener. Ustedes habían tenido un romance antes de casarnos, yo lo sabía, por eso me adelanté a pedir tu mano. Luego me esforcé en ser un buen marido, y tú me pagaste ¡revolcándote con la basura de Albright! —la acusó con furia, mientras Amanda negaba con la cabeza frenéticamente.

—Nunca recibí esas cartas, Landon. Tu esposa no las mandó, y yo siempre le fui fiel a mi mujer. Jeremy no es mi hijo —intervino, desde la puerta, la voz del marqués de Arden, quien apareció en el umbral seguido de Riverdan.

—¿¡Qué haces aquí!? ¡No se acerquen! —los increpó, fuera de sí, el Diablo, sin dejar de apuntar a Jeremy.

—Vengo a decirte que acabes con esta locura. ¡Mátame y termina con todo! —lo apremió Arden, adentrándose en el depósito y deteniéndose frente a él.

—¿Y crees que puedes aparecerte aquí y hacerte el héroe? Pues no, si hubiese querido matarte, ya lo habría hecho. No, lo que yo quiero es destruir tu vida por completo, quiero que lo pierdas todo, tu familia, tu riqueza, tu posición, tu honor y, sobre todo, a la mujer que es mía. Quiero que tu vida sea un infierno y que sufras todo lo que sufro yo. Y seguiré, eliminando de la tierra a tu bastardo —respondió, rabioso, el Diablo.

—¡Basta!, ¡estás demente, Jeremy es tu hijo! ¡Has destruido nuestras vidas

por un odio irracional! —le recriminó, con desesperación, Emily, adelantándose entre su padre y su hermano.

—¡Cállate!, ¡este maldito hoy muere! —se encolerizó el Diablo.

A continuación, todo se salió de control y Emily lo vio como si el tiempo se hubiera congelado. Riverdan se lanzó sobre Caleb en el momento preciso en que este disparaba el arma. Arden cubrió a su madre con su cuerpo. Y ella cerró los ojos, esperando sentir el impacto del proyectil sobre sí, a la vez que en sus oídos resonaba el angustiado grito de Sebastien.

—¡Emily, no!

Mas eso no sucedió. Conmocionada, abrió los párpados y la escena ante ella le congeló la sangre en las venas.

—¡Sebastien! —sollozó histérica, dejándose caer junto al cuerpo de su esposo. El conde sufría espasmos y una gran mancha roja se expandía por la tela de su camisa. Sus pupilas estaban dilatadas por el dolor y su rostro había perdido todo color.

—¡Bastien, mi amor! ¡Oh, Dios santo! —Su voz rota por desgarradores gritos, intentando tapar con sus manos la herida abierta y viendo horrorizada cómo la sangre se colaba por estas.

A su alrededor, la acción no se detenía, su padre había sido reducido por Riverdan y Jeremy le estaba apuntando con el arma caída de Bastien. La Guardia Real apareció y sacaron a rastras a Caleb, quien no dejaba de vociferar amenazas, ordenándoles a ellos que abandonaran el buque, pues en minutos se hundiría y los atraparía en el interior. Amanda y William Albrighth se acercaron a ellos, el marqués se inclinó sobre su hijo con el rostro demudado y, luego de intercambiar una mirada solemne, asintió y se posicionó junto a los otros dos que los contemplaban con gestos lúgubres.

—Em, ve... vete —balbuceó Sebastien, con voz temblorosa.

—¡No, no te dejaré! —se negó, sollozando, y se apartó un poco cuando William y Ethan procedieron a ocuparse de la herida.

—La goleta se hunde, saca a tu madre. Mi hija y *lady* Baltimore están esperando en mi carruaje, ellas se ocuparán —le indicó, con tono grave, el marqués a Jeremy, quien se llevó a una reacia marquesa. Negando con la cabeza, ante la pregunta silenciosa que Riverdan le hizo, mientras revisaban al conde.

—¡Bastien, no cierres los ojos! ¡Te ayudaremos, resiste, mi amor! — sollozó ella, acariciando el rostro pálido de su esposo.

—Váyanse, sal... salven a Emily —les ordenó, enfocando su vista vidriosa en los hombres. Riverdan se puso de pie y la tomó por los hombros para intentar separarla del conde.

—¡Noo, suéltame! ¡Vayan por ayuda, debemos sacarle pronto! —le gritó desesperada a los hombres, que la miraron con gestos derrotados que decían que no había esperanzas, pero, aun así, salieron apresuradamente.

—Bastien, te sacaremos de aquí, aguanta, ¡no morirás! —le ordenó llorando, y el buque se sacudió con violencia bajo ellos.

—Mi dama negra... dame tu mano —le pidió, entrecortadamente, el conde, y cuando ella se la dio, le abrió el puño y depositó un objeto en su palma.

—¿Recuerdas lo que te dije aquel día? —le preguntó entre espasmos, esbozando esa hermosa sonrisa.

Emily bajó la vista y sollozó con más fuerza al ver el corazón de plata que ella le había dado seis años atrás, el día en que se habían confesado su amor. Lo había conservado a pesar de todo.

—Sí, lo recuerdo, no hagas esto..., mi amor, por favor, ¡no te atrevas a despedirte de mí! ¡Eres mi vida, mi todo, no puedo vivir sin ti! —lo cortó suplicante, con el corazón oprimido.

—Emily..., estoy enamorado de ti —la interrumpió en un endeble resuello, apretando su mano sobre el colgante—. Te amo como un loco, hace mucho tiempo. Y necesitaba decirlo. Deseaba que supieses que te amaré por siempre, con todo lo que soy y todo lo que tengo. Hasta el último día que viva, yo te amaré —declaró Sebastien, y en sus bellos y agónicos ojos volvió a ver la misma mirada llena de devoción y entrega.

Emily sollozó con desgarradora intensidad y se estiró para rozar sus labios con amor y quebranto mientras le susurraba:

—Pues me alegra oír eso, Bastien, porque yo también te amo. Y lo hago desde que, siendo una niña, jugaba a ser una princesa y tú accedías a ser un gallardo príncipe solo por complacerme. Te amo tanto... tanto, y lo haré hasta mi último aliento.

—Enton... entonces, ¿es una promesa, mi dulce dama? —continuó el, y esa vez su voz sonó tan débil que ella tuvo que pegar su oreja a su boca.

—Sí, es una promesa, mi príncipe —asintió, convulsionada por el llanto.

Sebastien subió su mano libre y acarició con infinita suavidad su mejilla, y luego la besó con ardor, como si no estuviese a las puertas de la muerte. Cuando la soltó, sus ojos brillaron un instante y una lágrima escapó de uno de ellos, su pecho absorbió aire dificultosamente y, en un susurro, le dijo—: Te amo, Em, tú... tú siempre has sido mi dulce promesa.

Con esas palabras, sus párpados se cerraron y el amargo grito que brotó de los labios de la joven rebotó por cada rincón del buque.

EPILOGO

*Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo;
porque fuerte es como la muerte el amor; sus brasas son brasas de fuego,
fuerte llama.*
Cantares 8:6

Epílogo del libro *Reglas para no enamorarse*

*Seis meses después
Nueva Granada*

El atardecer pintaba de múltiples colores el firmamento, el mar azul se extendía tan lejos que a Emily le parecía interminable, como si se hiciese uno con el cielo. Las olas golpeaban la orilla, y el sol acariciaba su piel con suavidad. La isla era un lugar magnífico, un paisaje que nunca creyó conocer. La arena, el mar y los lugareños que servían de guías y sirvientes eran algo soñado.

En aquella porción de tierra tan lejos de casa, había hallado por primera vez paz. Cuando todo había terminado, la búsqueda de su madre, la venganza en contra del hombre que arruinó sus vidas, sintió la necesidad de partir lejos, de tomar distancia para poder sanar, para intentar olvidar y perdonar. Y no se arrepentía, estar allí le hacía bien, la soledad y la calma de aquel sitio le aquietaban el alma. Y había comenzado a dormir sin tener horribles pesadillas. Sueños en los que volvía a vivir una y otra vez lo sucedido en ese buque, pero siempre el final era el mismo, su esposo moría y ella se hundía con él.

—Sí, hice bien en venir a este lugar —pensó ella en voz alta, cerrando los

ojos y aspirando profundamente el aire marino, apretando contra su corazón el colgante de plata, ese que hacía tantos años le había dado a su conde para que recordase siempre su promesa de amor.

—De todos los lugares en los que he estado, el mejor fue, es y será a tu lado —intervino una voz cálida y grave.

Emily se sobresaltó y abrió los párpados.

Era él, estaba vestido como en su último sueño, con una camisa blanca y unas calzas color piel. Pero no llevaba las botas, sino que sus pies descalzos se hundían en la arena. Lo que más destacaba en él era su piel tostada, su preciosa sonrisa y el brillo especial que tenían sus ojos violetas. Era tan bello, tan irreal.

—¡Bastien!, regresaste pronto —respondió ella, desplazándose hacia un costado para hacerle sitio a su lado.

—Sí, fuimos en embarcación hasta la ciudad y, además de las provisiones, ¡mira lo que traje! Llegó a la dirección postal de Cartagena de Indias hace una semana, pero tiene fecha de envío de hace dos meses —le explicó su esposo, sentándose y extendiéndole un sobre blanco que estaba bastante manchado.

—¡Es de Lizzy! —chilló, contenta, Em y procedió a abrirla y a leer con ansiedad.

Querida Emily:

Espero que tú y mi hermano estén disfrutando de su viaje de novios. Ansío tener noticias tuyas y saber más de esa exótica tierra. Por aquí, en la aburrida Inglaterra (no le digas a mi esposo que dije eso) todo sigue bien. Mi panza está creciendo tanto, que a veces creo que voy a salir volando, como esos globos inmensos. El duque dice que será una niña con mis ojos y mi cabello, y yo, por supuesto, digo que será un precioso niño, de ojos azules y pelo oscuro. ¡Pero mi marido no me escucha y, cuando besa mi estómago, llama al bebé dulce Arabella! ¿Puedes creérmelo? Aunque el nombre me gusta, nunca le confesaré ese hecho. Por otro lado, Clarissa y el conde han estado muy ocupados con la presentación en sociedad de las hermanas de Steven. Y con la temporada casi llegando a su fin, no nos hemos dejado de sorprender. Lady Daisy está comprometida, pero las otras dos resultaron un dolor de cabeza para

el conde. Eso sí, nada le quita su legendaria sonrisa del rostro desde que Clarissa anunció que está embarazada. Así que ya verás, por aquí todo es algarabía. Incluso mi padre parece contento y acompaña a tu hermano y a tu madre a muchas de las veladas sociales. Nick y el marqués están apadrinando a Jeremy, y él parece estar llevándolo bien, sobre todo desde que mi cuñado Andrew volvió de su viaje y se hicieron buenos amigos. Bueno, prima, he de despedirme, esperaré con ansias tu respuesta. Aunque, por lo que me dijiste en tu última misiva, puede que te vea antes de que esta carta llegue. Hasta entonces, hermana, dale un fuerte abrazo a mi adorado hermano de mi parte.

Los extraña, Lizzy. (Muy embarazada duquesa de Stanton)

Emily rio a carcajadas mientras leía y, a su lado, Bastien sonrió divertido por las ocurrencias de su hermana menor. Su marido le acarició con una mano su mejilla y, después, pasó los dedos por su cabello negro suelto.

—Tan preciosa... cada vez que te veo, me sorprendo nuevamente de tu belleza. Cada vez que me voy y regreso, tu visión me vuelve a cautivar, a hechizar por completo —susurró en su oído derecho, haciéndola estremecer y dejar caer la carta olvidada.

—Oh, Bastien... no tienes idea de lo feliz que me haces. Cada día le doy gracias a Dios por permitirnos estar juntos. Tú eres mi razón de ser, eres mi fortaleza y también mi debilidad. Si hubieses muerto en ese barco, si no hubieses despertado, reaccionado y sobrevivido a ese disparo, yo hubiese muerto contigo —confesó Emily angustiada, poniendo su mano en su pecho, donde siempre estaría la cicatriz que le recordaría lo que la maldad de su padre le quiso arrebatarse, pero la fe en Dios le devolvió.

Sebastien la levantó de la piedra y la sentó sobre su regazo.

—Escucha, mi dulce dama, esta herida solo es un recuerdo. Es la marca que no nos dejará olvidar el amor que nos profesamos y que nos mantuvo vivos en el infierno que significó estar separados. Nuestro amor perduró pese a todo el daño y se hizo más fuerte. Te amo más allá de cualquier límite que un hombre pueda imaginar. Y aquí, en mi pecho, llevo puesto el sello de ese inquebrantable amor eterno —le dijo, con solemnidad, él, levantando su barbilla para que lo mirase.

Emily pegó sus frentes y la emoción embargó su ser por completo. El

milagro que tanto había pedido se había hecho realidad. A pesar de la cruenta batalla que el destino les había interpuesto, su amor había salido airoso y victorioso.

—Te amo... te amo, príncipe. Eres mi dulce renacer después de una larga noche de sufrimiento. Tú eres el amanecer que ilumina mi vida con su luz sanadora y mágica —susurró con sus ojos verdes brillando de felicidad y su boca pegada a la de su esposo.

—Y así será por la eternidad. Recuerda que prometí amarte hasta mi último día y que no volvería a apartarme de tu lado, te dije que siempre volvería a ti y pienso cumplirlo —aseguró él con voz ronca, y bajó la cabeza para besarla.

—Las promesas pueden romperse, ¿es que no lo sabes? —lo provocó, juguetona, ella, esquivando su beso.

—En el pasado lo he hecho, pero nunca lo volveré a hacer porque tú eres mi promesa, la única importante —repuso Sebastien, y tomó su boca con arrolladora pasión.

Sus labios se unieron para sellar esa sagrada y dulce promesa. Sus cuerpos se acariciaron con necesidad y mutua entrega, dos corazones abandonados a la pasión. En cada rose, sus almas se unieron, libres del pasado que los había atormentado, libres del rencor y el resentimiento, atados por la vida que les brindó el perdón. Se amaron con intensidad, locura y desenfreno. Sin prisa, reglas, ni impedimentos. Rodeados de la inmensidad azul y del sonido de las olas, sellaron con ese acto la promesa de un mañana. La promesa de un amor ilimitado, invencible, inmortal.

El destino les había terminado por enseñar una lección, más valiosa que una decena de reglas para no amar: El amor es la fuerza más grande del mundo, te hace subir al cielo cuando eres correspondido y bajar al infierno cuando te traicionan. El amor, cuando es verdadero, es incapaz de sentir odio, de lastimar, de ser egoísta. El amor es la esperanza que nos sostiene. Es como la fuerte llama de una brasa ardiente, poderoso y duradero.

El amor... es para siempre.

Yo soy de mi amado, y mi amado es mío.

Cantares 2:6

DULCE AVENTURA

—¿Estas nervioso, Landon? —inquirió, con un deje burlón, Andrew Bladeston, vizconde de Bradford, al joven que hacía poco se había convertido en el nuevo marqués de Landon, luego de vivir un verdadero infierno a manos de su propio padre. El hombre de cabello oscuro e intensos ojos verdes asintió y una mueca de incomodidad resaltó en su cara—. Pues no eres el único. Yo también estoy por regresar a los salones londinenses después de un largo viaje, y uno nunca se termina de acostumbrar a las matronas y debutantes desesperadas y que te acosan sin piedad cuando tienes un título y una mínima fortuna. Aunque tú la tienes más difícil, eres una novedad y no hay nada más peligroso para un noble que ser objeto de curiosidad —prosiguió cuando el carruaje comenzaba a detenerse frente a la fachada de una suntuosa mansión perteneciente a los duques de Malloren, donde se llevaría a cabo una mascarada. Su acompañante había empalidecido notablemente, por lo que, dándole una palmada de ánimo al hermano de la condesa de Gauss, procedió a colocarse su antifaz, mientras Jeremy hacía lo propio—. Vamos, querido amigo, peores batallas has luchado. Después de todo, unas cuantas damitas armadas con abanicos y seda no pueden ser tan peligrosas —dijo con un brillo sardónico en sus ojos azules. El otro asintió no tan convencido, y Andrew, sonriendo de lado, declaró—: ¡Sobreviviremos! Que comience la aventura.

AGRADECIMIENTOS

Poner el punto final a mi tercera novela, es una gran satisfacción para mí, pues es una obra que significa un gran crecimiento y aprendizaje como escritora.

En este arduo y maravilloso camino que representa convertirme en una profesional, puedo decir con inmensa alegría que he encontrado muchas personas que, a través de su apoyo incondicional, su aliento y fe en mí, han hecho posible que logre seguir soñando cada día más.

A ustedes, mi amado esposo e hijos, a mi familia y a mis grandes amigas distribuidas por el mundo, dedico esta novela. Pero, sobre todo, a Jesús, la fuente de mi inspiración, vida y gratitud eterna.

Eva

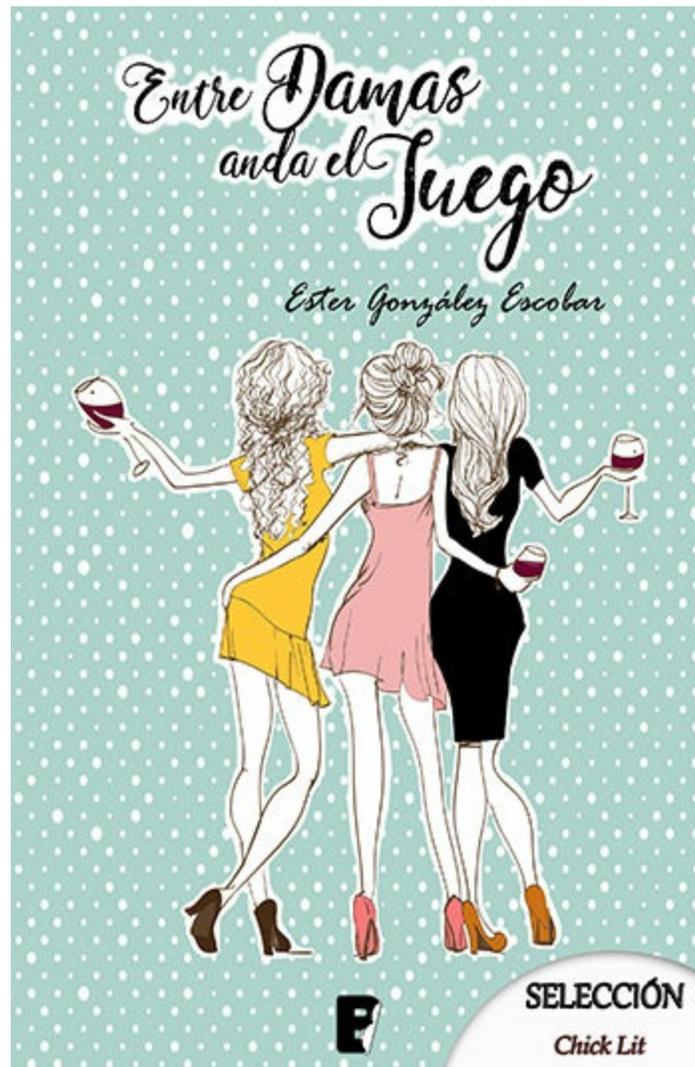
Si te ha gustado

Dulce promesa

te recomendamos comenzar a leer

Entre damas anda el juego

de *Ester González Escobar*



¡QUEDAS DETENIDO POR SINVERGÜENZA!

Diana se recostó en el asiento de su Audi A3 y dio un sorbo al café de su termo. Ese día le tocaba vigilancia. Le encantaba la vigilancia, se sentía como uno de aquellos policías de las películas que siempre acababan pillando a los malos. Solo que ella no era policía, se obligó a recordarse a sí misma, así que nada de placa ni de pistola. Qué pena, pensó. A veces le habría gustado apuntar con su arma a alguno de los especímenes a los que investigaba y gritarles: «¡Quedas detenido por sinvergüenza!».

Aquella era una de esas veces. La mujer a la que debía investigar tenía treinta años, había nacido en Serbia y al parecer era una desalmada cazafortunas. Había conocido a un chico un fin de semana y se lo había camelado. El chico, un pobre inocentón, de familia acaudalada, que rondaba los cuarenta y nunca había tenido una relación estable, cayó de cuatro patas. Contentísimo, le contó a su familia que por fin tenía novia, a lo que ellos no dieron mucho crédito; sin embargo, a los dos meses ella se instaló en su piso.

La chica, Christine, que así se llamaba, tenía un visado de vacaciones a punto de caducar, pero ese era un pequeño detalle al que su novio no le daba importancia. Tampoco le importaba que ella no tuviera trabajo. Que ella no lo buscara en absoluto y se pasara todo el día en el piso de él sin hacer nada, fumando, conectada a Facebook, Twitter, Instagram y demás redes sociales, tampoco ayudaba mucho.

Todo esto tenía a la familia de Ángel con la mosca detrás de la oreja. Cuando empezó a gastar su dinero de forma desorbitada en ropa, joyas, zapatos, bolsos y todo lo que le apetecía, la familia decidió contratar sus servicios, para probar que Christine estaba engañando al pobre Ángel y que solo perseguía su dinero.

Sin embargo, aquella vigilancia iba a resultar difícil. La mayoría de las veces, quien la contrataba le facilitaba datos del sujeto al que debía investigar, tales como lugar de trabajo, aficiones, horario laboral, lugares a

los que acudía con regularidad, direcciones de amistades, etc., que le facilitaban la labor a la hora de seguir al objetivo y conseguir así la información necesaria para emitir su posterior informe, pero en aquella ocasión la familia de Ángel no había podido facilitarle nada de todo aquello. La chica no trabajaba, no iba al gimnasio ni a ningún lugar de ocio habitual, no sabían quiénes eran sus amistades, y mucho menos dónde vivían; lo único que sabían de ella era su nombre y poco más.

Con la escasa información que disponía no sabía por dónde empezar. Decidió iniciar la vigilancia a partir de media tarde en el piso de Ángel. Si no trabajaba y no hacía nada en todo el día debía resultarle asfixiante esa inactividad, encerrada durante horas entre cuatro paredes. Diana suponía que saldría aunque fuera a dar una vuelta a la manzana, a fumar o de compras... Alguna cosa tendría que hacer durante el día...

Aparcó su vehículo en la parte más alta de un descampado que hacía las veces de aparcamiento, situado enfrente de la vivienda, un precioso dúplex en Sarriá, en Can Caralleu, cerca de la Ronda de Dalt. El aparcamiento le ofrecía una vista perfecta de la casa. Miró hacia la ventana del salón, situado en el primer piso, cuya persiana estaba abierta y dejaba a la vista el interior, pero no vio ningún movimiento. Divisó un par de sofás de color claro, paredes claras, un gran televisor de pantalla plana –por la que su marido daría un brazo–, una moderna mesita de centro bicolor y una gran planta en una esquina. No supo identificarla, no sabía nada de plantas. Le molestaba no saber nada sobre algo.

Nota mental: comprar un libro sobre plantas.

Las paredes del dúplex estaban cubiertas por un par de grandes cuadros de arte moderno que parecían muy caros. Estaba claro que Ángel tenía dinero.

Diana permaneció en el coche alrededor de tres horas, con la radio encendida y la música no muy alta, para no llamar la atención y, sobre todo, para no distraerse del objetivo. Iba variando, de Rock FM a M80 y, de vez en cuando, a Europa FM.

Cuando se le acabó el café y el frío del mes de enero le empezó a calar en los huesos, el tiempo comenzó a transcurrir más lento, hasta que sintió la necesidad de estirar las piernas. Bajó del coche, cruzó la acera y se situó debajo del edificio de Ángel, de modo que, si él o Christine miraban por la

ventana, no pudieran verla. Caminó arriba y abajo de la calle un par de veces, girándose de vez en cuando, no quisiera la casualidad que Christine saliera justo en ese preciso instante. Al no detectar movimiento alguno, decidió volver al coche para marcharse de allí; por el momento se había terminado la vigilancia. No parecía que aquel día fuera a dar sus frutos. Además, en un par de horas tenía una cita ineludible.

Diana y Juan llegaron diez minutos antes a la consulta de la doctora Anaya. Diana odiaba llegar tarde. Le parecía una falta de respeto hacia los demás y una falta de organización. La chica de la recepción, una joven de veintitantos, con el pelo recogido en una coleta rubia y con exceso de maquillaje los hizo pasar a la sala de espera, donde ambos tomaron asiento.

Juan cogió una revista. No es que le interesaran lo más mínimo las revistas que pudiera haber allí, pero estaba nervioso y malhumorado y quería distraer su mente de algún modo. Diana no parecía nerviosa, pero en su fuero interno se preguntaba si aquello habría sido una buena idea.

«Diez ideas para no perder la pasión», leyó Juan. «Joder –pensó–. ¿Qué hago yo aquí?». Dejó la revista donde estaba y se puso a jugar con su móvil. Diana lo miró de reojo. No soportaba que hiciera eso.

Al cabo de cinco minutos oyeron a alguien salir de alguno de los despachos de la consulta y a una pareja que se despedía. Era su turno, pensaron los dos. Juan, de forma inconsciente, se incorporó en su asiento con la espalda recta, en tensión. Diana suspiró hondo. «¡Allá vamos!», se dijo a sí misma. No podía echarse atrás, al fin y al cabo, la idea de ir a terapia de pareja había sido suya.

–Ya podéis pasar –les indicó la recepcionista.

La siguieron por un pasillo hasta una de las puertas de la consulta, que se hallaba entreabierta. Ella llamó con los nudillos.

–Adelante –dijo una voz.

La recepcionista los hizo pasar y a continuación cerró la puerta tras de sí. Ya no había escapatoria.

–Buenas tardes, soy la doctora en psicología Eva Anaya –se presentó.

Ambos estudiaron a la mujer durante unos instantes. Se trataba de una

mujer oronda que rondaba la cincuentena, sin embargo, tenía el pelo totalmente blanco, de forma que parecía mayor. Llevaba unas grandes gafas negras de pasta, no muy modernas, como las que se llevaban en los años ochenta, que le daban un aire intelectual, a la vez que bonachón. A Diana le recordó a la señora Doubtfire. Aquella idea le dio ganas de reír pero se contuvo.

–Diana –dijo ella tendiéndole la mano–. Y él es Juan.

Se sentaron cada uno en una de las sillas que había acomodadas frente a la doctora.

–Bien, hoy es vuestra primera sesión. Sé que estaréis nerviosos. Debéis abriros a un extraño y eso no siempre es fácil, pero creo que, viniendo aquí, ya habéis dado el primer paso y eso es lo importante. –La doctora Anaya hablaba con un tono tranquilo y sosegado, mirándolos a los ojos, tratando de generarles confianza–. Hoy vamos a conocernos un poco, y vais a explicarme qué esperáis obtener de mis sesiones. Para ello, decidme, ¿por qué estáis aquí?

–Porque me lo ha pedido mi mujer –contestó Juan, con un tono de voz que dejaba entrever, sin lugar a dudas, que el estar ahí no había sido en absoluto idea suya.

–Sí, la mayoría decís lo mismo. –Rio la doctora Anaya–. Pero no te ha puesto una pistola en el pecho, ¿no?

–Bueno, casi... –bromeó Juan con timidez, sintiéndose un poco más relajado al ver que la doctora tenía sentido del humor y que, al parecer, no tenía ninguna intención de tumbarlo en un diván.

–Entonces, partimos de la base de que ambos estáis aquí por propia voluntad, porque queréis afianzar vuestra relación de pareja.

Diana movió la cabeza de forma afirmativa. Juan también, pero con menos convicción.

–¿Estáis casados?

–Sí. Llevamos cuatro años casados. Pero trece juntos –aclaró Diana.

–Vaya, felicidades. Eso es mucho tiempo. No hay muchas parejas tan jóvenes como vosotros que lleven tanto tiempo juntos.

–Es que nos conocimos en la universidad –explicó Diana. Y salimos durante mucho tiempo, hasta que nos casamos.

Juan miraba al techo, aburrido. No le veía el sentido a estar allí ni a contarle su vida a aquella desconocida.

–Bien. Si os parece, voy a pedirlos a cada uno de vosotros que me diga, a grandes rasgos y sin entrar en detalles, lo que pensáis que podría mejorarse en vuestra relación, ¿entendido? –Los dos afirmaron con la cabeza.

–Diana, empieza tú –indicó. Por experiencia, sabía que a las mujeres les resultaba más fácil expresar sus emociones en esa clase de sesiones.

–Bueno... –dijo ella, titubeando–. Lo que pasa es que..., siento que las cosas ya no son como antes de casarnos; que nos hemos dejado llevar por la rutina... Noto como si hubiéramos perdido un poco... –Diana miró a Juan, sintiéndose algo cohibida y culpable–... la chispa.

–Ahá..., Juan, ¿qué dices tú?

–A mí me parece que todo está bien. No creo que tengamos ningún problema –contestó Juan con voz calmada, pues no pretendía ofender a la doctora afirmando que sus servicios no eran necesarios, aunque ese fuera su pensamiento.

–Entiendo. Pero al parecer tu mujer piensa que hay algo que se puede mejorar. ¿No te gustaría intentarlo?

Juan suspiró y se encogió de hombros. No iba a poder librarse de aquello con tanta facilidad.

–Tengo que decirlos que esta es una situación muy habitual. Muchas parejas vienen a verme por lo mismo. Creo que todos, cuando nos casamos, pensamos: «Yo no me dejaré llevar por la rutina, nosotros somos especiales y conservaremos lo nuestro como hasta ahora», pero en la inmensa mayoría de casos eso no es así. La vida se encarga de que no sea así: nos pone trabas, dificultades, obstáculos; en definitiva, nos pone a prueba, pero hemos de ser capaces de superarlas y de trabajar juntos para no dejarnos vencer. –Hizo una pausa–. Diana, ¿podrías ponerme un ejemplo de algo que eches de menos de tu vida en pareja?

–Pues... el salir a cenar, por ejemplo. Antes íbamos una vez por semana y ahora no vamos casi nunca.

–Juan, ¿tú cómo lo ves?

–Bueno... –Se removió incómodo en su asiento–. Es cierto que antes salíamos más a menudo, pero era porque no vivíamos juntos. Ahora nos

vemos cada día, así que no creo que haga falta... Y yo me siento muy a gusto en casa con Diana.

–Lo cierto es que el hecho de salir implica varias cosas, y todas ellas positivas; no se trata solo de *ir* a cenar sino de todo el ritual que ello supone: arreglarse, ponerse atractivo, elegir un sitio bonito y, sobre todo, estar en un ambiente propicio para que surjan otro tipo de conversaciones distintas de «¿Cariño, qué hacemos de cenar esta noche?» –La doctora Anaya pronunció estas palabras mientras ponía los dos pies encima de su mesa, con las gafas en la punta de la nariz y un bolígrafo en la boca a modo de cigarro colgante. Ambos rieron ante la imagen, pero entendieron a la perfección lo que ella quería decir.

–Bien, pues os voy a poner deberes. –Diana y Juan se miraron, un tanto asustados–. Quiero que esta semana hagáis algo juntos, no tiene por qué ser salir a cenar; puede ser ir al cine, al teatro, a pasear o a una convención Manga; lo que queráis, pero juntos, ¿entendido?

–Sí –contestaron los dos al unísono.

Antes de irse, la doctora les dio unos caramelitos, como si fueran unos chiquillos.

Cuando salieron de la consulta estaban más relajados. Diana estaba contenta, la doctora Anaya le había caído muy bien y le inspiraba confianza, parecía que sabía lo que hacía. Juan no estaba tan eufórico como Diana, pero pensó que no había sido tan terrible, después de todo.

Aquella noche parecía que el espíritu de la doctora Anaya rondaba por la casa, vigilante, mirándolos por encima de sus enormes gafas. Los dos se esforzaron por mostrarse cariñosos, cocinaron juntos, abrieron una botella de vino para cenar y vieron la televisión abrazados, como solían hacer cuando eran novios. Ninguno de los dos habló mucho, por miedo a estropear el buen ambiente que se había creado a raíz de la sesión.

**Expuestos ante el peligro, la muerte,
el misterio y la tentación,
se desatará una lucha entre el rencor,
el orgullo y el recuerdo
de una dulce promesa de amor.**



Ante la sociedad inglesa Sebastien Albrigh, Conde de Gauss, es solo un libertino despreocupado que dedica sus días a la diversión y a los placeres carnales. Es la máscara perfecta para ocultar su verdadera identidad, la del misterioso espía conocido como Halcón Blanco.

Lady Emily Asher, a pesar de ser una beldad, es rechazada por ser hija del Marqués Loco. Pero ella esconde un secreto: la razón de la demencia de su padre y la pérdida de su madre. Al hacer un macabro descubrimiento es amenazada y obligada a huir, transformándose en la Dama Negra.

Cuando el famoso rastreador de la corona persiga a la misteriosa mujer tras el antifaz, los enamorados del pasado se reencontrarán y deberán enfrentarse a la encrucijada que el amor y el deseo les interpondrá.

Eva Benavidez. Tengo veintinueve años. Vivo en Córdoba, Argentina, junto a mi esposo y mi hijo. Estudié Relaciones públicas, ceremonial y protocolo. Mi pasión es la escritura desde que a los doce años leí un libro que marcó mi vida: *El diario de Ana Frank*. Comprendí entonces que la lectura, pero sobre todo la escritura, iban a ser el refugio y la constante en mi vida. Dios es la fuente de mi inspiración y mi sostén. Mi motivación mi familia, y mi vocación poner en letras las voces de mi alma.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, Eva Benavídez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-943-0

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Dulce promesa

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Dulce aventura

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Eva Benavídez
Créditos
Notas

NOTAS

Capítulo 10

[1] Poner la llave de un arma de fuego en el disparador. Poner a punto un arma de fuego para dispararla.

[2] Las líneas en cursiva del intercambio entre Emily y Sebastien pertenecen a la obra del autor William Shakespeare, Como gustéis. El orden de las mismas no es el original, sino que han sido modificadas por fragmentos a conveniencia de la autora y el relato.

[3] Le dejaré láuda

[4] Funcionario con autoridad administrativa en un territorio.

[5] Organza es un tejido fino liso, de tela hecha tradicionalmente de seda. Se utiliza para la ropa nupcial y la ropa interior. Similar al organdí de algodón.

[6] Término despectivo que a veces hacía referencia a un médico incompetente.

[7] Las mil y una noches es una célebre recopilación medieval en lengua árabe de cuentos tradicionales del Oriente Medio.

[8] Mujer esclava en el harén de un sultán y que está al servicio de las otras mujeres del harén. Mujer que se ofrece a los hombres mostrando sensualidad.

[9] Personaje principal de Las mil y una noches, que logra sobrevivir a su ejecución contándole cada noche al rey de Persia un cuento y dejándolo con la curiosidad de saber cómo acaban.

[10] Parte delantera de una embarcación.

[11] Barco de guerra menor y más rápido que se utiliza principalmente como escolta, provisto de una sola batería de cañones entre los puentes, además de otra cubierta; se utiliza principalmente como escolta.

[12] Barco de guerra antiguo más pequeño y ligero que la fragata, con tres palos y vela cuadrada, destinado principalmente a misiones de exploración.

[13] Instrumento óptico formado por dos cilindros idénticos unidos y provistos de prismas y de lentes en su interior que permite la visión ampliada, con ambos ojos, de objetos lejanos.

[14] Embarcación antigua con las bordas poco elevadas, de dos o tres palos, cada uno de ellos con un solo mastelero o palo menor y una sola vela cangreja o trapezoidal.

[15] Barco de grandes dimensiones y de porte superior a quinientas toneladas, con más de una cubierta y acondicionado para largos trayectos, que se utiliza con fines militares o comerciales.

[16] Sinónimo de buque.

[17] Canto superior del costado de una embarcación.